¿Tú y yo en IRLANDA?



CARLOTA MANZANO

¿Tú y yo en IRLANDA?

CARLOTA MANZANO

Primera edición.
¿Tú y yo en Irlanda?
Carlota Manzano
©agosto, 2026
©imágenes por Magnific
Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29

Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Epílogo

«Con cada decisión que tomes y cada acción que hagas en el presente, irás formando la base de lo que será tu futuro. Todo cuenta e influye, tenlo muy presente».

Capítulo 1



Diana

—¿No os apetece un baño? —preguntó Noelia.

—Yo estoy en modo cangrejo —dijo Sofi.

—¿Diana?

—Si quieres esperarme, iré en un ratito. Si no te veo dentro del agua —le contesté.

—Te espero.

—Avisadme si me quedo dormida —nos pidió Sofi.

Sonreí, con los ojos cerrados.

Estaba tumbada bocarriba, con el sol calentándome el cuerpo. No podía abrir los ojos, debido a que llevaba un buen rato con ellos hacia el sol.

Debía hacer una hora, o tal vez un poquito más, que iba cambiando de postura para coger color. Sí, ya tocaba disfrutar de un baño, para refrescarme y quitarme el agobio del calor.

Sofi era diferente a Noelia y a mí. Ella podía pasarse horas sin moverse de la toalla, como si nada le afectara, y encima su piel era muy agradecida. Enseguida se ponía morena y pocas veces se quemaba.

Me moví en la toalla para colocarme bocabajo. Después de soltarme las tiras de la parte de arriba del bikini, para que me quedaran las menos marcas posibles, flexioné los brazos y apoyé la mejilla sobre las manos, con la cabeza girada hacia mis amigas.

Sofi y yo éramos amigas desde la primaria. Llevábamos toda la vida juntas, para lo bueno y para lo malo. Como siempre me decía, íbamos a cargar la una con la otra para el resto de nuestras vidas.

Ya no teníamos escapatoria, por muy pocas ganas que tuviéramos de vernos cuando nos enfadábamos.

Mi amistad con Noelia era más reciente, aunque llevábamos años siendo amigas. Éramos vecinas, vivíamos en el mismo bloque y en la misma planta. Nuestros pisos se encontraban uno al lado del otro.

Mi piso lo compré sobre plano, ya que invertí en una construcción nueva. De eso ya hacía ocho años, siete desde que entré a vivir en él. A Noelia la conocí a la semana de estar allí, cuando coincidimos al salir al mismo tiempo de nuestros pisos.

En aquel momento nos saludamos, nos presentamos y solo nos bastaron los primeros minutos de charla para saber que nos caíamos bien y que nos llevaríamos genial.

Esos bien y genial fueron agrandándose con el paso del tiempo. Cuando nos dimos cuenta, nos habíamos convertido en muy buenas amigas y no pasaba ni un día sin que nos viéramos, aunque fuese para saludarnos.

Compartíamos tiempo en el piso de la otra, compartíamos cualquier comida del día, siempre que podíamos, y muchas cosas más.

A Sofi y a Noelia las presenté a las pocas semanas del inicio de mi relación con mi vecina. A Sofi le creó mucha curiosidad todo lo que fui contándole de Noe y, según Sofi, debía darle el visto bueno para poder quedarse tranquila.

Y aquí estábamos. Desde el día que nos conocimos, pocas veces nos habíamos separado, siempre y cuando estuviéramos libres de nuestras obligaciones.

Sonreí recordando algunas anécdotas que habíamos ido acumulando con los años, mientras disfrutaba un poquito más del sol.

Hacía un día increíble, aunque demasiado caluroso si no tenías la oportunidad de mojarte. Por suerte, habíamos tenido la gran idea de pasar la mañana en la playa.

A la una y media recogeríamos y nos iríamos hacia el chiringuito, donde teníamos reservada una mesa para comer.

No debía quedar mucho, pero no me apeteció mirar la hora en mi móvil. Lo tenía dentro del capazo que siempre utilizaba para venir a la playa.

Durante un buen rato más estuvimos tomando el sol, hasta que fui la primera en moverme porque no lo soporté más. Tenía todo el cuerpo ardiendo, incluso la cabeza.

Me abroché las tiras de la parte de arriba del bikini y me incorporé despacio, asegurándome de que lo tenía todo bien atado y de que los triángulos de tela me cubrían los pechos.

Tampoco sería un desastre que se escapara algo, ya que de vez en cuando nos gustaba hacer toples. Pero para eso elegíamos otra playa. Esta en la que estábamos era la más cercana a donde vivíamos y podíamos encontrarnos con personas conocidas.

Al moverme, hice reaccionar a mis amigas. Esperé de pie a que estuvieran listas, mientras miraba hacia el mar.

El agua estaba en calma total. Llegaba a la orilla como una caricia y, sin tener en cuenta ese pequeño movimiento, el resto parecía una piscina.

—Vamos —dijo Noe, cuando se pusieron a mi lado.

Sonreí y comenzamos a caminar hacia el agua.

A Sofi y a mí nos costó varios gritos terminar mojadas del todo, mientras que Noelia se reía de nosotras, después de zambullirse en el agua y sacar la cabeza.

Una vez mojadas y pasadas las primeras impresiones, estuvimos de lujo y alargamos el momento todo lo que pudimos. Hasta que tuvimos que salir para secarnos un poco, antes de ir hacia el chiringuito.

Este se encontraba en la zona más alejada de la arena, a unos cuantos metros de distancia.

Después de unos minutos al sol, terminamos de quitarnos el exceso de agua del cuerpo con las toallas. Estas las guardamos en nuestros bolsos, junto a todo lo demás que teníamos fuera.

Una vez tuve puesto el vestido playero y las chanclas, y me recogí el pelo en un moño alto, me colgué al hombro el capazo para ir hacia el chiringuito.

Al llegar, una camarera nos acompañó a la mesa que nos habían reservado.

—Una botella de vino blanco, de la casa —le pidió Noelia.

La camarera se fue a buscarla.

Cogí uno de los paquetes alargados que contenían bastones finos de pan y lo abrí, para colocarlo en el centro de la mesa. Las tres comimos uno.

—Mañana podemos venir a pasar todo el día —comentó Sofi, mirando en la dirección del mar.

La mesa que habíamos ocupado se encontraba en la terraza, por lo que teníamos unas vistas preciosas de toda la playa. No nos daba el sol por ningún lado, estábamos protegidas y frescas por el gran ventilador que teníamos enfocado hacia nosotras.

—Claro —se animó Noe—. Y venimos preparadas, con la nevera y demás. Yo puedo hacer una tortilla de patata esta noche.

—Yo había pensado en repetir aquí para comer —dijo Sofi, refiriéndose al chiringuito—. Lo siento, pero yo paso de ponerme a hacer comida.

—Tú mejor entra lo justo a la cocina —le pedí.

Reí cuando me lanzó su servilleta.

La camarera eligió ese momento para volver con la botella de vino dentro de una cubitera llena de hielo.

Nos miró divertida, antes de abrir la botella y servirnos en las copas.

Se lo agradecimos y le pedimos que nos dejara un poco más de tiempo, ya que no habíamos mirado la carta.

—Qué bien sienta fresquito —comentó Noe, después de beber el primer sorbo de vino.

—De maravilla —estuvo de acuerdo Sofi.

—¿Esta tarde hay plan o queréis descansar? —les pregunté.

Cogí mi copa y me refresqué la garganta. Sí que entraba bien el vino, era una gozada con el calor que hacía y por lo bueno que estaba.

No entendía de vinos, pero sí de lo que a mi paladar le parecía perfecto. Y este vino de la casa lo sentía así. Era el que siempre pedíamos cuando veníamos a este chiringuito, y nos gustaba venir a menudo. Sobre todo, en verano, pero en invierno también.

Durante el año, el chiringuito solo cerraba un mes y medio. El resto del tiempo abría sus puertas y ellas las traspasaban muchas personas. Mis amigas y yo incluidas.

Estar en la playa y poder disfrutar de ella de cualquier manera era un extra en cualquier época del año. Aparte de que este chiringuito tenía mucho éxito por lo buena que estaba toda la comida que preparaban.

—Yo contaba con salir —habló Sofi—. Pensaba en descansar cuando termináramos de aquí y después vernos sobre las ocho o así, para tomar algo, cenar y después terminar con unas copitas. Son las fiestas del pueblo.

Se encogió de hombros.

—A mí me gustaría ver los fuegos artificiales —comentó Noe.

—Eso es fácil. A las diez de la noche miras hacia el cielo y arreglado —le dijo Sofi, con diversión.

—Pero no es lo mismo. —Hizo una mueca Noe.

—Podemos hacerlo todo —comenté—. Ahora reservamos en el restaurante para las diez y media, para no quedarnos sin mesa. Nos vemos al final de la tarde, sobre las ocho, en el bar de Iván. Nos tomamos unas cervecitas, hacemos tiempo hasta las diez, vamos a ver los fuegos y después al restaurante. Cenamos y más tarde las copas.

—Voy a llamar al restaurante —dijo Noe animada y sonreímos.

Buscó el número en su teléfono y la escuchamos hablar.

—¿Hola? Sí. Llamo para reservar una mesa para cenar a las diez y media. Sí. Estaremos ahí después de los fuegos artificiales y seremos cuatro. Sí. Claro. Muchas gracias. —Colgó, después de dar su nombre —. Hecho, ya tenemos reserva confirmada.

—Estupendo. Una cosa menos —nos dijo con un guiño Sofi.

—Yo me encargo de decírselo a Alan. Se unirá a todo —dije convencida, con un guiño.

Como había dicho Sofi, eran las fiestas del pueblo. La feria de las atracciones llevaba varios días montada y se alargaría hasta el final de la semana siguiente.

Durante diez días había muchas actividades por el pueblo, tanto para pequeños, como para jóvenes y adultos. Todos los espacios cobraban vida, al aire libre o a cubierto, como el teatro y distintas instalaciones.

Capítulo 2



—Dios, ¡cómo te odio! —Fue lo primero que le dije a Alan, en cuanto descolgué su llamada.

Mi hermano soltó una carcajada y yo varios bufidos. El primero de ellos fue por él, los demás por el esfuerzo tan grande que acababa de hacer.

Estaba sorprendida conmigo misma, por lo lejos que había llegado. No en distancia, sino hasta el final.

—¿Qué he hecho yo? —me preguntó, haciéndose el inocente.

Solo por cómo me estaba escuchando ya se había hecho una buena idea.

—Enumerarme todos los puñeteros beneficios que tiene hacer deporte. Me cago en todo con lo de: «Diana, tienes que hacer deporte, te sentirás muy bien». ¿Quieres que te diga cómo me siento ahora mismo?

—¿Has empezado hoy? No me lo creo.

—¿A ti qué te parece? A ver si te piensas que mi falta de aire al hablar y mis bocanadas son porque me apetece.

Puse los ojos en blanco, mientras escuchaba de nuevo sus risas.

—No me hace gracia.

Me senté en un banco, dejándome caer de golpe por la falta de fuerzas.

—Ni te la hará hasta dentro de unos días, pero para entonces te habrás dado cuenta de que gracia es lo último que tiene que hacerte. Ahora que has empezado, tienes que continuar cada día para que te sirva de algo.

—Ya veré lo que hago, porque si digo ahora lo que pienso…

—No. Mejor quédate callada —me pidió, con diversión—. Te llamo por el mensaje que me has enviado.

—Hace como dos horas.

—Ya, las mismas que he estado durmiendo.

—Por eso no te he llamado. ¿Has descansado bien?

—Después de comer me dio tiempo de llegar al sofá, antes de quedarme dormido —me contó y sonreí, con cariño.

Mi hermano trabajaba en el hospital de nuestro pueblo, el que acogía a todas las personas de aquí y de los pueblos de alrededor. Era el único que había a muchos kilómetros.

Alan era cirujano general especialista en urgencias. Desde hacía unas semanas hacía el turno de mañana, ya que trabajaba en turnos rotativos de mañanas, tardes y noches. Aunque siempre debía estar localizable para estar disponible las veinticuatro horas del día, durante los siete días de la semana. Aparte de sus guardias presenciales, en las que podía estar días enteros trabajando en urgencias.

Con lo liado que estaba en su trabajo, o más bien, limitado, Noe lo había incluido sin dudar en la reserva del restaurante, ya que las tres sabíamos que hasta el día siguiente no tenía que volver al hospital.

¿Podían llamarlo en medio de la cena o de cualquier otro momento? Sí. ¿Eso lo limitaba a no beber alcohol? Sí. Pero daba igual, preferíamos que disfrutara unas horas a que no lo hiciera nunca. Si tuviera que estar pendiente todo el tiempo de recibir una llamada, no se movería de su casa.

—¿Te apetece el plan que te he contado en el mensaje? —le pregunté—. Ir al bar de Iván, ver los fuegos artificiales, después al restaurante de la plaza a cenar y alargar la noche lo que nos apetezca y se pueda.

—Ahora mismo no me apetece, pero sé que me animaré. Al menos saldré un poco en las fiestas, en vez de vivirlas desde dentro del hospital. Pero me quedaré hasta la una menos veinte o menos diez, como mucho. Quiero estar en la cama a la una. Necesito levantarme descansado por la mañana.

—Claro, como si te quieres ir antes. Sabes que, por nosotras, lo que decidas estará bien.

—Lo sé.

Noté la sonrisa en su voz.

—Pues voy a darme una ducha. En cuanto esté arreglado, voy para tu bloque —comentó.

—No te arregles mucho porque hoy habrá muchas mujeres por las calles e irás dejando desmayos por todas partes.

Alan soltó una carcajada y yo sonreí.

—¿Ya has llegado al piso?

—No. Sigo a la misma distancia que cuando he descolgado —le contesté con diversión—. Yo también necesitaba descansar. Me he sentado en un banco porque me temblaban las piernas.

—¿Qué tipo de ejercicio has hecho?

—He salido a correr —le respondí con un bufido—. Yo. ¿Te lo puedes creer?

—¿Sinceramente? No —rio—. Si no te hubiera pillado casi al borde del desmayo y sin poder hablar, al faltarte la respiración, todavía estarías intentando convencerme de que hoy, por primera vez en tu vida, me has hecho caso en lo del deporte y has decidido hacer algo.

—Lo habrías notado en cuanto me vieras moverme a los siguientes días.

Reímos.

—¿Cómo te ha dado por correr?

—Yo qué sé —suspiré—. Pensaba que sería más fácil. A ver, me he alejado de mi zona caminando y, al cabo de un rato, he empezado a correr. Pero para mí ha sido mucho. En total habré corrido… no llega a veinte minutos.

—Está muy bien para ser la primera vez.

—Y la última.

Bufé.

—De eso nada. Mañana otra vez. Lo que puedes hacer es ir más despacio. Caminar también está muy bien. Puedes ir aumentando el ritmo progresivamente de un día para el otro, hasta que te veas forzada a trotar y de ahí a correr un poco más rápido.

—Esa idea me gusta. Convenceré a Noe para que me acompañe.

—¿Se lo has dicho hoy?

—Sí.

—Y te ha dicho que no se ha levantado muy bien de la siesta o cualquier otra excusa, ¿no? —preguntó serio.

—Efectivamente —contesté de la misma manera.

Soltamos una carcajada.

—Ya le diré luego que tiene muy buena cara para haberse encontrado mal —comentó con humor.

—Es capaz de pedirte que le hagas un chequeo, para seguir con su excusa —le dije.

Volvimos a reír.

—Levanta el culo del banco y ve a ducharte ya. Voy a llegar antes de que acabes.

—No sé si me veo capaz.

—En quince minutos llego, así que tú misma.

—No es verdad. Has dicho que ibas a ducharte —reí.

—Tienes veinte minutos. Hasta ahora.

—Hasta dentro de un rato.

Colgué sonriendo y me levanté del banco haciendo una mueca. Notaba todavía más la debilidad de las piernas, después de un rato.

Hice varias respiraciones profundas después de los primeros pasos, mientras pensaba que iban a pasar varios días para que me animara de nuevo a salir a correr.

La verdad era que no le encontraba explicación al haberme decidido a dar el primer paso. De no realizar ningún deporte en mi vida, había pasado directamente a lanzarme de cabeza, a nada más y nada menos que, a correr.

Como si tuviera fondo para aguantar. ¡Si aprobaba a lo justo la asignatura de gimnasia durante los años de colegio! Ese era un resumen perfecto para aclarar mi relación con el deporte.

Cuando llegué al edificio en el que vivía, subí en el ascensor hasta mi planta. En cuanto entré en mi piso, me dirigí a mi habitación para no perder tiempo.

Mi hermano no se retrasaría de la hora que me había dicho. Las dos únicas opciones eran que llegara puntual o que se adelantara unos minutos.

Me desnudé deprisa, para meterme en la bañera. Me sentó genial que el agua me cayera por la cabeza y me recorriera todo el cuerpo. Antes de enjabonarme, me tomé unos minutos de más disfrutando de la sensación. Por el calor que había pasado y para aliviar mis músculos doloridos.

Salí de la bañera pasado un rato, con una toalla enrollada en la cabeza y mientras me secaba el cuerpo.

Fui a la habitación para ponerme la ropa interior y saqué del armario la ropa que iba a ponerme. Elegí un pantalón corto y un top de tirantes finos.

Para encima, decidí llevarme un cárdigan que quedaba muy fino y elegante. Era holgado y calado, con las mangas de murciélago. Me llegaba hasta por debajo del trasero, aunque podía colocármelo por la cintura, ya que a veces me lo ataba por delante.

Con eso tenía más que suficiente para cuando refrescara, para sentir algo sobre los hombros.

Volví al baño para secarme un poco el pelo. Me lo dejé húmedo y suelto, y al terminar, me vestí y me calcé unas sandalias de tiras con cuña.

Saqué del armario mi bolso preferido, el que más utilizaba en mis salidas, y después de meter la cartera, un paquete de pañuelos y el móvil, doblé bien el cárdigan y lo coloqué con cuidado dentro.

Regresé por última vez al baño, para pintarme los labios y echarme perfume. No quise maquillarme, ya que tenía un color muy bonito de piel, de la mañana en la playa.

Justo cuando me colgaba el bolso al hombro y apagaba el aire acondicionado, sonó el timbre. Venía del portero del edificio, por lo que era mi hermano.

Salí de la habitación y fui hacia la puerta del piso, donde enseguida vi a Alan en el videoportero, al haberse activado la cámara. Estaba de perfil.

Pulsé el botón del videoportero para hablarle.

—Cara bonita —le dije.

La giró hacia mí, sonriendo, y le devolví el gesto.

—Ya estoy. Voy a picarle a Noe y bajamos.

—Vale. Aquí os espero.

—¿Te abro para que estés más fresco?

—No. Voy al único banco de enfrente en el que da la sombra. De vez en cuando corre aire y se está bien.

—Vale. Hasta ahora.

Capítulo 3



En cuanto la imagen de mi hermano desapareció de la cámara, abrí la puerta del piso y, después de cerrarla, fui hacia la de mi amiga Noelia.

Pulsé el timbre y sonreí cuando abrió de un tirón.

—Hola, preciosa —me saludó.

—Hola, guapísima —le dije, con un silbido.

Se había puesto una falda pantalón y un top palabra de honor que le sentaba genial. Estaba preciosa y se había arriesgado a dejarse el pelo suelto, como yo.

—Tú también vas espectacular —habló haciéndome un guiño y reímos.

—¿Ya estás? Alan está abajo.

—Sí. Espera, voy a por el bolso.

Volvió pronto con él cruzado al pecho y, una vez cerró con llave la puerta de su piso, fuimos al ascensor.

—¿Al final qué has hecho esta tarde? —me preguntó, mientras pulsaba el botón de la planta principal.

—Salir a correr.

—¿Lo has hecho? —quiso saber, sorprendida.

—Sí, hija, sí.

Bufé.

—Eres muy mala amiga. Me has dejado sola ante el peligro.

—Joder, pensaba que te echarías para atrás. Cuando me lo has dicho, he pensado que estabas pasando por una locura transitoria y que se te pasaría rápido.

Se llevó una mano al pecho.

—Además, no me encontraba bien. Ya te lo he dicho. No puedes enfadarte conmigo —me pidió haciendo un puchero.

Solté una carcajada, mientras negaba con la cabeza.

Salí la primera del ascensor, cuando llegó a la planta principal.

—¿Te has enfadado? —insistió, por mis risas y ante mi silencio.

—Noe, no hay quien se crea que te encontrabas mal desde que te has despertado de la siesta. Por si no te acuerdas, al principio de la llamada que te he hecho, me has hablado con mucha energía y después la has perdido toda, cuando te ha convenido.

Me encogí de hombros y abrí la puerta del edificio.

—No has sido creíble. Tendrías que haberme dicho la verdad, que pasabas de acompañarme porque me había vuelto loca por querer hacer de golpe deporte —suspiré—. Lo mismo me habría servido para entrar en razón.

—Lo siento. De verdad pensaba que no lo harías. ¿Cómo de mal te ha ido?

Caminamos por la acera, yendo directas hacia mi hermano. Tal y como me había dicho, se había sentado en el banco, a la sombra.

—Ha sido horrible, Noe —le contesté con un puchero.

—¡Ay!

Se tapó la boca con una mano.

—Pensaba que el corazón se me saldría del pecho, por la boca o los oídos. Ha sido espantoso. Y la respiración… Madre mía, no podía respirar. El aire no me entraba bien y no conseguía coger el suficiente para que me llegara a los pulmones. Y encima me temblaban mucho las piernas. En algunos momentos pensaba que me caería. Todavía me las noto de gelatina.

Reí cuando me encontré con la mirada de mi hermano. Tenía una ceja arqueada, después de escuchar mi gran explicación.

—Dios, ¡qué horror! —exclamó Noe, con cara de susto.

—¿Ya estás bien, Noe? —le preguntó mi hermano—. Diana me ha dicho que has estado indispuesta esta tarde. Si es algo del estómago, te aconsejaría que hoy tomaras agua y que cuidaras la alimentación. Una sopa o algo muy ligero te sentaría bien.

Apreté los labios, conteniendo la risa, mientras que mi amiga lo observaba con la boca abierta. Ya estaba temiendo que mi hermano se metiera en su papel de médico y que la obligara a cuidarse, a pesar de que no lo necesitaba.

—Con eso no se juega —le dijo ella, señalándolo.

Alan y yo soltamos una carcajada.

—No seáis malos —nos pidió, con un suspiro—. Jo, que me da tanto miedo el deporte como a ti —me dijo—. Y no creía que salieras a correr, después de decírmelo.

Puso los ojos en blanco.

—Así que estás perfectamente y puedes comer y beber de todo —comentó Alan.

Noe asintió con energía, varias veces, y volvimos a reírnos. En esta ocasión, ella también.

—Vamos al bar —les pedí—. Sofi debe estar a punto de llegar.

Sofi vivía en la parte contraria a la de nosotros tres. El bar de Iván quedaba a medio camino y desde donde nos encontrábamos había unos seis minutos caminando.

Un paseíto agradable, ya que mi hermano dejó el coche estacionado en la calle. Y no solo fue por lo cerca que estaba el bar y la zona más concurrida del pueblo, sino porque en cuanto camináramos un par de calles, nos encontraríamos con el resto cerradas al tráfico.

Por las fiestas no se podía acceder al centro con vehículos y de esa manera continuaría, hasta que todo volviera a la normalidad. Después del caos del primer día ya nos habíamos acostumbrado, como cada año en estas fechas.

—¿Cómo van esas piernas? —me preguntó Alan.

—Solas —contesté.

Reímos.

—Todavía siento que me tiemblan. No sé, es una sensación rara y nueva para mí.

—Se te pasará poco a poco.

—Has sido muy valiente —me dijo Noe.

La miré de reojo.

—Pues prepárate porque el próximo día porque me va a dar igual que me enseñes un termómetro con más de cuarenta de fiebre —le advertí—. Igualmente, no me lo creeré.

—¿En serio te han quedado ganas de repetir? —me preguntó sorprendida.

—No, pero según Alan, con unas cuantas veces más le cogeré el gusto y con más tiempo lo necesitaré para sentirme bien.

Me encogí de hombros.

—Noe, te digo lo mismo que a mi hermana. Si lo piensas, no lo harás, así que lo mejor es que te prepares y salgas a la calle. ¿Qué andas? Perfecto. ¿Qué puedes correr un poco? Pues también perfecto. Lo importante es que os mováis y, cuando os deis cuenta, iréis subiendo de nivel. Incluso vosotras os sorprenderéis de lo fácil que os resultará.

—No sé. Suena muy fácil, pero hacerlo… —carraspeó.

—Empezaremos sin prisa —le dije. Me agarré de su brazo—. Saldremos a caminar, daremos un paseo largo y ya verás cómo ni nos enteramos —la animé.

—Si es solo caminar…

No habló muy convencida y sonreí.

—Te aseguro que la locura de hoy no la hago más —suspiré—. Quiero intentarlo, hacerlo bien, y también quiero que me acompañes porque te mueves tan poco como yo.

—Para ir al trabajo y los demás para completar mis rutinas. Este paseíto también cuenta.

—Ya veréis lo bien que os viene, incluso solo porque estaréis al aire libre desconectando de todo lo demás.

—Eso también podemos hacerlo sentadas en una terraza, bebiendo una cervecita o lo que nos apetezca. Según la hora que sea —dijo con mucha gracia Noe.

Soltamos una carcajada.

—Poneos eso como premio, si andáis más de una hora. Es un reto que podéis hacer perfectamente —nos picó Alan.

—Va gustándome más —comentó Noe, y Alan y yo sonreímos.

Una vez que estuvimos por las calles solitarias de coches, comenzamos a cruzarnos con muchas personas. Fuimos saludando a todos los que conocíamos, mientras nos acercábamos cada vez más al bar de Iván.

Iván era el dueño y nuestro amigo. Tenía la misma edad que Alan y estudiaron juntos. Sofi y yo siempre fuimos dos cursos por debajo de ellos y éramos más grandes que Noe por un año.

—Al final os convenzo para que os preparéis para un maratón. Tiempo al tiempo —dijo entre risas mi hermano.

Noe y yo lo miramos como si se hubiera vuelto loco, lo que provocó que riera por más tiempo.

—¡Ya era hora! Casi me bebo toda la cerveza del bar —nos dijo Sofi, alzando la voz.

Los tres sonreímos mientras recorríamos los últimos metros que nos separaban de la mesa que había ocupado.

Nuestra amiga dejó su jarra de cerveza y se levantó, para saludarnos. Nos dimos abrazos y besos, antes de sentarnos todos.

—No dijimos la hora exacta —comentó Noe.

—Déjala —le pedí—. Si no se queja, no es ella. —Le hice un guiño.

—No me hagas hablar.

Puso los ojos en blanco.

—Buenas noches, preciosas y precioso.

Al escuchar a Iván, los cuatro levantamos la mirada hacia él.

—Hola, guapetón —lo saludó Noe.

Él le sonrió.

—Menos mal que me has dicho precioso, si no, no podría haber dormido esta noche —le dijo Alan.

Iván soltó una carcajada, mientras colocaba una mano en el hombro de mi hermano. Se dieron un abrazo rápido cuando Iván se inclinó hacia mi hermano.

—¿Cervezas? —nos preguntó.

—Jarras medianas —le contesté, señalando la de Sofi.

—Marchando. Lo mejor para mis mejores clientes —susurró con complicidad.

Iván se fue para traernos las bebidas, con las que regresó antes de que nos diera tiempo a iniciar una conversación.

—Diego estaba sirviéndolas ya —nos informó del motivo de su rapidez.

—Chico listo —dijo Sofi y todos reímos.

—¿Vais a querer algo más? Lo digo porque la cocina comienza a estar un poco colapsada, para que no se os retrase mucho.

—¿Pedimos unas tapas para picotear? —nos preguntó Noe.

—Por mí sí —contesté.

Al final, Iván se fue para pasar a la cocina el pedido que solo él sabía, por el momento. Dejamos las tapas a su elección, ya que todo lo que nos sirviera nos gustaría.

No había una sola cosa que no preparara Roberto, el cocinero, que no fuera una maravilla.

Capítulo 4



—Se está de maravilla —dijo Sofi.

—Sí —estuve de acuerdo.

Miré la hora en la pantalla del móvil.

—Quedan veinte minutos para los fuegos artificiales —les recordé.

No nos habíamos movido de la terraza del bar de Iván. Se estaba demasiado bien y no nos había apetecido.

—Por mí no lo hagáis —comentó Noe—. No hace falta que vayamos. Desde aquí se verán y, cuando terminen, podemos irnos directamente al restaurante.

—Pero no es lo mismo —le dije.

—Exacto —habló Sofi—. Cada año te hace la misma ilusión. ¿Por qué te da igual ir ahora?

—Lo has dicho tú. Aquí estamos de maravilla.

Se encogió de hombros Noelia.

—De pie, viendo los fuegos, también lo estaremos —intervino Alan —. Además, será poco tiempo. Dentro de poco tendremos que ir al restaurante.

—Como queráis —nos dijo Noe.

—¡Si lo estás deseando! —rio Sofi.

Se levantó y se colgó el bolso.

—Voy a pagar y al baño —nos dijo.

No nos dio tiempo a contradecirla en lo de pagar. Se movió rápido, antes de que pudiéramos hablar.

Los demás nos levantamos de la mesa y nos alejamos unos pasos de la terraza. Desde ahí observamos a Iván. Estaba junto a otros clientes, hablando con ellos, por lo que no quisimos llamarlo.

Fue Iván el que se dio cuenta de que nos íbamos, al cabo de unos segundos, y vino hacia nosotros.

—Continuad disfrutando de la noche —nos pidió.

Pasó por cada uno, dándonos un abrazo. Cuando llegó Sofi, hicieron lo mismo.

—¿Vais a dar una vuelta? Después de los fuegos comienzan varios conciertos —nos dijo Iván.

—Primero tenemos que alimentarnos, guapo —le dijo Sofi.

—Ah, que no habéis tenido bastante con las tapas que os he servido —comentó con diversión él.

—Esas eran para abrir boca —rio Noe.

—Ya veo —sonrió Iván—. Pues, hagáis lo que hagáis, a pasarlo bien.

—Ahora vamos a ver los fuegos de cerca y después a cenar al restaurante de la plaza. El resto no lo sabemos. Lo iremos viendo —le conté.

—Buen plan —me dijo, con un guiño—. ¿Mañana tienes turno de tarde? —le preguntó a mi hermano.

—No. Voy de mañana —le contestó Alan, sonriendo—. Así que ya puedes imaginarte cuál va a ser mi plan después de salir del restaurante.

—Tu cama —le dijo Iván, con una sonrisa pícara—. Solo.

Rieron.

Cuando escuchamos los petardos que anunciaban el inicio de los fuegos artificiales, nos despedimos por última vez de Iván y nos fuimos caminando con pasos rápidos.

—¿Corremos? —propuso Sofi.

Alan soltó una carcajada.

—¿Qué? —le preguntó ella, por su reacción.

—Yo no corro más hasta que pierda la memoria de esta tarde —comenté, con diversión.

—¿Cómo? —Me miró Sofi.

—Diana ha salido esta tarde a correr —le contó Noe, mientras se contenía para no reír.

—Ya… no cuela como broma. —Negó con la cabeza Sofi.

—Ojalá fuese una broma y estuviera riéndome ahora mismo —le dije—. En vez de notar debilidad en las piernas.

Bufé.

—¿Es verdad? ¿Has salido a correr? —Jadeó por la impresión.

Mi hermano volvió a reír.

—Cállate, que el único culpable eres tú —me dirigí a él.

Le di un pequeño empujón, pero Alan lo solucionó pasando un brazo por mis hombros y dándome un beso en la cabeza.

—Pelota —le dije, sonriendo.

—No tengo por qué —sonrió de medio lado.

—¿Podéis hacerme caso? —se quejó Sofi.

—Ya te lo he dicho. Créetelo —le pidió Noe—. Diana ha salido a correr esta tarde —repitió.

—¿Pero por qué?

—Durante la cena te lo cuento —suspiré—. Ahora vamos a disfrutar del espectáculo.

Los primeros fuegos salieron disparados hacia el cielo, cuando llegamos a una parte desde la que se podían ver estupendamente. Nos sentamos los cuatro en un macetero decorativo y desde esa posición, observamos en silencio las formas tan bonitas que explotaban sobre nuestras cabezas.

Noelia fue la que lo vivió con más intensidad, como cada año. Le encantaba este momento. Era el que más disfrutaba de todas las fiestas del pueblo. Y había mucho para elegir.

Unos minutos más tarde, demasiado rápido, todo había terminado. Alan, Sofi y yo reímos cuando Noe comenzó a quejarse como una niña pequeña a la que le han quitado su mayor diversión y distracción.

—Anda, vamos —le dijo Alan.

Le rodeó la cintura a Noe y se la llevó con él, mientras se movían entre todas las personas que también se iban de esta zona.

—¿Crees que algún día tu hermano terminará con tanta tontería? —me preguntó Sofi.

Se agarró de mi brazo y comenzamos a caminar.

—No lo sé —sonreí con cariño, pero también con pizca de tristeza—. Cuando le saco ese tema de conversación, me pide que lo deje estar, que no quiere hablar de ello porque no tiene sentido hacerlo.

Me encogí de hombros.

—Están perdiendo un tiempo valioso —dijo pensativa.

—Según mi hermano, lo que pasó entre ellos es pasado.

—Claro, por eso a veces se miran con anhelo. Ambos, ¿eh? Porque Noe no se queda atrás.

—Si ya no se acuerdan ni por qué lo dejaron —comenté, con un bufido.

—Mujer, yo tampoco me acordaría con un hombre como Alan —dijo riendo Sofi—. Preferiría recordar otras cosas mucho más interesantes.

—Ya te vale —reí.

—Tú harías lo mismo. —Me hizo un guiño.

—Pues sí.

Soltamos una carcajada.

—Tienen que arreglar ese lío de buenos amigos —comentó Sofi.

Puso los ojos en blanco y sonreí.

Eso eran mi hermano y Noelia, buenos amigos, desde que decidieron dejar de tener sexo frecuente durante cuatro meses.

Se conocieron por mí, ya que Noelia era mi nueva estrenada vecina y organicé una cena en mi piso. Cena a la que mi hermano también estaba invitado, por supuesto.

La atracción entre ambos fue instantánea, no la pudieron ocultar porque hasta a ellos les sorprendió aquella noche.

Después de eso y de varias salidas en grupo, en las que fueron tanteándose, comenzaron a quedar a solas. Disfrutaban, se lo pasaban bien, quedaban y hacían lo que les apetecía y querían.

De esa manera estuvieron durante cuatro meses, tiempo en el que todos los de su alrededor llegamos a pensar que tenían una relación. En sí lo fue, aunque no como los demás imaginábamos.

Tuvieron una relación muy especial, pero no hasta el punto de comprometerse y reconocerse. Para mí, que me ilusioné mucho por ambos y que más feliz no pude sentirme, supuso un palo muy grande cuando me dijeron cada uno, por separado, que ya no volverían a verse más si no era un grupo, como buenos amigos.

Terminaron lo que tenían de un día para el otro, lo que nadie entendió. Y menos comprensible era cuando los veías juntos. La química y la conexión continuaban estando ahí. Había cosas que, por mucho que se quisieran ocultar, era imposible hacerlo.

Y la atracción también se notaba, aunque esta la controlaban más. Como había dicho Sofi, solo había que verlos cuando, en algunos momentos, se miraban sin que el otro se diera cuenta. Había tanto ahí…

—Yo no voy a meterme —le dije a Sofi—. Ya lo hice bastante en el pasado y terminé peor que ellos.

Me encogí de hombros.

—Es que no sé por qué tu hermano no hace nada —suspiró—. Es tan evidente todo.

—Tendrás que preguntárselo a él, yo hace tiempo que desistí de todo.

—¿Crees que es verdad lo que te dijo?

—Sí —le confirmé sin dudar—. Alan no me engaña en las cosas que me dice, pero eso no quiere decir que se guarde información o detalles para él. Si me dice algo, es verdad, o él cree que es verdad.

—Entonces debe ser cierto que ambos decidieron de golpe que lo mejor para mantener la relación de amistad era olvidarse del sexo y de intimar —dijo pensativa Sofi.

—Sí, pero tomaron la peor decisión de sus vidas.

Bufé.

—Ya. Joder, anda que deben tenerse ganas…

Nos miramos y soltamos una carcajada, a pesar de que la situación no nos gustaba nada.

Las risas se me quedaron atascadas en la garganta, cuando solté un grito de dolor. De golpe, recibí un pisotón inesperado que me hizo ver las estrellas y todo el firmamento, al llevar el pie al descubierto.

Las tiras de las sandalias no servían de nada para frenar un poco el impacto.

—¡Diana! —se preocupó Sofi, agarrándome de un brazo.

—Joder, joder… —Bufé—. Dios, creo que tengo partidos varios dedos.

—Ay, tus deditos. —Jadeó.

Ambas miramos hacia el suelo, donde nos encontramos con otro pie muy, pero que muy cerca de las puntas de mis dedos.

Fue en ese momento en el que me di cuenta de que alguien que no era Sofi me agarraba del otro brazo.

Levanté la cabeza para encontrarme con la cara de un hombre, casi delante de mí.

—Lo siento —se disculpó.

Estábamos alejados de la única farola que teníamos cerca y él quedaba de espaldas a la luz, por lo que nada favoreció a que pudiera verlo con claridad.

Pero, aun así, sí que lo vi lo suficiente como para apreciar sus facciones, su altura y su constitución.

Capítulo 5



Mateo

—Lo siento —me disculpé con la mujer a la que acababa de pisar.

No sabía ni cómo había sucedido. En un momento estaba hablando con mi amigo Leo, y al otro tenía casi encima de mí a esa mujer. Con pisotón incluido.

Una vez recuperado de la impresión, lo primero que hice fue mirar hacia su pie maltratado.

Mi expresión se contrajo al darme cuenta del daño que debía haberle hecho. Lo único que le cubría pequeñas partes de los pies eran unas tiras finas. Podía decirse que los llevaba al descubierto, por las sandalias que calzaba.

No había podido esquivarla, aunque podíamos dar gracias a que ni ella ni ambos habíamos terminado en el suelo. Podría haberla arrollado fácilmente, si no hubiera sido porque Leo me agarró de un brazo, frenando el avance de mi cuerpo.

Lo mismo había hecho yo con la mujer, sujetarla para evitar que se fuera para cualquier lado.

Cuando dejé de darle vueltas a lo que había pasado, me fijé en la mujer todo lo que pude. La luz de la calle no era muy buena en esta zona, por eso la habíamos elegido para disfrutar de los fuegos artificiales. Como muchas otras personas.

Desde esta parte los habíamos visto estupendamente, lo que no podía decir ahora mismo de las dos chicas que estaban frente a mí. Al lado de la que todavía sujetaba yo, había otra mujer que al mismo tiempo también agarraba del otro brazo a la que había recibido mi pisotón.

—No pasa nada —me dijo la afectada.

Habló tan bajo que tuve que esforzarme por escucharla, incluso echarme un poco hacia delante.

Al hacerlo, provoqué que ella diera un paso hacia atrás y, al retroceder, la solté del brazo.

Tuve una sensación extraña. Bastante extraña, de hecho, pero la sentía desde el principio.

Fue como si mi cuerpo y mi instinto me lanzaran una alerta, cuando no había peligro alguno.

—De verdad que lo lamento —repetí, con un carraspeo.

—Tranquilo, todavía tiene los cinco dedos en su sitio —dijo la chica que la acompañaba.

Ella no la había soltado y se ganó una mirada dura de la del pisotón. Agradecí no ser el destinatario de esa mirada, aunque a la otra le pareció graciosa su reacción porque sonrió.

—Oye, ¿nos hemos visto en otra parte? —me preguntó a la que había pisado.

Su pregunta impulsiva y de repente me sorprendió, porque…

—¿Tú también tienes la misma sensación? —le pregunté.

—Eso quiere decir que…

—Que creo que te he visto antes, pero es imposible —comenté.

—¿Por qué? —me preguntó, con el ceño ligeramente fruncido.

—Porque es nuestro segundo día en este pueblo —respondió por mí Leo.

Ambas chicas lo miraron, como si hasta este momento no se hubieran dado cuenta de la presencia de mi amigo.

—¿No sois de aquí? —preguntó la acompañante de la del pisotón.

—No —contestamos al unísono, Leo y yo.

—Vivimos a unos cuantos kilómetros de aquí —añadió Leo.

—Bastantes —dije.

—¿Habéis venido para las fiestas? —continuó preguntando.

—No, pero estamos aprovechando el tiempo —respondí.

—La verdad es que… —habló pensativa.

—¿Qué? —le preguntó a la que había pisado.

—Joder, que yo también creo que me suenan de algo, pero no termino de ubicarlos.

—Estamos equivocándonos los cuatro —dijo Leo.

—¿Eso quiere decir que tú también lo sientes? —preguntó con sorpresa la del pisotón.

—Qué mierda… —susurró la otra.

—Sí. Estamos liándonos y confundiéndonos con otras personas —comenté—. Es la primera vez que estamos aquí. —Miré a Leo.

—Sí —lo confirmó.

Sacudió la cabeza.

—Por última vez, lamento lo sucedido.

—Gracias. Ya no me duele —me dijo ella.

—Lo dudo, pero gracias a ti por querer quitarle importancia —sonreí de medio lado—. Que tengáis buena noche y disfrutéis de las fiestas.

No esperé a que alguien más hablara, comencé a caminar alejándome de ellas. A mi espalda escuché cómo Leo se despedía de las chicas, antes de caminar rápido para ponerse a mi lado.

—Qué situación más rara —me dijo.

—Ya… —Fruncí el ceño—. Se nos ha ido un poco la cabeza a los cuatro.

—Pues sí —rio—. Al menos no hemos sido los únicos.

Sonreí de medio lado, negando.

—Ha sido muy curioso —continuó.

—Déjalo ya —le pedí, mirándolo de reojo.

Cuando dejamos atrás la zona menos iluminada, nos recibió todo lo contrario. Comenzamos a caminar por las calles, mezclándonos con las personas que estaban por todos lados.

El acceso a los vehículos estaba cortado, por lo que la gente iba por medio de las carreteras con tranquilidad. Según nos dijo el camarero del restaurante en el que habíamos comido, los únicos vehículos que podían circular por aquí, durante las fiestas del pueblo, eran los que tenían sus plazas de aparcamiento en sus edificios o casas.

Pero para ellos había un límite de hora para poder pasar. Cortaba el acceso a las siete y media de la tarde. Si alguien se retrasaba, debía estacionar fuera de la zona céntrica.

—Vale —dijo Leo, levantando las manos—. Se queda como otra anécdota más.

—Como si hubiéramos tenido muchas —comenté negando.

—Hoy estás muy pesimista. Llevo todo el día diciéndotelo.

—¿Eso es ser pesimista para ti? Porque para mí es ser realista.

Puse los ojos en blanco, mientras Leo reía.

—A ver, hombre realista, ¿qué te parece si compramos unos bocadillos de pinchos y unas cervezas, y cenamos en alguna parte de la hierba del parque del concierto que está más cerca de aquí? Ya se escucha la música. Empezaba después de los fuegos.

—Me parece una idea perfecta. De vez en cuando las tienes.

Leo soltó una carcajada y yo sonreí de medio lado.

Nos dirigimos hacia el puesto que vimos cuando íbamos hacia la zona de donde veníamos. La primera vez que pasamos por al lado, nos llamó la atención el olor.

Había gente por todos lados. Las terrazas de los bares y de los restaurantes estaban al completo, por lo que los interiores estarían igual. La gente iba y venía, y los que querían comer y no podían por falta de sitio, comían caminando, mientras hablaban y se lo pasaban bien con sus grupos.

Y, como era normal, al llegar al puesto de los pinchos tuvimos que ponernos a la cola. Por suerte, no era tan larga como había pensado en un principio.

No solo vendían pinchos. Había todo tipo de comida rápida para elegir.

—Si te apetece otra cosa…

—Un bocadillo de pinchos. Tengo antojo desde que los olí.

—Yo también. Somos demasiado fáciles, tío.

Reímos.

Poco a poco fuimos avanzando en la cola y cuando fue nuestro turno, le pedimos a la chica que atendía los dos bocadillos de pinchos con dos vasos grandes de cerveza.

Mientras esperábamos a un lado del puesto, dirigí la mirada alrededor.

—¿Estás escuchándome o estoy hablando para el aire? —me preguntó Leo, al cabo de un rato.

Busqué su mirada.

—Claro que estoy escuchándote, pero también puedo mirar a lo que nos rodea —contesté, con una ceja arqueada.

—¿Qué estaba diciéndote?

—Que vas a invitarme a la cena —sonreí de medio lado.

Leo soltó una carcajada.

—No me hagas recordarte que la comida la he pagado yo —le dije con diversión.

—Qué bien sabes salir de las situaciones. —Negó con la cabeza.

Le hice un guiño y pasé por su lado, cuando vi que llamaba mi atención la chica del puesto. Leo le daba la espalda y no se enteró.

Cogí la bolsa con la comida que me ofreció la chica, al mismo tiempo que con la otra mano le daba un billete. A pesar de lo que le había dicho a mi amigo, que le tocaba pagar a él, no tenía ninguna intención de que eso sucediera.

Leo enseguida se puso a mi lado y me miró con diversión. Él se encargó de coger varias servilletas que metió en la bolsa y el portavasos de cartón, en el que estaban los vasos de cerveza.

Nos despedimos de la chica cuando me devolvió el dinero que sobraba y nos alejamos del puesto. Íbamos a salir de la zona cuando me paré a observar de nuevo alrededor.

—¿Qué haces? —me preguntó Leo.

Se quedó adelantado unos pasos.

—Nada —contesté, sacudiendo la cabeza.

Me puse a su lado y fuimos hacia el parque en el que estaba el concierto. No tardamos en llegar y, después de buscar un hueco en el que pudiéramos estar cómodos, lo encontramos junto a un árbol.

Nos sentamos en la hierba y, mientras yo sacaba los bocadillos y las servilletas, Leo colocó el portavasos entre nosotros.

Le di uno de los bocadillos y cogí mi vaso, para quitarle la tapa. Mi amigo me imitó y chocamos con cuidado los vasos de plástico, antes de darle un buen sorbo a la cerveza.

—Deliciosa —dijo.

—Lo mejor. Y este momento también.

—No digas esas cosas que me emocionas.

Sonreí y bebí otro sorbo. Dejé el vaso encajado en el portavasos y rompí el papel que cubría una de las puntas del bocadillo.

Tenía una pinta espectacular y olía de maravilla, pero aún mejor me supo cuando le di el primer mordisco. Leo incluso jadeó cuando lo probó, lo que me provocó una carcajada con atragantamiento incluido, que nos hizo reír a ambos cuando me recuperé.

Capítulo 6



—Venga —me pidió Sofi, para que me diera más prisa.

—Pero ¿dónde vas? El restaurante está hacia el otro lado —le dije extrañada.

—Estamos siguiendo a los dos hombres.

Agrandé los ojos y me paré de golpe, provocando que hiciera lo mismo porque tiré de su brazo.

—¿Qué? —me preguntó impaciente.

—¿Te has vuelto loca? ¡Que me ha pisado, no me ha amenazado!

—Joder, ya lo sé —rio—. No los estamos siguiendo por el pisotón que te ha dado. Por cierto, no veas cómo estaba ese hombre y eso que faltaba luz. Oye, ¿sientes todos los dedos?

Ambas miramos hacia mi pie dolorido.

—Sí. Demasiado porque algunos me molestan.

—Eso es bueno. —Asintió.

—¿Me puedes decir qué te ha dado ahora con perseguir a esos dos hombres?

Me crucé de brazos.

—Solo es interés.

Elevé las cejas.

—¿Tú no lo tienes? No puedes negar que ha sido curioso lo que ha pasado.

—Sofi —suspiré—. La sensación de habernos visto antes puede ser debido a muchas cosas.

—¿Sí? A ver, dime unas cuantas —me pidió.

—Y yo qué sé. Ahora no voy a pensar en eso.

Bufé.

—Quiero ir al restaurante. Mi hermano va a preocuparse como no lleguemos dentro de poco.

—Tu hermano lo que necesita es estar a solas con Noe. Le estamos haciendo un favor.

—Es mejor que no tensemos esa cuerda —dije con una mueca.

—Déjate de tonterías. A veces es necesario tensar tanto que parezca que se va a romper.

—¿Qué pretendes hacer? ¿Seguirlos y ya está? —le pregunté sobre los hombres.

—Claro. ¿Qué más quieres que hagamos? Aunque podemos arrastrarlos a un portal oscuro y… ¡Ay!

Se quejó del golpe que le di en el brazo. Exageró porque fue un golpecito, pero a mi amiga no le ganaba nadie a dramática.

—Eres una aguafiestas. —Puso los ojos en blanco—. Ahora cállate y sígueme, porque como los perdamos será imposible encontrarlos entre tanta gente.

Me dio la espalda y comenzó a caminar muy rápido, para recuperar el tiempo que la había retenido.

Solté un suspiro y la seguí, mientras sacaba del bolso el móvil. Le envié un mensaje a Alan, para que no se preocupara y se pusiera a buscarnos, por si con el ruido que había no escuchábamos los teléfonos si nos llamaba.

Diana: *Vamos a retrasarnos un poco. Sofi se ha encontrado con unos conocidos y estamos hablando un rato con ellos. ¿Ya estáis en el restaurante? Id pidiendo el vino.*

La respuesta de mi hermano me llegó seguida.

Alan: *Vale. Tranquilas, aquí os esperamos. Sí, estamos sentados en la terraza del restaurante. Y para tu información, ya hemos pedido una botella de vino y la hemos vaciado por la mitad. Ja, ja, ja…*

Diana: *¡¡No puedes beber más de unos cuantos sorbos!! ¡¿Qué pasará mañana si tienes que operar?!*

Alan: *Que haré algunos cortes menos precisos, pero al final el resultado será satisfactorio.*

Diana: *¿Eso es un chiste de cirujanos? Porque a mí me ha parecido horroroso.*

Alan: *Ja, ja, ja… Eso no es un chiste ni es nada. Como tampoco he bebido. Bueno, sí, me he echado un dedo de vino en la copa y por ahora solo le he dado un sorbo para probarlo. Sabes que no voy a hacer ninguna tontería.*

Diana: *Vale. Gracias por dejarme tranquila, sin pensar que he perdido a mi hermano.*

Alan: *Ja, ja, ja… Cómo te va el drama a veces. Si os vais a retrasar mucho, dímelo.*

Diana: *En un rato te digo si vamos para el restaurante o si todavía no nos hemos movido. Hasta ahora.*

Alan: *Hasta ahora, cariño.*

Guardé el móvil en el bolso sonriendo y dirigí la mirada a la espalda de mi amiga. Durante la conversación con mi hermano no había perdido de vista a Sofi, siguiéndola.

—He avisado a mi hermano —le dije.

—Estupendo. Hemos ganado tiempo.

Se paró de golpe y yo con ella, para no darle un empujón.

—Ahí están.

Me asomé por encima de su hombro y encontré a los dos hombres haciendo cola en un puesto de comida rápida. A mis amigas, a mi hermano y a mí también nos gustaba comer del puesto, algún día de las fiestas. Todo estaba buenísimo y entraba de maravilla.

—¿Y ahora? —le pregunté.

—Vamos a esperar un poco.

—¿Para qué? ¿Qué pretendes?

—Lo único que pretendo es lo que estamos haciendo. No vamos a acercarnos ni nada por el estilo —dijo.

Se encogió de hombros.

—Sigo sin entender qué estamos haciendo aquí —suspiré—. Quiero llegar al restaurante, tomarme una copa de vino, pedir la cena, cenar y pasar un rato muy bueno con vosotros. El tiempo corre y mi hermano se irá. Quiero que cene tranquilo.

—Mierda, es verdad.

Bufó y puse los ojos en blanco.

—Un poco más y ya está.

No perdí el tiempo en preguntarle más, porque las respuestas que me daba no me servían de nada.

Nos quedamos calladas, observando a los dos hombres.

Había una buena distancia entre nosotros. Por suerte. No le encontraba el sentido de estar perdiendo el tiempo de esta manera, pero continué entreteniéndome con cada uno de los movimientos que hacían esos hombres.

Cuando les tocó el turno, pidieron y después se pusieron a un lado del puesto, a esperar.

Contuve la respiración cuando el hombre que me había pisado comenzó a mirar hacia todas las direcciones, como si buscara algo.

¿Se había dado cuenta de que estábamos espiándolos? ¿Lo había notado? Joder, era lo que estábamos haciendo. Agrandé los ojos.

Agradecí toda la gente que había, porque nos servía para taparnos a Sofi y a mí. El hombre que me había pisado no consiguió vernos, ya que era muy difícil.

Cuando volvió a prestarle atención a su amigo, cogí una gran bocanada de aire, al darme cuenta de que había dejado de respirar en algún instante.

—¿Qué? —le pregunté a Sofi—. La culpa es tuya. Como no quites esa cara de diversión…

—Tendría que haberte visto —rio y yo bufé.

—Vámonos ya al restaurante.

—De eso nada. Tu hermano y Noe saben que nos retrasaremos, pues vamos a hacerlo por un buen motivo.

—¿Y ahora qué quieres hacer? —le pregunté, con sorpresa—. No me lo puedo creer —susurré.

Sofi me agarró de una mano y tiró de mí para que la siguiera. Eso volvimos a hacer, seguir a los dos hombres. Ahora el que me había pisado llevaba una bolsa con la cena y su amigo cargaba con un portavasos y con dos vasos grandes de cervezas.

Dejé que Sofi me llevara hasta donde quisiera, porque no valía de nada intentar que entrara en razón cuando se le metía algo con tanta fuerza en la cabeza.

Los hombres llegaron al parque del concierto y vimos cómo buscaban y ocupaban un hueco en la hierba, de cara al concierto.

Enseguida se pusieron a comer, después de hacer un brindis y beber cerveza.

En el parque, en la zona más amplia donde las personas lo daban todo con la música, no cabía nadie más.

—¿Qué opinas?

—¿A qué te refieres? —le devolví la pregunta, sin comprender qué quería decir.

—¿Sigues sintiendo que los has visto antes de hoy? ¿A los dos o solo a uno?

—Continuó con la misma sensación y es hacia ambos, aunque con uno de ellos es más fuerte.

—Ya… ¿El del pisotón? —quiso saber, mirándome de reojo.

—Sí. —Negué con la cabeza—. Pero todo esto no tiene sentido, Sofi. ¿Qué hacemos aquí? Por Dios, ¡qué parecemos acosadoras y acabamos de conocerlos hace unos pocos minutos!

—Pensaba que llegaríamos a alguna conclusión, pero sigo igual que al principio —dijo, haciendo una mueca.

—Entonces vámonos de aquí ya —le pedí.

—Al final nos quedaremos con las dudas —suspiró, dramáticamente.

Sonreí, antes de imitarla. Después terminamos riéndonos.

Sofi se agarró de mi brazo para alejarnos del parque e ir hacia el restaurante.

Todo iba bien porque habíamos conseguido pasar desapercibidas para esos hombres. La vergüenza que habría pasado si se hubieran dado cuenta de que…

Contuve la respiración en el momento en el que me moví para irnos. Justo en ese instante, mientras giraba el cuerpo, me encontré con los ojos del hombre que me había pisado.

Para mi sorpresa, estaba observándonos por encima del hombro. Nuestras miradas se quedaron enganchadas, sin ninguna barrera entre nosotros, aparte de la distancia que nos separaba.

Le sonreí disimulando, como si fuese una casualidad el volver a vernos, pero algo sucedió de repente. Algo que me dejó parada en el sitio, sin poder reaccionar.

No supe qué fue, pero por unos largos segundos todo mi alrededor dejó de existir, incluso mi amiga Sofi desapareció y ya no noté el peso de su brazo sobre el mío.

Tuve la sensación de que a él le sucedió lo mismo, por el desconcierto que dejó ver. Pero no podía asegurarlo.

Y ese algo que sucedió me hizo tragar saliva, mientras no podía apartar la mirada de la suya.

Hasta que todo se desvaneció tan rápido como llegó.

—¡Diana! ¡Diana! —me llamó Sofi, alzando la voz.

—¿Qué?

—Joder. ¡Qué susto me has dado!

Me abrazó con fuerza.

—¿Yo?

—Te has quedado rígida —susurró—. No podía moverte. Te hablaba y no reaccionabas. ¿Qué te ha pasado?

Apreté los brazos en su cintura, para que se tranquilizara, mientras mis ojos se encontraban de nuevo con los de ese hombre.

En esta ocasión no fue tan raro, simplemente nos mantuvimos la mirada y fui consciente de todo. Sobre todo, del abrazo cálido de mi mejor amiga.

Cerré los ojos con fuerza, con la necesidad de dejar de sentir tantas cosas raras, y cuando los abrí, una pequeña parte de mí se desilusionó, porque el hombre del pisotón continuaba con su amigo en la hierba, pero ya no me observaba.

Ahora me daba la espalda y mi esperanza se esfumó. Pero, ¿esperanza de qué?

Capítulo 7



Llegué corriendo a mi habitación, justo a tiempo, antes de que se cortara la llamada.

—Mamá —le dije rápido, para que no colgara.

—Ay, cariño. Pensaba que ya no era buen momento.

—No es el mejor, pero puedo hablar unos minutos.

—Vale. Solo quería saber cómo te había ido el fin de semana en las fiestas del pueblo. Desde el miércoles pasado no nos vemos.

—¿Y no has podido esperar a esta tarde? —le pregunté con diversión.

Salí de mi habitación para recorrer el pasillo e ir a la cocina.

Había dejado a medias el café que me estaba preparando, al salir corriendo a por el móvil.

Me puse delante de la cafetera y terminé de hacérmelo.

—Iba a llamarte anoche, pero se me pasó la hora y cuando me acordé ya era demasiado tarde. Con tu hermano hablé el sábado por la mañana. Me llamó en uno de sus descansos y me dijo que estuvisteis juntos el viernes.

—Sí. Estuvimos en el bar de Iván, después fuimos a ver de cerca los fuegos artificiales y a cenar al restaurante de la plaza. Nos lo pasamos muy bien. Alan se fue cuando salimos del restaurante. Tenía que madrugar para el turno de mañana.

Quité la taza de la cafetera y fui a la nevera para coger la leche. Me preparé el café con leche como me gustaba y devolví la leche a la nevera.

Salí de la cocina para ir al salón, donde me senté en el sofá.

—Sofi, Noe y yo fuimos a la feria —continué contándole—. Nos acercamos para montarnos en dos atracciones, y terminamos la noche dando una vuelta, comiendo algodón de azúcar y bebiendo mojitos que pedimos para llevar.

—Suena muy bien.

—Genial —sonreí—. El ambiente era increíble y se estaba de maravilla. ¿Papá y tú no salisteis?

—Sí, con Maite y Manuel. El viernes fuimos a cenar unas tapas a un bar y el sábado repetimos.

—Guay.

—¿Ya estás preparada para irte? —me preguntó.

—Todavía voy en pijama.

—¡Pero si te queda poco tiempo para salir de casa! Pensaba que el café era lo último, antes de irte al trabajo.

Reí, por lo nerviosa que se puso.

—¿Tú me ves nerviosa o con prisas?

—Pero…

—No hay problema, mamá. Voy a tomarme el café. Después iré a vestirme y saldré del piso con calma, para ir al trabajo en coche.

—Tienes suerte de no vivir en la zona centro, pero sí cerca de ella.

Se refirió a que a mí no me afectaban los cortes de los accesos con el coche.

—Pues sí. Besos para ti y papá.

—Igualmente, cariño. ¿Quieres venir este mediodía a comer?

—Para otro día.

—¿Mañana?

Reí.

—Venga. Mañana voy en cuanto salga del trabajo.

Las fiestas en el pueblo continuaban, pero para los que trabajábamos no. Después de un fin de semana largo, porque el viernes sí que cerraron todas las empresas, tocaba volver a la rutina.

—Estupendo. Le preguntaré a tu hermano porque me dijo que dentro de poco cambiaba de turno, pero no me acuerdo cuándo.

—Vale. Os quiero.

—Y nosotros a ti, cariño. Hasta mañana.

Colgué pensando que no le había dicho mi aventurita del viernes con el deporte, aunque era lo mejor. Noticias como esas, tan impactantes, debían decirse cara a cara.

Me reí sola por eso y comencé a beberme el café con leche.

Estaba tomándomelo todo con mucha paciencia, lo que me llevaría a retrasarme en el trabajo, pero me daba igual. Bastantes horas hacía otros días.

Además, mi jefe, para el que llevaba años trabajando, nunca me diría nada si entraba o salía antes. Se llamaba Alfonso, nos llevábamos genial y sabía de sobra que podía confiar en mí. Aparte, nuestra relación iba más allá de la empresa.

Cuando me terminé el café, fui a llevar la taza a la cocina, donde la dejé en el fregadero a remojo, y me dirigí a mi habitación para arreglarme.

Me vestí con una bermuda de lino que me llegaba por la mitad de los muslos y con una camiseta de tirantes anchos que se ajustaba a los pechos, pero que después caía un poco suelta hasta la cintura.

Durante unos segundos dudé frente al zapatero, en si ponerme las sandalias planas de tiras u otras con cuña. Al final ganó la primera opción, me calcé las planas y fui al baño a terminar.

Me cepillé el pelo y me lo recogí en un moño alto despeinado, dejándome varios mechones caer por los lados de la cara. Me pinté los labios con un brillo rosa y me perfumé.

El brillo de labios se fue directo a mi bolso, al que utilizaba para el trabajo.

Con todo hecho, me aseguré de tener el móvil y me fui de mi piso más tarde de la hora en la que solía hacerlo.

Mientras cerraba con llave la puerta, miré hacia la de Noelia. Mi amiga ya hacía un buen rato que no estaba, ella entraba a trabajar una hora antes que yo.

Bajé en el ascensor hasta la planta principal, para recoger el correo del buzón. Si no iba expresamente, siempre se me olvidaba. Saqué varias cartas y propaganda, y lo metí todo dentro del bolso, de cualquier manera. Cuando estuviera en el trabajo, tiraría lo que no me servía.

Volví al ascensor y terminé de bajar hasta la última planta, donde se encontraba el estacionamiento subterráneo del edificio. Conforme caminaba recorriéndolo, fueron encendiéndose las luces, hasta que llegué junto a mi coche.

Me monté en él, arranqué, y me dirigí despacio hacia la salida. Una vez en la calle, al incorporarme a la carretera, tomé la dirección de la empresa en la que trabajaba.

Normalmente, solía llegar en diez minutos, tiempo que recorté porque no encontré mucho tráfico.

En mi trabajo también tenía una plaza para estacionar, por lo que, al no tener que buscar aparcamiento, enseguida estuve caminando hacia la entrada del edificio.

Este tenía cinco plantas de altura. Era uno de los más altos de la zona y el que más destacaba por su fachada moderna.

—Buenos días, guapísima —saludé a Inés, la recepcionista.

—Buenos días, preciosa —me correspondió desde el otro lado del mostrador, con una gran sonrisa.

—¿Cómo ha ido el fin de semana largo? —le pregunté.

—Estupendamente. Menos ayer que necesitaba descansar, los demás días casi no estuve en casa —rio y sonreí.

—Yo también salí el viernes y el sábado, pero me lo tomé con más calma. —Le hice un guiño.

—Está genial, igualmente. ¿Viste alguno de los conciertos?

—El sábado. El viernes vimos los fuegos y fuimos en plan más tranquilo.

—El sábado fue una locura en el parque.

—Ahí estaba yo con mis amigas, entre tanta gente —dije, riendo.

—Yo también —se unió a mis risas.

—Nos vemos luego, Inés.

—Claro. —Asintió.

Me alejé del mostrador de la recepción para ir hacia el ascensor. Mi puesto de trabajo se encontraba en la cuarta planta, desde la que había muy buenas vistas.

En cuanto llegué, comencé a saludar a los compañeros que vi, mientras caminaba hacia mi zona de trabajo. Esta estaba al fondo y hacia la izquierda.

Detrás de mi mesa había un gran ventanal y, por delante de mí, un espacio abierto en el que no había más mesas de compañeros hasta unos buenos metros de distancia.

Eso hacia el frente y a mi espalda, pero a mi lado, a mi derecha, había otra mesa que ocupaba mi compañera Rocío.

—Buenos días, Diana —me saludó cantarina, en cuanto apartó la vista de la pantalla de su ordenador.

—Buenos días, Rocío —le sonreí—. Dime que esa felicidad se debe a que el jefe te ha dicho que cuando yo llegara podíamos irnos.

Mi compañera y amiga soltó una carcajada.

—Eso sería un sueño —suspiró—. No tengo ni idea de a qué se debe mi felicidad. Tal vez todavía me quede en el cuerpo algo de todo lo que he bebido durante las fiestas del fin de semana.

Reímos.

Dejé mi bolso a un lado de la mesa y me senté en mi silla.

—Esa ha sido buena —le dije.

—Y te aseguro que muy real —comentó con diversión—. ¿Tú no has salido?

—Claro, pero me he portado mucho mejor que tú —le confirmé, con un guiño.

Rocío soltó una risilla.

—¿Cómo se presenta el día? —le pregunté—. ¿El jefe ha venido a dejarme trabajo?

—Por ahora está muy tranquilo. Desde que yo estoy aquí no ha venido ni Alfonso ni nadie más.

Se encogió de hombros y asentí.

Me puse el bolso en las piernas, encendí el ordenador, y saqué de uno de los cajones diferentes carpetas con las que tenía que trabajar.

Después de dejarlas en la mesa y de teclear la contraseña del ordenador, fui a sacar el monedero pequeño y el móvil del bolso, para guardar el bolso en el armario bajo que tenía a mi espalda.

Ahí se quedaría, hasta que me fuera del trabajo, ya que cerraba con llave el armario. Igualmente, no me preocuparía si fuese de manera diferente, ya que confiaba en mis compañeros.

Puse el monedero sobre la mesa y, al coger el móvil, toqué con los dedos lo que había metido a la prisa del buzón de mi piso. Lo coloqué todo en la mesa y me levanté para guardar el bolso.

Al volver a sentarme, descarté la propaganda que había, lanzándola a la papelera, y agarré las cinco cartas. Una de ellas no era para mí, por lo que la aparté. Ya estaba acostumbrada a que me colaran alguna de mi amiga Noelia. A ella le sucedía lo mismo con las mías.

Al tener los pisos seguidos, era habitual.

De las cuatro cartas que quedaron, tres tuve claro de qué eran, pero la otra miré con curiosidad el sobre y busqué el remitente, pero no había información sobre él.

—¿Vamos a tomar un café? —me preguntó Rocío.

—Sí —le contesté, sin mirarla.

—¿Qué tiene de interesante?

Levanté la mirada hacia ella, para ver cómo observaba la carta. A eso se había referido.

Se había levantado de su mesa y ahora estaba al otro lado de la mía.

—No lo sé —le contesté, sonriendo—. Primero vamos a tomarnos el café y después lo averiguamos.

Me levanté de la silla con la carta de la mano, la que abriría tranquilamente en la cafetería, y guardé las otras tres en el primer cajón.

Cogí el móvil y me metí el monedero en un bolsillo de la bermuda, antes de rodear la mesa para ponerme al lado de Rocío. Bajamos en el ascensor hasta la planta principal, donde le pedimos a Inés que se uniera a nosotras.

Siempre que podíamos disfrutábamos de un tiempo juntas, aunque en ocasiones fuese muy breve, a según qué horas.

Inés aceptó encantada, dejando a cargo de la recepción a su compañera Aroa. Entre ellas se cubrían y, como Aroa acababa de llegar, Inés no tuvo problema en venir con nosotras.

Después de saludar a Aroa y de hablar un poco con ella, salimos de la empresa para ir a la cafetería.

Capítulo 8



—Gracias —le dije a la camarera.

Nos sonreímos y se fue a atender a otra mesa, ya que mi taza fue la última que había dejado en nuestra mesa.

Le eché un poco de azúcar al café con leche y lo removí.

—¿Iréis alguna noche al cine de verano? —nos preguntó Inés—. Hay cada noche de esta semana y las películas no están nada mal.

—A mí me gustaría, nunca he estado al aire libre viendo una película —comentó Rocío.

—Tiene que estar bien. Les diré a mis amigas si les apetece —dije.

—Claro. ¿Qué mejor que cenar al aire libre? —habló animada Inés —. Marcus y yo nos llevaremos una toalla tipo manta y cenaremos allí, viendo la película. No creo que nos veamos si hay mucha gente, pero quién sabe…

Se encogió de hombros.

—Queremos aprovechar para ir hasta el viernes, que será la última noche —añadió.

—Es un buen plan. —Asentí.

—Si te animas y no tienes con quién ir, pero te apetece, llámame y te vienes con nosotros.

—Gracias, preciosa.

Nos sonreímos.

—Lo mismo digo. Yo no sé si iré todas las noches, aunque es mejor opción que quedarse en el piso con el aire acondicionado. Quedaré con Mireia, pero si quieres, te unes a nosotras —me propuso Rocío.

—Sois las mejores —les dije, con un guiño—. Pero no os preocupéis por mí. Si Sofi y Noelia no se apuntan juntas a la experiencia, seguro que lo hace una u otra. Alguna noche sí que quiero ir. Se tiene que estar de lujo, como decís.

Cuando cogí mi taza, para darle un sorbo al café, la vista se me fue hacia la carta que estaba debajo de mi móvil. Bebí y, con las manos libres, retiré el teléfono para coger la carta.

Miré de nuevo el sobre con atención, por ambas caras, pero continué con las mismas dudas porque no hubo nada que me dijera qué contenía.

Mientras Inés y Rocío hablaban de lo que habían hecho el fin de semana largo que habíamos tenido de descanso, yo me puse a abrir con cuidado el sobre.

Dentro había una hoja doblada. La desdoblé y fruncí el ceño, al ver que contenía pocas palabras impresas. Era una carta, pero muy informal. No tenía membrete ni nada que me hiciera saber de quién venía, solo una firma, también impresa, pero sin ningún nombre.

—¿Qué pasa? —me preguntó Rocío, al darse cuenta de mi reacción —. ¿Es algo malo?

—¿De trabajo? —quiso saber Inés.

—No sé lo que es. Todavía no he leído —respondí—. Y no es del trabajo. Me la he traído del buzón de mi casa.

Levanté la hoja.

—Pues lee —me pidió Rocío.

Miré el sobre vacío que había dejado sobre la mesa. En la parte delantera era el único sitio que habían escrito algo a mano: mi nombre y mi dirección.

Me fijé en los trazos, pensativa, antes de dirigir la mirada a la carta.

«Diana Vera:

Esta breve carta es para citarla el día diez de julio, lunes, en el hotel Atalaya.

Venga a las seis de la tarde y pregunte por Agustín. Él la estará esperando y en el hotel le indicarán dónde encontrarlo.

Todas las dudas y respuestas le serán resueltas ese día y a esa hora, en la dirección indicada. Le aseguro que le interesa mucho conocer de qué se trata».

Lo siguiente era la firma sin nombre.

La leí varias veces, sin saber qué pensar. Venía de alguien que sabía mi nombre y apellido, y la dirección donde vivía. Pero yo no tenía ni idea de quién era ese tal Agustín y de qué iba esto.

—¿Qué? —me preguntó Rocío.

Como no sabía qué decir, con todas las vueltas que estaba dándole a la cabeza, alargué la mano y les di la carta, para que la leyeran ellas mismas.

Inés me la quitó y ambas se pusieron a leer.

—¿Esto qué es? —quiso saber Rocío, mirándome sorprendida.

Me encogí de hombros.

—¡El día que te citan es hoy! Es lunes diez de julio —habló con asombro Inés.

—Antes de que me preguntéis más, no tengo ni puñetera idea de quién me la ha enviado y qué voy a encontrarme si voy esta tarde.

—¿Y si no hubieras visto la carta? —me preguntó Rocío—. Nunca llevas al día el correo.

—Pues mala suerte. —Me encogí de hombros—. Se me habría pasado y ya está. Pero como tampoco sé para qué es ni estoy esperando nada…

—Qué raro —comentó Inés, pensativa.

Me devolvió la hoja. La doblé y la metí dentro del sobre, el que volví a dejar pisado por el móvil.

—El hotel Atalaya es el más lujoso del pueblo —dijo Rocío.

—Lo sabemos —rio Inés, nerviosa.

—¿Vas a ir? —me preguntó Rocío.

—No lo sé —contesté con sinceridad.

—Puedo acompañarte —me dijo Inés.

—Y yo —se ofreció también Rocío—. Podemos ir las tres si no tienes a nadie más con quien ir. Con tu hermano no creo que puedas contar, por su trabajo. Sofi sale a las seis y media de su empresa y ya sería demasiado tarde. ¿Y Noelia?

—Noelia puede acompañarme si decido ir —las calmé—. Tranquilas que, si se me pasa por la cabeza presentarme en el hotel, no lo haré sola. —Les hice un guiño—. Y mi hermano sacará la artillería pesada desde lejos, controlándome con la ubicación en tiempo real —sonreí.

Reímos.

—Quién será ese Agustín. Joder, sabe tus datos.

—Ni idea —suspiré.

Miré el sobre, pensativa.

Nos tomamos los cafés hablando del tema, hasta que quince minutos más tarde regresamos a nuestros puestos de trabajo.

Nos despedimos de Inés. Ella se quedó en la recepción y Rocío y yo subimos a nuestra planta, para ir directas a nuestras mesas.

—Volvemos a la triste realidad —dijo con un suspiro, al dejarse caer en su silla.

—¿Y esa es…?

—Que tenemos que trabajar y es lunes —contestó con varios bufidos.

Solté una carcajada y, riendo, llegué al armario bajo. Lo abrí para meter la carta dentro del bolso y volví a dejarlo cerrado.

El monedero y el móvil se quedaron conmigo. El primero, porque lo utilizaría para cuando bajáramos a desayunar.

Una vez estuve sentada en mi silla, con el ordenador encendido y una carpeta abierta, con las hojas de su interior esparcidas en orden sobre la mesa, cogí el móvil para enviar un mensaje escrito al grupo que compartía con mis amigas y mi hermano.

Tenía otro en el que solo estábamos las chicas, para cuando no queríamos molestar a mi hermano, en los momentos que estaba desbordado de trabajo.

Diana: *Hola, guapos. Antes de nada, ánimo para el lunes. Hermanito, mucha fuerza para la guardia de todo el día.*

Diana: *Os escribo porque me ha pasado algo bastante raro. No sé qué pensar.*

Sofi: *Hola, cariño. Las palabras lunes y ánimos no hay manera de que combinen. Ja, ja, ja… Oye, ¿qué narices te ha pasado?*

Diana: *Esta mañana he cogido el correo de mi buzón, antes de venir para el trabajo. Por cierto, Noe, tengo una carta tuya. Luego te la doy. El caso es que hasta hace un rato no me ha dado por mirar de qué eran las cartas.*

Diana: *Resulta que había una que solo tenía mis datos escritos a mano. La he abierto tomando un café con las chicas y me ha dejado un poco loca.*

No hacía falta que especificara quiénes eran las chicas. Mi hermana, Sofi y Noe sabían que me refería a Rocío y a Inés.

Noelia: *Hola, preciosas. Vamos a dejar lo del lunes porque está siendo una mierda. ¡Y acaba de empezar! Pero voy a lo importante. Sigue contando lo de esa carta.*

Sofi: *Joder, ¿qué te ha pasado a ti?*

Noelia: *Que tengo un jefe proclamado el mayor rey de los imbéciles y a una compañera que le sigue muy de cerca. Nada nuevo.*

Diana: *Mándalos a la mierda ya.*

Noelia: *Ja, ja, ja… El día que lo haga va a temblar toda la empresa. Os lo aseguro. Pero todavía no. La venganza me la voy a tomar bien fría.*

Sofi: *Muy bien, así se habla. Prepárate bien para machacarlos. Diana, cuenta de una vez lo de esa carta.*

Alan: *Eso digo yo, nos tienes en ascuas a los tres. Hola, preciosas. Estoy en un descanso.*

Sofi: *Hola, guapísimo.*

Noelia: *Hola, guapísimo.*

Diana: *Hola, hermanito.*

Diana: *Voy a haceros una foto de la carta, para que la leáis vosotros mismos. Un momento.*

Me levanté con el teléfono y fui hasta el armario bajo, el que abrí para sacar del bolso el sobre. Saqué la hoja, la extendí sobre la superficie del mueble y le hice una foto.

La envié al grupo y, mientras mis amigas y mi hermano leían y sacaban sus conclusiones, yo lo guardé todo de nuevo y regresé a mi mesa.

Miré a Rocío. Ella estaba hablando por teléfono, pero por trabajo. Me hizo un guiño, antes de continuar a lo suyo. Le sonreí.

Alan: *¿Qué mierda es esto?*

Diana: *Ni idea. Eso es lo que quiero saber.*

Sofi: *Joder. Normal que te haya dejado loca. Estoy flipando.*

Noelia: *¿Quién es ese Agustín? ¿Y por qué, quién sea, sabe dónde vives? No me gusta.*

Diana: *Lo sabré todo en unas horas.*

Alan: *Y una mierda. Quítate eso de la cabeza, no vas a ir.*

Diana: *Acabo de decidir que sí. Quiero saber de qué narices va lo de la carta.*

Alan: *No me jodas, Diana. ¿Precisamente hoy que tengo guardia presencial?*

Diana: *No va a pasarme nada, me negaré a estar en cualquier sitio que no sea público y haya gente alrededor. Además, Noe puede venir conmigo.*

Noelia: *Por supuesto. Cuenta conmigo.*

Sofi: *Y también conmigo. Saldré a las seis del trabajo y voy a por vosotras para ir las tres juntas al hotel. No te preocupes por nada, Alan. En vez de pagar por un rescate, tendrás que aflojar el bolsillo y pagar por tres. Ja, ja, ja…*

Noelia: *Ya te vale. Ja, ja. Ja…*

Diana: *Sois los mejores los tres. Os quiero. Ahora os dejo, tengo que empezar a trabajar porque, entre unas cosas y otras, todavía no he hecho nada. Nos vemos esta tarde, chicas. Hermanito, no te canses mucho en la guardia y espera que sea tranquila.*

Alan: *Quiero que vayáis informándome cuando podáis. ¿De acuerdo?*

Después de responderle las tres que sí y de intentar tranquilizarlo, nos despedimos por el momento.

No quería preocupar a mi hermano, y menos cuando no podía moverse del hospital, pero sabía que se hubiera enfadado mucho si me hubiera callado, por lo que había preferido hacerlo de esta manera.

Capítulo 9



Me puse una falda vaquera que me llegaba hasta medio muslo y una camiseta de manga corta, ropa que acompañé con las sandalias de cuña.

Me recogí el pelo con una pinza, para que no me rozara ni un mechón el cuello y los hombros, y cogí el bolso, para salir del piso y picar a la puerta de Noelia.

Había llegado la hora de irnos. Sofi venía de camino, desde su trabajo. Me había enviado un mensaje hacía unos minutos, para avisarme de que no tardaría en pasar a recogernos.

Cerré con llave la puerta de mi piso y me dirigí a la de mi amiga. No me dio tiempo a picar, me quedé con la mano suspendida en el aire. Noelia abrió de golpe, como si hubiera estado mirando por la mirilla.

Elevé las cejas, sonriendo.

—Sí. Estaba esperándote —me dijo, riendo—. Joder, es que estoy nerviosa.

Bufó y apreté los labios.

—Yo no, así que relájate —le pedí.

—Lo dices como si fuera fácil —suspiró.

—Vamos —caminé hacia el ascensor—. Sofi está a punto de llegar y a esta hora no encontrará sitio para parar con el coche.

—¿No estás ni un poquito nerviosa? —me preguntó, poniéndose a mi lado.

Pulsé el botón del ascensor.

—Un poco sí, pero por la curiosidad que me ha creado. Parece todo muy misterioso. No sé.

Me encogí de hombros.

Las puertas del ascensor se abrieron y entramos. Enseguida comenzamos a bajar y no tardamos en estar fuera del edificio.

En la calle, observamos hacia la carretera. Sofi no estaba, pero apareció rápido. Noelia y yo fuimos hacia su coche casi corriendo, ya que paró en mal lugar.

—Hola —la saludamos, al unísono.

—Hola, preciosas —nos correspondió Sofi.

No pudo ni mirarnos, se incorporó a la circulación sin perder tiempo y se puso en marcha hacia la dirección del hotel.

El Atalaya se encontraba en una zona preciosa del pueblo. Estaba bastante apartado, rodeado de zonas verdes que le daban mucho encanto, pero, sobre todo, tranquilidad y desconexión.

Era impresionante, lujoso y con mucho estilo. Iba a ser la primera vez que entráramos, ya que solo lo habíamos visto desde fuera y de lejos. Había una barrera para acceder con los vehículos.

Si no te hospedabas en el hotel o llegabas con una reserva que te identificara, la única manera de entrar era caminando por un camino estrecho de piedra.

Desde ese camino se llegaba a una pequeña recepción y, si te dejaban acceder, todavía debías continuar por el camino, hasta la gran entrada del hotel.

Eso fue lo que hicimos en cuanto Sofi aparcó rápido en una zona amplia. Nada más bajarnos del coche, nos dirigimos hacia el camino de piedra que bordeaba la entrada principal de acceso a los vehículos.

—Es una pasada —dijo Sofi—. Ojalá se nos hubiese ocurrido a nosotras montar este lugar como está.

—¿Con qué dinero? —preguntó Noelia, entre risas.

—Eso es un detalle sin importancia. —Bufó, Sofi.

Soltamos una carcajada las tres y, haciendo comentarios divertidos, llegamos a la pequeña recepción.

—Hola —saludamos al hombre que nos esperaba en la puerta.

Nos paramos a unos pasos de él. El hombre intimidaba por sus músculos y su expresión seria. Su postura tampoco ayudaba, ya que tenía las piernas ligeramente abiertas y los brazos cruzados.

—Hola. ¿En qué puedo ayudarlas? —nos preguntó.

—¿Y si nos damos la vuelta? —nos preguntó Noelia—. Estamos a tiempo.

Apreté los labios para no reírme, mientras que Sofi le daba un golpecito por detrás de mi cuerpo.

—Me han citado en el hotel a las seis de la tarde —comencé a explicarle—. He recibido una carta en la que me piden que pregunte por Agustín. Según lo que ponía, él me está esperando y en el hotel saben decirme dónde encontrarlo al llegar.

—Un momento.

Asentí y nos quedamos fuera de la recepción. El hombre entró y, después de unos segundos, regresó.

Pero no se quedó ocupando el hueco de la puerta. Bajó varios escalones antes de pararse.

—Es correcto. El señor Agustín la está esperando.

Al decirlo, miró a mis amigas.

—Ellas vienen conmigo. Si hay algún problema con eso, me voy por donde he venido, con mis amigas —le dejé claro.

—Voy a daros paso a las tres, pero no sé lo que sucederá una vez estéis en el hotel.

—Gracias —le sonreí—. Lo mismo nos ves irnos rápido.

Fue muy leve, pero vi cómo sus labios se curvaban hacia un lado.

—Podéis ir tranquilas. —Nos señaló el camino de piedra, para que continuáramos por él.

—Gracias —le dijo Sofi, con un guiño.

—¿Te acostarías con un tío como ese? —le preguntó Noelia, con curiosidad.

—¡Pues claro! —exclamó Sofi—. ¿Tú no?

—Si consiguiera que su cara no me diese miedo, podía ser.

Soltamos una carcajada.

—A ti te van más los tíos más o menos de la estatura del que hemos dejado atrás, pero no con tanto músculo.

—Los músculos de ese hombre son exagerados, los de Alan están perfectos. Está tonificado por el deporte y…

Se quedó callada de golpe, con las mejillas de un color rojo intenso, cuando se dio cuenta del error que acababa de cometer.

—No me refería a Alan, pero si insistes…

Cuando terminó de hablar, Sofi me miró y no pudimos contenernos más. Comenzamos a reír, mientras que Noelia se agobiaba más.

Nos apiadamos de ella y nos quedamos calladas. La agarramos cada una de un brazo, le sonreímos, y de esa manera terminamos de recorrer el camino.

—Qué bonito es —comentó Noelia, mirando la fachada del hotel.

—Sí —dije.

—¿Habrá alguien de nuestro pueblo que tenga dinero para pasar aquí alguna noche? —preguntó con curiosidad Sofi.

—Ni idea, pero supongo que los dueños de las empresas pueden darse un capricho como este, ¿no?

—Pregúntale a Alfonso —me pidió Noelia.

Se refirió a mi jefe y sonreí.

—Alfonso y Cecilia son más de ir de campin —comenté.

Sonreímos las tres porque solo con mencionar al matrimonio nos salía una sonrisa.

Cecilia era la mujer de mi jefe. Mis amigas conocían bien a ambos, al igual que mi hermano y mis padres. De vez en cuando compartíamos momentos todos juntos, ya fuera en la casa de Alfonso y Cecilia, o en la de mis padres.

—Igualmente, la próxima vez que veamos a Cecilia le preguntaremos si han venido —comentó Sofi, con diversión.

—Vamos a terminar con esto —comenté.

Comencé a caminar hacia la entrada.

—Llegados a este momento, a mí no me importaría retrasar un poquito más nuestra marcha —rio Sofi—. Vamos a estar dentro, así que seguramente podamos dar una vuelta por las instalaciones.

—O sentarnos en el bar. Debe tener cafetería o bar. ¿No? —habló Noelia.

—Aquí tienes que valer un dineral hasta un vaso de agua del grifo —dije y reímos.

—Si encontramos un bar y podemos sentarnos, os invito a tomar una cerveza —comentó Sofi—. Eso sí, este fin de semana tendréis que invitarme a cenar cuando salgamos, porque de aquí salgo en números rojos.

Soltamos una carcajada, pero nos controlamos enseguida, en cuanto entramos en el hotel.

La elegancia estaba en cada detalle hacia donde dirigías la vista.

Sofi silbó, controlando el sonido, mientras que Noelia miraba de un lado al otro, impresionada.

—Hola —me dirigí a la chica que estaba al otro lado del mostrador de la recepción.

—Hola. Buenas tardes —nos saludó, sonriente—. ¿En qué puedo ayudarlas?

—He quedado a las seis con Agustín. Me avisaron de que en el hotel lo sabrían.

—¿Su nombre?

—Diana.

—Un momento, por favor.

Asentí y me separé del mostrador con mis amigas.

—Me encanta la fuente —comentó Noelia.

La fuente se encontraba desplazada hacia un lado, dejando el camino libre para entrar y salir. Esta estaba funcionando, dejando el agua correr.

—Perdone.

Al escuchar a la recepcionista, nos giramos hacia ella.

—El señor Agustín la está esperando —me comunicó, sonriente.

—¿Quién mierda es ese Agustín? —preguntó en un susurro Sofi.

—¿Dónde? —quise saber, apoyando las manos en el mostrador.

—Un compañero la llevará.

—Mis amigas también vienen conmigo.

—Claro. No creo que haya problema —me dijo y asentí.

—Voy a llamar para que venga un compañero.

—Gracias —le sonreí.

Al cabo de unos minutos apareció un hombre vestido con el uniforme del hotel y nos pidió amablemente que lo acompañáramos.

Lo seguimos después de despedirnos de la recepcionista. Íbamos caminando por un pasillo ancho y alto, cuando la melodía de mi móvil nos sobresaltó a las tres.

El hombre del hotel nos miró con diversión, pero no dijo nada sobre el grito que soltamos.

—Joder —dije riendo.

Busqué el móvil en el bolso y sonreí al ver el nombre de mi hermano en la pantalla.

Sofi puso los ojos en blanco. Noelia se hizo la despistada.

—Hola —dije al descolgar.

—¿Cómo va? ¿Ya habéis llegado?

—Va muy bien. No hemos tenido problema en entrar al hotel y todos han sido muy amables, por el momento. Ahora nos están llevando hacia donde está Agustín —carraspeé.

—Bien. Vigila el sitio al que os llevan y donde os quedáis.

—Tranquilo. Lo tenemos controlado —sonreí—. ¿Cómo va la guardia?

—Con el trabajo normal de siempre. Ahora estoy en otro descanso, pero más largo. Me he echado un rato en la cama de una de las habitaciones de descanso.

—A ver si puedes dormir un poco, que la noche es muy larga.

—Todavía es pronto, quizás más tarde. No te preocupes por mí, tú céntrate en lo que estás haciendo —me pidió.

—Te dejo. Parece que hemos llegado —le dije.

—Ten cuidado y, sea lo que sea, no tomes ninguna decisión precipitada. En cuanto puedas, llámame.

—Vale. Te quiero.

—Te quiero.

Colgué y me guardé el móvil en uno de los bolsillos traseros de la falda, antes de pararme junto a mis amigas al lado de una puerta.

El hombre agarraba el pomo y nos sonrió, antes de abrir.

En ese instante sí que me puse nerviosa, porque el momento había llegado. Todo me resultaba muy raro.

—Adelante —nos ofreció pasar el hombre.

Fui la primera en entrar, seguida por mis amigas.

Capítulo 10



Nos paramos en medio de una sala en la que no había nada más que varios sofás, dos butacas, una mesa pequeña y otra más alta. Esta última con sus sillas rodeándola.

Tenía grandes ventanales por los que entraba mucha luz del día y desde ellos se veía un amplio jardín.

—Esperen aquí.

Nos giramos hacia el hombre del hotel que nos había acompañado.

—Enseguida vendrá el señor Agustín.

—Sí. Gracias —le dije y le sonreímos las tres.

En cuanto cerró la puerta y esperamos unos segundos, para asegurarnos de que la puerta no volvería a abrirse hasta dentro de un rato, nos separamos para movernos por la sala.

La recorrimos entera, observando de cerca hasta el más mínimo detalle. Yo terminé parándome frente a uno de los ventanales, para disfrutar de las bonitas vistas que ofrecía el jardín.

Estaba muy bien cuidado, con un verde precioso en la hierba y en toda la vegetación. También había flores de colores variados, muy llamativas, que encajaban genial con todo el conjunto.

—¿Podremos salir a dar una vuelta? —me preguntó Noelia.

Se puso a mi derecha.

—No creo que nos lo prohíban. A mí también me gustaría —le contesté.

—No nos dirán nada. Ya estamos dentro —comentó Sofi.

Se puso a mi otro lado, a la izquierda.

—Con suerte encontraremos un bar que tenga terraza en el jardín. Sería un dos por uno —continuó Sofi.

Nos quedamos en silencio, las tres mirando hacia el jardín. Hasta que la puerta de la sala se abrió y nos giramos rápido hacia ella.

—¿Lo conoces? —me preguntó enseguida Sofi, susurrando.

—No —contesté de la misma manera—. No tengo ni puñetera idea de quién es.

—Esto no me gusta —comentó Noelia.

—No va a pasar nada —la calmó Sofi—. Recordad que no nos separamos. Este sitio es muy grande y hay muchas puertas. ¿De acuerdo? —Me miró—. Si ese tío te dice de ir a dar una vuelta o a otro sitio…

—Relajaos —les pedí.

Negué con la cabeza, sonriendo.

—Después dices de mi hermano.

—Ni se te ocurra decírselo, que se reirá de mí durante una buena temporada. —Me señaló Sofi.

Apreté los labios, conteniendo la diversión. Pero mi expresión cambió de repente, cuando devolví la atención al hombre que había entrado en la sala.

Estaba solo y parado cerca de uno de los sofás. Sonriente. No era muy buena calculando la edad de las personas, pero era mayor que mis padres.

—Hola —se dirigió a las tres.

—Hola —le correspondí.

Sofi eligió asentir con la cabeza y Noelia levantar una mano hacia él.

—¿Agustín? —le pregunté.

—El mismo. Antes de nada, quiero pedirte perdón, Diana.

—¿Por qué?

Fruncí el ceño.

—Por la manera en la que te he hecho venir hasta aquí. Gracias por presentarte, ya que no me conoces y la forma ha sido como poco dudosa.

Al terminar, le salió una sonrisa tan cálida que no pude hacer otra cosa que devolvérsela.

Di los primeros pasos hacia él. Sofi y Noelia me siguieron de cerca. Estuve a punto de reírme porque parecían mis sombras.

Se habían tomado muy en serio lo de ser mis guardaespaldas, a pesar de que Agustín se veía una persona noble.

Nunca se podía fiar una, pero… Mi instinto me decía que podía estar tranquila y le hice caso, porque poquísimas veces me había fallado.

—Acepto la disculpa y la agradezco, pero no hace falta. Me he entretenido mucho desde que vi la carta —le dije, sin dejar de sonreír —. Diana. —Le ofrecí una mano—. Aunque sabemos nuestros nombres, yo desde hace poco, es la primera vez que nos vemos.

—Por supuesto. Agustín.

Me imitó y nos dimos un apretón de manos.

—Es un placer conocerte en persona, Diana.

Asentí. Él iba con ventaja, así que yo no le devolví las palabras. Preferí esperar.

—Ellas son mis mejores amigas, Sofi y Noelia.

—Hola —le dijeron ellas y Agustín sonrió.

—Hola. ¿Podemos sentarnos? —nos preguntó.

Dirigió una mano hacia el sofá y las tres asentimos.

Cuando estuvimos sentados los cuatro, Agustín pulsó un botón y casi de inmediato entró una mujer vestida con el uniforme del hotel.

—Buenas tardes —nos saludó y le correspondimos.

—¿Qué quieren tomar? —nos preguntó.

Miré a Agustín y me hizo un gesto para que pidiéramos nosotras primero.

—Un café con hielo, por favor —le pedí a la mujer.

—Nosotras también —dijo Noelia, después de que Sofi y ella se miraran.

—Enseguida. ¿Y usted, señor Agustín?

Como cada vez que se referían a él, me llamó la atención la forma en la que lo mencionaban. Todos parecían conocerlo bien.

—Un café solo.

—De acuerdo —dijo la mujer.

Asintió y se fue tan silenciosa como llegó.

—Eres muy conocido aquí —expresé una de mis dudas.

—Soy el dueño del hotel. Todo lo que habéis visto es mío.

Mis amigas y yo agrandamos los ojos, lo que pareció divertir mucho a Agustín.

—Joder —susurró Sofi.

—¿Es para tanto? —nos preguntó él, con humor.

—¿En serio? Menudo negocio tienes montado aquí —silbó Sofi.

—Ya te digo —comentó Noeli—. Es muy lujoso y exclusivo. Una preciosidad, tanto por fuera como por dentro. Nunca había estado en un sitio tan refinado.

—Gracias —nos sonrió él—. Me gusta saber la impresión que da.

—Ahora que hay cierta confianza, Agus —soltó Sofi de manera natural, como si lo conociera de toda la vida.

Reímos y continuó hablando.

—Cuando terminemos contigo aquí, ¿podremos visitar el hotel? Las zonas comunes.

—Por supuesto. Sois libres de ir donde queráis. No tenéis que pedir permiso —nos dejó claro.

—Gracias —le dije.

Me sentí bastante desbordada con todo porque no entendía a qué venía tanta amabilidad y cercanía por parte de Agustín.

A simple vista, como ya he comentado, se notaba que era un buen hombre, pero ¿de qué me conocía para saber cómo me llamaba y tenerme localizada en mi piso?

Me quedé a punto de hablar, cuando la mujer de antes regresó cargando con una bandeja.

Vino hasta nosotros y nos dejó a cada uno, delante, lo que le habíamos pedido.

Se lo agradecimos y se fue.

En cuanto nos quedamos solos de nuevo, pensando en cuál sería mi siguiente pregunta o comentario, endulcé mi café solo, lo removí y lo eché en el vaso con hielo.

Todos nos entretuvimos con nuestras bebidas.

Cogí mi vaso y me lo llevé a los labios, para dar un sorbo, mientras observaba más allá del ventanal que quedaba delante de mí.

—¿Cómo sabes quién soy, Agustín? —le pregunté girando la cabeza hacia él—. ¿Cómo sabes dónde vivo? No sé si estar preocupada o no. Y has tenido mucha suerte, porque no suelo mirar a menudo el buzón. Lo normal habría sido que la carta se quedara ahí una semana como mínimo.

—Habría esperado o buscado otra manera de llegar hasta ti. Como, por ejemplo, desde la empresa en la que trabajas.

Agrandé los ojos.

—¿También sabes dónde trabaja? —le preguntó con un jadeo Noelia.

—Qué mierda… —susurró Sofi.

Se pegó más a mí en el sofá.

—Sé muchas cosas de Diana. Al menos algunas de las más importantes.

—¿Cómo? ¿Por qué? —le pregunté, desconcertada.

—Deirdre.

Un nombre. Solo bastó escuchar el nombre que dijo Agustín para que el corazón me diera un vuelco y notara cómo los ojos se me aguaban.

—¿Qué? —preguntó Noelia.

Mi amiga no cayó en la cuenta. Normal, teniendo en cuenta el tiempo que había pasado y que esa persona no tenía nada que ver con este momento. Ni con ninguno desde hace bastante.

Me levanté despacio del sofá, temblorosa. Mis amigas me miraron y se preocuparon al instante, al ver cómo estaba.

—¿Por qué la mencionas? ¿Qué tienes que ver con Deirdre? —le pregunté a Agustín.

—Deirdre… —susurró Sofi—. ¡Oh, joder!

Reaccionó levantándose de un salto, al darse cuenta de quién estábamos hablando.

No podía ser otra persona. Yo solo había conocido una Deirdre en mi vida y no era un nombre común como para confundirme.

—Diana… Sofi… —habló Noelia.

Sofi se inclinó hacia ella y le habló al oído. Entonces Noelia, que también sabía de quién hablábamos, solo que no había caído, se levantó rápido, sorprendida.

—La menciono porque era una gran amiga mía, como nunca conoceré a otra.

Tragué saliva, al notar la emoción de Agustín.

—Y, sobre todo, debo mencionarla en este momento porque si estamos aquí es por ella.

Entrecerré los ojos y apreté los puños a los lados de mi cuerpo.

—Si tan amigos erais, déjala descansar —dije molesta.

—La estoy haciendo feliz —habló con calma.

Se escucharon varios golpes en la puerta de la sala y todos miramos hacia ella. Esta no tardó en abrirse y en dejarme sin respiración, después de un jadeo fuerte, por la grandísima sorpresa que me llevé.

¿Cuántas probabilidades había de que, el mismo hombre que me dio un pisotón la noche del viernes, después de los fuegos artificiales, acabara de aparecer al otro lado de la puerta? Y no solo él, sino que a su lado estaba el otro hombre que también lo acompañaba esa noche.

La sensación extraña que sentí el viernes al verlo regresó, con más intensidad.

—¡Hostia! —exclamó Sofi, al reconocerlos.

—¿Qué? —nos preguntó Noelia.

Noelia no podía saber a qué se debía mi asombro ni la impresión de Sofi, ya que cuando fuimos al restaurante a cenar la noche del viernes, después de que a Sofi se le quitara de la cabeza lo de perseguir a esos dos hombres, y una vez que el del pisotón nos pillara mirándolos en el parque del concierto, no le contamos a Noelia ni a mi hermano lo que habíamos estado haciendo para retrasarnos.

Ellos continuaron creyendo la versión que le di a mi hermano, cuando le envié un mensaje para que no se preocupara por nuestro retraso.

Después no habíamos pensado en lo que pasó y nos habíamos olvidado por completo de esos hombres. De ahí que Noelia no tuviera ni idea de quiénes eran.

Aunque Sofi y yo tampoco lo sabíamos.

—¿Qué está pasando? —insistió Noelia.

—No tengo ni puñetera idea —contesté casi sin voz.

No pude apartar la mirada de la de los dos hombres que estaban igual de sorprendidos. Nos habían reconocido a Sofi y a mí.

—Luego te contamos de qué conocemos a esos dos —le susurró Sofi a Noelia—. Sobre lo demás, mi respuesta es la misma que la de Diana.

—Vale. Estoy muy nerviosa con todo.

Cuando pude apartar la vista de los dos hombres que no se habían movido todavía, después de abrir la puerta de la sala, busqué con la mirada a Agustín.

Su mirada bailaba entre los recién llegados y yo, lo que me hizo fruncir el ceño.

—Adelante, chicos —los invitó a entrar—. Os estábamos esperando.

—Ah, ¿sí? —le pregunté.

Agustín no me respondió, solo me sonrió.

Capítulo 11



Un poco antes…

Mateo

—¿Agustín no te ha dicho nada nuevo?

—¿No te vas a cansar de preguntarme siempre lo mismo? —le devolví la pregunta a Leo.

Lo miré de reojo, mientras yo conducía por el camino que llevaba al hotel.

Agustín me había citado a las seis de la tarde aquí, hora para la que aún quedaban unos veinte minutos.

—No te lo pregunto siempre de la misma manera —se defendió mi amigo, entre risas.

—Te repito que sé lo mismo que tú. Por mucho que insistas, no voy a decirte nada nuevo.

—Es que no veas con Agustín —dijo, sacudiendo la cabeza—. Después del tiempo que hace que no os veis, y te cita precisamente aquí, en su hotel. Nos ha hecho viajar un montón de kilómetros hasta este pueblo y no ha sido capaz de decirte para qué.

—Nos cita. A ti también te incluyó y sus motivos tendrá —comenté, pensativo.

—Cuáles serán esos motivos… —suspiró.

—No te quejes tanto, que estamos teniendo unas vacaciones con las que no contábamos —sonreí de medio lado.

—Eso sí que debemos agradecérselo a Agustín. —Estuvo de acuerdo y rio.

Paré en la entrada del hotel, donde ya nos esperaba uno de los trabajadores para recibirnos. En cuanto nos bajamos, se acercó a mí.

—Gracias —me dijo cuando le di la llave del coche.

Eso era lo que estaba esperando, para llevarse mi coche al aparcamiento.

—Gracias a ti.

—¿Vamos a tomar una cerveza? —me preguntó Leo, cuando estuvimos solos de nuevo.

Miré la hora en el reloj de pulsera, aunque ya sabía lo que iba a ver.

—Podemos tomárnoslas tranquilos —le contesté—. Aún queda para que sean las seis.

—Estupendo —habló animado Leo.

Me pasó un brazo por los hombros y comenzó a caminar hacia la entrada.

—¿Sabes dónde ir? —le pregunté.

Caminaba como si conociera el lugar, llevándome hacia la dirección que él había decidido.

—No tengo ni idea —respondió con diversión—. Pero a algún sitio llegaremos.

—Paso de que nos llamen la atención.

Al decirlo, me paré, frenándolo a él también.

—Vamos a preguntar, antes de que se nos acerque alguien —le pedí.

Me dirigí hacia la recepción y Leo me siguió sin perder la sonrisa. Ambos fuimos observando lo increíble que era el hotel de Agustín.

—Hola —saludé a la chica que atendía.

—Hola. Buenas tardes. ¿Necesitan algo?

—Estamos buscando el bar —le contesté—. Hemos quedado con una persona, pero falta un rato para que llegue la hora y queremos hacer tiempo tomándonos una bebida fresca.

—Claro. Tienen que ir por ese pasillo. —Lo señaló—. Y cuando lleguen a la mitad, más o menos, girar hacia la izquierda. El bar está al final de ese nuevo pasillo. No tiene pérdida.

—Muchas gracias.

—De nada —me sonrió.

Nos despedimos de ella y fuimos hacia donde nos había indicado.

—Cómo te gusta ligar.

—¿Qué dices? —Lo miré de reojo.

—Lo que oyes —rio.

—Lo que acabas de decir es una gran tontería.

Negué con la cabeza.

—Lo peor de todo es que no te das ni cuenta —continuó con el tema, hablando con diversión.

Opté por el silencio, para que dejara ya el temita.

En cuanto accedimos al segundo pasillo y llegamos al final de él, nos encontramos con el bar. No tuvimos que pensarlo, fuimos directamente a la terraza que daba a una parte del jardín.

Se estaba de lujo. La mayoría de las mesas estaban a la sombra y ocupamos una de ellas.

Un camarero se acercó y le pedimos dos cervezas.

—¿Tú crees que Agustín ya está aquí? —quiso saber—. Podríamos haber preguntado por él.

—Para que nos salgan las cervezas gratis, ¿no?

—Me encanta cuando me lees la mente.

Reímos.

—Agustín tiene aquí un paraíso en miniatura —comenté.

—¿Por qué no habías venido nunca?

—No ha surgido la ocasión —respondí—. Gracias —le dije al camarero, cuando dejó las cervezas en la mesa.

Cogí mi botellín y le di un buen trago.

—Podrías haber pasado unas buenísimas vacaciones aquí. Las instalaciones son impresionantes, no falta de nada, y la piscina es…

—Me lo enseñaste todo. —Asentí.

Leo había visto todas las imágenes del hotel que estaban disponibles en la página web. La mayoría de ellas eran de clientes más que satisfechos que hablaban maravillas del lugar.

—Podemos dejarle caer a Agustín que, para el mes que viene, nos reserve una habitación. Si tuviéramos una para cada uno, sería un sueño.

—No voy a autoinvitarme, Leo.

—¿Por qué? Sabes que Agustín estaría encantado de que vinieras y de que para ti siempre tendrá sitio. Te lo repite en cada ocasión que habláis.

—Si llego a aceptar algún día, no será porque yo saque el tema. Si Agustín no vuelve a proponérmelo, no hay más que hablar.

—El hombre ya se habrá dado por vencido, con tantas negativas tuyas.

Puso los ojos en blanco.

—Lo que me recuerda que no sé qué hago hablando de esto —comenté.

Arqueé las cejas.

—Ya te vale. —Bufó—. Podrías pensar un poquito en tu amigo del alma, ¿no?

—Amigo del alma… —repetí, con una media sonrisa.

—Pues claro. Ese soy yo —me dijo con un guiño.

—No me habías dicho que tenías las fechas claras de las vacaciones de verano.

Bebí otro trago de cerveza.

—No las tengo.

Se encogió de hombros.

—Acabas de decir lo de venir aquí el mes que viene —le recordé.

—Hombre, es que, si nos sale la ocasión, como si es la semana que viene. Ya te digo yo que lo dejo todo para venir cuando sea —rio.

—Tienes la agenda abierta —comenté con diversión.

—No te imaginas cuánto y hasta qué punto.

Reímos.

—Anda. Dale con ganas.

Señalé su botellín con el mío, antes de acercármelo de nuevo a los labios. Mi amigo se tomó al pie de la letra lo que le dije y se bebió de golpe su cerveza.

Estuvimos disfrutando en la terraza y con las vistas, hasta que nos fuimos cuando faltaban unos seis minutos para las seis.

Desde que salimos del bar y mientras recorrimos los pasillos, no pude parar de reír por la cara que puso y la reacción que tuvo Leo, cuando el camarero nos dijo el importe a pagar por las cervezas.

Iba a estar doliéndole la barriga durante todo el día.

—Hola —le dije a la misma chica de antes, la recepcionista.

—Hola —me correspondió, con una gran sonrisa.

—Ya ha llegado el momento de reunirnos con la persona que hemos venido a ver.

—¿Cómo se llama?

—Agustín.

—¿El señor Agustín? —preguntó.

—Sí —le confirmé—. Nos está esperando.

—Está reunido con alguien más —nos comunicó.

Fruncí el ceño.

—¿Qué hacemos? ¿Se habrá olvidado? —me habló Leo.

—Lo dudo —contesté pensativo—. ¿Sería posible que lo viéramos un momento? —me dirigí a la chica—. Podemos ir donde está y, si le ha surgido algo de última hora que no ha podido anular, nosotros esperaremos.

—Agustín y él son como familia —le dijo Leo, a la recepcionista.

—En ese caso, sí, pueden preguntarle ustedes mismos —nos confirmó ella, sin ponernos ningún problema.

Nos indicó el camino que debíamos seguir para llegar a la sala en la que estaba Agustín. Se lo agradecimos y fuimos hacia allí.

Conocía desde pequeño a Agustín. A lo largo de mi vida había acumulado muchos recuerdos en los que él había estado presente.

La relación de él con mi familia siempre había sido muy cercana, y continuaba siéndolo, a pesar de los giros de la vida.

Hicimos todo el camino en silencio y cuando llegamos frente a una gran puerta doble de madera, nos paramos frente a ella.

La golpeé varias veces con los nudillos y no esperé a escuchar la voz que nos diera paso. Abrí directamente y lo que me encontré dentro me dejó desconcertado y sorprendido.

No pude ocultar mi reacción, al igual que Leo, cuando vimos dentro de la sala, con Agustín, a las dos mujeres del pasado viernes por la noche. Una de ellas era la que pisé, la otra, su amiga que la acompañaba. La tercera no la conocía.

El asombro fue en ambas direcciones, ya que por parte de ellas se escuchó algún jadeo por la impresión. Sus expresiones debían ser muy parecidas a las nuestras.

Me quedé sin saber qué hacer, buscando una explicación.

Cuando la que pisé dejó de mirarme, para centrarse en Agustín, yo hice lo mismo para ver cómo él nos observaba a ambos.

—Adelante, chicos —nos dijo Agustín, a Leo y a mí.

Y si la situación no fuera ya rara de narices, sus siguientes palabras terminaron por confundirme del todo.

—Os estábamos esperando.

Antes de que me diera tiempo a abrir la boca, lo hizo la mujer del pisotón.

—Ah, ¿sí? —le preguntó a Agustín.

Él simplemente le sonrió. Muy típico de su manera de actuar, lo conocía muy bien.

Ella reaccionó bufando y cruzándose de brazos.

—Entrad y cerrad —nos pidió Agustín

Leo y yo nos miramos. Mi amigo no salía del asombro que sentía.

Como mi amigo no se movía, me puse a su espalda y lo empujé con suavidad, para entrar y cerrar, tal y como había pedido Agustín.

—Joder, tío —me susurró Leo.

—Ya… —Sacudí la cabeza.

—¿Qué está pasando? —preguntó la mujer del pisotón—. ¿Qué hacen ellos aquí? ¿Quiénes son? ¿Quién eres tú? Estoy cansándome ya de todo y estoy a nada de largarme de aquí.

Sonó muy molesta, lo que entendí perfectamente.

Al menos ellas, las tres, se habían quedado de la misma manera que Leo y yo.

Aquí no había nada planeado, lo que me tranquilizó en cierta forma. El único que conocía qué narices estaba pasando era Agustín, quien observaba la situación… divertido.

—No sé de qué va todo esto —dejé claro, a pesar de que era más que evidente mi postura.

Al hablar, miré fijamente a la del pisotón, hasta que dirigí la vista a Agustín.

—Tampoco sé qué pretendes —le dije—. Me encantaría saber por qué me has hecho viajar hasta aquí con tanta urgencia, citándome hoy y a esta hora en tu hotel, para encontrarme con esta situación que no comprendo.

Capítulo 12



Diana

Lo único que tuve claro, por la manera de hablarle a Agustín y por la forma de mirarlo, fue que no era la primera vez que ellos se veían.

Los observé cada vez con más atención, conforme fui tranquilizándome.

—Mateo —le dijo Agustín al hombre que me pisó el viernes pasado.

Mateo, repetí en mi cabeza y fruncí el ceño, pensativa.

—Me alegro mucho de verte, muchacho —le sonrió.

Sus palabras parecieron ablandar su dureza porque el recién llegado relajó los hombros, hizo una respiración profunda y sacudió la cabeza, para terminar, sonriéndole a Agustín.

Después Mateo se acercó a él. Rodeó el sofá y, como ya esperaba, se dieron un fuerte abrazo que alargaron más de lo debido. Con ese gesto hicieron ver que eran cercanos y que entre ellos había mucho cariño, como poco.

El otro hombre, del que estábamos a punto de saber su nombre, no tardó en moverse. Siguió a su amigo para saludar también a Agustín.

—Antes de nada, voy a hacer las presentaciones —dijo Agustín—. Ellos son Mateo y Leo.

Los señaló al mencionarlos, aunque no hacía falta.

—Podéis presentaros vosotras si queréis —nos ofreció.

—¿Y si no queremos? —soltó Sofi.

Sonreí de medio lado. Agustín nos miró con diversión.

—En un momento u otro terminaré diciendo vuestros nombres. Será sin querer, pero…

—Sin querer… —repetí, con las cejas elevadas—. Ellas son Sofi y Noelia —me adelanté a presentarlas—. Yo, Diana —hice una pequeña pausa—. Ya podemos continuar —dije mirando a Agustín.

Me urgía terminar con todo esto, fuese lo que fuese, porque necesitaba saber por qué narices Agustín había mencionado a Deirdre.

Una vez que me había escuchado su nombre, no iba a irme sin saber qué tenía que ver Deirdre en todo esto. Tragué saliva, al mismo tiempo que descruzaba los brazos.

—Por favor, sentaos —nos pidió Agustín.

Para que mis amigas se movieran, tuve que hacerlo yo la primera. Volví al sitio del sofá en el que estuve sentada antes de la interrupción, al igual que mis amigas ocuparon los suyos, sin separarse mucho de mí.

—Esto parece cachondeo —me susurró Sofi.

—Como poco. Sí.

Le hablé en el mismo tono, mostrándome totalmente de acuerdo con ella. No era para menos.

—¿Qué tiene que ver Deidre con todo esto? —pregunté.

No quería esperar más, me sentía muy rara, por lo que necesitaba irme cuanto antes de esta sala.

Mi intuición me decía que, fuera lo que fuera esta situación, no iba a gustarme. De quedarme tranquila, había pasado a estar en alerta.

Mi pregunta pilló desprevenidos a los recién llegados. El tal Leo me observó con sorpresa, mientras que Mateo entrecerró los ojos y por primera vez vi en él un cambio significativo.

Se puso en tensión y se mostró desconfiado, mientras nuestras miradas no se apartaban del otro.

—¿Por qué la has mencionado? —me preguntó Mateo.

—No deberías —me dijo Leo.

—Porque tú lo digas —soltó Sofi.

Leo y ella se observaron retándose.

—Yo no soy la primera que la ha mencionado —me defendí, aunque no había hecho nada como para tener que justificarme.

Daba igual quién había dicho el nombre primero, como si había sido yo. Estaba en todo mi derecho de hablar de Deirdre y nadie iba a quitármelo, como tampoco todos mis recuerdos y vivencias.

—Pero independientemente de eso —continué hablando—. El «no deberías» que has dicho te lo podrías haber ahorrado —me dirigí a Leo —. Voy a hablar de Deirdre todas las veces que me dé la real gana, ahora o en un futuro. Durante el resto de mi vida.

Volví a mirar a Mateo, para enfrentarme de nuevo a sus ojos.

—Llegados a este punto, tomo yo el control de la conversación.

Todos miramos a Agustín, que era quien había hablado.

Se le veía muy tranquilo, sentado cómodo en el sofá, con la espalda apoyada en el respaldo y las piernas cruzadas.

Iba vestido de manera informal, pero aun así se distinguía la clase y elegancia que desprendía.

—Ya era hora —dije, a modo de queja.

Solté un bufido porque necesitaba respuestas, no perder el tiempo y cabrearme.

Agustín me miró con diversión, para después asentir. Me dio la razón.

—Como os he dicho —habló mirándonos a mis amigas y a mí—. Todo lo que sé de ti es por Deirdre, mi gran querida amiga.

Miró a Mateo. Este parecía desconcertado otra vez, muy extrañado por lo que acababa de escuchar.

—Diana ha mencionado a Deirdre porque yo lo he hecho primero —le aclaró a Mateo—. Y sí. —Nos miró a ambos—. Deirdre estaría muy feliz si pudiera compartir este momento con todos nosotros.

La expectación de todos era evidente. Agustín continuó hablando.

—Esto debe estar provocándole mucha felicidad, porque es exactamente su voluntad. Yo la estoy llevando a cabo, por lo que sé que en algún sitio su alma está sonriendo.

Tragué saliva, conteniendo las ganas que tenía de agarrarme a algo. No quería llorar.

—No lo entiendo —dije.

Mi voz sonó más baja de lo normal, por el nudo que se me formó en la garganta.

Todos me miraron.

—Tu abuela lo quería de esta manera, Mateo.

Al escuchar a Agustín, agrandé los ojos al mirar a Mateo.

—¿Eres su nieto? —pregunté alzando la voz.

—Sí —me confirmó Mateo—. ¿Y tú eres?

—Una persona a la que tu abuela adoraba y quería mucho —contestó Agustín por mí.

Me ayudó porque, por unos instantes, me quedé sin saber qué decir, a pesar de que la respuesta estaba clara.

—No era su nieta de sangre, pero la consideró como tal durante años —añadió Agustín.

Sus palabras me hicieron apartar la vista, para esconder mis ojos nublados por las lágrimas.

Enfoqué la mirada vidriosa en mi vaso de café con hielo. Me había olvidado por completo de la bebida, pero todavía había hielo gracias al aire acondicionado.

Mis amigas, al saber perfectamente cómo me encontraba, me dieron su apoyo como pudieron. Noelia colocó una mano en mi espalda y comenzó a acariciármela. Sofi cogió mi vaso de café con hielo, como si me hubiera leído la mente, cosa que era muy normal entre nosotras.

Me lo dio y lo agarré con fuerza, antes de llevármelo a la boca. Bebí un sorbito de café, notando y siendo muy consciente de que todas las miradas estaban puestas en mí.

—Diana… —dijo Mateo.

No estaba llamándome. Sonó como si estuviera recordando.

—¿Fuiste tú la que convivió con mi abuela durante bastante tiempo? —me preguntó Mateo.

Asentí, todavía sin levantar la cabeza.

Volví a beber otro sorbo de café y me tomé mi tiempo para calmarme. Todo se había desviado demasiado de lo que esperaba, aunque no supiera bien por dónde iba a

—No me acordaba de tu nombre, hasta ahora, claro. Mi abuela me lo diría años atrás, al principio de todo, pero sinceramente no lo retuve y como nunca te llamaba por tu nombre… Siempre que me hablaba de ti, que me comentaba algo de vosotras dos, se refería a ti como *álainn*. Quiere decir…

—Hermosa —dijimos ambos y nos quedamos en silencio.

Mateo asintió.

—Me llamaba así porque la primera vez que me lo dijo me pareció una palabra muy bonita y me gustó mucho. Por eso se acostumbró a no decir mi nombre —aclaré—. Y Deirdre te habló de mí —le dije a Agustín.

—Por supuesto —me confirmó—. Como ya he dicho, fuiste muy importante para ella y yo, al ser uno de sus mejores amigos, lo sabía muy bien.

—Uno no —habló Mateo—. Fuiste su mejor amigo, el primero en la lista de los que tenía. Como tú, nunca tuvo ninguno.

Agustín sonrió con nostalgia y cariño, mirando al que imaginaba que consideraba su familia.

—¿Estás bien? —me preguntó Sofi, susurrando.

—Más o menos, pero sí.

La miré y ella me dio un beso en la mejilla, lo que me hizo sonreír. Noelia apoyó la cabeza en mi hombro, para que recordara que continuaba a mi lado.

Imposible que se me olvidara. Eran las mejores y si mi hermano estuviera aquí, sabiendo cómo me afectaba hablar de Deirdre, ya me tendría subido a sus piernas para tenerme cerca y abrazarme.

—Noe, escríbele a Alan en el grupo, pero no le cuentes nada. Solo que todo va bien —le pedí—. Estará nervioso y, si todavía está descansando, quiero que se quede tranquilo.

—Voy —dijo al momento.

Sacó su móvil y lo hizo. A Sofi y a mí comenzaron a sonarnos los mensajes.

—Está en línea —nos informó y sonreímos.

Mi historia con Deirdre se remontaba a mucho tiempo atrás. Para mí fue una persona muy especial. Llegué a quererla como si fuese mi abuela y la adoré como tal. El sentimiento fue mutuo, se hizo muy fuerte entre nosotras.

Hace años, cuando terminé mi carrera universitaria, decidí continuar con mis estudios en otro país. Quise abrir más mi camino, no privarme de nada, y como tenía los conocimientos necesarios que requerían en muchos de los países a los que quería ir, no lo dudé cuando tomé la decisión de embarcarme a la aventura y a lo desconocido.

Todavía me acuerdo del momento en el que les conté a mi familia y a Sofi que me iba por varios años. Noelia no estaba en mi vida por aquel entonces. Ella llegó pasados unos años, cuando regresé y me independicé, al comprar mi piso.

El caso fue que viajé a Irlanda para estudiar un máster en el que me especialicé en la que, más tarde, sería mi profesión. Y, sinceramente, no podía decir cómo se dio todo para terminar con Deirdre porque en un principio iba a quedarme a vivir en una residencia de estudiantes.

Al final, después de muchas conversaciones e investigaciones de mis padres y de mi hermano, terminé contactando por teléfono con la mujer de la que mi hermano me dio el teléfono.

Ella fue Deirdre, una mujer adorable con la que di por casualidad. Sí, nosotras no debíamos habernos conocido, pero sorprendentemente terminamos viviendo juntas.

La casualidad se debió a que Alan encontró el número de teléfono de Deirdre, en una lista de personas que ofrecían compartir sus viviendas con estudiantes de fuera. Cuando hablé con Deirdre la primera vez, no me dijo nada, a pesar de que la noté sorprendida al decirle cuál era el motivo de ponerme en contacto con ella.

Fue al cabo de unos meses que me confesó que ella dejó de prestar ese servicio hacía años, por lo que su contacto no debería haber estado en la lista de opciones para los estudiantes extranjeros.

El fallo nos vino genial a ambas porque terminamos creando una relación muy especial, como ya sabéis. Deirdre aceptó acogerme y vivimos cuatro años juntas, porque una vez finalicé el primer máster, fui a por el segundo. Después de eso, cuando regresé a España, siempre mantuvimos un contacto muy cercano, hablándonos varias veces todas las semanas.

Durante todo el tiempo que estuve con ella en Irlanda, también estuve muy cerca de su familia, siendo una más de ellos. Me acogieron con mucho cariño y eso fue lo que me dieron.

Solo hubo dos personas que no conocí, pero de las que Deirdre me habló mucho. Una de ellas era su nieto, el que estuvo años estudiando en Alemania, y al mismo tiempo trabajando en ese país.

Por otro lado, estaba Agustín, el amigo inseparable de Deirdre, del que ella me habló con mucha añoranza porque, por aquella época, Agustín siempre estaba viajando por negocios. Sus viajes eran interminables e iba de un destino a otro. De ahí que yo no lo viera nunca, aunque sí supiera de su existencia.

Ahora podía ponerles cara a ambos. De Agustín nunca vi una imagen, pero de Mateo sí que vi las fotografías que tenía Deirdre de su nieto, hasta su adolescencia.

Y nada tenían que ver con el hombre que estaba delante de mí, observándome con intensidad.

Capítulo 13



—¿Por qué me has buscado ahora por Deirdre? —le pregunté a Agustín, en tono bajo—. Has dicho algo así como que estás cumpliendo su voluntad.

—Así es —me confirmó, asintiendo con la cabeza—. Hasta ahora no ha podido ser, por varios motivos que no vienen al caso. El tema es que tengo algo que contaros a Mateo y a ti.

Mateo y yo nos miramos, sorprendidos.

—Deirdre nos dejó hace un año y medio. Todos lo pasamos muy mal porque una muerte siempre es muy dura, pero cuando nada te avisa o te prepara para ella, es mucho más traumática.

Tragué saliva y fijé la vista en cómo Sofi me quitaba el vaso de las manos. Hasta ese instante no me di cuenta de que me temblaban. Uní las manos para entrelazar los dedos y las dejé caer juntas en la falda.

Como acababa de decir Agustín, Deirdre se fue de un día para el otro. Se acostó una noche como cualquier otra, después de pasar el día con unos y con otros, ya fuera en persona o por teléfono, como fue en mi caso, y ya no volvió a abrir los ojos más.

Sí, pude hablar con ella horas antes de que entrara en un sueño eterno, pero eso no fue un consuelo para el dolor tan grande que me provocó la llamada que recibí de su hija Amber, la madre de Mateo.

Volé a Irlanda en cuanto pude y llegué antes del entierro. Lo quise así porque no me apetecía ni tenía cuerpo para estar con más gente. Mi hermano me acompañó. Alan no quiso dejarme sola y lo agradecí, porque fue el gran apoyo que necesité en todo momento.

Alan conocía a Amber y a su marido Liam, al igual que mis padres y Sofi, de las veces que vinieron a verme a Irlanda, durante los años que estuve en el país. Amber y Liam se emocionaron mucho al vernos a Alan y a mí, y después de darles el pésame y de pasar por muchas lágrimas, pasamos el día juntos.

Mateo, el hijo de ambos, viajó por la noche de ese mismo día, para regresar desde Alemania lo más pronto que pudo. Alan y yo también viajamos esa noche, para volver a España.

—Sé que Deirdre te quería como a otra nieta más y que tú le correspondías de la misma manera, sintiéndola como tu abuela —continuó hablando Agustín, mirándome.

—Sí —susurré.

—Y por eso estoy aquí y os he citado a los dos.

Nos miró a Mateo y a mí.

—Fuisteis sus nietos, de corazón y de sangre —hizo una pausa, antes de seguir—. Tengo algo para vosotros de ella, para los dos.

—¿Cómo? —pregunté sorprendida.

—Pero… —habló Mateo—. Después de lo del testamento me dijiste que todo quedó arreglado y cerrado.

Frunció el ceño.

—No todo, pero en ese momento tuve que darte esa respuesta. Necesitaba que llegara este momento, para que Diana estuviera presente. Ella forma parte de lo que voy a decir.

—No entiendo nada —dije.

—Ni yo —habló Noelia.

—Yo sigo flipando, entre unas cosas y otras —comentó Sofi.

—Antes de seguir, quiero que sepáis que Amber y Liam, tus padres, —miró a Mateo— saben lo que voy a deciros. Están informados de que ahora mismo estamos todos aquí, reunidos en mi hotel, y están completamente de acuerdo con lo que va a suceder.

Mateo frunció el ceño.

—Me han guardado el secreto, hasta que fuera el momento de hablar —añadió Agustín.

—¿Qué secreto? —pregunté.

—Estaría bien saberlo —comentó Leo—. Nos tienes a todos nerviosos.

—Deirdre era dueña de una propiedad impresionante en Irlanda. Tú la conoces bien —le habló a Mateo.

—Claro —confirmó él—. Ahora es propiedad de mis padres.

—No. Eso es lo que te hicimos creer —le dijo Agustín.

—¿Cómo? —preguntó con sorpresa Mateo.

—Los dueños de esa propiedad sois Diana y tú.

En la sala se escucharon varios jadeos, los de mis amigas y el mío.

—Así lo quiso Deirdre.

—Pero… —susurré—. No puede ser. Yo…

—Tú eras muy importante para ella y, como no podía ser de otra manera, te tuvo en cuenta en las reparticiones de su testamento —me dijo Agustín—. Diana, la mitad de la propiedad que digo es tuya y te aseguro que te enamorarás en cuanto la veas.

—No puedo aceptar algo así. —Negué con la cabeza, varias veces.

Después miré a Mateo. Él me observaba serio, pero porque estaba pensativo. No parecía estar molesto, solo sorprendido.

—No se trata de que lo aceptes o no, se trata de que es tuyo desde el mismo momento en el que Deirdre así lo decidió —me aclaró Agustín.

—Pero…

No sabía qué más decir. Me había puesto muy nerviosa, por lo que suponía lo que estaba diciendo Agustín.

Sabía muy bien el nivel económico que tuvo Deirdre, no porque lo averiguara por mí misma, sino porque Deirdre fue enseñándomelo con el tiempo.

Confiábamos la una en la otra, ciegamente, pero jamás imaginé que…

—Hay algo más, quizá lo más importante —carraspeó Agustín.

Tanto Mateo como yo fruncimos el ceño. Mateo no había dicho qué le parecía la decisión que tomó su abuela.

—¿El qué? —le preguntó Mateo.

—Para que esa propiedad sea vuestra definitivamente, hay una condición inamovible: debéis convivir en ella durante un mes. Ambos y al mismo tiempo.

—¿Qué? —pregunté gritando.

Me levanté de un salto.

—¿A qué viene eso? —preguntó Mateo, alzando también la voz.

—Deirdre tuvo sus motivos para decidirlo así —comentó Agustín, con mucha calma.

—¿Qué motivos? Mateo y yo nunca nos conocimos, ni hablamos, ni nada. ¿Por qué querría algo así, Deirdre?

—Lamento no poder responderte, Diana.

—No me jodas… —dijo Mateo.

Se pasó las manos por el pelo, varias veces, hasta que nuestras miradas se encontraron y dejó caer los brazos a los lados de su cuerpo.

—Renuncio —hablé con determinación.

—Diana… —me llamó Sofi.

—Renuncio —repetí.

—Esa posibilidad no está entre las que quería Deirdre —me informó Agustín—. Si renuncias, la propiedad nunca será de Mateo. Si alguno de los dos se niega a lo que he dicho, el otro también saldrá perjudicado. Si no aceptáis lo que dejó por escrito Deirdre, sea uno u otro, perderéis.

—No puedo tener esa responsabilidad —dije.

Miré de reojo a Mateo.

—Mateo tiene derecho a ser el propietario de lo que sea —continué.

—Tú también, Diana —me confirmó con dulzura Agustín.

—Es una locura. No sé qué la llevó a…

—Solo tenéis que vivir juntos durante un mes, como ya os he dicho. Ninguno de los dos se verá afectado en vuestros trabajos. Diana, me consta que tu jefe te permitirá trabajar a distancia. No sería la primera vez.

Tragué saliva, al mismo tiempo que asentía.

—Y tú, Mateo, trabajas en Dublín y puedes moverte con total libertad allí. Solo cambiaríais el lugar de residencia y sería provisional. ¿Qué es ese tiempo en comparación con la gran propiedad de la que seréis dueños cuando cumpláis lo de ese mes? Después seréis libres de venderla. Su valor es muy elevado.

Lo dijo mirándome, ya que Mateo debía saberlo de sobra. Yo, durante el tiempo que estuve viviendo con Deirdre, no conocí ninguna de sus otras propiedades. No surgió y tampoco me interesaba.

—Si vivimos un mes juntos, bajo el mismo techo de esa propiedad, ¿después será nuestra? —preguntó Mateo.

—Exacto —confirmó Mateo, con una media sonrisa—. Lo tengo todo preparado, a falta de una firma vuestra. Una vez seáis los propietarios, solo quedará que os pongáis de acuerdo en si queréis mantener la propiedad para alternaros en ir de vacaciones, o cuando os plazca, o si queréis venderla.

—Necesito… pensarlo bien —comenté y todos me miraron.

—Por supuesto, tienes esta semana para decidirte —me comentó Agustín—. El sábado debo irme, me espera otro destino por trabajo —nos informó—. Tú también medítalo bien —le pidió a Mateo—. No tomes una decisión precipitada.

Mateo asintió.

—Debéis quedaros en este pueblo hasta que volvamos a reunirnos los tres —se dirigió a Mateo y a Leo.

—Menudas vacaciones —comentó el último—. Ya podrías invitarnos algún día a este hotel —le pidió con diversión.

—¿Hace falta que os invite? —le preguntó Agustín—. Sois bienvenidos siempre que queráis. Si preferís dejar el hotel en el que estáis, para venir a este, solo tenéis que decírmelo para arreglarlo todo.

—¿Qué dices? —Leo se dirigió a su amigo.

—Estaría bien —contestó Mateo, pensativo.

Todavía no había reaccionado del todo y lo entendía. Yo me sentía de la misma manera.

—Pues hecho. Ahora lo comento en la recepción. Y vosotras —se giró hacia mis amigas y hacia mí—. Si queréis…

—Ya tengo bastante por hoy —lo interrumpí.

—Hija, que un dulce no amarga a nadie —dijo a modo de queja Sofi.

No pude ni reírme por ello.

—Tranquila —me dijo Agustín—. Dejaré dichos vuestros nombres para que todos los que se encargan de la recepción, en los diferentes turnos, sepan lo que tienen que hacer si venís. No tiene por qué ser esta semana. Es ampliable a cualquier otro momento. Da igual el tiempo que pase y cuántas veces queráis estar aquí.

—Joder. ¡Qué pasada! —exclamó Noelia.

—No sé si yo lo utilizaré, pero ¿podrías incluir el nombre de mi hermano?

—Por supuesto —me confirmó, asintiendo.

—Se llama…

—Sé cómo se llama: Alan.

—Sí —susurré y sonrió.

—Es un placer incluirlo, para cuando le apetezca venir. Os lo digo para que lo tengáis claro: venga quien venga y cuantas veces quiera, no tenéis que hacérmelo saber de ninguna manera. Sois libres de moveros por aquí. Daré vuestros nombres en las dos recepciones que hay.

—Muchas gracias, Agustín —le dije.

—No es nada. Puede que nos hayamos conocido hoy, pero te aseguro que te siento como si hiciera años. Deirdre me habló mucho de ti.

—Vale —dije, notando calor en las mejillas.

Capítulo 14



—¿Tienes algo más que decirme? —le pregunté a Agustín.

Negó.

—Entonces nosotras nos vamos —comenté, bajando el tono de voz.

—Claro. Toma.

Bajé la mirada para ver la tarjeta que estaba ofreciéndome. La cogí y vi en ella su nombre y un número de teléfono.

—Puedes contactar conmigo llamando al hotel, pero así es más fácil y rápido. Para cuando quieras venir en estos días, con una respuesta.

—Vale —susurré.

Me guardé la tarjeta en un bolsillo de la falda, antes de ofrecerle la mano a Agustín.

Él aceptó mi gesto sonriéndome con cariño. Mis amigas también se despidieron de él.

Me giré hacia Mateo y Leo, quienes no habían dejado de observarnos con atención.

—Ya… ya nos veremos —les dije.

—Sí.

Mateo fue muy escueto, pero imaginé que tampoco sabía qué más decir. Ambos necesitábamos tiempo para asimilar lo que habíamos descubierto y para centrarnos en tomar la mejor decisión.

Durante unos largos segundos nos mantuvimos la mirada, hasta que yo pude desviar la mía con una sensación muy extraña.

Continué notando el peso de su mirada mientras caminaba por el salón, hacia la puerta, lo que me puso mucho más nerviosa.

Una vez en el pasillo, con la puerta de la sala cerrada, cogí una gran bocanada de aire y lo solté de golpe. Mis amigas me observaban en silencio, de la misma manera que continuaron cuando comencé a recorrer el pasillo.

—Imagino que lo único que quieres es irte —me dijo Sofi.

—Sí —le confirmé.

—Vale —suspiró—. Adiós al jardín y a tomar algo.

—Podrás hacerlo cuando quieras —comentó Noelia—. Ya has oído a Agustín, todos tendremos pase directo a su hotel. Para lo que sea —sonrió de oreja a oreja—. Por cierto, me ha encantado ese hombre.

—Se ve buena persona —opinó Sofi.

—Era el mejor amigo de Deirdre, por lo que no puede ser de otra manera. Es buena persona —dije convencida.

—¿Cómo estás, cariño? —quiso saber Noelia.

—No lo sé. Me parece todo tan irreal…

Sacudí la cabeza.

Llegamos a la recepción y no nos paramos cuando nos despedimos de la chica que había al otro lado del mostrador. Continuamos hasta la puerta principal y, en cuanto salimos del hotel, agradecí respirar al aire libre, a pesar del cambio de temperatura.

—¿Vamos a hablar de lo que ha pasado ahí dentro? —preguntó Sofi.

—Primero tenéis que contarme por qué os habéis sorprendido tanto al ver a esos hombres. Ellos también a vosotras.

—Es que parece de cachondeo —dijo Sofi, negando con la cabeza.

—El viernes, cuando terminaron los fuegos… —Empecé a contar, mientras avanzaba por el camino de piedra—. Y Alan y tú ibais hacia el restaurante para cenar, tuvimos un encontronazo con ellos.

—¿Qué dices? —preguntó sorprendida.

—Ya te he dicho que parece cachondeo —repitió Sofi—. Ahora sabemos sus nombres, antes no.

—Mateo me dio un pisotón y, después de hablar un poco, ellos se fueron y a Sofi se le ocurrió la brillante idea de seguirlos, porque nos pasó algo raro con ellos. En realidad, nos sucedió a los cuatro.

—¿Los seguisteis? —preguntó sorprendida Noelia.

—Sí —le confirmó Sofi, con una sonrisa pícara—. Pero no nos sirvió de nada.

Bufó y yo, puse los ojos en blanco.

—Joder… ¿Por eso llegasteis más tarde al restaurante?

Asentí.

—¿Qué has querido decir con que os pasó algo raro a los cuatro? —quiso saber Noelia, con el ceño ligeramente fruncido.

—Raro de narices y hoy lo he vuelto a sentir. ¿Tú también? —me preguntó Sofi.

—Yo también —le confirmé.

—Qué fuerte —dijo, pensativa.

—¿Qué es? ¡No me dejéis así! —rio, nerviosa.

Llegamos a la pequeña recepción de la entrada y la bordeamos. Nos encontramos con el hombre que nos había atendido al llegar y levantamos las manos hacia él.

—Veo que ha ido bien —nos dijo, sonriente.

Estaba apoyado en el marco de la puerta.

—No os habéis ido tan rápido —añadió.

—No sabría decir si ha ido bien o fatal —comenté.

—No le hagas caso —le dijo Sofi, riendo—. Mi amiga está bromeando. Es así ella. Todo ha ido genial.

Él nos hizo un guiño, o tal vez se lo hizo a Sofi. Sí, seguramente fue lo último, pero como no me paré a observarlo mucho.

Me despedí de él y solté un suspiro cuando Noelia le dijo que Agustín nos había dado pase libre para cuando quisiéramos, por lo que lo mismo volvíamos a vernos.

Yo seguro, ya que debía regresar cuando tomara una decisión.

Agobiada, aceleré los pasos para salir cuanto antes del terreno que abarcaba todo el hotel.

Cuando llegué al coche de Sofi, tuve que esperar a mis amigas. Me apoyé en la puerta del copiloto. Intenté poner en orden mis ideas, pero no conseguí una mierda. Me sentía saturada con los últimos acontecimientos.

—Eh.

Levanté la cabeza hacia Noelia, para verla sonreírme con cariño. Se puso a mi lado y me pasó un brazo por los hombros. En esa postura dejé caer la cabeza en ella.

—Sofi ya me ha dicho que era eso raro a lo que os habéis referido. Me lo ha dicho en el corto camino hasta aquí.

Asentí.

—Es curioso, pero no tiene mayor importancia. A mí me pasó una vez con una compañera de trabajo.

—¿Sí? —le pregunté.

—Sí —sonrió—. Cuando entró a trabajar en la empresa y nos vimos, ambas nos tiramos varios días intentando recordar si nos habíamos visto en algún otro momento fuera de la empresa —rio—. Joder, hasta nos obsesionamos.

—Llegaron a la conclusión de que nunca se vieron con anterioridad y lo dejaron estar —terminó Sofi—. Así que a esos hombres y a nosotras nos pasó, y a ti y a mí nos sigue pasando lo mismo. —Se encogió de hombros—. En ocasiones ocurren estas cosas raras. Son sensaciones que a saber de dónde vienen.

—Ahora mismo lo que menos me preocupa es eso. Me da exactamente igual —dije.

—Es que es muy fuerte —habló pensativa Noelia—. Si convives con Mateo durante un mes, serás la dueña de la mitad de una propiedad que fue de Deirdre —suspiró—. Y, por lo que he entendido, debe valer un dineral.

—Eso seguro —comentó Sofi—. Anda, montaros en el coche. Os invito a cenar.

—Id vosotras, yo voy a escribirle a mi hermano. Si me dice que no ha cenado, iré al hospital con la comida para los dos. Tiene una hora libre para cenar, a no ser que le salga alguna urgencia grave que tenga que atender corriendo.

—Joder —habló sorprendida Sofi—. Pensaba que sería más pronto. Son cerca de las ocho.

—Hemos estado bastante tiempo ahí —comentó Noelia—. No creo que Alan haya cenado. Le gusta alargarlo lo máximo posible porque si no, la noche se le hace muy larga.

Sofi y yo la miramos sonriendo con picardía.

—¿Qué? —nos preguntó ruborizada.

—Que no tenéis más tonterías en el cuerpo porque no sois más grandes —le contestó Sofi—. Sois tal para cual.

Puso los ojos en blanco, antes de rodear el coche e ir a la puerta del conductor. Sofi se montó y arrancó. Ese fue su aviso para que nos montáramos Noelia y yo.

—¿Aceptas un consejo? —le pregunté.

—Claro.

—Haz algo, Noe. Lo que sea, pero haz algo con mi hermano. No dejes pasar más el tiempo. No permitas que la distancia entre vosotros sea cada vez más grande, porque llegará un día en el que veas un abismo entre vosotros y te será imposible siquiera plantearte saltar.

A pesar de que quería mantenerse firme, para hacerme ver que no le afectaba, no pudo controlar que sus ojos brillaran de una manera muy especial, mientras tragaba varias veces el nudo de emociones que se le formó.

—No sirve de nada que continúes diciendo que no sientes nada por Alan, que lo que sucedió es pasado y está olvidado. No eres creíble. Ninguno de los dos lo sois, aunque os empeñéis en conseguirlo.

Noelia bajó la mirada al suelo y yo continué con lo último que iba a decirle sobre el tema, por el momento.

—Lo que no se cuida acaba muriendo en el olvido y el problema es que para cada persona es diferente, ya que todos tenemos nuestro ritmo para sanar y para vivir. ¿Qué pasará cuando mi hermano aparezca con una chica y nos la presente como su pareja? ¿Y cuándo quedemos todos juntos? Porque estará en todo su derecho de hacerlo.

—No lo sé —contestó susurrando.

—Solo pregúntate a qué estás esperando.

Me separé del coche y abrí la puerta.

—Ya lo sabes, pero te lo recuerdo —le dije, sonriendo de medio lado —. Mi hermano hace un descanso más largo a medianoche, porque hay un cambio de turno y los que están de guardia aprovechan para descansar un poco más en condiciones. Como ya conoces el camino para llegar hasta él, y a las personas que debes preguntar…

Le hice un guiño y me senté en el asiento del copiloto, sin darle tiempo a reaccionar.

Sofi asintió, sonriéndome de oreja a oreja. Había escuchado desde el principio la conversación, porque bajó las ventanillas para que saliera el calor.

Ninguna de las dos miramos a Noelia cuando se montó en la parte de atrás. Preferimos darle tiempo.

Mientras Sofi se alejaba de la zona del hotel, circulando por la carretera, yo saqué el móvil del bolso y entré en la aplicación de mensajes. Le escribí a mi hermano.

Diana: *Holaaa… ¿Qué te parece cenar con tu hermana preferida? Es un planazo, ¡no me digas que no!*

Diana: *Estoy con las chicas. Ya hemos salido del hotel y Sofi me lleva a casa. Había pensado en encargar la comida en nuestro restaurante favorito e ir al hospital a cenar contigo.*

Diana: *Tengo muchas cosas que contarte. Algunas muy sorprendentes.*

Diana: *Estaré esperando tu respuesta, da igual que sea dentro de un rato o más tarde. Te quiero.*

Capítulo 15



Saqué la llave del contacto del coche, después de estacionar en la plaza del aparcamiento exterior del hospital.

Llegaba cargada con una bolsa del restaurante y una caja de *pizza*, para cenar con mi hermano. Alan me contestó cuando yo ya estaba en mi piso.

Al final, mis amigas habían decidido pedir la comida para cenar en el piso de Noelia, para vernos cuando yo regresara del hospital. No querían esperar a saber qué me había dicho mi hermano, qué opinaba él de todo esto y cuál sería su decisión si tuviera que tomarla.

Lógicamente, yo iba a aceptar todos los consejos que me dieran. Otra cosa diferente sería lo que terminaría haciendo. Debía meditarlo muy bien, pensar en los pros y los contras, y en la locura que era, porque todavía no me creía lo que había pasado.

Abrí la puerta para salir del coche, pero no llegué a pisar el suelo. Mi móvil comenzó a sonar dentro del bolso y lo busqué.

Sonreí al ver que era mi madre.

—Hola, mamá.

—Hola, cariño.

—Un momento. Voy a coger unas cosas y a salir del coche.

Escuché su voz, pero lejana, porque dejé el teléfono en el asiento, cuando me levanté de él.

Me colgué el bolso cruzado al pecho, cogí la caja de la *pizza* y la bolsa, y, por último, el móvil, antes de cerrar y bloquear el coche.

—Ya estoy —le dije a mi madre, cuando caminaba hacia el hospital.

—¿Has salido de compras?

—No —contesté riendo—. Voy cargada con la cena para Alan y para mí. Acabo de llegar al hospital para cenar con él. Faltan unos seis minutos para que haga el descanso para comer.

—¡Ah! Genial, cariño. Entonces te dejo.

—Gracias, mamá. Mañana hablamos con calma.

—Claro. Un beso para los dos.

—Igualmente.

Colgué la llamada pensando en hablar con mis padres al día siguiente. No iba a sacarle el tema a mi madre ahora, porque no era algo para soltarlo y hacer unos pocos comentarios y ya está.

En el momento en el que me decidiera a contarles lo de hoy, debíamos estar cómodos y tranquilos, sin prisas de ningún tipo.

A mi padre seguramente se lo contaría primero, para que me sirviera de apoyo con mi madre. ¿Para qué? Ni idea. Estaba por ver todo.

En cuanto entré en el hospital, como ya sabía el camino que debía seguir y los que trabajaban en la zona principal me conocían de sobra, me dirigí sin problema hacia donde sabía que estaría mi hermano.

Si no lo encontraba ahí, sería cuestión de minutos que apareciera.

Entre saludo y saludo llegué a la sala, en la que al entrar me encontré con un hombre y una mujer que salían justo en este instante. Nos saludamos y me quedé sola en la sala.

Dejé la comida en la mesa baja de enfrente de uno de los sofás y me senté en él, a esperar a mi hermano. Pasaron pocos minutos cuando la puerta se abrió y sonreí.

—Hola, preciosa —me dijo Alan.

Me levanté para abrazarlo y nos dimos un beso.

—Hola, guapo —le correspondí, con un guiño—. ¿Hambriento? —le pregunté cuando miró dentro de la bolsa.

Alan se rio, al mismo tiempo que asintió.

Sabía de dónde era la comida, ya que por mensaje le dije que sería de nuestro restaurante favorito, pero no sabía qué comida había en los recipientes. La *pizza* no contaba porque eso era evidente, por la caja.

—¿Comemos aquí? —le pregunté.

—No. Me apetece que me dé el aire.

—Por mí, genial.

—Vamos a la terraza del bar —me pidió, cogiendo la bolsa y la caja de la *pizza*.

Por más que quise llevar algo, al menos una de las dos cosas con las que cargaba, no me permitió que le quitara nada de las manos.

Me rendí al segundo intento y caminé a su lado, mientras íbamos hacia la terraza del bar que había mencionado.

Este se encontraba en el interior del hospital, pero tenía un patio grande abierto, al aire libre, en el que se mezclaban el personal sanitario y los visitantes.

Después de recorrer pasillos interminables y de subir alguna escalera, llegamos al bar.

—La bebida no la he comprado, para que no se calentara —le dije.

—Has hecho bien. Toma. —Me dio la caja y la bolsa—. Elige una mesa, yo voy a pedir la bebida.

—Vale —sonreí.

Eso hice, salir a la terraza en la que hacía una temperatura perfecta. En cuanto me senté en la silla de la mesa que escogí, levanté la vista hacia el cielo.

—Ya está —dijo Alan y lo miré a él.

Dejó a mi lado una lata de refresco con un vaso con hielo, la misma bebida que él iba a tomar.

Yo abrí las latas y llené los vasos. Mi hermano se encargó de abrir la tapa de la caja para descubrir la *pizza* y sacó los recipientes, junto a los cubiertos de plástico que me había traído de mi piso.

—Joder, ahora sí que tengo hambre —dijo.

Reímos.

—Y yo. Cómo para no tenerlo, con la pinta que tiene todo.

Alan asintió y no pudimos resistirnos a llenarnos las bocas con los tallarines especiales de la casa. Así se llamaban. Estaban increíbles.

Después cogimos un triángulo de *pizza* cada uno y les dimos un bocado. Estaba muy entretenida comiendo, alargando el momento de tener que hablar, pero mi hermano que me conocía estupendamente, carraspeó y me hizo buscar su mirada.

Me encontré con sus cejas arqueadas, mientras masticaba.

—Estoy esperando a que me cuentes quién es Agustín y qué quería de ti, citando en ese hotel —me dijo.

—No vas a creerte lo que ha pasado allí —me salió de manera natural—. Yo estoy todavía alucinando, pero no te preocupes que no es nada grave.

—¿Seguro? —me preguntó con el ceño fruncido.

—Sí. Te lo cuento si no dejas de comer. Yo puedo quedarme más rato, pero tú tendrás que irte dentro de una hora. Bueno, ya menos.

—Lo que quieres es pillarme con la boca llena y que no pueda hablar —dijo, arqueando una ceja.

—También —le confirmé seria y terminamos riéndonos—. Necesito que no me interrumpas. No quiero dejarme nada por decirte y todavía estoy nerviosa.

Alan me observó muy serio, antes de asentir.

Comencé contándole quién era Agustín, lo que lo sorprendió porque mencioné a Deirdre. Lógicamente, no se lo esperaba. Para nada. Hubo un momento en el que ambos nos emocionamos por eso.

Le conté a mi hermano todo, detalle a detalle, pasando por la llegada de Agustín, la presentación, su confesión, la aparición de los dos hombres que, dio la grandísima casualidad de que no eran desconocidos del todo, ya que Sofi y yo los vimos el viernes por la noche.

Sí, le dije a Alan que ellos fueron el motivo por el que nos retrasamos para ir al restaurante a cenar, después de los fuegos artificiales.

Mi hermano fue de sorpresa en sorpresa, y cuando le dije que uno de esos hombres, Mateo, era el nieto de Deirdre, y lo que ella quiso para nosotros dos…

Alan se quedó sin palabras al escuchar lo que Agustín nos dijo, lo de la propiedad de Irlanda y lo de que teníamos que compartirla durante un mes, viviendo juntos Mateo y yo, para que fuera nuestra.

—¿Y si no la perdéis? —me preguntó.

—Si no nos ponemos de acuerdo y aceptamos, sí. La perderíamos —le contesté.

Hice una pausa para beber un sorbo de refresco.

—Por lo visto vale mucho dinero —añadí.

Me encogí de hombros.

—Joder. Es… no tengo palabras. Conocéis a dos tíos que resulta que, de pensar que no volveríais a verlos nunca más, porque os dijeron que no eran del pueblo, resulta que os los volvéis a encontrar hoy.

Negó con la cabeza.

—Y no solo eso, lo más fuerte de todo, que ya es decir, es que si quieres tener la mitad de la propiedad que te dejó Deirdre, debes convivir con uno de ellos, con su nieto en esa vivienda. En Irlanda, nada más y nada menos.

—Lo has entendido perfectamente —dije, haciendo una mueca.

—¿Qué piensas de todo? —me preguntó serio.

—Para empezar, estoy en *shock* por lo de Deirdre. —Bajé el tono de voz, mirando la tapa del recipiente en el que tenía otro triángulo de *pizza*. Comencé a moverlo—. Si hubiera sabido cuál era su intención, la habría intentado convencer para que me dejara a mí al margen.

—Era lo que quería, Diana. Te adoraba.

Tragué saliva y cerré los ojos unos segundos, para contener las lágrimas.

—No pasa nada por llorar.

—Lo sé —susurré.

—No sé qué voy a hacer, Alan.

Levanté la mirada para encontrarme con la suya.

—Es una locura todo —seguí—. ¿Qué se le pasaría por la cabeza a Deirdre para decidir que esa casa, o lo que sea, sería para dividir entre su nieto de sangre y yo? ¿Cómo se le ocurrió hacerlo de esa manera? ¿Por qué forzar una situación tan rara? Joder, con el único miembro de su familia que yo no conocía —suspiré.

—¿Tal vez fue eso mismo lo que la llevó a tomar esa decisión? Ya… no tiene sentido. Más que nada porque su fallecimiento fue repentino y ni ella misma pudo anticipar lo que iba a suceder —dijo pensativo—. Eso debió dejarlo por escrito mucho antes.

—No sé —suspiré—. ¿Tú qué harías?

Mi hermano se quedó con el tenedor a medio camino de llevárselo a la boca. Lo bajó despacio, dejándolo caer en otra de las tapas de los recipientes de la comida.

—Me encantaría decirte qué hacer, pero es una decisión que solo puedes tomar tú.

—Ya… pero puede colaborar un poquito.

Hice una mueca y él me sonrió con cariño.

—Yo iría a por todas —me dijo.

—¿En serio?

—Sí. Lo que teníais Deidre y tú era muy especial y bonito, Diana. Ella quiso incluirte en su testamento, dejarte una parte, pequeña o grande, da igual, de lo que tenía para ofrecer a sus seres queridos. Estuviste con ella cuatro años, ayudándola, cuidándola. Os quisisteis y entiendo la decisión que tomó de no dejarte excluida.

Hizo una pausa para beber y yo hice lo mismo, para aliviar el nudo que se me había formado en la garganta. No lo conseguí y tragué con dificultad.

—No puedes despreciar algo así. Por ella. Por Deirdre. Hazlo, asume todos los riesgos, si es que los hay. Habla con Alfonso, tu jefe, y cuéntaselo. Como te ha dicho Agustín, él te lo facilitará todo para que trabajes desde Irlanda. Solo necesitas llevarte el portátil y tener conexión a un wifi.

Se encogió de hombros.

—Solo es un mes. Mentalízate de que ese tiempo será como una especie de vacaciones en Irlanda, en las que trabajarás algunas horas desde casa. Con suerte, la propiedad es tan grande que no te cruzarás con el nieto de Deirdre, si ambos no queréis.

—¿Y si es más pequeña que mi piso? —pregunté, aunque no tenía sentido lo que acababa de decir.

—Pues seréis compañeros y os veréis a diario, cruzándoos para todas las cosas cotidianas, durante un mes. Eso sí, si decides aceptar, tienes que preparar una comida o una cena con el tal Mateo y su amigo Leo, porque de aquí no te vas sin que yo los conozca.

Me reí por la cara que puso.

—Nuestros padres van a flipar —comenté.

—No más que nosotros —me dijo con un guiño y sonreí porque tenía mucha razón.

—Si Mateo acepta y, llegado el momento, vendemos la propiedad, podré terminar de pagar la hipoteca de mi piso. La cancelaré —hablé emocionada.

—Sí. Y estoy seguro de que después de eso continuará quedándote un buen dinero.

—Joder, qué pasada —susurré.

—¿Qué? —me preguntó, por el cambio que di.

—Que me duele estar hablando de esto, porque viene por el fallecimiento de Deirdre. Daría lo que fuera porque ella estuviese viva.

—Lo sé, cariño.

Me agarró una mano por encima de la mesa.

—Pero no lo está y la situación es esta. No hay más —me habló con cariño y comprensión.

Asentí y nos dedicamos a comer.

Terminamos a lo justo, para que mi hermano se reincorporara a la guardia. Uno de los camareros del bar, que lógicamente conocía muy bien a mi hermano, nos pidió que no recogiéramos nada porque se encargaba él de todo.

Se lo agradecimos y nos fuimos de la terraza. Alan me acompañó muy cerca del acceso a la zona principal del hospital.

—No te canses mucho —le pedí, mientras nos abrazábamos.

—Tú ten cuidado con el coche.

—Sí —le sonreí.

—Mañana hablamos, a ver si lo ves más claro que hoy.

—Claro.

Después de un último beso de despedida, nos separamos para ir cada uno hacia una dirección.

—¡Alan! —lo llamé alzando la voz, mientras caminaba despacio de espaldas.

Mi hermano se paró y se giró, para mirarme.

—Puede que esta noche, a medianoche para ser más concreta, termines más agotado que otras guardias, pero muchísimo más feliz y satisfecho. No podrás dejar de sonreír.

—¿Qué dices? —me preguntó, con diversión—. A esa hora tengo mi descanso más largo.

—Por eso mismo —reí—. No creo que puedas dormir mucho, o sí. Quién sabe.

Mi hermano me observó confundido.

—Suerte, hermanito, aunque no la necesitas. Te quiero. Hasta mañana.

Me fui riendo. Me alejé de Alan mientras él pensaba en lo que le había dicho. Era imposible que llegara a la conclusión de que yo estaba refiriéndome a Noelia y a la visita que mi amiga le haría.

Estaba segurísima de ello, después de lo que le había dicho yo por la tarde. Volví a reírme, con ganas, sintiéndome muy emocionada y feliz.

Esperaba que nada saliera mal. Todo debía ir genial porque ambos se lo merecían y los muy cabezotas se habían negado a estar juntos muchas veces.

Noelia debía estar muy nerviosa. En unos minutos la vería, en cuanto llegara a mi piso, o más bien al suyo, donde estaba con Sofi.

Capítulo 16



—Me encanta —dijo Sofi, riendo.

Sonreí viéndola unos pasos por delante de mí, emocionada como una niña pequeña.

Íbamos cargadas, ella con dos bolsas y yo con una nevera pequeña.

Eran las nueve y media de la noche del martes, un día después de conocer a Agustín y de la bomba que me soltó.

Sofi y yo habíamos quedado para ir al cine de verano, al aire libre. Aquí estábamos, acabábamos de llegar.

Mi amiga iba abriendo camino entre las personas que ya esperaban a que comenzara la película. Aún faltaban unos minutos. Nos sobraba tiempo.

Algunos estaban sobre toallas o mantas que habían extendido en la hierba del parque. Otros se habían traído sillas plegables. Cada uno había buscado su comodidad.

Lo bueno era que el parque estaba dividido para que todos pudiéramos ver bien, sin tener ningún obstáculo por delante que molestara.

Me refería a que los que habían elegido la opción de disfrutar de la noche en sus toallas o mantas, al estar más bajos, se encontraban todos colocados más cerca de la gran pantalla de cine.

El espacio que habían dejado era bastante grande y hacia él nos dirigíamos nosotras, ya que llevábamos una manta tipo picnic.

Cuando se terminaba esa parte, comenzaba la de las sillas e incluso mesas, porque algunos no escatimaban en nada.

—¿Qué te parece? —me preguntó Sofi.

Señaló hacia un espacio bastante grande y asentí, dándole el visto bueno. Nos dirigimos hacia allí.

Fui mirando hacia todos los lados, buscando a mis compañeras de trabajo, a Rocío y a Inés, incluso a Marcus, el novio de Inés, pero no los vi.

Había mucha gente y la iluminación era más bien escasa. Nosotras nos habíamos traído dos lamparitas a pilas, para iluminar nuestra manta. Así estaban los demás, convirtiendo el espacio en uno íntimo y especial. Era muy bonito.

Cuando llegamos al sitio que queríamos ocupar, dejamos todo en el suelo y empezamos a montarlo todo. Colocamos la manta y sobre ella dejamos dos almohadas, pero no las de nuestras camas, varios cojines, y dos mantas muy finas que parecían más sábanas que mantas.

Después de cenar y para cuando estuviéramos cansadas de estar sentadas, teníamos pensado tumbarnos y taparnos, para continuar disfrutando de la película.

Hacía una noche preciosa. El cielo se veía estrellado, lo que pronto cambiaría porque la luz de la pantalla produciría mucha luz y lo acapararía todo. Por el momento estaba apagada.

Sofi se puso de rodillas para doblar la bolsa que se quedó vacía y para sacar de la otra la comida que habíamos preparado. Yo me senté al otro lado, dejando la comida entre nosotras, y saqué dos botellines de cerveza.

La nevera la habíamos cargado de ellos, de varios refrescos por si necesitábamos parar de beber alcohol y una botella grande de agua.

—Por nosotras y esta noche —dijo Sofi, con su botellín en alto.

La imité, los chocamos y bebimos, antes de empezar a cenar.

—Es una pena que mañana trabajemos —suspiró—. Podríamos alargar esta noche porque me parece que nos va a costar irnos —sonrió.

—Sí. Pero tenemos hasta el viernes para repetir cada noche —le recordé, con un guiño.

—Es verdad. Yo me apunto si te apetece.

—Claro —acepté.

—¿Has visto a Inés o a Rocío? —me preguntó por mis compañeras.

—Qué va. Es muy difícil, a no ser que dé la casualidad de que pase por al lado.

Me encogí de hombros.

—Eso o que te pongas a gritar sus nombres —rio.

—Claro que sí, para que me lancen de todo.

Soltamos una carcajada.

—Mañana les diré por dónde hemos estado, a ver si nos ponemos de acuerdo para otro día terminar por la misma zona —comenté.

—Estaría guay. Hace que no las veo.

—A ellas también les hará ilusión —sonreí.

—La tortilla de patata te ha quedado de lujo. Está riquísima —habló con la boca llena, tapándosela.

—Eso es el hambre que tienes —reí.

—También, también —se unió a mis risas—. Oye, ¿no sabes nada nuevo de Noe y tu hermano?

Negué con la cabeza, varias veces, con una sonrisa de oreja a oreja.

—Qué fuerte. ¡Por fin! —levantó los brazos y reí.

La noche anterior, cuando dejé a mi hermano en el hospital y fui a mi edificio, para terminar en el piso de Noelia, les conté a mis amigas la conversación que tuve con mi hermano.

Todo fue bien, estuvimos hablando como una hora, hasta que nos fuimos cada una a su casa. Yo no tuve que moverme mucho para llegar a mi piso.

Nos despedimos con Noelia diciendo, decidida, que iba a ir al hospital a medianoche. De ese momento al que estábamos, después de muchas horas, lo único que sabíamos de ella era por el corto mensaje que me envió sobre la una y media de la madrugada.

Noelia: *Gracias, cariño. Mejor no habría podido salir. Ya os contaré. Por unos días voy a estar muy desaparecida.*

Acompañó a su mensaje con una cara haciendo un guiño y con una llama de fuego. El mensaje no dicho, estaba clarísimo y cuando se lo conté a Sofi nos pusimos a gritar, por ellos.

—Me parece mentira —dije, negando con la cabeza—. Les ha costado mucho, pero parece que ahora sí, ¿verdad?

—Sí. A ver qué te dice Alan, cómo lo está viviendo él y cómo lo ves tú de ilusionado, pero estoy segurísima de que ya puedes irte a Irlanda tranquila.

Reímos.

—¡Qué rápida! Será porque te interesa mucho. ¿Ya has tomado la decisión?

Al escuchar la voz de hombre, una voz que reconocimos rápido, ambas nos sobresaltamos sentadas en la manta.

—Joder —me quejé, sofocada—. ¿No sabes avisar o qué? —Bufé—. ¿Y no te han enseñado que no se escuchan conversaciones personales y ajenas?

Entrecerré los ojos.

—Estáis al aire libre, rodeadas de personas, no creo que eso os dé mucha intimidad para mantener vuestras conversaciones en privado.

Arqueó una ceja y yo apreté la mandíbula.

—No te recordaba tan borde y cortante —le dije, de malas maneras.

—No me conoces de nada e igualmente, a veces las cosas cambian sin avisar.

Sonrió de medio lado y, para mi sorpresa, cuando me fijé bien, Leo, su amigo, ya estaba sentado en una gran toalla. La habían colocado a nuestro lado, sin que nos diéramos cuenta.

—Hola, señor repelente —le dijo Sofi a Mateo, sin cortarse.

—Hola, Sofía —se dirigió a ella Leo.

—Ese no es mi nombre, listo —se quejó mi amiga.

—Ah, ¿no? ¿Y de dónde viene Sofi? —continuó Leo.

—Sofi viene de Sofi, tal cual. No hay más. Ni Sofía ni Sofie, ¿te hago un croquis para que puedas entenderlo bien, listo?

—Gracias por considerarme tan listo. Decírmelo dos veces seguidas debe significar algo —sonrió de medio lado Leo.

—Vete a la mi…

Mi amiga terminó de hablar contra la palma de mi mano, cuando le tapé rápido la boca. No se la escuchó, pero ni falta que hizo porque su mensaje hacia Leo lo había dejado clarísimo.

La interrumpí porque habíamos captado la atención de varias de las personas de alrededor y no quería eso.

Mateo no contestó a ninguna de las provocaciones. Se mantuvo de pie, muy cerca del final de la manta de Sofi y mía, y se limitó a sonreír de medio lado.

Dejamos de verle la cara cuando nos dio la espalda, para sentarse al lado de su amigo. Leo nos observaba con diversión y como retando a Sofi, para que continuara. A mí no me hizo ni puñetera gracia nada.

—¿A qué mierda ha venido todo esto? —me preguntó Sofi, cabreada—. ¿Por qué te ha entrado hablando de esa manera el «nietecito»?

Lo de «nietecito» lo dijo con retintín y con una vocecilla que me hizo apretar los labios. Tuve que contenerme para no reír.

—¿Y el otro? Qué hostia con la mano abierta le hubiera dado. —Bufó—. Todavía estoy a tiempo, que vigile bien.

Sonreí, mirándola de reojo.

—Te ha faltado decir el polvazo que tiene —le dije, con diversión.

Me miró seria, pero no pudo retener la risa y terminamos soltando una carcajada. Nos quedamos muy a gusto, le fastidiara a quien le fastidiara.

Cuando nos tranquilizamos, cuando la pantalla de cine se iluminó y todas las miradas se dirigieron a ella, volví a hablar, en tono bajo, de lo que había pasado minutos atrás.

—Está claro que el «nietecito» se ha picado, por lo de su abuela.

Bufé y bebí un trago de cerveza, antes de seguir hablando.

—No le ha sentado nada bien que Deirdre pensara en mí, quitándole a él algo que le pertenece. Y más si vale tanto dinero.

Hice una mueca.

—Que se joda —dijo Sofi, levantando su botellín.

Lo choqué con el mío y bebimos juntas.

—En cierto modo lo entiendo, Sofi.

—Que no, joder. —Puso los ojos en blanco—. La fortuna y los bienes eran de su abuela. Por lo tanto, era Deirdre la que decidía qué hacer con sus cosas. No te fastidia. Además, los padres de Mateo lo saben y están de acuerdo. Lo ha dicho Agustín.

—Me encantaría ver a Amber y a Liam —sonreí con cariño.

—Estás en todo tu derecho y los verás. Y tanto que sí. Ya verás cómo ellos ponen recto al de al lado.

—No te calientes más —le pedí—. Lo mejor es pasar de él y de su comportamiento infantil, inmaduro y enrabietado. No quiero llevarme del todo mal con Mateo porque, si ambos aceptamos vivir juntos, el mes que estaremos en esa propiedad puede hacerse eterno.

Me encogí de hombros.

—Qué fuerte —susurró.

—Ni que lo digas —murmuré.

Miré de reojo hacia el lado, para ver a Mateo mirando hacia la pantalla.

Capítulo 17



Sentía cómo el corazón iba a salírseme por la boca.

Si hubiera continuado un poco más, estaba segura de que sería lo que habría pasado, pero por suerte pude mantenerlo en su sitio cuando comencé a andar.

Acababa de llegar a mi calle, después de cometer otra locura. Ya era la segunda vez en mi vida que salía de mi casa para correr. Algo imperdonable por mi parte, pero que ya estaba hecho.

Fuera bromas, aunque no tan broma, era lo que había necesitado.

Una hora y media atrás me sentí muy agobiada entre las paredes de mi piso. Noelia no estaba en el suyo. Hasta la noche no llegaría de la casa de sus padres, y Sofi no saldría de trabajar hasta dentro de un rato. Por todo ello no había tenido ningún entretenimiento para poder distraer la mente.

Era jueves, había pasado el tiempo suficiente desde mi reunión con Agustín, en su hotel, como para haber meditado bien lo que iba a hacer.

Ya había tomado una decisión. Si era acertada o no, solo el tiempo me lo diría. Lo que tenía claro era que no iba a retroceder, con lo que me había costado dar el paso.

Seguramente me arrepentiría, pero en este momento me daba igual. Solo quería sentirme bien y tranquila conmigo misma, pero, sobre todo, lo que más quería era que Deirdre pudiera descansar en paz.

Había dejado de cuestionarme su decisión y sus imposiciones con respecto a lo que podía ser mío si lo aceptaba todo. Aunque ya no estaba, seguía confiando en Deirdre. Aparte de que sabía que nunca hubiera hecho nada para dañarme.

Otra cosa diferente sería cómo se lo tomara su nieto, Mateo. Y cómo reaccionaría él a todo. Estaba por ver, porque a lo mejor Deirdre no conocía tan bien como creía a su nieto.

Siempre me habló muy bien de su nieto, con orgullo y con un amor increíble. Pero como lo veía y lo sentía una abuela, no se podía comparar a la visión de los demás.

Tal vez no tenía nada que ver con la realidad y con cómo era Mateo con los demás.

—¡No me lo puedo creer!

Después de esas palabras de mi hermano, me llegó alta y clara la carcajada que soltó.

Puse los ojos en blanco, pero sonreí mientras me acercaba a él como si hubiera estado corriendo interminables kilómetros.

Nada que ver, por supuesto. De la hora y media atrás que decidí salir de mi piso, agobiada, solo había utilizado media hora para correr. El resto del tiempo había estado caminando y también sentada un rato en un banco del parque.

—Hola —lo saludé casi sin respiración y haciendo una mueca.

—Hola —me correspondió, divertido—. ¿Por qué no has dicho que ibas a salir a correr? Te habría acompañado.

—¿Por qué no me has dicho que ibas a adelantarte para venir? Te habría esperado haciendo cualquier otra cosa o, mejor aún, te habría pedido que vinieras antes para salir a tomar algo.

Bufé y rio.

—Estaba tan agobiada que mira cómo he terminado.

Puse los ojos en blanco.

—Agobiada y muy nerviosa. Seguro que ahora te sientes mejor.

—Ahora lo único que quiero es una ducha.

Saqué la llave y abrí la puerta del edificio. Entramos y nos dirigimos al ascensor.

—Te la das y vamos a tomar ese algo que has dicho. Tenemos tiempo de sobra.

Asentí, sonriendo.

Había quedado otra vez con Agustín. El momento de hacerle saber mi decisión había llegado y mi hermano estaría a mi lado.

Iba a acompañarme al hotel y después seguramente pasaríamos el resto del día juntos para al final terminar cenando.

Alan había hecho hoy el turno de mañana, pero al día siguiente cambiaba al de tarde, por lo que no tenía que estar pendiente de irse tan pronto a dormir.

—Seré rápida —le dije, sonriendo.

Nos montamos en el ascensor y, en cuanto estuvimos en mi piso, dejé a mi hermano en el salón y yo fui directa a mi habitación.

Cogí del armario un pantalón corto vaquero y una camiseta de tirantes anchos, de tela holgada y cómoda, y lo coloqué todo encima de la cama.

De camino al baño, cogí la ropa interior y no tardé en estar desnuda y dentro de la bañera, con el agua cayéndome por la cabeza.

Disfruté unos segundos de la sensación, pero enseguida comencé a enjabonarme.

Terminé rápido y, una vez me sequé el cuerpo, con una toalla enrollada en la cabeza y la ropa interior puesta, fui a mi habitación para acabar de vestirme.

Me puse el pantalón corto y la camiseta, junto con unas sandalias planas, antes de regresar al baño para cepillarme el pelo.

No me molesté en darme un poco con el aire caliente del secador. Me lo dejé mojado para que se secara al aire.

Me puse un poco de brillo en los labios, me perfumé, y fui a por el bolso. Me aseguré de que llevaba dentro todo lo que podía necesitar y metí el móvil, antes de ir a buscar a mi hermano.

Alan había salido al balcón y me dirigí hacia él, para avisarlo.

—Ya estoy —le dije y se giró.

Sonrió al verme.

—Tan perfecta como siempre.

—Claro, porque lo llevamos en los genes y somos familia —hablé con diversión.

—Efectivamente.

Me hizo un guiño y reímos.

Nos fuimos de mi piso y bajamos a la calle, donde Alan me guio hasta su coche.

—Vamos a tomar algo a algún sitio que quede lo más cerca posible del hotel, así luego no tenemos que movernos mucho —me dijo.

—Vale.

Arrancó, salió del estacionamiento y comenzó a circular por la carretera.

Llegar a un bar que nos gustó nos llevó unos quince minutos en coche y unos cuatro caminando, sin saber hacia dónde íbamos.

—Un refresco de naranja —le pedí al camarero.

—Yo otro —se apuntó mi hermano.

—Enseguida —nos dijo el chico, antes de dejarnos solos.

—¿Cómo es que entre todas las cosas que podías hacer te ha dado por correr? —me preguntó con interés.

—Necesitaba cansarme, agotarme para frenar mis pensamientos —le contesté, haciendo una mueca con los labios.

—¿Y lo has conseguido?

—Por un rato sí, porque solo pensaba en sobrevivir a correr.

Soltamos una carcajada.

—¿Ves cómo no es tan malo? Has sobrevivido y te ha servido de ayuda.

Me hizo un guiño.

El camarero llegó con nuestros refrescos y Alan aprovechó para pagar. El chico le devolvió el cambio al momento.

Eché el refresco en el vaso y di el primer sorbo, refrescándome la garganta.

—Hoy ha sido aceptable —confesé—, aunque me ha costado mucho y vuelve a dolerme todo —suspiré.

—Es la segunda vez, en cuanto acostumbres al cuerpo a la rutina y…

—Shhh… No te pases, que coges carrerilla y te emocionas —lo frené y negué con la cabeza, mientras mi hermano reía.

Bebimos de nuestros refrescos.

—¿Estás segura con la decisión que has tomado?

—La mayoría del tiempo sí, pero hay momentos en los que no y me digo que se me ha ido completamente la cabeza.

—Lo tienes todo a tu favor. Papá te apoya desde el principio y mamá lo hará también. Todavía tiene que hacerse a la idea de perderte de nuevo. La noticia es muy reciente.

—Esta vez solo será un mes, no cuatro años.

—Házselo entender a ella.

Arqueó una ceja.

—Paso.

Reímos.

—Esté segura o no, no voy a cambiar de decisión. Ya está.

Me encogí de hombros.

—Estoy muy orgulloso de ti, cariño.

—No me pongas tontita que, como empiece a emocionarme ya…

Hice un puchero con el que lo hice reír de nuevo.

—Dentro de un rato conocerás a Mateo y a Leo, como querías —le dije.

—Sí —sonrió de medio lado.

—¿Por qué sonríes así? —quise saber.

Conocía muy bien todas las sonrisas de mi hermano, al igual que sus risas y expresiones, con todas sus variantes, de manera que me llamó la atención la manera en la que sonrió.

—¿Cómo quieres que sonría? —me preguntó.

—No me fastidies. —Bufé—. No quiero que sonrías como si supieras algo que yo no sé y que tiene que ver conmigo.

Entrecerré los ojos.

—¿Es sobre lo de Irlanda?

—¿Cómo fue y terminó el encuentro con Mateo y Leo la noche del cine?

El cambio de tema descolocó.

Al día siguiente, ayer, le conté a mi hermano que Sofi y yo nos los encontramos, mientras él disfrutaba de otras maneras muy diferentes con Noelia.

Cuando se lo dije, no entré en detalles, solo le comenté que los tuvimos a nuestro lado durante todo el tiempo que duró la película.

—Pasamos de ellos —le contesté, pensativa—. Por suerte, se fueron nada más terminar.

—¿Vosotras os quedasteis?

—Un rato. Se estaba muy bien.

Asintió.

—¿Y no iniciaron ninguna conversación con vosotras?

Entonces le dije cómo fue la noche desde que ellos aparecieron y lo subiditos que llegaron. Mi hermano me escuchó atento, sin borrar en ningún momento la sonrisa de sus labios.

—¿Te hace gracia cómo nos trataron?

—En absoluto. Estoy deseando conocer al tal Mateo.

—Vamos a dejar de hablar de él, que dentro de poco volveré a tenerlo delante y estoy bastante saturada de ese hombre.

—Claro.

Fruncí el ceño, por cómo lo dijo.

—¿Y tú? —le pregunté.

—¿Yo qué? —me devolvió la pregunta, forzándose para no reír.

—¿Cómo fue con Noe? ¿Cómo te va con ella? —quise saber.

Contuve la emoción para no agobiarlo. Ya sabía la versión de mi amiga, había podido hablar con ella, pero quería y necesitaba escuchar a mi hermano.

—¿Por qué me preguntas si ya lo sabes?

Arqueó una ceja.

—Alan…

—Está bien. Era broma —nos sonreímos con cariño y complicidad—. Ahórrate, por favor, lo de: te lo dije muchas veces.

—No voy a decir eso —amplié la sonrisa.

—He sido muy idiota por dejar pasar el tiempo, por querer olvidar a Noelia, cuando hace tiempo me di cuenta de que era imposible.

Se quedó pensativo.

—Hemos perdido mucho tiempo y…

—No tienes que pensar en eso —lo interrumpí—. La decisión que tomasteis hace tiempo de separaros fue de los dos. Estuvisteis de acuerdo en su momento.

Le agarré una mano por encima de la mesa y me dio un apretón.

—Vuestros motivos tendríais, Alan. Lo importante es que lo habéis llevado muy bien, dentro de lo que cabe, porque la situación no ha debido ser fácil para ninguno de los dos. Tenéis que dar gracias a que todo ha sido favorable para vosotros y a que ahora estáis juntos. Porque lo estáis, ¿no?

—Lo estamos.

Me lo confirmó con una gran sonrisa y rio cuando solté un grito, al mismo tiempo que me levanté de la silla de un salto.

Rodeé la mesa para lanzarme a sus brazos y terminé sentada sobre las piernas de mi hermano, de lado, mientras lo abrazaba con fuerza del cuello.

—¿Eres feliz? —le pregunté.

Quise asegurarme, aunque ya lo sabía.

—Sí. Mucho —me contestó y me dio un beso en un brazo.

—No sabes cómo me alegro. Ni te imaginas cuántas veces he soñado despierta con este momento, en el que me confirmabas que amabas a Noelia y que estabas con ella.

—Pues tus sueños se han hecho realidad.

—Tengo ganas de llorar —le dije con la voz entrecortada.

—¡Nooo…!

—¡Síííí…! —le llevé la contraria.

Reímos.

Capítulo 18



Mateo

—¿Estás seguro? —me preguntó Leo.

—¿Qué quieres que haga? ¿Renuncio a la propiedad de mi abuela?

Sacudí la cabeza.

—No es por el valor económico, sino por todos los recuerdos que tengo de allí, Leo. De mi abuela y de ella conmigo. No me esperaba para nada lo que ha pasado, pero fue la voluntad de mi abuela y a mí solo me queda aceptarla.

Dejé la vista perdida en el jardín que quedaba al otro lado del gran ventanal. Estaba de pie frente a él, con las manos en los bolsillos.

Hacía unos minutos que estábamos en la sala del hotel en la que quedamos con Agustín, unas horas antes.

Habíamos estado con él casi todo el día, desde el desayuno hasta después de comer. Leo y yo nos trasladamos a su hotel el mismo día que nos reunimos con Agustín, Diana y sus amigas.

En un principio no tenía pensado dejar el hotel en el que nos hospedamos desde el primer día que llegamos a este pueblo, pero Agustín me llamó insistiendo para que lo dejáramos, ya que no me vio muy convencido cuando me fui de aquí.

No era que no me convenciera la idea de estar en su hotel. Eso sería una locura porque era una pasada. El problema fue que me vio raro, ya que me largué bastante desconcertado y descolocado, por todo lo que me enteré.

—Estarás forzado a convivir con Diana, una mujer que no conoces de nada. Y teniendo en cuenta que vuestro último encuentro no fue muy bien… —carraspeó.

—Forzado…

—Claro, aunque puedo mudarme un mes contigo —dijo, con una sonrisa pícara.

—¿Y vivir los tres?

Arqueé una ceja.

—¿Acaso quieres tener intimidad con Diana?

Imitó el movimiento de mis cejas.

—¿Qué dices? —Sacudí la cabeza—. Lo que quiero es que todo termine lo antes posible y lo mejor que se pueda. Ya está. Tengo pensado hacerle una buena oferta a Diana, una vez finalizado el mes que tenemos que estar juntos obligados. Quiero que la propiedad sea solo mía.

—Lo entiendo.

Asintió.

—¿Crees que querrá vender su parte? —me preguntó.

—¿Por qué no? Ya te he dicho que voy a hacerle una oferta muy buena, para que no pueda resistirse. ¿Para qué querría ella la mitad de una propiedad en Irlanda? No tiene sentido. Desde que falleció mi abuela no ha regresado. Tiene su vida aquí, en España.

Me encogí de hombros.

—Hasta donde tú sabes. No tenemos ni idea de cuáles son sus pensamientos o de lo que quiere. Lo mismo ahora, con la oportunidad que se le ha presentado, apuesta por tener un lugar de vacaciones para cuando le apetezca.

Me quedé callado porque podía tener razón, pero aun así estaba convencido de lo que yo había dicho.

La puerta de la sala se abrió y nos giramos hacia ella. Agustín entró caminando tranquilo, mirándonos sonriente a Leo y a mí.

—Os habéis adelantado bastante —nos dijo.

—Porque no podemos retrasarnos mucho —le informé.

—¿Y eso? —me preguntó extrañado.

—Debo volver hoy a Irlanda y Leo me acompaña. Ya tenemos los vuelos comprados.

—Por supuesto. Igual que vinimos, nos vamos —habló mi amigo.

—¿Ha pasado algo? ¿Tus padres están bien? —se interesó Agustín, preocupado.

—Mis padres están como siempre. Que yo sepa. El motivo de irme tan precipitadamente no es nada grave, solo es por trabajo. Mi padre me llamó anoche para decirme que mañana tenemos una reunión urgente, con nuestro cliente más importante.

—Entiendo. —Asintió Agustín.

Y tanto que lo entendía. Él vivía para el trabajo, aunque, por suerte, desde hacía un tiempo, estaba aprendiendo a aflojar.

—Mi padre tenía pensado encargarse él de todo, para no agobiarme, pero yo quiero estar. Más que querer, lo correcto sería decir que necesito estar allí, ya que debo ser yo el que reciba al cliente y el que dirija la reunión. He trabajado mucho en el cliente.

—Es comprensible —sonrió—. ¿Puedes esperar a que llegue Diana?

—Lo tenemos todo preparado para irnos en un rato. No podemos retrasarnos mucho. Hemos dejado el equipaje en la recepción, ya que en cuarenta minutos debemos estar en el aeropuerto.

—De acuerdo. ¿Cuál es tu respuesta a lo que conté el otro día?

Cuando iba a responder, se escucharon varios golpes en la puerta y los tres miramos en esa dirección.

Agustín se dirigió hacia allí, para abrir. Diana fue la primera que apareció en el pasillo y, como la vez anterior, no estaba sola. Pero en esta ocasión no la acompañaban sus amigas.

Detrás de ella, parado a su espalda, había un hombre alto y, por lo que podía apreciarse desde la distancia, de constitución definida y fuerte.

—Hola. Bienvenidos —los recibió Agustín, con tanta amabilidad como siempre.

—Hola, Agustín —lo saludó ella.

—Diana. —Asintió—. Tú eres Alan. ¿No?

—Sí —le confirmó el hombre.

Los observé con curiosidad, mientras se daban la mano. Después, cuando Agustín cerraba la puerta, el tal Alan colocó una mano en la espalda de Diana.

Los tres caminaron hacia nosotros, acercándose a Leo y a mí.

—Hola.

Mi amigo fue el primero en cortar el momento tenso que se había creado.

—Hola —le correspondió Diana.

—Yo soy Alan —se presentó el que continuaba sin separarse de ella.

Eso cambió cuando dio varios pasos para ofrecernos la mano a Leo y a mí. Ambos aceptamos su gesto, diciéndole nuestros nombres.

—Encantado de conoceros —nos dijo, muy correcto.

—Igualmente —habló Leo.

Yo asentí, antes de mirar hacia Diana.

Estaba seria. En todas las veces que la había visto, hoy la notaba distinta. Quizá eran nervios, por lo que estaba a punto de decir.

Antes de que lo hiciera, me adelanté, para presionarla un poco.

Debía irme, no podía retrasarme mucho, pero no iba a salir de este hotel sin saber de primera mano qué decisión había tomado y hacia dónde nos llevaba eso, a ambos.

—¿Qué vas a hacer? —le pregunté, directamente.

Todos pusieron su atención en nosotros, mientras que yo no dejé de observar a Diana. No aparté la mirada de la suya.

—Pensaba que lo tenías claro, por lo que me dijiste el martes por la noche.

—Ya… —Ladeé un poco la cabeza—. Pues ahora quiero escuchártelo decir aquí.

—¿Y no puedes esperar?

—El tiempo es demasiado valioso como para desperdiciarlo.

Ella apretó los puños a los lados de su cuerpo. Yo sonreí de medio lado.

—Voy a aceptar lo que Deirdre me dejó —dijo, al fin—. Créeme, no me hace gracia tener que compartir la propiedad contigo. Ni mucho menos tener que verte la cara más veces, durante un larguísimo mes, después de tu cambio de actitud. Pero tendré que soportarte para que esto salga bien.

—Lo mismo digo. Estamos en el mismo punto. —Apreté la mandíbula.

—Bien —dijo Agustín.

Miré de reojo a Alan. Se había cruzado de brazos y observaba muy tranquilo la escena, mientras sus ojos iban de Diana a mí, con una pequeñísima sonrisa dibujada en sus labios, de vez en cuando.

—Para que quede claro para todos… —Carraspeó Agustín.

Quiso llamar nuestra atención, pero ni Diana ni yo apartamos la vista del otro.

—Lo que acabáis de decir es que ambos aceptáis compartir la propiedad y convivir durante un mes en ella. ¿Es correcto?

—Sí —respondimos al unísono, Diana y yo.

—Estupendo. Deirdre estaría feliz y muy orgullosa de vosotros —nos dijo Agustín—. Yo también.

Esas palabras nos hicieron desviar la atención hacia Agustín.

—Entonces todo está hecho. ¿Cuándo queréis empezar el mes?

—Cuanto antes, mejor, a no ser que Diana se eche para atrás —contesté.

—No voy a echarme para atrás —dijo, con un bufido.

—¿Qué os parece el lunes que viene para comenzar a vivir en la propiedad?

—Bien —respondimos al mismo tiempo, de nuevo.

—De acuerdo. Pues, sabiendo eso, solo queda que tus padres te den la llave de la propiedad —se dirigió a mí Agustín—. Ellos tienen una copia.

Asentí.

—Diana, no te preocupes por nada. Yo mismo te recogeré en el aeropuerto y te llevaré a la propiedad. Me quedaré contigo el tiempo suficiente para enseñártela y para que te adaptes un poco a ella.

—Gracias —susurró Diana.

—Yo me iré mañana, pero cuando tengas el vuelo, con el horario, llámame o escríbeme. ¿Te grabaste mi número de teléfono?

—Sí.

—Entonces ya está —sonrió Agustín—. Todo aclarado y solucionado.

—Imagino que puede haber visitas, ¿no? —preguntó Alan.

—Eso ya es cosa de tu hermana —le contestó Agustín, con diversión —. Ella es una de las propietarias.

—Todavía no —comentó Diana.

—Lo serás —dijo Agustín, con determinación.

—Si es así, creo que voy a comenzar a organizarme para escaparme del trabajo unos días —comentó Alan.

—¿Podrás? —le preguntó Diana.

La ilusión que mostró, por el simple hecho de la posibilidad de estar con su hermano en Irlanda, me removió algo por dentro.

Y la sensación que tuve yo, me pilló por sorpresa, al igual que cuando esa sensación aumentó, en el mismo momento que pensé que quería volver a ver la sonrisa que tenía ahora mismo Diana.

Iba dirigida hacia Alan, y, aunque parecía una sonrisa como cualquier otra, en realidad en ella había una cantidad increíble de amor, cariño, admiración, felicidad e ilusión. Todo ello quería volverlo a ver en Diana.

Lo observé a él con atención, sabiendo ya la relación que lo unía a Diana. Hermanos… Mis labios se curvaron hacia un lado, en un gesto totalmente involuntario.

—Haré todo lo que pueda.

Con esas palabras de Alan, Diana amplió su sonrisa. Estaba seguro de que, si no hubieran tenido espectadores, ella se habría lanzado sobre su hermano, para abrazarlo.

Pensando en eso, comencé a despedirme de Agustín.

Diana me miró contrariada, por mi repentina huida. Así se lo tomó ella, lo que para nada era verdad. No la saqué de su error y Agustín se mantuvo callado al respecto.

—Alan.

Esta vez le ofrecí la mano yo.

—Mateo —me imitó, aceptando mi gesto.

Nos dimos un apretón, mirándonos a los ojos.

—Tu abuela era una mujer increíble. Adorable, cariñosa y buenísima persona. Se hacía querer sin conocerla.

Sus palabras me hicieron tragar saliva, mientras asentía.

—Gracias —susurré—. Estoy seguro de que ella te tenía un gran cariño.

—Así es. —Asintió—. Y yo a ella.

Nos sonreímos y después de mantenernos las miradas unos largos segundos, sin separar las manos, al final perdimos el contacto porque yo me moví.

Caminé hacia Diana, a la que había dejado a propósito para la última.

No le di tiempo a reaccionar de ninguna manera. Me incliné hacia ella, cogiéndola totalmente desprevenida.

—Hasta que nos volvamos a ver —le susurré muy cerca del oído, casi rozándole la mejilla con los labios.

Noté cómo se tensaba y contenía la respiración.

—Espero que llegues a Irlanda preparada. Todavía no tengo claro si los días que tenemos por delante, a partir del lunes, serán interesantes o un fastidio. Dependerá de…

Dejé la frase incompleta, a propósito. Diana no se atrevió a preguntarme o no supo qué decir. Sus nervios eran evidentes.

Había algo en su olor que me invitó a acercarme más a ella. Tuve que frenar el impulso de rodearle la cintura con un brazo, para atraerla más hacia mí y así mantener pegados nuestros pechos.

Al final coloqué los labios en su mejilla y el contacto, el que pretendía que la afectara a ella de cualquier manera, terminó afectándome a mí.

Ni por asomo pude prever lo que me recorrió por todo el cuerpo. No esperé algo así, ni parecido.

Me vi forzado a separarme rápido de Diana y a pasar por su lado. Fui directo hacia la puerta y no me giré en ningún momento, esperando a que la puñetera erección que me había sorprendido desapareciera antes de que me encontrara con alguien de frente.

Salí agobiado de la sala al pasillo y no me paré a esperar a Leo. Para cuando mi amigo se puso a mi lado, yo ya había recobrado el control de mi cuerpo y di gracias, porque la bragueta de mi pantalón volvía a estar plana.

Lo último que necesitaba era que Leo empezara con sus bromas.

Capítulo 19



Diana

—Avísanos cuando llegues —me pidió mi madre, mientras me abrazaba con fuerza.

—Sí.

No alargué mi respuesta porque me lo había pedido muchas veces, las mismas que yo le había asegurado que los avisaría, al mismo tiempo que iba acortando las palabras.

—Emma, no la agobies —le dijo mi padre.

—Muy tranquilo te veo a ti —se quejó ella—. La niña se nos va un mes.

—La niña ya es una mujer adulta que está viviendo su vida estupendamente —comentó mi padre.

Él le rodeó los hombros con un brazo y de esa manera la abrazó y también la separó un poco de mí.

Habían venido conmigo al aeropuerto, para despedirme, pero no eran los únicos que estaban conmigo. Mi hermano, Sofi y Noelia también habían querido acompañarme.

Los días habían corrido demasiado y el inicio de semana había llegado. Ya había facturado dos maletas grandes y tenía conmigo una mochila que ahora estaba en el suelo, pero que dentro de poco estaría colgada a mi espalda.

En ella llevaba un poquito de todo, desde varias mudas de ropa por precaución, hasta varios neceseres y el portátil, junto con todo lo que iba relacionado con él y mi trabajo.

Ya no me quedaba nada por hacer. Lo último, era despedirme de mi familia y mis amigas, para hacer cola y pasar el control policial. Pero ni aun así me había hecho a la idea todavía de que estaba a punto de irme de España, para coger un vuelo hasta Dublín, Irlanda.

De mi jefe Alfonso y de mis amigas y compañeras me despedí el viernes pasado, el último día de trabajo de la semana. Sobre todo, de Inés y Rocío, a las que invité a comer. Esa fue mi intención, pero al final las invitadas fuimos las tres porque nuestro jefe Alfonso se encargó de la cuenta, para nuestra sorpresa.

Sobre Alfonso… como ya sabía, yo y todos, me puso por delante todas las facilidades desde el principio, para que pudiera irme con tranquilidad a Irlanda durante un mes.

Iba a trabajar desde allí, pero para cuidarme más, mi jefe me había reducido la jornada de trabajo a cinco horas diarias. Diferente sería si yo quisiera alargar más el tiempo.

Nos despedimos con un fuerte abrazo y con mi jefe diciéndome que no se me ocurriera dejarme secuestrar por los irlandeses, como tampoco podía enamorarme del lugar en el que estaría.

Desde mi última reunión con Agustín, el hombre que había puesto mi vida patas arriba, el tiempo había transcurrido demasiado rápido.

Estaba en contacto con Agustín. El sábado le escribí un mensaje para informarle de que tenía el vuelo comprado, por lo que le di todos los datos que me pidió.

Agustín me aseguró que estaría esperándome cuando el avión aterrizara y no lo dudé, en ningún momento. Hacía media hora que me había escrito él, para interesarse por cómo me iba. Mi contestación fue que ya estaba en el aeropuerto y que todo estaba yendo genial.

—¿Dónde vais? —nos preguntó nuestra madre, a Alan y a mí.

Mi hermano me había agarrado de la cintura y tiraba de mí. Estábamos alejándonos del grupo.

—Voy a dejarme convencer para ir dentro de unos días a visitarla —le contestó Alan y sonreí.

Nuestra madre soltó un jadeo y enseguida comenzó a hablar, pero ya no la escuchamos. No supimos si se dirigía a nosotros, o a Sofi, a Noelia y a nuestro padre.

Yo estaba encantada de tener conmigo a mi hermano, ya que continuaba en el turno de tarde y había podido estar presente en este momento.

Apoyé la cabeza en su cuerpo.

El vuelo hasta el aeropuerto de Dublín duraba unas dos horas y cuarenta minutos, aproximadamente.

Eran las ocho y cuarto de la mañana. Si todo iba bien, el avión despegaría de aquí a las diez en punto y aterrizaría en Dublín a las doce y cuarenta de España.

En Irlanda era una hora menos, por lo que recuperaba un poco de tiempo. La hora real de llegada de allí sería a las once y cuarenta.

—¿Cómo llevas los nervios? —me preguntó Alan.

—Fatal —contesté, riendo—. Tengo el estómago revuelto. Antes de irme del piso he tenido que ir varias veces al baño, así que imagínate.

—Ya… —Sonrió de medio lado—. Todo va a ir bien. Recuerda cuando volviste de Irlanda, llegaste enamorada de todo.

—Sí —sonreí con nostalgia—. Pero lo más importante no estará esta vez —susurré.

Mi hermano no dijo nada, respetó mi silencio y la tristeza que me provocaba no viajar con la ilusión de volver a ver a Deirdre. Me parecía que eso quedaba tan lejano…

—Crearás recuerdos nuevos —me dijo, antes de darme un beso en la cabeza—. Lo de ir a visitarte lo he dicho muy en serio.

—¿De verdad? —me ilusioné.

—Sí.

Me miró y nos sonreímos.

—Todavía no sé cuándo exactamente, pero cuando consiga cuadrarlo todo en el hospital, me escaparé a Irlanda para estar contigo el máximo de días posible.

—Joder, qué ilusión.

Le rodeé la cintura con los brazos y me apreté a él.

—Pero hasta entonces tienes que prometerme que estarás tranquila y que te tomarás esta experiencia con positividad y alegría. Tienes una oportunidad única para disfrutar de un mes completo en un lugar muy especial e increíble. Cuando llegues al final, ya se verá.

—Me da mucho apuro tener que convivir con Mateo —suspiré—. No sé cómo a Deirdre pudo pasársele esa idea por la cabeza.

Puse los ojos en blanco, al imaginarme allí en Irlanda, bajo el mismo techo que Mateo.

—Con suerte, solo lo verás un rato al finalizar el día. Estará fuera desde bien temprano, por trabajo.

—Agustín dijo que Mateo trabaja en Dublín.

—Sí. Me lo dijiste. Ahí lo tienes. Tendrá que ir y venir de la propiedad a Dublín, por lo que pasará muy poco tiempo en la propiedad. ¿Sabes si es una casa?

—No tengo ni idea. Agustín no me ha aclarado nada de eso, ya que siempre ha dicho propiedad, sin dar más detalles.

Me encogí de hombros.

—Bueno, da igual.

—Sí —estuve de acuerdo.

—Tú piensa que será como cuando viajaste para irte a vivir con Deirdre. Aquella vez solo la conocías de hablar con ella por teléfono y fuiste descubriéndola poco a poco, día a día. Lo mismo te sucederá con su nieto. Vivirás lo mismo. A él no llegarás a conocerlo tanto, o sí. Quién sabe.

Me miró de reojo y yo negué. Mi hermano apretó los labios.

—Vas a estar bien y feliz.

Se puso delante de mí cuando nos paramos. Me agarró de la cara, con ambas manos, y me dio un beso en la frente.

—Te quiero y te voy a echar mucho de menos.

—Yo también —susurré—. Odio las despedidas.

—Pero te encanta cuando regresas —me dijo con un guiño.

—Sí —reí, a pesar de que tenía muchas ganas de llorar.

—Te quiero y voy a echarte mucho de menos —repetí sus palabras —. Pero me voy muy tranquila porque ahora tienes a Noe —sonreí con picardía.

Alan soltó una carcajada.

Nos abrazamos y durante unos segundos ninguno de los dos hizo por soltarse, hasta que no nos quedó más remedio.

Regresamos junto a los demás y, entre abrazos y besos, menos mi hermano y mi padre, Sofi, Noelia, mi madre y yo terminamos con la mirada nublada por la emoción.

Después de colgarme la mochila a la espalda, les lancé un beso con la mano y les di la espalda. Me alejé de ellos con un gran nudo en la garganta.

Podía verse como una tontería, ya que me iba por días contados. Ni más ni menos, un mes. Pero es que estaba dejando atrás mi vida entera, mis pilares, en muchos sentidos. Unos más que otros, pero todos importantísimos y necesarios.

Comencé a trabajar para tranquilizarme, cuando los vi a todos por última vez, antes de perderlos de vista.

Me dije que todo iba a salir bien. Me convencí de ello, ya que Agustín me esperaba en el aeropuerto de Dublín y no me dejaría sola, hasta que estuviera preparada.

Me lo había dicho varias veces y le creía. Por supuesto.

Mi estancia iba a ir bien. Trabajaría desde la comodidad de la casa o lo que fuera la vivienda, e intentaría llevarme lo mejor posible con Mateo. Iba a conocer a gente nueva en la ciudad que sería mi hogar durante un tiempo, y estaba segura de que quedaría encantada con ellos.

El idioma no era un problema, gracias a los cuatro años que estuve viviendo y estudiando en Irlanda.

Tenía por delante un mes diferente. Un mes lleno de descubrimientos y para crear nuevos recuerdos. Un mes que me serviría para hacerme a la idea de lo que haría cuando tuviera el dinero de la venta de la mitad de la propiedad.

Si Deirdre me la hubiera dejado únicamente a mí, ni me plantearía deshacerme de la propiedad. La atesoraría como un recuerdo de ella. Pero dada la situación, al ir a medias con Mateo, no veía la forma de hacer que eso funcionara.

Me dolía desprenderme de algo que fue de Deirdre. De algo que ella quiso y cuidó, y que decidió dejarme con mucho amor y pensando en mí con cariño. Pero no podía quedarme con mi parte de la propiedad porque tampoco era justo para Mateo.

Entendía que él quisiera que fuera suya, ya que fue de su abuela.

No, lo mejor era ponerme de acuerdo con Mateo para vender mi parte y así cada uno podíamos seguir con nuestras vidas como si nada de esto hubiera pasado.

Una vez pasé el control de seguridad, sin ningún incidente, me dirigí hacia la zona donde había más cafeterías y restaurantes de todo tipo.

Necesitaba un café con urgencia, para que se me asentara el estómago, y porque hacía mucho que me tomé el primero del día en mi piso. Ya no me acordaba de él.

Capítulo 20



Sonreí en el momento en el que las ruedas del avión impactaron contra la pista de aterrizaje.

Ya había llegado. Estaba en Irlanda, Dublín. Ahora sí que todo era más real y el estómago me dio un giro como si estuviera en una atracción.

Cuando el avión frenó y abrieron la puerta delantera, no tuve que esperar mucho para que fuera mi turno para salir.

A pesar de ello, me dio tiempo a escribirles mensajes a mis padres, y a mis amigas y a mi hermano, al grupo que compartíamos los cuatro.

Les dije que acababa de llegar y que el vuelo había ido genial. También que, en cuanto estuviera en mi destino y estuviera tranquila, hablaría con ellos con más calma.

A Agustín le informé de que ya estaba en Dublín, a lo que me respondió que estaba esperándome.

Al salir del avión no me dio el aire del país, ya que había una pasarela que llevaba hasta la terminal. La recorrí observando con interés todo lo que se veía, como si los aviones fueran diferentes a los que estaba acostumbrada.

Cuando llegué al final de la pasarela, seguí las indicaciones de los carteles y a los demás pasajeros, para ir a por las maletas.

Mientras caminaba hacia allí, le envié otro mensaje a Agustín.

Diana: *Hola. Voy a por las maletas y ya estaré para salir.*

Agustín: *Estupendo, Diana. No te preocupes, aquí seguiré.*

Sonreí y me guardé el móvil.

Al llegar a la cinta por la que saldrían los equipajes de los pasajeros de mi vuelo, tuve que esperar unos diez minutos para tener mis maletas conmigo.

Tirando de ellas, con la mochila a la espalda, busqué la salida para encontrarme con Agustín.

Al salir, lo localicé hacia un lateral y sonreí de oreja a oreja, devolviéndole su recibimiento.

—Bienvenida —me dijo, con los brazos abiertos.

No lo dudé, me lancé a ellos con la confianza que me había dado hasta el momento.

Nos abrazamos como si nos conociéramos de toda la vida y este fuera un reencuentro, después de mucho tiempo de estar separados.

Me sentía muy sensible y todo me emocionaba mucho.

—Eh… ¿Estás bien? —se preocupó cuando nos separamos.

—Sí —reí, contradiciendo mis lágrimas—. Perdona. —Negué con la cabeza—. Es que está siendo todo tan precipitado y nuevo… No me gustan nada las despedidas y desde que dejé a mi familia y a mis amigas en el aeropuerto de mi país, estoy muy tontita. Se me pasará rápido.

—Lo comprendo —me sonrió con cariño.

Era tan adorable. No se lo había dicho, pero tenía muchos parecidos con Deirdre. Eso, por una parte, era buenísimo, pero, por otra… me hacía recordarla en muchos momentos y dolía, aunque su recuerdo también era muy bonito.

Entendía que hubieran sido mejores amigos. Deirdre solo se rodeaba de lo mejor y Agustín lo era, como persona y como hombre.

Al menos hasta ahora no podía decir otra cosa ni tener otra opinión sobre él. Y no veía posible que cambiara. Nunca.

—Gracias —le sonreí.

—Déjame que te ayude —me pidió.

Me quitó una maleta de la mano y la otra le dije que la llevaba yo.

—Vamos. Nos están esperando fuera.

—¿Quién? —pregunté con curiosidad y cierto recelo.

En lo primero que pensé fue que Mateo estaba fuera, al volante del coche que iba a llevarnos a nuestro destino.

—Mi chófer —me contestó Agustín.

—Ah.

Lo miré entre sorprendida y decepcionada.

Mi asombro se debió a que no esperaba que Agustín tuviera chófer. No había pensado en ello, a pesar de que sabía que era el dueño del hotel de lujo del pueblo en el que yo vivía.

Ni siquiera se me pasó por la cabeza el nivel económico que podía tener Agustín.

Y, por otro lado, la chispa de decepción que había sentido, porque había sido muy poquita, se debió a que no era Mateo el que estaba fuera esperándonos.

No quise pensar en esto último, porque bastante me costó olvidar su acercamiento de la última vez que lo vi.

En aquel momento, cuando su olor me envolvió por completo y me atrapó sin remedio, mientras el calor de su cuerpo me provocaba para que me pegara más a él, para sentirlo del todo, y sus labios me acariciaban la mejilla, hasta que me besó provocándome un escalofrío, me quedé tan paralizada y afectada que fue evidente para Agustín, pero, sobre todo, para mi hermano.

Por suerte, Mateo no se fijó más en mí, porque se fue rápido. Leo lo siguió, después de una despedida rápida.

El que no se perdió ningún detalle fue Alan, por lo que no me atreví a mirar a mi hermano hasta que pasó un rato de que Mateo y Leo se fueran. La presencia de Agustín me sirvió para centrarme solo en él y así tranquilizarme.

Lo que me sorprendió, pero no me quejé, fue que Alan no me hiciera ningún comentario cuando nos fuimos del hotel. Hasta hoy se mantenía callado al respecto y lo agradecía, porque bastante bochorno sentía cada vez que recordaba lo sucedido.

Dejé los pensamientos apartados y seguí a Agustín por el aeropuerto de Dublín, y una vez fuera de él también, hasta que llegamos a un coche en el que nos esperaba un hombre.

—Buenas tardes —me saludó con amabilidad—. Mi nombre es Sean.

—Buenas tardes —le sonreí—. Encantada, Sean. Yo me llamo Diana.

—Lo sé, señorita. —Asintió.

—Llámame por mi nombre y de tú, por favor.

—Como quieras, Diana.

—Gracias —sonreí.

Sean nos abrió la puerta trasera y Agustín me ofreció entrar.

Lo hice con vergüenza y, una vez estuve sentada, con la mochila a un lado de los pies, Agustín se puso a mi lado en el asiento y Sean cerró la puerta.

El hombre metió mis maletas en el maletero y después ocupó el asiento del conductor. Arrancó y nos pusimos en marcha.

Miré por la ventanilla.

—La propiedad se encuentra en la ciudad de Naas. Está a unos cuarenta o cuarenta y cinco minutos de Dublín —me informó Agustín.

—Vale —susurré.

—¿Estás muy nerviosa?

—Bastante —sonreí, girando la cabeza hacia él—. Nerviosa y sensible, porque al estar aquí es inevitable que piense en Deirdre y en todo lo que viví con ella. Así que, si no me ves muy bien, no me hagas caso.

—Es normal. ¿No has vuelto desde…?

—No —lo interrumpí, para que no terminara.

Asintió.

—Pero he seguido en contacto con Amber y Liam.

Sonreí al mencionar a la hija de Deirdre y a su yerno, los padres de Mateo.

—Hablamos bastante a menudo y siempre que Liam está en casa hablo con los dos.

—Estoy al tanto —me sonrió—. Son increíbles. —Le di totalmente la razón—. Y Mateo también lo es.

Carraspeé, antes de mirar de nuevo por la ventanilla.

—Conócelo, Diana. La situación no ha sido la más favorable para vosotros, más que nada porque os pillé por sorpresa y todo ha sucedido muy rápido, pero te aseguro que Mateo es un fiel reflejo de sus padres y de su abuela.

—Si lo que te preocupa es que me lleve mal con él, no es mi intención. En un principio, porque todo dependerá de él, de la actitud que tenga conmigo y de cómo se comporte.

—Lo sé —sonrió de medio lado—. Me alegra saber que estás abierta a todo.

—Hombre, a todo, lo que se dice a todo…

Lo miré de reojo sonriendo, mientras él reía.

—Si me aceptas un consejo…

—Claro.

—No te dejes engañar por la versión que Mateo quiera darte a conocer de él.

Arqueé una ceja.

—Lo digo por si le da por sacar una cara que nada tiene que ver con cómo es él.

Después de esas palabras y de hacerme un guiño, cogió su móvil y puso toda su atención en la pantalla.

Me quedé con las ganas de preguntarle a qué se refería exactamente, pero preferí quedarme callada para que no se viera un posible interés que para nada era real.

En absoluto.

Al final, solté un suspiro y miré por la ventanilla, otra vez, mientras Sean conducía en silencio.

Durante unos breves segundos nuestras miradas se encontraron por el espejo retrovisor y nos sonreímos.

Mi sonrisa no se borró de mis labios, viendo cómo las calles pasaban ante mis ojos. Fue una sonrisa llena del cariño y de nostalgia de un tiempo pasado.

Volver me hizo sentir muchas emociones, al reconocer el lugar en el que tuve vivencias muy importantes. Unas vivencias y experiencias que me marcaron de por vida.

Este lugar me dio muchísimas alegrías y amor. Pero al cabo de un tiempo me arrebató de golpe una parte de mí.

Tragué saliva y los ojos se me humedecieron al pensar en Deirdre.

Apoyé la cabeza en el asiento e hice gran parte del viaje sin apartar la vista del exterior. Cuando dejamos atrás la ciudad de Dublín, el paisaje cambió a uno en el que destacaba y predominaba el color verde intenso, miraras hacia donde miraras.

Todo era precioso y tenía un encanto maravilloso. Era normal que enamorara.

Debido a que la noche anterior casi no dormí, por los nervios, y que llevaba en pie y activa desde las cinco de la mañana, en algún momento del trayecto me quedé dormida.

Abrí los ojos al cabo de no sé cuánto tiempo, al escuchar cómo Agustín me llamaba suavemente.

—Ya hemos llegado —me dijo, sonriendo.

Me erguí en el asiento y miré por las ventanillas del coche.

El vehículo estaba parado frente a una gran verja que se deslizaba despacio, abriéndose para nosotros.

—No he visto cómo es la ciudad de Naas —susurré.

—Vas a tener tiempo de sobra para descubrirla.

—Sí —murmuré.

Tragué saliva, notando cómo los nervios se me disparaban en el momento en el que Sean aceleró y entramos en la propiedad.

Me quedé con la boca abierta, tal cual, cuando vi lo que se presentó ante mis ojos.

—Bienvenida. De todo lo que verás a partir de ahora, la mitad es tuyo —me dijo Agustín.

Capítulo 21



—Es…

—Me alegro de que te hayas quedado sin palabras. Eso es muy buena señal. ¿No?

—Sí —susurré—. Es una maravilla.

—Y todavía no hemos llegado —habló con satisfacción.

Observé toda la zona verde que nos rodeaba, la que recorríamos por un camino asfaltado que iba en línea recta. Hasta que unos metros más adelante se desvió un poco hacia la derecha.

En cuanto giramos, apareció una construcción que me pareció enorme.

—Joder…

Noté la sonrisa de Agustín, pero él no dijo nada. Me dejó disfrutar por mi cuenta, para que me hiciera a la idea de lo que estaba viendo y dónde me encontraba.

Sobre todo, para que fuera realmente consciente de que una parte inmensa de esto era mío. O más bien sería mío, aunque fuese por poco tiempo antes de venderla.

—Es una pasada, Agustín —le dije.

—Lo sé. Deirdre le tenía un cariño muy especial a esta propiedad. No sé si lo sabes, pero aquí nació Amber, la madre de Mateo.

—¿En serio? —le pregunté sorprendida.

—No fue premeditado. A Deirdre no le dio tiempo a salir de la casa, antes de que Amber decidiera que era buena idea salir a este mundo para descubrirlo.

—Vaya…

—Por eso, y por muchas otras cosas, esta propiedad fue y siempre será única.

—¿Y por qué Deirdre me dejó la mitad a mí? —pregunté entre susurros.

—Algún día lo comprenderás. No hay nada al azar.

—¿Cómo?

Me giré hacia él, pero el coche ya había parado y Agustín se bajó.

Me colgué la mochila a un hombro y lo seguí rápido, pero cuando fui a preguntarle a qué se había referido, me quedé parada en el sitio, aún más sorprendida de lo que me había dejado Agustín.

—Amber… Liam… —susurré.

Los ojos se me nublaron, pero reí con ganas, al ver al matrimonio esperándonos en la entrada.

Amber me miraba emocionada y feliz, mientras que la sonrisa de Liam no podía ser más grande.

Corrí hacia ellos, sin dejar de reír.

Amber y yo nos encontramos a medio camino, para fundirnos en un fuerte abrazo. Liam caminó despacio hacia nosotros, haciendo gala de la calma que lo caracterizaba.

Pasé de unos brazos a otros y durante unos segundos no existió nada más que nuestro reencuentro.

—Estás preciosa —me dijo Amber.

Me agarró de las manos y me hizo girar, haciéndome reír otra vez.

—Gracias por venir a verme. Por estar aquí.

—No nos lo hubiéramos perdido por nada del mundo —me aseguró Liam.

Me tragué el nudo de emociones al asentir.

—Bienvenida a Irlanda de nuevo, Diana. —Me acarició la espalda Amber—. Y a la ciudad de Naas.

—No quiero llorar —reí, mientras me retiraba una lágrima que se me resbaló por la mejilla.

—Es momento de celebrar —aseguró Liam.

—Sí —estuvo de acuerdo Amber—. Mateo no ha podido estar aquí para recibirte, pero nos ha dicho que le disculpemos de su parte.

Me mordí la lengua para no soltar lo primero que se me pasó por la cabeza, porque dudaba mucho que el hijo de ambos hubiera sido sincero al decirles eso.

—No pasa nada —les sonreí.

Yo también sabía hacer bien mi papel, como Mateo.

—En algún momento del día nos veremos —comenté.

Me encogí de hombros.

—Sí. Y durante bastantes días seguidos —comentó Amber, con una gran sonrisa.

—Eh. Sí. Claro —intenté imitar su gesto.

¿Lo que me salió? Ni idea, pero una sonrisa sincera no fue. Si Amber y Liam se dieron cuenta o no, no lo supe, ya que no mostraron hacia fuera lo que pensaron. Si es que pensaron algo.

—¿Pensáis quedaros ahí todo el día?

Al escuchar a Agustín, los tres miramos hacia la puerta, desde donde él nos observaba sonriente.

Amber rio y, después de agarrarse a mi brazo, tiró de mí para ir hacia la casa.

Casa o, más bien…

—Bienvenida a la casa LadyDeirdre —me dijo Amber, sorprendiéndome.

—¿Tiene su nombre? —pregunté emocionada.

—Sí. Fue un regalo de mi padre —me confirmó—. En realidad, lo de casa se queda en nada para definir esta propiedad y el terreno que la rodea, pero a mi madre siempre le gustó referirse a ella como casa. Decía que así le sonaba más hogareña, más íntima y familiar.

—Entonces será casa —hablé convencida y nos miramos sonriendo.

Subimos los dos escalones pequeños que había en la entrada y Amber se separó de mí para abrazar a Agustín. Liam le dio la mano después, con una sonrisa cómplice.

Si los exteriores eran preciosos, con tonos verdes y coloridos, el interior de la casa era impresionante.

Me quedé embobada observando la escalera que quedó delante de mí, mientras escuchaba cómo Liam le decía a Agustín que se pusieran cómodos en la sala de estar.

Eso fue después de que Liam me quitara la mochila del hombro y se la llevara con él, liberándome de la carga. Lo miré agradecida y me hizo un guiño.

Amber y yo nos quedamos solas.

—Esta vivienda, independientemente de lo que decía y cómo la sentía mi madre, está considerada como una residencia de lujo excepcional. Como comprobarás con calma en otro momento, combina la elegancia de la inspiración Georgina y un diseño moderno.

—No entiendo mucho, pero es precioso —dije, observando todos los detalles.

—Representa la perfección de una vida de campo refinada. Las vistas son impresionantes. La casa tiene siete habitaciones con sus baños privados. Aparte de tres baños más independientes, repartidos por la planta principal y la superior. En los exteriores destacan los robles, los macizos de flores variadas con arbustos, y los metros cuadrados de terreno.

—Me siento muy pequeñita aquí.

Amber asintió, sonriéndome. Me rodeó la cintura con un brazo.

—Aquí, en el interior, todos los espacios son grandes y muy generosos. Están llenos de luz y de detalles refinados. Como ves, esta escalera engalana la entrada. —La señaló.

La escalera llamaba mucho la atención en el gran vestíbulo, ya que comenzaba recta, pero se bifurcaba, separándose hacia cada lado. La iluminaba una amplia claraboya.

—Es una claraboya cenital —me informó Amber, al seguir la dirección de mi mirada hacia arriba—. La vivienda combina perfectamente la grandeza con la comodidad y la calidez.

—Voy a perderme aquí.

Reímos.

—Terminarás encontrándote —me dijo con un guiño—. El ala sur de la casa se compone de una cocina abierta, un lavadero, un comedor, un baño y una sala de estar con acceso directo a los jardines. El ala norte ofrece un espacio de recepción extra, un despacho con varias mesas y muchas estanterías, otro baño, un trastero, y otra sala de estar. Los techos…

Señaló hacia arriba y volví a levantar la vista.

—Como ves, son muy altos y tienen molduras elegantes. Las ventanas son de estilo guillotina de madera, con doble acristalamiento y decoraciones talladas a mano.

Agrandé los ojos y Amber rio.

—Joder, lo del estilo de las ventanas asusta.

Bufé.

—Se llaman así —dijo entre risas—. En la planta superior están las siete habitaciones que te he comentado. Tienen unas dimensiones muy generosas, cada una de ellas con su baño privado. El baño individual que falta está arriba. Cuatro de las habitaciones tienen vestidor y el resto grandes armarios que nada tienen que envidiarles por espacio.

—Esto es un sueño, Amber.

—Sí. Y me alegra mucho que vayas a disfrutarlo tú.

La miré emocionada.

—Aparte de las habitaciones, en la planta superior también hay tres estancias más. Son muy amplias y por ahora están vacías. En ellas puede montarse un gimnasio, una sala de cine, otro despacho, o lo que la imaginación dé de sí —sonreímos—. El patio que rodea la casa, antes del comienzo de la hierba, es de piedra caliza.

—He visto varios bancos por el jardín.

—Sí, y en todos da la sombra a unas horas concretas del día. Está pensado para que siempre haya uno en el que poder sentarse. Ya sabes lo que le encantaba a mi madre estar al aire libre.

Asentí.

—En el jardín también hay una parte de diversión, con un columpio y unas tumbonas cerca de la piscina.

—Es inmenso, Amber.

—Lo es, pero te sorprenderá darte cuenta de lo rápido que vas a acostumbrarte y de lo familiar que sentirás la casa.

—No sé yo… —reí.

—El terreno es muy extenso, pero está completamente cerrado y asegurado. Hay sensores que harían saltar una alarma si alguien decidiera saltar el vallado y entrar en la propiedad. Quédate tranquila, que eso no sucederá.

—Vale —suspiré.

—Hay cámaras y vigilancia por todos lados. Donde menos te lo pienses. No sé si te has fijado en la casita pequeña que hay a la derecha de la casa.

—Sí. La he visto cuando nos acercábamos —le confirmé.

—Ahí está el garaje y también el cobertizo donde se almacena de todo. Caben cinco o seis vehículos, dependiendo del tamaño. En esta propiedad encuentras lujo, pero, sobre todo, calidez, privacidad y tranquilidad.

—Es una pasada. Todo es impresionante, y las vistas de fuera…

—La gran parte de lo que nos rodea son llanuras —me confirmó—. Ah, se me olvidaba, desde la planta superior se accede a una escalera que lleva a una terraza situada en el tejado. Desde ahí las vistas son impresionantes y verás por ti misma lo que te he dicho. Te enamorarás y te quedarás totalmente impresionada.

—Chicas, venid —nos pidió Liam.

Su voz salió de alguna parte, donde debía estar una de las salas de estar.

—Yo también quiero hablar con Diana. No la acapares para ti sola, mujer —le pidió Liam a Amber.

Ella rio y después me pidió que la siguiera.

Me quedé asombrada y maravillada al entrar en la sala de estar. Era enorme, de gran belleza y al mismo tiempo transmitía sencillez. Había mucha armonía en todo.

Agustín y Liam estaban sentados en dos sillones. Cerca de ellos había dos sofás en forma de «ele». Mi mochila estaba a un lado.

Amber y yo nos dirigimos a uno de los sofás y nos sentamos juntas. Iba a entrar en la conversación que inició Agustín, pero una voz a la espalda me sobresaltó.

Me giré para encontrarme con una mujer sonriente.

—Ah, ella es Aven. El ama de llaves y la mujer para todo —la presentó Amber.

—Es un placer conocerla, Diana.

—Igualmente, Aven —le dije, sonriendo.

Escondí la sorpresa que me provocó saber que la mujer iba a hacerme compañía en la propiedad, trabajando aquí.

—Siento haberme asustado —me disculpé—. No esperaba que hubiera alguien más en la casa.

—No pasa nada —me sonrió ella.

—Mateo nos pidió que hubiera el menor número de personas trabajando aquí —comentó Liam—. Normalmente hay mucho personal, por las dimensiones de la propiedad, pero durante el mes que estéis vosotros solo os acompañarán Aven y Blaine. Mateo los conoce muy bien a ambos. Se crio y creció con ellos.

—Blaine es el hombre que se encarga de los exteriores y del resto de la casa, de todo lo que no lleva Aven —me informó Agustín—. Cualquier problema que surja aquí, él lo solucionará.

—Ahora está en el pueblo terminando de hacer unos recados, pero en cuanto llegue te lo presentaremos —me dijo Amber—. Les cogerás mucho cariño a los dos. Aven y Blaine son un encanto de personas.

—Y un matrimonio. Son marido y mujer —añadió Liam.

—Yo me encargaré de la cocina, de la limpieza y de arreglar la casa —se dirigió a mí Aven—. Blaine, de todo lo demás. También será su chófer cuando tenga que salir.

—Oh. No hace falta. —Negué, con la cabeza y las manos.

—Para ellos es un honor, por el cariño que nos tenemos. Ven normal poder ayudar y se sentirían mal si no los dejáramos hacer —me susurró Amber—. Trabajaron muchísimos años para mis padres y, desde que mi madre murió, continúan en nuestra familia. Cobran por ello, pero nadie los considera unos trabajadores como tal.

—Ah. Vale —dije, avergonzada—. Perdona, Aven, no quería…

—No pasa nada. Tenemos que conocernos.

Me sonrió con calidez e intenté devolverle lo mismo, para que tuviera la misma sensación.

—Por supuesto que nos conoceremos. Estoy deseándolo —le dije emocionada.

—Oh. ¡Creo que mi hijo ha llegado! —exclamó Amber, levantándose del sofá.

Yo también escuché el sonido típico de cuando algo pesado pasaba por encima de la gravilla.

Miré hacia el gran ventanal que tenía justo enfrente y entendí por qué se había escuchado con tanta claridad. La hoja de cristal estaba abierta.

—Justo a tiempo para comenzar a tomar una bebida con nosotros —comentó Agustín, con una pequeña sonrisa.

—Pero ¿no te dijo Mateo que tenía mucho trabajo en la empresa y que no podría venir hasta última hora de la tarde? —le preguntó Amber a Liam.

—¿Cómo sabes que no es Blaine? —le pregunté yo a ella, con los nervios disparados.

—Blaine me ha escrito un poco antes de que llegarais tú y Agustín, y todavía le faltaban varios recados por hacer. Hasta dentro de una hora como mínimo no regresará —me aclaró Amber.

Tragué saliva y entonces fue el turno de Liam, para responderle a su mujer.

—Eso exactamente me dijo nuestro hijo y me consta que tenía mucho trabajo. Lo dejé en el despacho de la empresa, rodeado de papeles y al teléfono, atendiendo una llamada. Pero, por lo visto, ha podido escaparse. De lo que me alegro.

—Maravilloso —susurré.

No pretendí que nadie se enterara, pero me di cuenta tarde de que hablé más alto de lo que quería.

Agustín sonrió de medio lado al escucharme, al igual que Amber, pero ninguno de los dos me miró. Lo agradecí en silencio porque de repente me puse tan nerviosa que no pude levantarme del sofá.

Capítulo 22



Mateo

—No me toques más las narices, Leo —le advertí.

Mi amigo me tenía al límite. A mala hora había descolgado su llamada viniendo hacia aquí.

Acababa de llegar a la que fue la casa de mi abuela, pero no a su vivienda principal. Era la misma casa que llevaba su nombre y que pensaba que, desde que mi abuela faltaba, era propiedad de mi madre.

Hasta días atrás era lo que creía, hasta que supe que era mentira, ya que los propietarios reales éramos una mujer que apenas conocía y yo.

Así lo quiso mi abuela, aunque no entendía por qué. Siempre supe lo importante que era Diana para ella, o más bien su *álainn*, como se refería a Diana.

Conocía la relación que crearon. Tanto mi abuela como mis padres siempre me hablaron maravillas de la chica que vivía temporalmente con mi abuela. Yo por aquel entonces vivía, estudiaba y trabajaba en Alemania.

Estuve muy limitado de tiempo. Fueron unos años de no parar para tomarme un descanso. De ahí que no llegara a conocer en persona a Diana, ya que no viajé a Irlanda durante ese tiempo.

Y todavía hoy no conocía a Diana, más allá de un pisotón, de varios intercambios de palabras, la mayoría de ellas tensas, de algún pique y de un acercamiento que me pasó más factura a mí que a ella.

Al decir que no sabía por qué mi abuela quiso que Diana formara parte de su herencia, con la mitad de esta propiedad, me refería a lo que hizo al partirla.

No le veía el sentido a dividir el terreno entre nosotros.

Yo no me hubiera enfadado si, llegado el momento, Agustín me hubiera dicho que la casa LadyDeirdre pasaba a ser de Diana, por completo.

Tal vez me hubiera molestado al principio, por la sorpresa inesperada, pero me hubiera durado muy poco. Mi abuela tenía todo el derecho del mundo de hacer y deshacer a su antojo sobre sus cosas. Eran sus propiedades, su fortuna, y solo ella podía decidir a quiénes iban destinadas.

Y comprendía que, para ella, Diana, su *álainn*, fue tan importante y especial como para que formara parte de su familia, la nuestra.

¿Hubiera preferido que la propiedad me la dejase solo a mí? Por supuesto, siendo egoísta. El principal motivo era que, para mí, tenía un grandísimo valor sentimental cada rincón de esta casa y de sus jardines.

Pero terminaría siendo mía, solo era cuestión de tiempo.

Por el momento debía conformarme con pasar un puñetero mes conviviendo con Diana. Me parecía una locura enorme, pero una locura que iba a hacer igualmente, para cumplir con el deseo de mi abuela.

Un mes no era nada. Pasaría pronto y después me sentaría con Diana para hablar tranquilamente sobre lo que queríamos hacer cada uno, cuando la propiedad fuese definitivamente nuestra.

Tenía gracia que tuviéramos que pasar como por una prueba, con lo de vivir juntos. Si es que, por más que pensaba en ello, no había por dónde cogerlo.

Ya había comenzado a pensar en la oferta que iba a hacerle a Diana, una a la que no podría resistirse. En mi cabeza no había otra opción: LadyDeirdre era para mí.

Sacudí la cabeza, para dejar la mente en blanco de pensamientos e ideas, y me centré en mi amigo, mientras pasaba despacio con el coche cerca de la entrada de la casa.

—Te cuelgo, ya estoy aquí —le dije a Leo.

—¿Vas a entrar en la casa o todavía no has salido del coche? ¿Has visto a Diana?

—Joder, Leo. Contigo es imposible no ponerse nervioso.

Bufé.

—Si estás nervioso, no es por mí, precisamente.

Soltó una carcajada.

—Porque, perdona que te diga, te ha faltado tiempo para mandar el trabajo a la mierda. Y más quedándote tú al mando, porque tu padre sí que quería recibir a Diana. Tú, el señor responsable, pasando de todo. Quién te ha visto y quién te ve —dijo con diversión.

—Ahora te advierto que no me toques los cojones. Tú mismo.

Mi amigo volvió a reír. Yo negué con la cabeza, mientras metía el coche en el garaje. No apagué el motor, para despedirme de Leo.

—Ahora sí que te dejo.

—Si no sé de ti dentro de un rato, me presentaré en la casa.

—Como aparezcas hoy, te arrepentirás.

—Joder —rio—. Hoy estoy llevándome todos los premios gordos —continuó riendo—. Amigo, no te sienta nada bien ser tan posesivo. ¿Vas a querer a Diana solo para ti?

—Leo…

—¿Sí?

—Vete a la mierda y piérdete un buen rato por ella.

Colgué sonriendo, escuchando sus risas.

Apagué el motor y salí del coche, palpándome la chaqueta del traje para asegurarme de que llevaba el móvil.

Estaba esperando una llamada importante, pero podía recibirla a cualquier hora del día.

Salí del garaje, cerré la puerta, y me dirigí a la casa.

En el corto recorrido pensé que, a mi pesar, Leo tenía razón en algunas cosas. La llegada de Diana y saber que estaba en la casa me tenía nervioso. Ya me había levantado con una sensación de inquietud extraña, pero con varios cafés se me había pasado.

Sabía reconocer cuando mi carácter no era el mejor y hoy era uno de esos días en los que era preferible que nadie me complicara la vida. Ni mucho menos que me llevara la contraria.

Antes de llegar a la puerta principal, esta se abrió.

Sonreí de medio lado al ver asomar la cabeza de mi madre.

—¡Mateo!

Me recibió con alegría y con los brazos abiertos.

—Hola, mamá.

Nos abrazamos y le di un beso en la mejilla.

—Qué ilusión, cariño. No te esperábamos.

—Ya… Es que no iba a venir —dije con sinceridad.

Entramos en la casa y, después de cerrar, mi madre me guio hacia una de las salas de estar.

—Estoy muy liado en la empresa y necesitaba dejar varias cosas cerradas hoy, pero al final será mañana.

—¿Qué te ha hecho cambiar de opinión? —me preguntó, con una gran sonrisa.

—Me ha parecido mal no estar presente y acompañaros para recibir a Diana. No quiero que se lleve una mala impresión en ese país —hablé con un carraspeo.

—No sabes cómo me alegra oír eso —rio—. Has hecho muy bien, cariño. Estoy deseando que conozcas bien a Diana. Te va a encantar, como a todos.

La miré de reojo, pero mi madre tenía la vista fija hacia delante. No quise decir nada sobre su comentario, preferí callarme porque cierta parte de mi cuerpo parecía estar igual de encantada que los demás con Diana, pasando de mí y mis órdenes.

Por suerte, solo sucedió una vez. No iba a volver a pasar.

Al entrar en la sala de estar, a la primera que vi fue a la mujer que estaba complicándome un poquito la vida. Me encontré al instante con la mirada de Diana e incluso desde donde me encontraba, separados por unos metros de distancia, pude notar su incomodidad.

Bien, me dije. No iba a ser yo el único.

Mi madre se separó de mí, para ir junto a los demás. A mí me costó un poco más moverme.

En cuanto corté el contacto visual con Diana, miré a los demás.

—Mateo.

Mi expresión se suavizó al escuchar a Aven. Caminó hacia mí.

—Hola —la saludé con cariño y la abracé.

—Hola, hijo. —Me dio un beso—. ¿Qué quieres beber? Los demás ya me han dicho lo que quieren. Tu madre no hace falta, lo sé de sobra.

Sonrió de oreja a oreja.

—Una cerveza estaría genial. Así voy abriendo el apetito. —Le hice un guiño.

Aven se fue de la sala riendo y a mí no me quedó más remedio que acercarme a donde estaban los demás.

Rodeé el sofá y saludé a mi padre y a Agustín. A Diana la dejé para el final, como hice en España la última vez que nos vimos, cuando me despedí de ella en el salón del hotel de Agustín.

—Diana… Me alegra verte de nuevo.

Se levantó despacio del sofá, para quedarse de pie frente a mí. Moví la cabeza, para adaptarme a la diferencia de altura.

—Mateo… Lo mismo digo. Me alegro mucho de verte otra vez —me imitó.

Sonreí de medio lado, porque más falsos no podíamos estar siendo.

No quería llevarme mal con Diana. Con sinceridad, no sabía qué mierda me sucedía con ella, pero era lo suficientemente significativo como para obligarme a mantener las distancias con esta mujer.

Me salía ser frío, cortante y distante con ella, lo que, en cierta manera, me hacía contradecirme porque me sentía mal. Diana no me había hecho nada. Si acaso, yo comencé dándole un pisotón después de los fuegos artificiales de su pueblo.

Menuda puntería había tenido.

Preparé a mi cuerpo para mi siguiente movimiento, porque no iba a permitir que me sucediera lo que en España.

Me incliné hacia Diana, mientras ella no apartaba los ojos de los míos, muy atenta a todos mis movimientos.

No era el momento de decirle algo, ni siquiera susurrado. Teníamos tres pares de ojos puestos en nosotros.

Por ello, lo único que hice fue mostrarme con un caballero que aceptaba de buen grado su presencia. Coloqué los labios en su mejilla y ese simple roce fue como recibir una jodida descarga eléctrica.

Diana también debió sentirla porque, mientras que yo fruncía el ceño, todavía sin apartarme de ella, Diana dio un pequeño respingo y se puso tensa.

Cuando me separé lo justo para conectar con sus ojos y quedarnos mirándonos a muy corta distancia, ambos nos mostramos desconcertados.

—Hola, muchacho.

Oír a Sean fue todo lo que necesité para enderezarme delante de Diana y cortar todo el contacto con ella.

El chófer de Agustín, y amigo de toda la familia, caminó hacia mí junto a Aven. La estaba ayudando con la bandeja en la que traía las bebidas para todos.

En cuanto soltó la bandeja en la mesa baja ovalada, Sean le habló a Diana.

—Te he llevado las maletas a la planta superior. Verás que las he dejado en el pasillo. No sabía qué habitación te gustaría más para ocuparla.

—Muchas gracias.

Se sonrieron y después Sean se giró hacia mí, para darme un abrazo. Lo correspondí encantado.

—Te haces caro de ver, muchacho —me dijo, apretándome un hombro.

—Mi padre me tiene esclavizado en su empresa —hablé con diversión.

—Esa es muy buena. —Soltó una carcajada mi padre—. Como si alguna vez hubiera podido controlarte.

Negó con la cabeza, mientras yo sonreía.

—No es bueno trabajar tanto —me reprendió con cariño Aven—. Tienes que divertirte también.

—Exacto. Eres muy joven y cargas con demasiadas responsabilidades —intervino de nuevo Sean—. Me recuerdas mucho a alguien que también está en esta sala —carraspeó—. Es un milagro que, de un tiempo a esta parte, esa persona esté aprendiendo a delegar y a apartarse.

—Como sigas por ahí, te mando a limpiar el coche —lo amenazó Agustín, porque había hablado de él.

Casi todos reímos. La única que se contuvo fue Diana, pero nos observó con mucha atención y con una gran sonrisa iluminando su expresión.

—Vamos a ponernos cómodos —nos pidió mi padre—. Aven, no se te ocurra ponerte a hacer cosas ahora.

—Pero la comida…

—Hoy no hay prisa para comer —le dijo con cariño mi madre—. Es un día muy especial y estamos en familia. Además, debemos esperar a Blaine. Entonces yo te ayudaré en la cocina.

—Y yo —se apuntó Diana, decidida.

Aven y mi madre la miraron sonriendo.

Capítulo 23



Diana

—Yo creo que así está bien. ¿Qué te parece? —le preguntó Amber a Aven.

Ambas me daban la espalda. Amber estaba frente a una olla, removiendo el contenido, y Aven estaba hacia su derecha, preparando una salsa en la larga encimera.

No tenía ni idea de qué comida estaban preparando entre las dos. No habían dejado que me acercara mucho porque querían sorprenderme.

Por lo visto era una especialidad de Aven. Fuera lo que fuera, olía delicioso y el apetito se me había abierto. Estaba deseando probarlo.

Yo, mientras tanto, preparaba una ensalada. En cuanto entré en la cocina, lo primero que hizo Amber fue ponerme delante muchos ingredientes, para que la hiciera a mi gusto. Me dijo con una sonrisa que no se le había olvidado cómo me gustaba hacerme ensaladas variadas.

Y aquí estaba, en este momento cortando un tomate, mientras las escuchaba hablar.

Era una escena que me traía muchos recuerdos y me daba mucha añoranza, ya que la vivía muchas veces en el pasado, pero en vez de Aven, era Deirdre la que estaba con Amber y conmigo en la cocina. Cuando Amber iba a visitarnos a la casa de su madre, nos gustaba pasar tiempo juntas.

—¿Va bien, Diana? —me preguntó Aven.

Dejé de cortar y levanté la mirada.

—Sí —le sonreí.

—Perfecto —me devolvió la sonrisa—. Si quieres, puedo seguir yo. Todavía no has subido a la planta superior.

—Es verdad. ¡Tienes que elegir habitación y llevar las maletas! —me dijo Amber.

—¿Hay algo que deba saber? —les pregunté, mirándolas a las dos —. Como, por ejemplo, cuál es la habitación de Mateo. Hay muchas, pero imagino que tendrá la suya desde pequeño. No quisiera entrar en ella por error.

—Hace años sí que tenía una habitación fija. Siempre le gustaba quedarse en la misma, pero hace mucho que no viene y puede que esta vez cambie de opinión —me informó Aven.

—Bueno… pues si no os importa, termino de cortar el tomate y cuando baje, acabo la ensalada. No quiero daros más trabajo.

—No das trabajo, Diana —me sonrió Aven—. Ve tranquila, yo me encargo de la ensalada. Ya solo falta que el guiso se termine.

—Hoy vamos a comer más de lo normal —rio Amber.

—Sí, me acuerdo de que las comidas fuertes eran para las cenas —comenté sonriendo.

—Tu llegada lo merece —me habló con cariño Amber.

—Por cierto, a mi madre le haría mucha ilusión veros a ti y a Liam. Me ha pedido, si os apetece, que le haga una videollamada antes de que os vayáis.

—Oh, estaremos encantados de volver a ver a tus padres —habló emocionada—. Me acuerdo de ellos, Emma y Arturo, de las veces que venían de viaje a visitarte.

—Los mismos —reí—. Pues les enviaré un mensaje para decirles que no se alejen mucho del móvil, para dentro de unas horitas.

—Estupendo. ¿Y tu hermano?

—Alan trabaja de turno de tarde en el hospital.

—Pues otra vez será.

Asentí. A mi hermano lo recordaban más que a mis padres, ya que Alan viajó a Dublín bastante más veces que ellos. Por aquel entonces Alan también estudiaba y podía moverse con libertad, aunque estudiara muchísimo.

—Voy arriba a llevar las maletas a una habitación.

—Tómate el tiempo que necesites. Recorre toda la planta —me pidió Amber.

—Cuando la comida esté en la mesa te avisaremos —comentó Aven.

—Muchas gracias —les sonreí.

Fui al fregadero para lavarme las manos y cuando me las sequé, las dejé terminando en la cocina.

Solo había visto donde había estado de la casa, pero la planta principal ya la vería con calma cuando se fueran todos.

Ese pensamiento me hizo tragar saliva porque ese todos no incluía a Mateo. Él se quedaría conmigo, aunque, por suerte, también estarían Aven y Blaine.

Blaine, el marido de Aven, hacía un rato que había llegado.

En el vestíbulo y mientras subía los primeros escalones de la escalera, escuché su voz, junto a la de Sean.

Me encantaba el trato que se daban todos y la relación que tenían. Eran una gran familia, sin importar que no tuvieran la misma sangre. Agustín, Sean, Blaine y Aven eran muy importantes para Amber, Liam y Mateo.

En cuanto Blaine llegó a la casa de hacer los recados, vino directo hacia mí, para presentarse y saludarme. Tuvieron razón al decirme que, en cuanto conociera al matrimonio, me iban a enamorar.

Así había sido. Sin conocerme, me trataban con mucho cariño.

Subí la escalera bifurcada y, al llegar arriba, lo primero que vi fueron mis maletas y la mochila que al final Liam me subió. Estaban en un rellano con forma de cuadrado.

Alrededor del hueco de la escalera había cuatro puertas que estaban abiertas, dejando ver los interiores. Eran cuatro de las siete habitaciones que había.

Me asomé en cada una de ellas, impresionándome y enamorándome de los grandes espacios, de las camas enormes y de todo el conjunto de detalles y colores.

Cuando llegué a la última de las cuatro, decidí ir a donde estaba mi equipaje, para recorrer el pasillo que comenzaba desde el rellano.

Me colgué la mochila y tiré de las maletas.

La siguiente habitación que me encontré seguía la misma línea que las anteriores. A falta de ver dos más, decidí ir cargada para decidirme por una habitación cuando terminara.

Tuve claro cuál iba a ser mi habitación por un mes, en cuanto llegué frente a la puerta abierta de una de las últimas.

—Qué pasada —dije, mientras la vista se me iba de un lado al otro.

Era de película. De ensueño.

Lo primero que pensé fue en hacerles una videollamada a Sofi y a Noelia, pero me contuve porque se emocionarían y, aparte de ver la habitación, querrían saber todo, desde que aterricé en Dublín.

No era el momento. Ellas no podían porque estaban trabajando y yo tenía el tiempo justo, ya que en cualquier momento me llamarían para bajar a comer.

Me pregunté si iba a tener la mala suerte de haberme enamorado de la habitación de Mateo.

Me fijé bien en todos los detalles. Nada indicaba que fuera la habitación de un hombre. Me habían dicho que hacía mucho que Mateo no venía, pero suponía que algo de él debía permanecer aquí.

Me paré en medio de la habitación y ahí dejé las maletas y la mochila que me quité. Caminé hacia una de las grandes ventanas y me maravillé al pararme frente a ella, al ver el paisaje al que daba esta parte de la casa, y desde una nueva altura.

—Has sabido elegir bien.

Me sobresalté al escuchar a mi espalda la voz de Mateo y me giré rápido hacia él.

Me lo encontré con el hombro apoyado en el marco de la puerta y las manos metidas en los bolsillos del pantalón.

Ya no llevaba la chaqueta del traje. Hacía un rato que se la quitó y se quedó con la camisa que le quedaba igual de bien que los pantalones del traje. La ropa parecía hecha a medida para él.

La forma en la que encajaba en su cuerpo no era normal. Ni justo, para quien lo veía.

—¿Es tu habitación? —le pregunté.

—No —me contestó serio—. La mía es justo la que está al lado de esta.

—Ah…

Menuda puntería tengo. Más cerca, imposible, pensé.

Bueno, sí, todavía podía superarme y acercarme tanto a él que me metiera en su cama.

El corazón me dio un vuelco al tener ese pensamiento. Solo de imaginármelo…

—Entonces sí, he sabido elegir —hablé—. Me he enamorado de esta habitación en cuanto la he visto, así que habría sido mala suerte que tuviera que dejarla porque es la que tú utilizas.

Con la necesidad de dejar de mirarlo, para que nada me delatara porque me ponía muy nerviosa su presencia, y mucho más estar a solas con él, caminé hasta el centro de la habitación, donde había dejado mis pertenencias.

Notando cómo Mateo seguía cada uno de mis movimientos con la mirada, llevé la mochila a un tocador precioso. A falta de mesa de escritorio, por ahora, decidí sacar el portátil y dejarlo sobre la superficie del tocador.

Coloqué al lado todos los accesorios que acompañaban al portátil y llevé la mochila a la cama.

La dejé encima y fui a por las maletas, mientras notaba cómo mis nervios y mi agobio aumentaban. Mateo no se movió ni dejó de observarme.

Abrí la mochila en la cama y la primera maleta también.

—¿Te han pedido que subas para avisarme de que la comida ya está? —le pregunté.

—No.

Paré los movimientos y levanté la mirada hacia él, manteniéndome inclinada sobre la maleta.

—¿Y qué haces ahí parado?

—¿Te molesta?

—Un poco. Me pone nerviosa que estés observándome tan fijamente.

—Interesante.

Ladeó la cabeza.

—No hay nada de interesante en eso.

Fruncí el ceño.

—Yo diría que sí —sonrió de medio lado.

Bufé.

—¿Qué quieres, Mateo? Desde que has llegado solo me has dirigido la palabra para saludarme. Dudo que vengas ahora a hablar.

Me incorporé. Me quedé de pie junto a la cama y crucé los brazos.

—¿Por qué no? —me preguntó.

Arqueé una ceja.

—He subido un momento a mi habitación, mientras se termina la comida. Mi padre, Agustín, Sean y Blaine han salido de la casa. Blaine quería enseñarles algo. Ayer traje mis cosas, pero las dejé por medio de la habitación, de cualquier manera.

—Tu madre y Aven me han dicho que no tenías ninguna habitación fija, que como hacía mucho tiempo que no venías, yo podía elegir la que más me gustara.

—Por lo visto tienen memoria selectiva —dijo de manera despreocupada.

Negó con la cabeza y yo bajé la vista hacia mi maleta abierta.

—¿Te has traído alguna ropa de abrigo?

Su pregunta me pilló desprevenida y lo miré sorprendida.

—Sí —contesté susurrando—. Me acuerdo bien de los cuatro años que estuve aquí.

—Claro. Es verdad —hizo una pausa—. ¿Has recorrido toda la planta?

—Solo las habitaciones. Pero no te preocupes, la tuya da la casualidad de que no me ha dado tiempo a entrar. He venido directa a esta.

—Las otras tres grandes estancias que hay están vacías, al final del pasillo.

Asentí.

—Si me da tiempo, quiero subir a la terraza, para ver un momento las vistas. Tu madre me ha dicho que son muy bonitas.

—Lo son —estuvo de acuerdo—. Pero si aceptas un consejo, la primera vez que subas, hazlo de noche. Después ya podrás ir cuando te apetezca.

—¿Por qué por la noche? —le pregunté con interés.

—Si vas, lo descubrirás.

Después de esas palabras se separó del marco de la puerta, sin apartar la mirada de la mía, hasta que se giró y desapareció.

Respiré profundo, cuando me di cuenta de que necesitaba respirar. En algún momento dejé de hacerlo.

Capítulo 24



—Es una pasada todo —dijo Sofi y silbó.

Le sonreí por la cámara.

Pasaban unos minutos de las nueve y media de la noche. Llevaba media hora en videollamada, con Sofi, con Noelia y con mi hermano.

Había esperado para llamarlos a que mi hermano me confirmara que ya estaba en casa y que se había duchado.

Mateo, Amber, Liam, Agustín y Sean se fueron sobre las seis de la tarde. Después de comer un guiso por el que amenacé a Aven para que me diera la receta, porque estaba delicioso, hicimos una sobremesa y la alargamos mientras Amber, Liam y yo terminábamos de ponernos al día de cómo nos había ido desde que no nos veíamos.

Mateo decidió irse cuando lo hicieron los demás. Para no sentirme mal, me dije que no era porque no quisiera estar a solas conmigo, que no era porque no me soportaba, sino porque había dejado el trabajo por mí, para estar presente en mi llegada, por lo que debía atender cosas urgentes de su trabajo.

No tenía ni idea de cuál era el motivo real, pero tampoco quería saberlo.

Me quedé sola con Aven y Blaine y cuando ellos comenzaron a hacer cosas por la casa, yo decidí subir a mi nueva habitación para descansar un poco.

Al llegar a ella, me tumbé en la gran cama y, mirando hacia la ventana más cercana, después de poner una alarma en el móvil, me quedé dormida muy rápido.

Con la noche que había pasado sin descansar, y el día tan movido que había tenido, tanto en sentimientos como en no parar de hacer cosas, era normal que me quedara dormida sin darme cuenta.

Cuando me desperté, me puse a terminar de deshacer el equipaje y a organizar todas mis cosas en el vestidor, en la habitación y en el baño. Después me di una ducha en una bañera de ensueño.

La que sería mi habitación por un mes era una de las que tenía vestidor. Todo era precioso y estaba hecho con muy buen gusto.

Al salir de la ducha, me vestí con un pantalón corto ajustado y una camiseta de tirantes. El pantalón lo utilizaba siempre para estar por casa, ya que fue una compra impulsiva que hice una vez que me dio la locura de querer apuntarme a un gimnasio.

Nunca me apunté, por lo que nunca utilicé el pantalón para hacer deporte. El uso que le daba estaba muchísimo mejor, dónde va a parar…

Ya había quedado claro que yo y el deporte teníamos una relación bastante tormentosa, aunque eso podía cambiar al tener tanto terreno verde a mi alrededor. Solo era un pensamiento.

Una vez estuve vestida después de la ducha, me acomodé en la cama y llamé a mis padres, para contarles con más calma cómo me estaba yendo el día.

Fue la segunda vez en poco tiempo que hablaba con ellos, ya que mientras hacía la sobremesa con todos los demás, llamé a mis padres en una videollamada. Tal y como comentamos Amber y yo, antes de comer.

Debo decir que fue genial. Mis padres por fin le pusieron cara a Agustín, conocieron a Aven, a Blaine, a Sean y a Mateo, y saludaron con emoción a Amber y a Liam. Durante un rato Amber y mi madre acapararon la conversación y los demás las escuchamos sonriendo.

Y en la cama estaba otra vez en la videollamada con mis amigas y mi hermano, después de llevarlos por todas las estancias de la casa, para que las vieran, y de enfocarles una buena parte del jardín.

En algún momento me encontré con Aven y con Blaine, e hice las presentaciones enfocándolos con la cámara. Al matrimonio les hizo mucha ilusión conocer a mi hermano y a mis mejores amigas.

—Todavía creo que estoy soñando —les dije.

Apoyé la espalda en el respaldo de la cama.

—Joder, nena, y la mitad de todo eso es tuyo —rio Noelia—. Es que es para flipar —suspiró—. Es una maravilla.

—¿No dices nada? —le pregunté a mi hermano.

Todavía tenía el pelo húmedo. Estaba guapísimo con la camiseta holgada de tirantes anchos y el pelo alborotado.

—No queda nada por decir, con todo lo que te han dicho ya —contestó con diversión, haciéndonos reír—. Dentro de poco lo veré en persona.

Me hizo un guiño y sonreí.

—¿Ya has cenado? —me preguntó Sofi.

—No. Todavía no me he hecho al horario de aquí y cuando Aven me ha preguntado qué quería cenar, le he dicho que no me apetecía nada. Era demasiado pronto, al poco de que se fueran todos.

—Mañana cambia el chip —me pidió mi hermano y asentí.

—¿Mateo no ha vuelto todavía? —me preguntó Sofi y negué.

—Pero parece que habéis comenzado bien ahí, ¿no? —quiso saber Noelia.

—No lo sé, Noe. Lo poco que hemos hablado ha sido cuando ha subido y yo estaba en esta habitación, recién escogida.

Me encogí de hombros.

—Es el primer día. Daros tiempo —me pidió mi hermano.

—Si va a rehuirme, no tendremos ese tiempo —dije con una mueca.

—Pareces muy interesada en pasar tiempo con Mateo —dijo Sofi, mirándome fijamente.

—Eso no es verdad ni lo he dado a entender —me defendí.

—¿Se ha puesto a la defensiva? —les preguntó a Alan y a Noelia.

Yo puse los ojos en blanco.

—Eso me ha parecido —contestó Noelia.

—Os voy a dejar.

—Uy, uy… y ahora huye. —Agrandó los ojos Sofi—. ¿Eres consciente de que solo llevas unas horas ahí?

—Déjalo ya —le pedí, con un bufido.

—¿Te vas a la cama ya? —me preguntó mi hermano, cambiando el rumbo de la conversación.

—No tardaré, pero será dentro de un rato. Ahora voy a bajar a la cocina.

Me arrastré por la cama, hasta que estuve de pie.

—Tengo un poco de hambre, así que cogeré lo primero que vea y sea rápido, y entonces sí, volveré a la habitación para descansar —les conté.

—Que vaya muy bien, cariño —me deseó mi hermano.

—Gracias.

Le lancé un beso.

Me despedí de los tres y, después de mandarnos muchos besos y de que ellos me dijeran que me cuidara, pero que disfrutara de todo, colgué la videollamada.

Activé la alarma en el móvil para que al día siguiente me sonara a las ocho, ya que no iba a madrugar, y puse el teléfono en silencio, antes de dejarlo en la mesita de noche.

Fui hacia el vestidor, de donde cogí una chaqueta de chándal, pero no me la puse. En la casa hacía una temperatura muy buena, por lo que salí de mi habitación con la chaqueta en una mano.

Sin hacer ruido, ya que en los pies llevaba unos calcetines para caminar sin calzado, bajé la escalera. La planta principal estaba a oscuras, pero no tuve problema en llegar hasta la cocina.

Encendí la luz, cogí una botella pequeña de agua para dejarla en la habitación y abrí la nevera. Hice una mueca porque no vi nada que pudiera llevarme a la boca de manera rápida y fácil.

Pensé en hacerme un sándwich, pero no tenía tanta hambre como para liarme a preparármelo. Como si tuviera mucho trabajo…

Lo dejé estar y subí la escalera solo con la botella de agua. Cuando estuve de nuevo en la habitación, la dejé en la mesita de noche, junto al móvil, y fui un momento al baño.

Al salir, me dirigí hacia la puerta de la habitación, ya que no la cerré del todo al entrar.

Iba a hacerlo, a cerrar para meterme en la cama y dar el día por finalizado, pero me llegó un pensamiento a la cabeza y, en vez de encajar la puerta, la abrí.

En el pasillo, miré hacia la otra habitación. Me pregunté a qué hora llegaría Mateo. Era muy tarde como para estar trabajando, seguramente había quedado con su amigo Leo.

¿Y tú qué sabes? Lo mismo tiene pareja y está con ella, me dije.

Era una posibilidad, pero si era el caso, no creía que a ella le hiciera mucha gracia que su novio tuviera que vivir con una desconocida, durante un mes.

Tampoco le había quedado otra salida a Mateo, así que todo podía ser.

No quise pensar mucho en las posibilidades del retraso de Mateo. Dejé abierta la puerta de mi habitación y caminé por el pasillo para llegar hasta la escalera que daba acceso a la terraza del tejado.

Era lo único que no había visto hasta ahora. El resto de la casa lo había recorrido mientras se la enseñaba a mi hermano y a mis amigas por videollamada.

No sabía por qué, pero había querido hacer caso de la recomendación de Mateo. La de esperar a que fuera de noche para subir a la terraza.

Eso hice y había llegado el momento. Cuando me paré al final del pasillo y me giré hacia la izquierda, me encontré de frente con la escalera. Escalón a escalón, eliminé la distancia que había entre la puerta de la terraza y yo.

Una vez arriba, la empujé hacia afuera y salí. El cambio de temperatura me hizo estremecer, por lo que me puse rápido la chaqueta del chándal.

Me rodeé la cintura con los brazos, mientras observaba maravillada las vistas de una noche preciosa.

No se veía el paisaje, la absoluta oscuridad no lo permitía, pero lo que sí se veía era un manto de estrellas precioso e impresionante. Había muchísimas en el cielo… Brillaban con tanta intensidad que parecían luciérnagas adornando la noche.

La imagen me dejó con la boca abierta, ya que nunca había visto algo parecido. Ni siquiera cuando había estado con mis amigas de vacaciones en algún campin de montaña. Esto por las noches era impensable.

Y yo pensando que esas noches de estrellas eran lo más…

Entendí perfectamente a qué se refirió Mateo, al aconsejarme que la primera vez que disfrutara de esta terraza lo hiciera de noche. A partir de este momento la vería de manera diferente.

Sonreí pasando la mirada de un punto luminoso a otro. Había cientos, quizás más, y todas las estrellas se veían perfectamente.

—Por tu reacción veo que me has hecho caso.

Solté un jadeo por la sorpresa, al escuchar a Mateo.

Me giré rápido hacia donde creía que estaba y sí, lo encontré sentado en uno de los muros del final de la terraza. Estaba de lado. Una pierna le colgaba por el lateral del muro y la otra la tenía subida a él, flexionada, con el brazo apoyado en la rodilla.

Tenía un botellín de cerveza en una mano y se lo llevó a los labios, observándome.

La oscuridad predominaba a nuestro alrededor, pero podía verlo con la suficiente claridad, ya que alrededor de la terraza, en el suelo y rozando los muros que hacían de barandas, como en el que estaba sentado Mateo, había las típicas luces de emergencias para que tuvieras la visibilidad suficiente para orientarte.

—Me has asustado —le dije, después de recuperarme.

—Me he dado cuenta. No era mi intención.

Levantó el botellín hacia mí y volvió a beber.

—¿Estás bien? —me preocupé.

No lo parecía. Me dio la sensación de que estaba en el punto que buscaba olvidar algo que le afectaba.

—De maravilla.

Su respuesta no me gustó, por cómo la pronunció.

—No sabía que habías vuelto.

—Hace bastante que estoy aquí —me confirmó, sorprendiéndome.

—No te he visto llegar ni te he oído.

—Estabas muy entretenida enseñándoles la casa a tus amigas y a tu hermano.

—Tú me has visto…

No me respondió, pero tampoco lo había dicho para que me contestara. Era evidente que me había visto y que también había escuchado a mis amigas y a Alan.

—¿Has cenado?

Ese pensamiento fugaz en forma de pregunta salió de mis labios antes de que pudiera retenerlo. Me sorprendí a mí misma, mucho, al escucharme. Soné como si Mateo me preocupara en realidad.

Bueno, me preocupaba como lo haría con cualquier otra persona.

—Vaya… —Sonó confundido, pero se recompuso rápido—. Para haber llegado hoy y llevar solo unas horas en esta casa, la convivencia te está afectando demasiado rápido, Diana.

Bebió un trago largo de cerveza y dejé el botellín en el muro, antes de bajarse de él. Caminó despacio hacia mí, mientras volvía a hablar.

—No debería ser así. Recuerda que estamos forzados a vivir juntos, que esto es una gran mentira. Ya está. No hay nada más. Pareces bastante preocupada e interesada por mis cosas. ¿Tengo que pensar algo raro, como que te gusto?

Mis ojos fueron agrandándose, por sus palabras y porque cada vez estaba más cerca de mí.

Capítulo 25



Mateo

—¿Qué mierda dices? —me preguntó muy molesta—. No tienes ni puñetera idea, Mateo.

Pronunció mi nombre con retintín.

Levantó la barbilla, sin apartar la mirada de la mía. Se tomó su tiempo para seguir hablando, porque yo no dije nada.

—Solo estaba comportándome como una persona normal que tiene corazón. Me preocuparía de la misma manera de Blaine y de Aven, y los he conocido hoy. No se trata de convivencia ni, por supuesto, de lo que has dicho. Pero claro, no puedes entenderlo porque tú eres incapaz de mostrar empatía ni sentimientos. ¿No?

Terminó con un bufido.

—Sé muy bien lo que es esto: nada. Y así será durante los días que tenemos por delante. —Negó con la cabeza—. A ver si te piensas que soy tan tonta como para haberme dejado la cabeza y la lógica en mi país. Los dos tenemos la situación clarísima y hazme un favor, Mateo…

—¿Qué?

—Ignórame. Haz como si estuvieras viviendo tú solo. Te aseguro que no voy a hacerme notar para que el tiempo pase más rápido.

Fue a moverse para irse, pero la pillé desprevenida otra vez, dejándola quieta de golpe.

¿Cómo lo conseguí? Llevé las manos a la cinturilla de su chaqueta de chándal abierta y agarré cada lateral, para unir la cremallera. Una vez tuve la cremallera encajada, comencé a subirla.

Lo hice muy despacio, mirándola fijamente a los ojos. En los de Diana destacó un brillo especial, lo suficiente para destacar en la oscuridad. Entreabrió los labios mientras yo continuaba subiéndole la cremallera, sin dar un paso atrás para alejarse de mí.

Cuando llegué a la curva de sus pechos, paré la cremallera, pero no la solté. Mis dedos siguieron sujetando el pequeño tirador, notando cómo los movimientos de su pecho se aceleraban. La respiración se le descontroló.

Me incliné hacia ella, hasta que dejé la cara a la altura de la suya. No moví los dedos del tirador de la cremallera. Me puse a jugar con él, provocando que una pequeña parte de mis dedos le rozaran de vez en cuando los pechos por encima de la ropa.

Las caricias eran muy superficiales y no eran constantes, pero de igual manera me afectaron. Sí, como cuando me despedí de Diana en el hotel de Agustín, en su pueblo, en España. En esta ocasión también iba a salir yo más perjudicado.

Lo tenía claro, pero ser consciente de ello no fue suficiente para apartarme y recuperar la cordura.

—Podemos empezar una guerra —le dije, en tono muy bajo—, o intentar comenzar desde el principio. Si aceptas un consejo, no te recomiendo que elijas lo primero.

—¿Por qué? —susurró.

Continué el recorrido de la cremallera, alejándome de sus pechos, y cuando llegué al final, arriba del todo, tiré del tirador hacia mí. El movimiento provocó que Diana se acercara más a mí, lo que nos dejó con las narices casi tocándose y respirando el aire del otro.

—Porque no me gusta perder. Es lo que te sucederá a ti si decides enfrentarme.

Mi voz sonó más ronca, mientras que Diana frunció el ceño.

No lo mostré, mis labios no se movieron, pero por dentro sonreí al ver su reacción. No le di tiempo a que se recompusiera para hablar de nuevo.

De la misma manera que la agarré, la solté y me separé de ella. Caminé por la terraza hacia la puerta, notando su mirada a la espalda. Continué mi camino porque por hoy ya había tenido suficiente de todo.

Y necesitaba llegar cuanto antes a mi habitación, para encerrarme en ella. Volvía a tener un problema muy serio por dentro del pantalón y lo que menos quería era que Diana se diera cuenta.

Por suerte, la oscuridad de la noche me había protegido.

Bajé la escalera y me dirigí rápido a mi habitación, para no cruzarme con nadie más. Tuve suerte y llegué a la puerta sin incidentes, pero no podía ser todo tan fácil.

—Buenas noches, muchacho —me dijo Blaine.

Miré por encima del hombro y asentí.

Con el tiempo que hacía que no venía a esta casa y que pasaba mucho tiempo con ellos, con Blaine y Aven, ya se me había olvidado lo silenciosos que eran ambos, cuando querían.

El matrimonio trabajaba en la casa de mis padres, pero una vez por semana venía a esta vivienda para mantenerla como si estuviéramos viviendo en ella. Lógicamente, esos días tenían ayuda externa.

Yo vivía solo en una casa a las afueras de Dublín.

—Que tengáis buena noche, Blaine.

—Tú también.

No quise pensar en qué significó su sonrisa, ni cuánto había visto de mi cuerpo, al verme caminar de frente. Con lo observador que era… pero también muy discreto, lo que agradecí inmensamente.

Mientras escuchaba cómo Blaine se alejaba, dirigí la vista hacia la puerta abierta de la habitación de Diana. Estuve unos segundos debatiéndome en algo que no tenía sentido, que debía prohibirme, por lo que me encerré rápido en mi habitación.

Me aseguré de que la puerta se quedara asegurada, aunque fuera una tontería, ya que se abría desde dentro y la decisión de si volvía a abrirse o no era mía.

Me alejé de ella, de la tentación, y comencé a desabotonarme la camisa mientras iba hacia la cama.

Todavía llevaba puesta la ropa con la que fui a trabajar, a excepción de la chaqueta del traje. Esta hacía horas que me la quité.

Me descalcé antes de lanzar a los pies de la cama la camisa. Los pantalones siguieron el mismo camino, al igual que los calcetines y el bóxer.

Completamente desnudo, ignorando la gran erección que tenía, la que evité rozar lo máximo posible, fui al baño para darme una ducha lo suficientemente fría como para conseguir que mi cuerpo volviera a estar como siempre.

No esperé a que el agua saliera templada. Me metí en la bañera y me puse debajo de la alcachofa, elevando un poco la cabeza.

Cerré los ojos antes de que el agua me diera en la cara y estuve sin moverme durante bastante rato.

Mi ánimo no había mejorado ni un poco durante el día y me jodía reconocer que el motivo por el que me fui de la casa, cuando los demás decidieron irse sobre las seis de la tarde, fue porque hui de Diana y de quedarme a solas con ella.

Estaban Aven y Blaine, pero ellos se hacían invisibles en la mayoría de los momentos, por lo que era como si no estuvieran.

Me puse de espaldas a las baldosas y me apoyé en ellas. Dejé caer la cabeza, mientras el agua goteaba de mi pelo y mi cara, y continuaba dándome directamente de cintura para abajo.

Bajé la mirada, porque mi problemilla no había comenzado a solucionarse. Parecía que mi miembro no quería rendirse. Se mantenía duro, firme y apuntando hacia arriba.

Y que me viniera el recuerdo de Diana en la terraza no me ayudó a que perdiera las ganas de jugar.

Cerré los ojos, rindiéndome, porque excitarme por Diana era una cosa, pero masturbarme por ella y pensando en ella, ya era otro nivel. No me quedó más remedio que reconocer que con respecto a esa mujer no controlaba una mierda.

Me rodeé el miembro con la mano y apreté con fuerza, mientras traía a la mente la imagen de lo jodidamente bien que le quedaban los pantalones minúsculos y pegados a su figura.

A pesar de la poca luz que había en la terraza, no tuve problema en ver cómo la tela moldeaba la redondez de sus nalgas y terminaba al filo del final de ellas.

Por suerte, por delante no había podido ver lo que se le marcaba, porque ya hubiera sido demasiada locura para perder el poco puñetero control que me quedaba hacia esa mujer.

Y no lo comprendía. Joder. Jamás había perdido el poder sobre mi cuerpo y sobre mis acciones, hasta que eso comenzó a cambiar días atrás.

Me retiré con la lengua el agua de los labios, antes de comenzar a mover la mano. La deslicé abajo y arriba, despacio, sin parar, con la vista perdida en un punto fijo de la pared de enfrente.

No necesitaba nada más que la última imagen de Diana, para pasar de masturbarme con calma a hacerlo desesperado y con ansias, incluso con rabia, porque realmente no era lo que quería que sucediera esa noche.

Sus calcetines que sustituían a unas zapatillas de estar por casa. Sus piernas al descubierto, tan perfectas para enrollarse en mi cintura. Esos pantaloncitos que cubrían lo justo de la redondez de su trasero. La chaqueta del chándal abierta, que se puso en cuanto salió a la terraza. La camiseta de tirantes que había medio escondido al abrigarse, pero que aun así dejaba ver la curvatura de sus pechos. Su pelo suelto. Su mirada vidriosa y sus labios entreabiertos…

Solté un gemido, mientras movía la mano a una velocidad frenética. Entonces me acordé de que era posible que Diana pudiera escucharme, ya que al otro lado de la pared estaba su baño y de ahí a su habitación…

Porque estaba seguro de que dejó la terraza al poco de hacerlo yo.

Apreté la mandíbula por ese pensamiento, frustrado por no poder estar disfrutando con y de ella, en este momento.

Mi mano voló por todo el largo de mi miembro, ejerciendo mucha presión, machacándome en cada movimiento que me sabía a poco y me impulsaba a querer más. Hasta que no pude contener por más tiempo el orgasmo y me corrí con mucha intensidad y necesidad que me cortó la respiración.

No me reprimí acallando los sonidos de placer. Para nada me contuve a la hora de gemir y jadear, e incluso gruñir, mientras el orgasmo parecía no tener final.

Quería que Diana me escuchara, que supiera lo que estaba haciendo y cómo había terminado. Necesitaba que se sintiera como yo.

Si lo conseguí o no, era imposible saberlo. A no ser que me rindiera y fuera a picar a su puerta.

Sacudí la cabeza y la bajé, para ver cómo el agua arrastraba y eliminaba los restos de mi placer.

Respiré profundo, cerré los ojos unos segundos, y cuando los abrí, aparté la mano de mi miembro y me separé de la pared.

Me puse debajo del agua, para que cayera de nuevo por la cabeza, y después me enjaboné rápido, para terminar el día de mierda que había tenido.

No había sido todo malo. Lo que acababa de suceder había sido muy bueno y algunas cosillas más, pero si pensaba en el motivo por el que había terminado tocándome y corriéndome en la bañera…

Una vez fuera de ella, me sequé el cuerpo y me pasé la toalla por el pelo, con energía.

Salí del baño tal y como entré, desnudo. Fui al vestidor y lo único que me puse fue un pantalón de pijama largo y fino.

No necesitaba nada más, por lo que volví a la habitación. Después de coger el móvil del bolsillo del pantalón del traje, rodeé la cama mientras ponía la alarma para el día siguiente.

Me senté en el borde de la cama, pensando en todo el trabajo que no había podido hacer hoy. El mismo que se me había acumulado para mañana.

Cansado con todo, solté un suspiro, antes de poner el modo silencio en el teléfono. Lo coloqué en la mesita de noche y me tumbé en la cama, metiéndome debajo de la sábana y la colcha.

Pensé en si Diana tendría frío, en si había notado el cambio de temperatura al que ya no estaba acostumbrada. Sobre todo, por las noches y por las mañanas temprano. Lo último se lo encontraría al día siguiente.

Una vez que comenzaba a calentar el sol, en esta época del año, se estaba de maravilla.

Cerré los ojos con fuerza, cabreado conmigo mismo, porque, ¿qué me importaba a mí si Diana tenía frío o no?

Por lo mismo que ella se había preocupado por preguntarme cómo estaba o si había cenado, después de venir del trabajar, dijo una vocecilla en mi cabeza, antes de que se me cerraran los ojos.

Capítulo 26



Diana

Aparté los ojos de la pantalla del portátil, para dirigirlos hacia el ventanal.

A través de él veía una parte del jardín, donde estaba el columpio colgado de la rama gruesa de un árbol y las tumbonas. También veía la curva que hacía la piscina.

Las vistas eran relajantes y era lo que necesitaba porque me sentía nerviosa todo el tiempo.

Los golpecitos que estaba dando en la mesa, con la punta del bolígrafo, se hicieron más insistentes.

Lo había intentado todo para quitármelo de la cabeza, pero ni siquiera el trabajo me había servido. Lo peor de todo era que no había conseguido concentrarme y me despistaba mucho.

Hacía una hora y media que me encerré en el despacho de la planta principal. Sobre una de las mesas tenía el portátil y todo lo demás que necesitaba para trabajar.

Recorrí con la vista las dos mesas grandes que ocupaban el centro, y las altas estanterías. Llegaban hasta el techo y me había sorprendido gratamente porque había muchos libros.

Donde me encontraba, todos le decían despacho, pero también era una biblioteca. Una biblioteca que me encantaría disfrutar con un libro entre las manos, cómoda en el sofá que había cerca de la puerta de cristal que daba al jardín.

El espacio era una pasada, acogedor y encantador. Estaba de los primeros en mi lista de preferidos de la casa.

¿Y qué estaba intentando quitarme de la cabeza desde anoche? Al puñetero Mateo, pero, sobre todo, a lo que hizo por la noche en su habitación.

Tenía metidos en la cabeza los sonidos que escuché con demasiada claridad. Al principio, cuando me llamaron la atención, no lo asocié con lo que era en realidad.

Pero una vez que la lucidez me vino, reconocí perfectamente los sonidos que venían de la habitación de al lado.

Anoche, en ese momento, se me dispararon hasta las pulsaciones. En contra de lo que quería, me excité al escuchar los jadeos, los gemidos y unas especies de gruñidos de Mateo.

Me lo imaginé con mucha nitidez en la bañera, porque también oí el sonido del agua correr y supe dónde se encontraba.

Su imagen dándose placer con la mano alrededor de su miembro erecto, mientras el agua corría por su cuerpo desnudo, multiplicó mi placer y la sensibilidad de mi cuerpo, por lo que me costó muchísimo dormirme.

No quise ponerle remedio para saciar mi necesidad, lo que hubiera sido fácil y rápido, por lo excitada que acabé. Pero, sobre todo, muy necesario. El espectáculo que no vi me pasó mucha factura, incluso en sueños.

Un desastre, ya que esta mañana me había levantado de muy mal humor y con dolor de cabeza.

Todavía no había conseguido borrar de mi mente todas las imágenes imaginarias de Mateo en acción, como todavía también parecía que estuviera escuchando en directo lo bien que se lo pasó dándose placer.

Solté un suspiro, al mismo tiempo que dejaba caer el bolígrafo al lado de la alfombrilla del ratón. Puse la mano encima de él y lo dirigí para guardar el poco trabajo que había podido hacer. Cerré todas las pestañas que tenía abiertas y apagué el portátil.

No tenía sentido perder el tiempo mirando la pantalla, sin poder hacer nada. Bajé la tapa del portátil y cuando estaba levantándome de la silla, sonaron varios golpes en la puerta.

Sonreí cuando apareció Aven. Cargaba con una bandeja pequeña en la que me traía una taza de café con leche.

Esta mañana, cuando bajé directa a hacerme un café, una vez estuve arreglada para comenzar el día, me encontré con Aven en la cocina. En ese momento me preguntó cuáles eran mis gustos, ya que me negué a que me preparara un té.

Le aclaré que esa bebida podía tomármela en ciertas ocasiones, pero de manera muy puntual, y que el café era lo que necesitaba por las mañanas. Según el día, varios.

—He pensado que te apetecería otro café —me dijo, sonriente.

—Eres muy amable y claro que me apetece. —Le devolví la sonrisa —. Pero no tienes que molestarte. Yo puedo ir a hacérmelo cada vez que me apetezca.

—De eso nada. La cocina es mía.

Lo dijo con tanta energía y como si estuviera regañándome, que terminamos riéndonos.

—Y las piernas mías —le dije con diversión—. Me viene bien moverme.

—Ya veremos —carraspeó.

Apreté los labios, para no reírme de nuevo.

—¿Ya has terminado? —me preguntó, al ver cómo recogía los papeles que tenía por la mesa.

—Lo correcto sería decir que no he empezado —suspiré.

—¿Y eso? ¿Problemas?

—Nada que un buen descanso y desconexión no arreglen.

Le hice un guiño.

—Esta noche no he dormido muy bien —añadí.

—¿Es por el cambio o encuentras algo incómodo en la habitación?

—Es por el cambio —contesté—. La habitación es perfecta, Aven. Una preciosidad con la que tuve un flechazo.

Ella sonrió.

—La almohada y el colchón son muy cómodos. No puedo ponerle ninguna pega a nada. Lo que me pasa también me sucede cuando me voy de vacaciones, entonces las primeras noches las paso un poco rara.

Le dije una mentirijilla, ya que no era verdad. Incluso con una almohada incómoda me dormía rápido los primeros días que no estaba en mi piso, aunque me despertara con dolor de cuello y de cabeza.

A pesar de que no era de mentir, ni para quedar bien, y mucho menos con las personas que me importaban, en esta ocasión era preferible la pequeña mentira a confesarle a Aven por qué no había descansado bien.

La verdad era un tema tabú y debía olvidarme de ello de una buena vez.

Dejé varias carpetas sobre el portátil, cogí el móvil y, después de guardármelo en un bolsillo, me acerqué a Aven para coger mi taza de café.

—Gracias.

—No hay de qué, Diana.

Nos sonreímos.

—¿Entonces ya no vas a trabajar más? —me preguntó.

Salimos del despacho y caminamos hacia el vestíbulo.

—Sí. Debo trabajar si no quiero quedarme sin trabajo.

Reí por la cara de susto que puso Aven.

—Es broma. Mi jefe no va a despedirme. Lo que está deseando es que vuelva y no hace ni dos días que me fui —le dije con un guiño.

—Ah —suspiró, con una mano en el pecho.

—Lo siento.

—No te disculpes. Me gusta que me trates así porque demuestras que confías en mí y que estás a gusto. —Asentí, sonriendo—. Si vieras las bromas que me hace Mateo…

La sonrisa que le salió fue de amor, de las que te salen cuando piensas en alguien importante para ti.

—No me lo imagino haciendo muchas bromas —carraspeé.

—Eso es porque no lo conoces todavía —habló animada—. Entonces no tendrás problemas con tu jefe, si hoy trabajas menos.

—Para nada. —Negué con la cabeza—. Aunque tengo la intención de encerrarme en el despacho hasta la hora de comer y por la tarde continuar, hasta la cena. Hoy quiero aprovechar y estar centrada en el trabajo.

—Todo lo que necesites, pídenoslo a Blaine y a mí.

No le dije que no hacía falta porque, en el poco tiempo que llevaba con ellos, me había dado cuenta de cuánta verdad tenían las palabras que me dijo Amber. Las de que para Aven y Blaine, y también Sean, lo de hacer sus trabajos y estar pendientes de nuestras necesidades no era solo un trabajo, sino la necesidad de quien cuida a los suyos.

—Ahora voy a tomarme un tiempo de descanso, con el café. Quiero disfrutarlo al aire libre y estoy segura de que cuando regrese al despacho tendré la mente mucho más despejada.

—Pues aprovecha —me pidió sonriendo—. Ahora hace una temperatura perfecta.

Asentí y le di un beso en la mejilla. Me nació dárselo y lo hice de manera natural y espontánea.

Aven no mostró sorpresa, pero sí satisfacción, con una sonrisa de oreja a oreja.

Me separé de ella, bebiendo un sorbo de café. Aven le había cogido el punto enseguida y estaba como me gustaba.

Salí de la casa por la corredera lateral, la que estaba en una de las salas de estar. Sonreí en cuanto puse un pie fuera, al ver lo bonito que estaba el jardín y al aspirar los diferentes aromas que flotaban en el aire.

Bajé la mirada a la hierba y no me lo pensé cuando me quité las zapatillas casuales. Me descalcé y me deshice de los calcetines. Lo dejé todo en el pequeño escalón, y mi sonrisa se amplió cuando sentí bajo la planta de los pies el frescor de la hierba y algunas gotas del agua de los aspersores.

Había escuchado desde la cama cómo se conectaban, bien temprano.

Me encantó la sensación de caminar descalza.

Caminé hacia la zona donde estaban el columpio y las tumbonas, muy próximos a la piscina. Esta era grande y una maravilla. Tenía una entrada muy cómoda y bonita, que iba descendiendo poco a poco. Como una playa.

Fui hasta el columpio. Tenía un asiento rectangular de madera, con varios cojines atados por debajo. Era bastante alargado y ancho, cabían dos personas adultas de sobra.

Me senté en el centro del asiento y, bebiendo pequeños sorbos del café con leche, comencé a balancearme impulsándome con los pies.

Estaba rodeada de silencio, era una gozada.

—Buenos días, Diana.

Sonreí girándome hacia donde estaba Blaine.

Estaba vestido con un pantalón vaquero y una camisa, y llevaba en una mano un cesto con varias herramientas para el jardín.

—Buenos días, Blaine —le correspondí.

—Haces bien en disfrutar aquí. Se está muy bien.

—Sí. Creo que va a ser mi lugar preferido para tomarme los primeros cafés del día.

Asintió.

—¿Todo bien? ¿Necesitas algo? —me preguntó, con amabilidad.

—Todo está perfecto. Gracias, Blaine.

—Cualquier cosa que necesites…

—Aven ya me ha leído la cartilla, varias veces —lo interrumpí y reímos.

—No esperaba menos de mi mujer —me dijo con un guiño.

—Anoche subí a la terraza del tejado y vi las estrellas —le conté.

—Ah, ¿sí? —sonrió de medio lado.

—Sí —le confirmé, aunque me dio la sensación de que no hacía falta mi confirmación—. Me quedé encantada. Nunca había visto tantísimas estrellas.

—Cuando te apetezca hacer la experiencia aún más mágica, dímelo y te prepararé la terraza para ello.

—¿En serio? ¿Cómo?

—Una zona en el suelo preparada con cojines y una manta, para que estés cómoda y no pases frío mientras disfrutas de las vistas comiendo o bebiendo una copa. Lo que más te apetezca. Por ejemplo.

—Suena genial.

—Pues ya sabes, solo tienes que decírmelo y te prepararé la terraza.

—No quiero darte más trabajo.

—Estaría encantado de hacerlo, Diana.

—Vale —sonreí.

La conversación se cortó cuando mi móvil sonó en el bolsillo. Lo saqué y vi que mi amiga Noelia estaba llamándome.

Capítulo 27



—Te dejo que hables tranquila —me dijo Blaine.

—Gracias.

Se fue sonriendo, para continuar con su trabajo por el jardín.

Descolgué rápido la llamada y me entró nostalgia al escuchar la voz de Noelia.

—¡Diana! ¿Cómo te va la vida por Irlanda? —me preguntó con mucho entusiasmo.

Solté una carcajada. Eso era lo que necesitaba para venirme arriba y olvidarme de tantas tonterías.

—No me ha dado tiempo a cambiar nada, desde que hablé con vosotros ayer por la tarde —le contesté con diversión—. Te recuerdo que he estado durmiendo la mayoría de las horas que han pasado.

—Ay, es que me da la sensación de que hace mucho que te fuiste —suspiró y sonreí—. Esta mañana he ido a tu piso, para dar una vuelta antes de irme al trabajo. Todo está bien.

—Estupendo.

Apreté los labios.

—¿Cómo ha empezado tu día? —le pregunté.

—Bien, mal, no lo sé —rio.

Fruncí el ceño, frenando el balanceo del columpio con los pies.

—¿Qué pasa? —quise saber, antes de beber un sorbo de café.

—¿No te extraña que te llame a esta hora?

—Mmm…

Me separé el teléfono de la oreja, para ver que eran cerca de las once de la mañana, por lo que en España era una menos.

—Ahí son casi las diez y estás a punto de salir del trabajo a desayunar. Te has adelantado un poco, pero no es raro.

—Eso sería un día cualquiera, hasta hoy.

—Noe, ¿qué pasa? —insistí.

—Acabo de dejar el trabajo.

—¿Qué? —grité, por la sorpresa.

—No me arrepiento, Diana.

—Eh, cariño, no te tomes a malas mi reacción. Pues claro que no tienes que arrepentirte. Ya sabes cuántas veces te hemos pedido Sofi y yo que dejaras ese puñetero trabajo. Me ha hecho muy feliz escuchar que por fin ha pasado, pero es que no me lo esperaba y todavía estoy digiriendo la sorpresa.

Reímos.

—No estoy triste —me dijo.

Sonreí.

—Genial.

—Y me he quedado muy a gusto —suspiró.

—¿Qué ha pasado para que hayas dado el paso? ¿Tu jefe o la otra idiota te han hecho algo?

—Mi jefe ha intentado ridiculizarme delante de mis compañeros, al poco de llegar.

—¿Qué dices? —Jadeé y apreté con fuerza la taza.

—No te preocupes. Me lo he tomado muy bien y con mucha calma —rio y escucharla de esa manera me tranquilizó—. Lo he enviado a la mierda con mucha clase y serenidad, tanta que ni siquiera se ha dado cuenta al principio.

Soltamos una carcajada.

—Que se joda. Él y la imbécil que tiene al lado —dije.

Me salió del alma porque su exjefe era un impresentable que te ponía muy fácil detestarlo. Trataba a todo el mundo fatal y solo le faltó encontrar a una mujer que encajaba perfectamente con él, con su maldad, para que todo empeorase. Esa mujer era ya una excompañera de Noelia, por suerte.

Dejar ese trabajo era un regalo para mi amiga, en muchos sentidos. Era lo mejor que podía haberle pasado.

—He perdido dinero, pero… —suspiró.

—Pero has ganado en salud. No pasa nada. ¿Ahora qué tienes en mente?

—Voy a tomarme un descanso.

—Más que merecido.

—Y después buscaré trabajo, que la hipoteca no se paga sola —rio.

—Puedes tomártelo sin prisas. Con la gran cantidad de dinero que diste al inicio, te quedó una cuota baja.

—Sí. Con el dinero que tengo ahorrado y como cobraré la prestación por desempleo, hasta que encuentre otro trabajo… tengo los dos años completos.

—Exacto, pero no gastarás ni una cuarta parte. Encontrarás algo mucho antes.

—Eso espero. —Bufó.

—Sabes que sí. Hablaré con Alfonso.

Mencioné a mi jefe.

—¿Tú crees que…?

—Si se lo pido, hará todo lo posible.

—Joder. Sería increíble trabajar en la misma empresa que tú, con Inés y Rocío.

Sonreí.

—Dejaré pasar unas semanas y hablaré con él.

—Gracias, cariño.

—No digas tonterías. ¿Lo sabe alguien más?

—No. Eres la primera. Acabo de salir de la empresa. He recogido mis cosas, me he despedido de todos los compañeros con los que tenía trato y me llevaba genial, y ahora estoy en una cafetería de la calle de atrás. Cuando tengan lo del despido, tendré que volver.

—Yo también estoy bebiéndome un café. Brindo por ti, por tu decisión y por lo bien que te va a ir a partir de ahora.

—Gracias.

Noté su emoción y cambié de tema.

—¿Qué tal con mi hermano? Ya sé que se os ve genial, como ayer en la videollamada, aunque no estuvierais juntos, pero quiero que me digas cómo te sientes tú.

—Me siento como si hubiera retrocedido en el tiempo. Vuelvo a ser adolescente, con las hormonas revolucionadas. Tengo muy feliz a tu hermano.

Soltamos una carcajada.

—Gracias por los detalles. No esperaba tanto. Me hubiera bastado con un: «Me siento genial. Es tal como nos ves. Lo quiero mucho y me hace muy feliz estar por fin con Alan».

Carraspeé, antes de que volviéramos a reír.

—Lo que yo te he dicho es más guay y revelador —me dijo entre risas.

—Pues sí. Resume muy bien cómo estáis. Me alegro muchísimo, Noe.

—Lo sé, cariño. Tendría que haber seguido tus consejos antes —suspiró—, pero supongo que para todo hay un momento.

—Sí. Las cosas suceden cuando tienen que suceder, ni antes ni después. Quién sabe, lo mismo si hubierais intentado estar juntos antes no hubierais estado tan preparados como ahora, y no os habría salido bien.

—Sí, pienso igual. Oye, ¿y tú qué tal con Mateo? ¿Al final lo viste anoche? O tal vez esta mañana, antes de que se fuera a trabajar… Joder, parecéis un matrimonio viviendo en la misma casa.

Soltó una carcajada y la escuché con la vista desenfocada en el agua de la piscina.

—Sinceramente, no sé cómo me va con él, Noe. Es difícil definir cómo son nuestros encuentros, cada vez que nos vemos.

—¿Por qué? Has sonado muy derrotista —habló extrañada.

—Eso es porque no he descansado bien —contesté riendo.

—Ah. ¿Por el cambio de cama?

—No.

Me quedé callada y miré hacia todos los lados, lo más disimuladamente posible, para asegurarme de que Blaine no estaba cerca. No lo vi, pero igualmente bajé el tono al hablar.

—¿Diana?

—Estoy aquí.

—¿Qué pasa? ¿Por qué susurras? —susurró ella.

Apreté los labios, conteniendo una carcajada.

—Hablo bajo porque no quiero que nadie se entere, aunque parece que estoy sola en el jardín.

—Ah, vale.

—No he descansado bien porque me costó mucho dormirme y encima he soñado con algo que me ha tenido alterada —suspiré—. Sí. Al final vi a Mateo. Fue por casualidad y muy raro, pero peor fue cuando estuve en mi habitación, tumbada ya en la cama, y comencé a escuchar sus gemidos y sonidos de placer.

Noelia soltó un jadeo, por la sorpresa.

—¿Qué narices…? ¿En serio? —me preguntó con voz aguda, olvidándose de hablar bajo.

Yo continué con el mismo tono.

—Lo escuché masturbarse mientras se duchaba. ¿Qué te parece? Fue un trauma para mí.

Bufé.

—¿Un trauma? —Soltó una carcajada—. No te lo crees ni tú. Lo que terminaste cachonda perdida y por eso te costó dormirte. Y me imagino perfectamente con qué has soñado. ¡Qué fuerte!

Volvió a reír.

—No me hace gracia —suspiré—. No puedo quitármelo de la cabeza. Cuando me doy cuenta, estoy pensando en eso.

—No me extraña, cariño. Mateo es un hombre impresionante y encima lo escuchaste de esa manera en su intimidad…

—Desde que me he puesto a trabajar no he conseguido avanzar. No he hecho casi nada. Es imposible que me concentre, por eso he salido al jardín a tomarme el café que me ha preparado Aven.

—¿Sigues sintiendo la sensación que tuviste al conocerla, como si os hubierais visto antes?

—No se me ha ido. Esa sensación está ahí, pero ya no pienso en ello. Me están pasando demasiadas cosas nuevas y muchas de ellas con Mateo, como para pararme a pensar en la tonta sensación esa. A saber, de qué nos vino. Paso, porque no tiene sentido y bastante tengo ya.

—Es lo mejor que puedes hacer, olvidarte de todo. Y tienes que tranquilizarte desde ya. No puedes permitir que la situación que estás viviendo te agobie tanto que te trastoque.

—¿Y cómo lo hago? Joder, cuando Mateo está en la casa estoy inquieta, por si nos cruzamos. Pero es que no es mejor cuando está fuera, ya que no puedo quitármelo de la cabeza con lo que pasó ayer.

Bufé, agobiada.

—Y a partir de hoy lo veré muy poco, e intuyo que habrá días que llegue tarde a propósito y no nos veamos. Ayer hizo una excepción porque estaban todos aquí para recibirme.

—Bueno, si decide llegar cada día cuando tú ya estás dormida, lo que me parecería muy mal por su parte, por cierto, pero si actúa de esa manera, tú podrás relajarte y será como si vivieras ahí sola, con Aven y Blaine. Busca el lado positivo.

—El problema es que no quería llevarme mal con él, Noe —susurré —. Quería terminar bien, sin tanta tensión cada vez que nos vemos. No sé por qué, pero sentía que era importante. Es el nieto de Deirdre y ella querría…

—Cariño —me interrumpió—. No es algo que puedas elegir tú. Cada persona decide cómo comportarse.

—Ya… Supongo que da igual.

—Deirdre, esté donde esté, se siente muy orgullosa de ti. Estoy muy segura de ello. Aceptaste lo que ella quería, estás viviendo en una de sus casas, te has ido de la tuya para estar un mes en Irlanda. Salga como salga la experiencia, tú has puesto todo de tu parte, cariño.

—Ojalá sea así, pero su nieto debe de dolerle y…

—Su nieto es mayorcito y es su problema si no asume lo que su abuela quería.

—No sé si se trata de eso —murmuré.

—Da igual, aquí lo importante es que tú remontes y que levantes ese ánimo. Tienes que conseguir trabajar como siempre y después ir a la ciudad, para visitarla y descubrirla. Te quiero bien arriba. ¿De acuerdo?

—Vale —sonreí—. Gracias. Os echo de mucho de menos.

—Ay —suspiró—. Y nosotros a ti. Ya verás cómo el tiempo pasa rápido. Estaremos juntos todos muy pronto.

—Sí.

—¿Hace buen tiempo?

—Se está genial —le contesté.

Levanté la mirada al cielo. No había ni una nube.

Comencé a balancearme de nuevo en el columpio, mientras me terminaba el café y continuaba hablando con Noelia, durante un buen rato más.

Ninguna de las dos tuvimos prisa por colgar y a ambas nos vino genial. Nos sentó de maravilla, porque lo necesitábamos por diferentes motivos.

Capítulo 28



Sonreí al ver a Blaine caminar hacia mí.

Estaba sentada en la terraza de un bar, en una zona muy tranquila. Aunque toda la ciudad de Naas lo era.

En ella estaba. Había venido a conocerla un poco y ahora Blaine venía a por mí, para regresar a la casa. Él también me había traído a media mañana.

Había aprovechado bien el día, caminando por una parte del gran canal que atravesaba la ciudad, recorriendo las calles de la ciudad, comiendo comida típica en un restaurante con mucho encanto. Auténtico.

Hacía un rato que me había parado a tomarme un café con hielo, para esperar a que Blaine apareciera.

La ciudad de Naas era un lugar que transmitía mucha paz. Parecía mentira que la ciudad de Dublín, con mucho más ajetreo y donde muchos de los habitantes de Naas trabajaban, estuviera tan cerca de aquí.

Durante el pequeño trayecto hasta aquí, a Blaine le dio tiempo a contarme algunos detalles, como que la ciudad de Naas era agrícola y que cada sábado había un mercado con los mejores productos de la ciudad.

Aquí se encontraban importantes clubs de golf, de equitación, de rugby y de otros deportes destacados de la isla. También había dos hipódromos importantes cerca. Por todo ello era un lugar muy visitado, incluso por turistas que venían a ver expresamente algunos de los eventos que ofrecían las variedades deportivas.

Naas era la capital y la localidad más poblada del condado de Kildare, con el gran canal atravesándola y una amplia oferta de actividades y cultura. Era un destino muy solicitado, por todo lo que ofrecía y al estar tan cerca de Dublín.

En la ciudad de Naas había una gran oferta de restaurantes, cafeterías, bares y alojamientos.

Siguiendo una ruta histórica desde el puerto, se llegaba al Castillo de Jigginstown. Recibía ese nombre, pero era una casa del siglo XVII en ruinas y un Monumento Nacional cerca de Naas. Cuando se construyó, bajo el mandato del reinado de Carlos I, fue uno de los edificios más grandes de Irlanda.

—Hola —le dije a Blaine, levantándome de la silla.

—Si no has terminado, no hay prisa —me dijo, al ver que todavía me quedaba café en el vaso.

—No pasa nada. Me apetece estar en la casa ya —le sonreí.

—Entonces no hay más que hablar. —Me devolvió el gesto—. He estacionado donde te dejé a media mañana.

—Vale.

Comenzamos a caminar.

—¿Te ha gustado? —se interesó.

—Mucho. Y toda la gente con la que he hablado me ha tratado muy amablemente. He estado hablando bastante rato con la dueña de una tienda de alimentación, Coney.

Asintió, sonriendo.

—Me ha dicho que este fin de semana hay una carrera de caballos en el hipódromo más cercano. ¿Sabes cuál es? ¿Podrías llevarme? Coney me ha asegurado que vale mucho la pena vivir la experiencia, aunque sea una sola vez. Me ha comentado que atraerá a muchas personas, que la ciudad se llenará.

—Claro que sé cuál es. He estado muchas veces. —Me miró sonriendo—. Dalo por hecho, te llevaré.

—Gracias.

—Me informaré bien para llegar a tiempo, antes de que el acceso se colapse.

—Estupendo —dije muy animada.

Después de girar al final de una calle, llegamos donde había dejado estacionado el coche.

Una vez nos montamos en él y Blaine empezó a circular por las calles, no tardamos mucho en tomar el desvío que había a las afueras, en la dirección de LadyDeirdre.

—Estás cansada.

—¿Se nota?

Sonreímos.

—Me cuesta coger el sueño por las noches y cuando me despierto tengo la sensación de que la noche ha sido muy corta —suspiré—. Pero estoy bien. No quiero parar durante el día. Prefiero terminar agotada, a ver si así caigo en la cama y no me da tiempo ni a pensar en darme una ducha.

Me encogí de hombros.

—Aven prepara una infusión que va muy bien para conciliar el sueño. Ahora, cuando la veas, pídele que te prepare una.

—¿Tú la has probado?

—Alguna vez que lo he necesitado, sí.

Asentí.

Blaine me hizo bajarme cerca de la entrada de la casa y él continuó en el coche, para llevarlo al garaje.

Entré en la vivienda. Me la encontré en silencio, lo que era algo habitual.

—¿Aven? —la llamé, al asomarme a la cocina.

No estaba, por lo que dejé estar lo de la infusión. Me dirigí hacia la escalera del vestíbulo y cuando iba a subir el primer escalón, me paré porque algo llamó mi atención.

A la izquierda se encontraba una de las salas de estar, lo que no era nada destacable. Lo que sí lo era fueron las piernas que vi. Unas eran de mujer, las otras de hombre.

Fruncí el ceño y me alejé de la escalera, para comprobar quién había en la casa. Pensé en Amber y Liam y mi expresión cambió por completo. Sonreí ante la posibilidad que cada vez creí más.

Me lo creí tanto que eran ellos los que estaban en la sala de estar, que abrí la puerta de golpe. De estar a medio cerrar, la dejé abierta por completo, llevándome la sorpresa de que me había equivocado.

Y no solo eso, sino que mi sorpresa aumentó cuando vi que las piernas de hombre correspondían a Mateo y las de mujer, a una que no conocía. Esta tenía el pelo platino e iba vestida con un vestido que cortaba la respiración.

Aparte de sensual y provocativa, se la veía elegante. Una combinación infalible y ella lo conseguía.

—Roisin —dijo Mateo—. Te presento a la invitada que está viviendo en esta casa por unos días.

Entrecerré los ojos por su presentación.

—¿Cómo hablo para que me entienda? —le preguntó ella, con una voz muy melosa.

Soltó un bufido.

—Te entiendo perfectamente —hablé, captando la atención de ambos—. Puedes hablarme tan normal como lo hagas siempre. Mi nombre es Diana.

—Diana… ¿Cuánto tiempo te quedarás? —Sonó molesta.

Arqueé una ceja y miré a Mateo.

Él continuó serio. Su cara no me indicó nada, mientras me observaba fijamente.

Sonreí de medio lado. Muy lentamente mis labios se curvaron.

—¿Te molesta mi presencia aquí, Roisin? —le pregunté—. Porque creo que la única intrusa aquí, por el momento, eres tú. No, yo.

—¿Cómo…?

Se giró hacia Mateo y yo puse los ojos en blanco.

—No estoy para tantas tonterías —dije, con un largo suspiro.

Volví a ser el foco de atención.

—Me cansa esta mierda.

Roisin jadeó.

—Tranquila, podéis hacer lo que os plazca. Si paso por vuestro lado, porque os va lo público, y os encuentro follando, créeme que no me sorprenderé ni escandalizaré, Roisin.

Ella volvió a jadear, con una mano en el pecho.

—Oh, sí, ahora me pensarás que estás muy por encima de mí. No te confundas, que las apariencias engañan. Ah, y para aclarar tu duda, me quedaré todo el tiempo que Mateo quiera que le caliente su cama —le dije con un guiño.

Se atragantó con su propia saliva.

Miré a Mateo, para desafiarlo a que dijera algo, pero se me cortó por unos segundos la respiración, cuando me encontré con la intensidad de su mirada.

No iba a cohibirme. En absoluto. Levanté la barbilla.

—La decisión de largarme de aquí es mía y de nadie más.

Con esas palabras, agotada mentalmente porque había estado luchando demasiado tiempo contra algo sin sentido y totalmente fuera de lugar, les di la espalda y caminé hacia la escalera.

No corrí para subirla, pero sí fui a buen ritmo, para llegar a mi habitación cuanto antes.

Había traspasado más de una línea con respecto a Mateo y fui todo el camino preguntándome qué mierda me había pasado para actuar como lo había hecho.

En cuanto estuve en mi habitación, solté un suspiro y cerré los ojos, apoyando la espalda en la puerta cerrada.

—Mierda… —Me presioné el puente de la nariz—. Me he expuesto mucho. Joder —siseé, cabreada conmigo misma.

Me quité la ropa de malas maneras, con movimientos torpes y a tirones. La dejé de cualquier forma, tirada por el suelo de la habitación, y fui al baño.

Necesitaba una ducha con urgencia, para eliminar la mala leche que me había entrado por la escenita que había visto y…

Me tapé la cara con las manos, mientras el agua me caía por la cabeza. Sentí mucha vergüenza de repente, porque yo nunca perdía las formas como hacía unos minutos. Al menos no sin una buena justificación.

Algo me había superado, o quizás había sido todo.

Como, por ejemplo, encontrarme a Mateo en la casa, a media tarde, cuando pensaba que otro día más no lo vería. Oh, pero sí que lo escucharía, porque para mi desgracia se había convertido en una puñetera rutina que él se diera placer y se lo pasara genial en la intimidad de su habitación, mientras que mi frustración aumentaba con el paso del tiempo, tumbada en mi cama.

La noche anterior, mientras me esforzaba por no tocarme, al escuchar sus gemidos, me prometí que la noche siguiente iba a devolverle lo que él me daba cada maldita noche.

Sí, eso sería otra locura, la de masturbarme y gritar si hacía falta, para fastidiarle y que me escuchara sin problema. Ya me daba exactamente igual, porque de la misma manera que yo disimulaba haciendo ver que no pasaba nada, que no lo escuchaba, y me tragaba la vergüenza, él tendría que hacer lo mismo cuando nos viéramos.

No podía salir nada mal. Al contrario, porque esta noche por fin encontraría el alivio que tanto necesitaba y me había negado.

También le había hablado mal a la tal Roisin porque no me gustó cómo me miró desde que aparecí. Y encima, con lo que me había dicho, casi invitándome a irme de esta casa… si hubiera podido, me habría echado. Mala suerte para ella, porque la que saldría rápido por la puerta, la próxima vez que la viera, sería ella.

Sabía a qué se había debido su reacción, a que me reconoció como una amenaza. Lo que tenía muchísima gracia. Yo, una amenaza para esa mujer… Me entraron ganas de reír.

Y no porque la considerara más y mejor que yo. En absoluto. Mis ganas de reír se debían a que para Mateo yo era menos que nada. No existía para él, tal cual.

Solté un suspiro cansado y terminé sentada en la bañera, con las rodillas flexionadas y los brazos abrazándome las piernas, mientras el agua caía sobre mí.

No quería pensar en lo que podía estar pasando abajo, entre Mateo y Roisin, lo que me llevó a pensar en qué momento y cómo había llegado a este punto yo.

Tuve que reconocer que me había metido en un problema bien gordo, pero saldría yo solita de él.

Solo necesitaba aguantar hasta que se cumpliera el plazo, para que la mitad de esta propiedad fuese mía, y que Agustín me informara de ello cuando yo ya estuviera en España.

Porque en cuanto pasara un minuto del final del último día del mes, yo saldría de esta casa para ir al aeropuerto de Dublín, para volver a mi hogar, con mi familia y amigos.

Iba a dolerme dejar atrás a personas maravillosas, pero irme no significaba que fuese la última vez que los viera. Nunca iba a perder el contacto con Amber y Liam, y gracias a ellos podía acceder a los demás.

Daba igual lo que sucediera con el hijo de ambos. Daba igual todo. Yo tenía una segunda familia en Irlanda porque Liam y Amber me lo habían demostrado muchas veces.

Capítulo 29



—¿Voy bien? —les pregunté a Aven y a Amber.

Acababa de entrar en la cocina, con un pantalón corto vaquero y un top de palabra de honor.

Ambas cosas me quedaban genial, pero no sabía si era lo más apropiado para ir al hipódromo. Era fin de semana y había llegado el día de la carrera de la que me habló Coney, la dueña de la tienda de alimentación que conocí en Naas.

Amber me llamó el día anterior para decirme que vendría con Liam, a pasar el día conmigo. Yo le dije lo que quería hacer hoy y no dudaron en apuntarse.

Así que íbamos los tres al hipódromo, por lo que Blaine no tenía que moverse de la casa para llevarme.

—Estás perfecta —me dijo Amber, con una gran sonrisa.

—¿Seguro? Es que no sé qué tipo de ropa suele llevar la gente a una carrera de caballos.

—Haz caso a Amber —me pidió Aven, con cariño—. A esas carreras va gente de todo tipo, por lo que sus maneras de vestir son muy variadas. Tú tienes que ir cómoda y ya está.

—Exacto. Como yo —dijo Amber—. Llevo este vestido porque me encanta, es fresquito, pero, sobre todo, porque sé que a Liam lo vuelve loco.

Lo último lo dijo bajando el tono de voz y Aven y yo sonreímos.

—Entonces no tienes ni que pensarlo —le confirmé y reímos.

—¿Y Mateo? —le preguntó Amber a Aven.

—El niño ya se ha ido —le contestó ella.

El niño, pensé. Me hacía gracia, porque a mis padres les sucedía lo mismo conmigo.

Daba igual la edad que tuviera; al ser la pequeña, a mis padres algunas veces se les escapaban palabras parecidas.

—Vale —dijo Amber—. ¿Nos vamos para ir con calma? —me preguntó.

—Por mí sí. Ya estoy preparada.

Di varios golpecitos al bolso pequeño que llevaba colgado al hombro.

Nos despedimos de Aven y salimos de la casa por la puerta principal. Amber tuvo razón el primer día que llegué, cuando me habló de la propiedad. Me dijo que me acostumbraría muy rápido y que en poco tiempo no notaría lo grande que era todo.

Así había sido. Me había adaptado genial y, aunque todo era enorme, hasta los baños, me había adaptado perfectamente y ya no me parecía nada exagerado.

El cambio lo notaría cuando llegara a mi piso. Entonces debería volver a acostumbrarme a las medidas normales, porque mi piso no era pequeño. Pero me lo parecería, lo que era normal dado el lugar en el que vivía ahora.

Liam nos esperaba con el coche en marcha y en cuanto nos montamos, después de decirle adiós a Blaine, salimos de la propiedad y fuimos hacia el hipódromo donde sería la carrera.

—Nunca he estado en una carrera de caballos. ¿Lo de las apuestas es verdad?

—Claro —me contestó Liam—. Ya lo verás. Si quieres, podemos hacer una pequeña apuesta.

—Por mí no lo hagáis —dije riendo—. Soy muy mala para los juegos y nunca gano. Perderíamos el dinero.

Me encogí de hombros.

—Cuando estemos allí, ya veremos. Ya empieza a haber más tráfico.

—Pero si todavía es pronto —hablé sorprendida.

Era muy raro ver la carretera que salía de Naas con tanta circulación en un mismo sentido.

—Las carreras atraen a muchísima gente —comentó Amber.

—Ya… —susurré.

El resto del camino observé por la ventanilla la carretera y todo lo demás que nos rodeaba.

Hubo un momento en que Liam tuvo que avanzar muy despacio e incluso hablamos de dejar el coche bien estacionado, si veíamos un sitio seguro que quedara apartado de la carretera.

No encontramos nada, ya que muchos que iban por delante de nosotros pensaron lo mismo.

No nos quedó más remedio que continuar y cuando llegamos, por suerte, no nos llevó mucho tiempo estacionar. Había sitios de sobra.

—Vamos a por bebidas —dijo Amber—. Con tanta retención no nos sobra mucho tiempo.

—Hay de sobra —le sonrió Liam.

Mmm… Y sí, Liam dejó clarísimo a Amber, a mí y a todo el que pasara cerca de nosotros, lo que le gustaba el vestido que se llevaba puesto su mujer.

Sonreí mirando a Amber con picardía. Ella rio y besó a su marido, antes de ir los tres a por las bebidas.

Tuvimos que hacer cola otra vez. Para cuando Amber tuvo su vaso de refresco en la mano y Liam y yo nuestros botellines de cerveza, faltaban pocos minutos para que comenzara la carrera.

—No la podremos ver bien —dije, con un suspiro.

—Tranquila. Tenemos sitios de honor —comentó Liam.

—¿Y eso? —le pregunté.

—Somos socios del hipódromo —me contestó, sorprendiéndome.

—Sí, nuestros asientos siempre nos esperan —habló Amber—. Y dos por cada lado, libres, también. Son para cuando nos acompañan amigos.

Asentí.

—Y, aunque no tuviéramos esa tranquilidad, igualmente hay pantallas gigantes y la carrera se ve perfectamente desde ellas. Estés donde estés.

—Vale —sonreí.

Liam y Amber me llevaron hacia una grada y quedé asombrada por lo bien que se veía la pista, aunque estuviéramos en alto.

La zona de salida de la carrera estaba justo debajo de nosotros y también teníamos una pantalla gigante enfrente. Aunque en la mesa a la que nos acercamos, que por lo visto pertenecía a Liam y a Amber por ser socios, había prismáticos para seguir la carrera a través de ellos.

Por opciones no sería…

—Sí que hay ambiente —dije.

La vista se me iba hacia todos los lados. Estaba alucinando, no tenía ni idea de cuántos aficionados llegaban a mover las carreras de caballos.

Me apoyé en la barandilla y Amber se puso a mi lado.

—Por si te lo estás preguntando, los animales no sufren —me dijo.

—Daba por hecho que, en un lugar como este, con los caballos dedicados a este deporte, si se puede llamar así, los animales están muy bien cuidados.

—Así es —me confirmó—. Cuidados y mimados —sonrió—. Al menos los que yo conozco y de los que puedo hablarte.

Asentí.

—Oh, ya salen —dije emocionada.

Aparecieron los primeros caballos con sus jinetes y trotaron haciendo un espectáculo muy bonito.

La gente comenzó a aplaudir y a silbar, emocionados.

—No hemos apostado —comentó Amber.

—No nos ha dado tiempo —dije.

—Para la siguiente —aseguró Liam—. Diana.

—¿Sí?

Giré la cabeza hacia Liam.

—Mira allí.

Seguí la dirección de su dedo. Me señaló dónde estaba el grupo de caballos, con sus jinetes sobre ellos.

—¿Qué…?

No terminé la pregunta porque no hizo falta que continuara. En el momento en el que uno de los jinetes movió su caballo y se quedó de cara a nosotros, agrandé los ojos al ver quién era.

—Mateo lleva muchos años compitiendo —me dijo Amber, con una sonrisa radiante—. Es un experto en hípica. Tienes medallas y trofeos que lo demuestran, pero se apartó de ese mundo hace unos años. Lo que no ha dejado son las carreras, siempre que puede. Mi hijo siente pasión por su yegua. Tiene una relación muy especial con ella. En el momento en el que la monta es capaz de olvidarse de todo, durante horas indefinidas. Y Atenea, que así se llama la yegua, es como si lo correspondiera en todo.

—No tenía ni idea —susurré—. Y seguro que sí que le corresponde en todo. Si tienen una conexión tan especial…

No pude apartar la mirada de él, sobre todo, porque Mateo tenía la suya puesta en mí.

Su sorpresa era evidente, lo pillé desprevenido. Me alegré por ello, así no era la única que se sentía de esa forma.

Liam saludó a su hijo, al igual que Amber, y cuando lo hicieron, rompieron el momento que él y yo compartíamos. Mateo les correspondió, mientras terminaba de recomponerse de mi presencia.

—¿Suele ganar? —les pregunté.

Joder, estaba guapísimo como iba vestido y montando en su yegua.

—Normalmente sí —me confirmó Amber, con alegría.

—Estupendo —susurré—. Pues hoy va a tener una buena derrota —murmuré.

—¿Cómo? —me preguntó Amber.

—Nada. Estoy impaciente porque empiece ya.

—Pues prepárate, que ha llegado el momento —me avisó Liam.

Me agarré con fuerza a la barandilla, con las manos.

Mateo me miró por última vez y durante el rato que nos observamos, el tiempo pareció interminable, por los nervios que sentía. Hasta que apartó la atención de mí y se fue con su caballo hacia la salida.

—¿Qué es yóquey? —les pregunté con curiosidad—. Lo han dicho por abajo.

—Es lo que se conoce como un jinete profesional de carreras.

—Ah.

Nos quedamos en silencio y conteniendo la respiración, al menos Amber y yo, cuando se escuchó la salida y los caballos salieron corriendo, dirigidos por sus jinetes. Esa palabra era más fácil para mí.

—¡Vamos, cariño! —gritó Amber.

Yo no pude apartar la vista de la carrera, aunque a veces la desviaba para observar la gran pantalla. En la pantalla podía ver todos los detalles de cerca, ya que las cámaras enfocaban muy de cerca a los participantes.

—¡Muy bien! ¡Así se hace, Mateo! —gritó Liam, animando a su hijo.

Contuve la respiración cuando los caballos que iban en cabeza aparecieron en la recta final, yendo flechados hacia la meta.

Uno de ellos era Mateo.

No tuve tiempo de impresionarme al verlo en acción. Toda mi atención estaba puesta para que ganara.

El público se puso en pie y se volvió loco, gritando, aplaudiendo y animando, cuando dos de los caballos hicieron un esprint final.

Mateo llevó a su yegua al límite y Atenea respondió como una campeona. Pasaron los primeros por la meta. La llegada estuvo muy reñida, ya que Atenea ganó por medio cuerpo adelantado.

No importó. El resultado final fue que Mateo y ella fueron los vencedores, y todas las personas que había en las gradas lo celebraron.

Todo iba genial, la felicidad era máxima, hasta que escuchamos varios gritos que no tuvieron nada que ver con la celebración. Miramos hacia la pista, para saber qué había pasado, ya que nos habíamos girado para abrazarnos.

—¡Hijo! —Jadeó Amber.

Liam la abrazó por la espalda y le dijo algo al oído. Ella asintió despacio, con expresión preocupada.

Yo me olvidé de cómo se respiraba, cuando llegué a tiempo de ver cómo a la yegua de Mateo le falló una pata delantera y el animal no pudo aguantar en la frenada y se fue al suelo, lanzando a Mateo por los aires. Rodaron ambos.

Todo el mundo se quedó en silencio, hasta que vimos cómo Mateo se levantaba con la ayuda de uno de los hombres que corrió a socorrerlo.

Solté el aire de golpe, al ver a Mateo de pie, aunque aguantado por el hombre. Y su yegua Atenea se levantó sin problema y se mantuvo bien sobre sus patas.

—A Atenea la llevan a su cuadra, en el establo. Mateo no se separará de ella —me dijo Liam—. Por si quieres ir.

Miré a Amber y ella asintió, sonriéndome.

—Ve tranquila. Yo lo veré más tarde. Puedo esperar porque se mueve por él mismo —suspiró.

—Vale. ¿Cómo se llega? —les pregunté, intranquila.

A mí me dio igual que hubiera salido por su propio pie de la pista. Sus padres estaban acostumbrados a estas cosas, dado que Mateo llevaba toda su vida sobre un caballo, pero para mí cada cosa era nueva y necesitaba ver con mis propios ojos que todo estaba bien. Aunque no sabía si Mateo me recibiría bien.

Después del historial que teníamos… Tampoco me importó en ese instante, ni siquiera lo pensé cuando me alejé de Amber y Liam.

Capítulo 30



Mateo

—¿Estás bien? —me preguntó Leo.

Mi amigo iba a mi lado. Por el otro me llevaba agarrado Finn, a pesar de que le había dicho que no hacía falta.

Podía caminar por mí mismo, con normalidad.

La caída había sido aparatosa a la vista, pero al impactar contra el suelo había conseguido dirigir la posición del cuerpo y para mí había sido una caída limpia. Sin más. Lo que no quitaba que me doliera todo, pero sin ser preocupante.

Atenea ya parecía recuperada, aunque estaba deseando llegar junto a ella para revisarle la pata.

No tenía por qué tener ningún daño. Estaba convencido de que la fuerza de la frenada la había desestabilizado y la había hecho perder el equilibrio, con el final que habíamos tenido ambos.

Leo no se perdía ninguna de mis carreras. Durante todos los años que practiqué la hípica, también me acompañó siempre que pudo.

—Finn, puedo caminar solo —le recordé, de nuevo—. Y estoy perfectamente. ¿No me ves?

—Sí, rebozado de arena. Estás para pasarte vuelta y vuelta por la freidora —contestó con ironía.

—Haznos caso, muchacho —me pidió Finn—. Estate quieto hasta que lleguemos.

Respiré profundo, optando por el silencio. Dejarlos hacer era la única manera para que se tranquilizaran.

Cuando llegamos al establo, nos dirigimos hacia la cuadra a la que habían llevado a Atenea, la misma en la que estuvimos ella y yo antes de la carrera. Siempre utilizábamos la misma, para reducir el estrés de mi yegua.

Sonreí cuando nos acercábamos. Tenía la cabeza apoyada en la puerta de la cuadra y en cuanto me vio, relinchó como saludo y acercó la cabeza hacia mí.

—Estoy bien —le dije, antes de darle un beso en la testuz. O, lo que era lo mismo, su frente.

Abrí la puerta de la cuadra y entré, junto a Leo. Atenea no separó la cabeza de mí y yo no dejé de acariciársela.

—Si necesitáis cualquier cosa o empiezas a dolerte algo, avisadme —nos pidió Finn—. No te calles si notas alguna molestia.

—Me duele el trasero de la caída. ¿Me das un masaje?

—Que te lo dé tu inseparable amigo. Entre vosotros hay la confianza suficiente para que te quedes con el culo y otras cosas al aire —dijo a modo de queja Finn.

Los tres soltamos una carcajada.

Cuando nos dejó solos, fui a por el cepillo, para cepillar a Atenea.

—Cojeas —dijo Leo, sorprendido de no haberse dado cuenta hasta ahora.

—No es nada. Solo una pequeña torcedura —aseguré.

Apoyé la frente en la cabeza de Atenea y después de unos segundos en los que le susurré que era una campeona y que lo había hecho genial, con varios relinchos satisfechos de ella, comencé a cepillarla como sabía que le encantaba.

—Puedo hacerlo yo —me dijo Leo.

—Y yo. ¿Qué dices tú? —le pregunté a mi yegua—. ¿Le doy el cepillo a Leo para que continúe cepillándote él?

Solté una carcajada cuando mi yegua reaccionó rápido. Giró el cuello había el pequeño banco de madera en el que se había sentado Leo, y le dio un empujón con la cabeza. Mi amigo cayó al suelo, entre risas también.

—Joder, Atenea, qué mal educada estás. —Bufó en broma Leo—. Eres una caprichosa, quieres a tu dueño solo para ti.

Ella relinchó y mi amigo y yo volvimos a reírnos.

Seguí cepillándola y cuando terminé y la dejé bebiendo agua, me senté al lado de Leo, en el banco bajo de madera.

—¿Sigues bien? —se interesó.

—Sí. Deja de preocuparte.

—Es que la caída se ha visto muy dura.

Sacudió la cabeza.

—He podido caer en buena postura, por lo que, aparte del impacto y de pequeña torcedura, todo ha salido bien.

Me encogí de hombros.

—Menos mal, tío.

—Todavía no me has dicho nada de nuestra victoria —le dije con diversión.

Señalé a Atenea y relinchó como si se quejara. Nos hizo reír.

—Joder, es que había hecho una entrada a la meta para llevarse las manos a la cabeza, por varios motivos y muy diferentes.

Negó.

—Menudo espectáculo —sonrió de medio lado—. Preciosa, has volado por la pista. Has estado brillante. Enhorabuena a los dos.

Esta vez, cuando Atenea acercó la cabeza a Leo, fue para que se la acariciara. Mi yegua sabía mucho y recibió encantada las caricias.

—Otra carrera más conseguida —me dijo, girando la cabeza hacia mí.

—Sí —sonreí de medio lado.

—¿Qué tal el cuerpo ahora que vas enfriándote?

—Un poco dolorido, pero lo normal de cualquier caída —le contesté con sinceridad.

—No estaría mal que te hicieran una revisión.

—¿Para qué? Acabo de decirt…

Dejé de hablar al escuchar un pequeño alboroto por algún lado del establo. Leo también miró hacia fuera de la cuadra, ya que era muy raro. Aquí dentro no estaban permitidos los ruidos, para conservar la paz y tranquilidad de los caballos.

Fruncí el ceño. Eran dos personas hablando. No gritaban, pero sí hablaban manteniendo un tono alto. No debían darse cuenta.

—¿Uno no es Finn? —me preguntó Leo.

—Puede ser… no lo diferencio como para asegurarlo.

—Voy a ver qué pasa.

Se levantó del banco y no esperó a que le dijera algo. Salió de la cuadra, dejándonos a Atenea y a mí dentro. Mi yegua no se movió.

Leo tardó en regresar más de lo que esperaba. Yo no me moví del banco porque, conforme pasó el tiempo, como había comentado Leo, al enfriarme, las molestias que tenía por todo el cuerpo se hicieron más intensas.

A pesar de estar dolorido, lo que me callaría para no preocupar a nadie, todavía era algo normal que no requería ninguna atención médica. Todo estaba bien, o lo estaría. En cuestión de unos días desaparecería todo el malestar.

—Mateo…

Al escuchar la voz de Diana, giré rápido la cabeza hacia fuera de la cuadra. Con anterioridad, me costó recuperarme de la sorpresa de encontrarla en la grada con mis padres. Me llevé el primer impacto del día, ya que no esperaba verla nunca en el hipódromo. En aquel momento pensé que iba a perjudicarme, por cómo me dejó.

Por suerte, Atenea ganó la carrera llevando el control de la situación, desde el principio hasta el final.

Y aquí tenía a Diana de nuevo, mucho más cerca que antes, a unos pasos de distancia. Algo que me había prohibido que sucediera en la casa en la que vivíamos juntos.

Para más sorpresa mía, Diana abrió la puerta de la cuadra, como si Atenea no la intimidara, y caminó con pasos rápidos hacia mí.

—Mateo… —repitió.

Yo continué sin palabras, inmóvil en el banco de madera. Mi yegua relinchó varias veces, pero no obtuvo ninguna reacción de Diana, que era lo que buscaba.

Para más asombro mío, Diana se puso de rodillas frente a mí y se quedó muy quieta. Noté el momento exacto en el que se dio cuenta de que se había dejado llevar demasiado por sus impulsos.

—Yo… Nos hemos asustado mucho al ver la caída —susurró.

Incluyó a mis padres.

—Siento haber venido aquí. Me ha costado lo mío llegar.

Bufó.

Miré de reojo a Leo. Mi amigo asintió, estando de acuerdo con lo último que había dicho. Eso quería decir que, si no fuera por mi amigo, Finn no la habría dejado entrar. O tal vez sí, pero por cansancio. Pero para que eso ocurriera tendrían que haberse cansado de discutir en la entrada.

—¿Cómo estás? —me preguntó.

No era la primera vez que me hacía esa pregunta, aunque de manera diferente. Ni tampoco la primera vez que se mostró preocupada por mí. Y lo parecía de verdad. Ahora mismo era imposible que Diana estuviera fingiendo.

—Eres muy terco, Finn —se quejó una voz de mujer.

Sonó lejana, pero todos la oímos perfectamente.

Parpadeé más rápido de lo normal, para asimilar que en cuestión de segundos no estaríamos solos.

Roisin, la mujer que llevé a la casa y a la que se enfrentó Diana, estaba a punto de aparecer. ¿Y cómo había entrado ella tan rápido y sin problemas? Fácil, Finn era su hermano mayor.

Me cagué en todo, interiormente. Y mientras que a la situación le faltaban pocos parpadeos para dar un giro que no iba a gustarme, y mientras debía pensar en una salida rápida… la única maldita cosa que me vino a la cabeza fue el recuerdo de escuchar, alto y claro, cómo Diana me devolvía todas las noches que yo la había atormentado, antes de dar el día por finalizado.

¿Cómo lo hizo? Exactamente como yo. Tenía metidos en la cabeza sus gemidos, jadeos y gritos, los que en aquel instante procedieron del baño de su habitación.

Me jodió muchísimo imaginarla masturbándose, pensar en cómo lo estaba haciendo, lo que tocaba y cómo, porque me moría de ganas de ser un espectador directo. Al igual que me fastidió cada sonido suyo, ya que se me metieron en lo más hondo y todavía no había podido sacarlos de mi memoria, para olvidarme de todo.

Pero, a pesar de mi frustración e impotencia, las que todavía sentía en algunos instantes, debía reconocer que disfruté del momento muchísimo. De todo y de la misma forma que ella, porque me encontré masturbándome como un adolescente que no controlaba una mierda su cuerpo, mientras la escuchaba a ella disfrutar del suyo y de su placer. Nos corrimos a la vez.

Me costó un gran esfuerzo aclarar la mente, para centrarme en lo que estaba sucediendo en la cuadra.

Diana se tensó delante de mí al escuchar a Roisin. Lo percibí y no me gustó nada, como tampoco me gustó lo que sucedió en la casa.

—Mateo —me llamó Roisin, todavía sin verme.

Cuando se paró fuera de la cuadra, al otro lado de la puerta y me vio… o más bien, nos vio…

—¿Qué…? —preguntó como escandalizada, con la vista fija en Diana—. ¿Qué hace esa de rodillas entre tus piernas? —me preguntó con descaro y queriendo aparentar superioridad.

Leo bufó, al no estar conforme. Finn observó extrañado y sorprendido a su hermana. No la conocía en sus peores versiones. Y yo, apreté la mandíbula, sin apartar los ojos de los de Diana.

En ella vi la rabia y la impotencia que sintió, mientras se contenía para no explotar. Al menos, tan pronto.

Capítulo 31



Diana

Estuve un buen rato que no pude dejar de mirar a los ojos a Mateo, como si los suyos me exigieran que no rompiera el contacto.

Hasta que lo logré, bajé la mirada y me levanté despacio.

Me fastidió terminar de rodillas frente a él, pero era algo que me había salido de manera natural.

En cuanto lo vi sentado en un banco muy bajo de madera, pensé que se encontraba mal y quise acercarme a él corriendo, para asegurarme de cómo estaba realmente.

Pero ya estaba bien de hacer el ridículo. Por hoy ya había tenido una buena dosis y tenía el vaso casi a rebosar.

Total, para nada, porque Mateo no había abierto la boca desde mi llegada. Otro detalle más para que se me metiera en la cabeza que este hombre no se merecía que me preocupara por él.

Aparté la vergüenza que sentía, por todo, y la mala leche también, por la aparición de la tal Rosin o como narices se llamara. No iba a perder mi valioso tiempo en recordarlo.

Miré hacia la puerta, hacia donde se encontraba ella.

Solté un suspiro, cansado, y de repente fui muy consciente de dónde me encontraba. El lugar que era. Al venir aquí y al entrar a este espacio, pasé por alto todo lo que no fuera ver a Mateo.

Alguien me dio un golpecito de un brazo, llamando mi atención, y supe rápido de quién se trataba: Atenea.

Tragué saliva porque nunca había estado tan cerca de un caballo. Yegua, en este caso. Cuando giré la cabeza y levanté la mirada, vi lo impresionante que era Atenea. Era alta, más de lo que me había imaginado.

—Hola —le susurré.

—¡Joder!

Al escuchar a Leo y al percibir su asombro, miré hacia él para saber qué había pasado.

Me sorprendió darme cuenta de que todos me observaban a mí y me pareció distinguir mucha curiosidad e interés en sus miradas. La única que me miraba diferente era Rosin. Ella parecía que quería hacerme desaparecer de este lugar.

—¿Qué? —le pregunté a Leo.

—Que Atenea nunca hace eso —contestó, negando con la cabeza—. No es normal que busque el contacto de alguien que no conoce.

—La única manera en la que está tranquila cuando hay gente a su alrededor que no conoce, aunque sea una sola persona, es si yo estoy montándola —añadió Mateo.

Parecía desconcertado y continuó hablando, poniéndome más nerviosa.

—Es impensable que Atenea toque a alguien para que le haga caso, reclamando su atención siendo un desconocido. Y no importa si ese alguien está conmigo o con cualquier otra persona que conozca bien. Siempre se mantiene alejada.

Atenea relinchó, como dándole la razón.

—Eh… bueno —carraspeé—. Lo mismo me ha dado en el brazo por error, al sacudir la cabeza.

Como si la yegua me entendiera, lo que creía de verdad, volvió a darme en el brazo un pequeño toque.

Me giré hacia ella.

—Por tu culpa los demás me están mirando como si yo no fuera de este mundo y te hubiera hipnotizado. O algo parecido, si existe —suspiré.

Sonreí cuando relinchó, mirándome.

Me atreví a levantar una mano hacia su cabeza, aunque me echaba mucho para atrás. Me daba respeto.

Atenea se portó genial, me permitió tocarla sin problema, como si fuera la yegua más dócil. Sinceramente, para mí lo era, por cómo estaba portándose conmigo. Poco me importaba todo lo que me habían dicho.

Y no solo la toqué, sino que mantuve la mano en su cabeza y comencé a acariciarla con movimientos lentos.

—Eres muy buena chica —le dije, en tono bajo.

Sonreí porque movió las orejas.

—Y has estado increíble en la carrera —la felicité—. Ha sido un placer verte en acción, preciosa. Haces honor a tu nombre —sonreí—. Gracias por regalarme algo tan bonito, especial e inolvidable. No creo que vea otra carrera en mi vida, ni mucho menos que esté así de cerca de un caballo. Lo siento, ¿eh?

Atenea relinchó y mi sonrisa se amplió, mientras seguía acariciándola.

—Por lo visto es tu primera vez en portarte de esta manera con una desconocida. Pues quiero que sepas que tú eres la primera yegua a la que me acerco y toco. Esto, hasta hace un rato, era impensable para mí.

Reí.

—Por eso, gracias por todo.

Me atreví a acercarme más, para darle un beso en la cabeza. Cuando me separé, Atenea me lo agradeció aproximando su cabeza hacia mí, queriendo más.

Volví a reír, encantada, pero enseguida me puse triste porque mi relación con ella había comenzado hoy, pero terminaba ya. Había sido demasiado breve y me dejaba con ganas de mucho más.

Solté un suspiro.

—Adiós, preciosa —le sonreí, sin tantas ganas—. No te intoxiques con el veneno que hay aquí —le pedí, con una pizca de humor.

Estuve a punto de reírme otra vez, pero por un motivo muy diferente. Fue por el sonido de indignación que hizo de Rosin, por mis palabras.

—Sigue brillando como solo tú sabes —le susurré cerca del oído a Atenea—. Eres una maravilla de yegua. Y… cuida de tu dueño. Cuidaros los dos.

Terminé hablando más bajo que en un susurro, para que nadie pudiera saber lo que le había dicho a Atenea.

Mi tiempo allí había finalizado. Ya no había nada que me interesara tanto como para retenerme en la cuadra. Bueno, sí, pero no iba a tenerlo nunca, de modo que no tenía sentido.

Fui a moverme para irme, pero no pude hacerlo porque de repente choqué con un gran muro a mi espalda. Un muro cálido que no sabía desde cuándo estaba ahí.

Miré por encima del hombro, para encontrarme con los ojos de Mateo. La intensidad de su mirada me cortó la respiración y me dejó fuera de juego durante unos segundos.

—Dejadnos solos —pidió a los demás Mateo, sin dejar de observarme.

—Yo… —Tragué saliva—. Debo irme. Tus padres…

—No.

Solo con eso me dejó callada del todo y sin ganas de rebatirle, porque ¿a quién quería engañar a estas alturas? Estaba deseando quedarme a solas con Mateo y que sucediera lo que tuviera que suceder.

Estaba cansada de que me esquivara, de que me ignorara. De la misma manera que estaba muy preparada para presentar batalla en una gran pelea, como también para callarnos mutuamente con las bocas, besándonos.

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó la molesta voz de Rosin.

—Cállate de una vez, Roisin —le pidió Mateo.

Ah, Roisin, me dije. Daba igual, lo mismo era.

La voz de Mateo sonó tan cortante y distante que esa mujer se quedó cortada.

—Vamos, Finn —habló Leo.

—Yo quiero…

Roisin intentó decir algo más, pero Finn la interrumpió.

—Ya has oído a Mateo. Por tu bien, cállate. Vamos.

La agarró de un brazo y, aunque se resistió y protestó, Finn se la llevó y Leo fue detrás de ellos. Después de dejar la cuadra cerrada con nosotros dentro, junto a Atenea.

Las pulsaciones se me aceleraron y los nervios se me dispararon.

—¿Qué tipo de brujería haces? —me preguntó Mateo, con la voz ronca.

Di un respingo.

—¿Qué dices? Yo no hago esas cosas —hablé indignada y sorprendida.

Levanté la barbilla, pero perdí parte de mis fuerzas cuando Mateo levantó un brazo para colocar la mano en su yegua. Con su cuerpo me aprisionó contra Atenea, y como si la yegua se uniera a su dueño, se mantuvo firme a mi espalda, facilitándole la posición.

—Algo tienes que hacer. Me estás haciendo perder la puñetera cabeza. Desde la primera vez que te vi, sentí que había algo diferente en ti, pero no tenía ni puñetera idea de qué era. Siempre tengo la necesidad de acercarme a ti, pero esa misma necesidad se convierte en ganas de alejarme. De huir.

Frunció el ceño y me agarró de la barbilla con la mano libre.

—Necesito estar alejado de la casa que nos ha unido, porque el problema no es solo que te vea. Ahora basta con que sienta que estás cerca. Y encima llegas hoy aquí y de repente te haces con mi yegua, sin ningún esfuerzo. Como si fuera lo más natural acercarte a ella, cuando Atenea rechaza todos los acercamientos.

—Pensab… pensaba que me evitabas porque me odiabas por lo de la casa, que no soportabas verme por eso.

Se me escapó un jadeo cuando se pegó a mí y la dureza que escondía la bragueta de su pantalón se clavó entre nosotros.

—Mateo…

—Joder —siseó—. Si supieras cómo me pone escucharte decir mi nombre.

Apretó la mandíbula.

—¿Qué… qué haces?

Contuve la respiración. Llevó las manos al botón de mi pantalón corto y lo desabrochó, para después bajar la cremallera.

—Lo que tendría que haber hecho desde el primer día, joder —susurró.

—Pero… mierda. Puede aparecer alguien en cualquier momento y…

Gemí cuando su mano se coló por dentro de mi braga y llegó a mi clítoris, para torturarlo con varios de sus dedos.

—Me tienes completamente loco. Con la mente nublada desde que te escuché masturbarte en el baño de tu habitación. En otro momento querré que vuelvas a hacerlo, con las piernas bien abiertas para mí, mientras que yo observo cómo te das placer.

Jadeé, cerrando los ojos con fuerza.

—Pero por ahora, en este instante, ambos tenemos que conformarnos con esto. Tiene que ser rápido porque sí, puede aparecer alguien en cualquier momento. Aunque me importa una mierda. Me da exactamente igual.

Abrí los ojos al máximo.

—Tranquila, siempre se escucha cuando alguien se acerca.

—¿Y si son tus padres? —Gemí, agarrándome con fuerza a sus brazos.

—Pues se llevarán una gran sorpresa.

Mateo no me dejó decirle lo que me parecía eso y todo lo demás. Se apoderó de mi boca en un beso duro, salvaje, con su lengua buscando sin descanso la mía.

Nuestro primer beso fue desesperado, porque yo le correspondí de la misma manera. Habíamos esperado mucho y dada la situación, nos necesitábamos con ansiedad.

Mis gemidos quedaban amortiguados en su boca, mientras su mano se adentraba más en mi braga y llegaba hasta mi entrada.

Creí que me mareaba, por la intensidad con la que lo estaba viviendo. No me había dado tiempo a hacerme a la idea de que era muy real lo que estaba sucediendo, por lo rápido que se había girado todo.

Y solo había bastado una conversación con una yegua. Oh, pero no una cualquiera, sino con Atenea.

Me entraron ganas de reír por ese pensamiento, pero el dedo de Mateo, embistiéndome por primera vez, me dejó la mente nublada por el placer.

Capítulo 32



Mateo

Deslicé la lengua por su cuello, disfrutando del estremecimiento de Diana.

Mis dedos no paraban de entrar y salir de su interior, continuaban sin descanso, mientras sus fluidos me mojaban cada vez más.

Ya había incluido otro dedo para embestirla con dos, hasta lo más profundo que podía llegar.

Sus jadeos y gemidos estaban terminando con la poca cordura que me quedaba. Llevaba un buen rato haciendo un esfuerzo monumental, para no mandarlo todo a la mierda y continuar como me pedía el cuerpo, por el balanceo de las caderas de Diana contra mi mano, con la que se frotaba con mucha intensidad.

—Así. Eso es. Córrete con mi mano —le pedí con la voz ronca, mientras la miraba a la cara.

Era un jodido espectáculo. La imagen que estaba regalándome no tenía nada que ver con la que había imaginado en mi cabeza.

—Mateo… —Gimió y apreté la mandíbula.

—Córrete —repetí.

Al instante se dejó llevar por un orgasmo intenso y arrasador. Acallé sus gemidos y gritos besándola. Me apoderé de su boca por completo, mientras ella se agarraba a mis brazos con fuerza.

Cuando la ola de placer pasó, separé la cabeza despacio y sonreí de medio lado. Tenía las mejillas sonrojadas por el momento y por la vergüenza que comenzó a sentir.

Sus labios estaban tan hinchados como debían estar los míos, por nuestros besos. Los ojos le brillaban de una manera especial y tenía los párpados un poco caídos, como si le costara mantenerlos abiertos.

Le acaricié el labio inferior con el pulgar.

Se espabiló de golpe cuando saqué la mano de entre sus piernas, abandonando su calor. Sus fluidos brillaron.

Diana agrandó los ojos y entreabrió los labios, cuando hice desaparecer cada uno de mis dedos dentro de la boca.

Su sabor fue como una explosión que envió una fuerte descarga a mi miembro, tensándolo más de lo que ya estaba.

Para cuando terminé de lamer y chupar, Diana respiraba de nuevo con dificultad.

—Esto termina aquí —le dije y tuve que carraspear, para aclararme la voz—. No he venido preparado para…

Me quedé callado de golpe cuando Diana se separó de Atenea y se acercó a mí con decisión.

—Todavía no —susurró.

Apreté la mandíbula.

No esperaba el nuevo giro, pero no sería yo el que se quejara. Mi erección palpitó más que contenta, cuando Diana me desabrochó el pantalón y me bajó la cremallera, acariciándome con los nudillos al pasar por encima de mi miembro.

Dejé salir el aire despacio, cuando me bajó lo necesario el pantalón y bóxer. Dejó a la vista mi miembro duro y preparado para recibirla.

Diana se lamió los labios, observándome, y ese gesto estuvo a punto de hacerme perder el control como un adolescente novato.

Cuando buscó mi mirada, no me lo pensé.

—Avísanos si se acerca alguien —le pedí a Atenea, acariciándola.

Mi yegua relinchó varias veces y bajó y subió la cabeza, como si asintiera. Intenté no reír. Era la mejor.

Le di un beso, antes de separarme de ella.

Agarré de la mano a Diana y la llevé a la parte de atrás de la cuadra. No era muy grande, pero sí lo suficiente para que quedara un espacio libre por detrás de Atenea.

Diana se soltó de mi mano y me empujó suavemente del pecho. Toqué con la espalda la pared y me agarré el miembro, para deslizar la mano por él y sentir un poco de alivio.

Me notaba a punto de explotar.

—Ponte de rodillas —le pedí, con una voz irreconocible.

Me faltó muy poco para gemir de placer, cuando ella lo hizo al instante. Se puso de rodillas delante de mí y bajé la cabeza, para no perderme detalle.

Sus ojos no se apartaban del balanceo de mi mano, en mi miembro.

—No te imaginas cuántas veces he imaginado esto. A ti, con mi polla en la boca, llenándotela sin descanso, mientras tú la acoges toda.

Jadeó.

—Cada puñetera noche que me masturbaba, te imaginaba de muchas maneras —continué y tragó saliva—. Sabía que me escuchabas desde tu habitación, lo hacía a propósito para conseguirlo. Pero no debe ser nada nuevo para ti, porque tú hiciste lo mismo, para vengarte de mí.

—Sí —confesó.

—Me lo merecía y te aseguro que lo disfruté tanto como tú.

Se mordió el labio inferior.

—Abre la boca.

Cuando entreabrió los labios, deslicé el glande entre ellos, torturándome un poco más. Le humedecí los labios con las primeras gotas de mi placer y hacerlo y verlo me excitó hasta un límite totalmente inesperado.

—Mierda —susurré, cuando sacó la punta de la lengua.

Con ella recorrió toda la redondez y metió la punta en la hendidura, capturando lo máximo posible. Gemí y la agarré del pelo por detrás de la cabeza.

—¿Quién es Rosin para ti? —me preguntó.

—Roisin —la corregí.

—Rosin —repitió a su manera y apreté los labios.

Empujé un poco entre sus labios, pero retrocedí cuando quiso succionarme el glande.

—Es una conocida de años —le contesté a su duda—. Y la hermana de Finn, el hombre con el que has hablado para entrar aquí.

—¿Te acuestas con ella?

Tiré de su pelo. No le hice daño, pero utilicé la fuerza suficiente para sujetarla con firmeza, para que le quedaran claras mis siguientes palabras.

—No me acuesto con ella. No voy a negar que lo hice en el pasado, pero solo sucedió un par de veces, no más. Hace más de seis años que pasó y no me acuerdo de la fecha exacta.

Hice una pausa para, esta vez sí, meterle mi miembro dentro de la boca. Diana gimió. No me lo tomé con calma, llegué hasta lo más hondo, enterrándome todo lo que su boca me permitió.

Me quedé quieto para que se adaptara y se preparara para lo que venía, mientras mi cuerpo, más en tensión, no podía estar.

—No tengo nada con Roisin —le dije, con la voz tomada por el deseo—. Ni lo tendré nunca. Lo nuestro fue una aventurilla de verano, por aburrimiento, en una época en la que éramos jóvenes.

Me deslicé hacia atrás, disfrutando de la puñetera sensación de cómo resbalaba con su saliva.

—No pienso en Roisin de ninguna manera. Ni sucederá nunca.

Apreté la mandíbula, al embestirla hasta el fondo. Diana volvió a gemir y me agarró de las caderas.

Mi respiración se fue a la mierda cuando comenzó a moverse ella, dejándome pegado el trasero a la pared. Le permití que llevara el control por un rato, porque no tardaría en recuperarlo yo.

—Si la llevé a la casa —hablé con la voz entrecortada, por el placer que me provocaba—, fue precisamente para alejarte de mí. Mierda… —Bufé, agarrándola con más fuerza del pelo—. Así. Bien. —Jadeé y cerré los ojos por unos segundos.

Volví a abrirlos, para verla en acción. Me sentía al límite y ver cómo hacía desaparecer mi miembro en su boca, cómo lo acogía con ansias y fuerza, aumentando cada vez más el ritmo…

—Puedes castigarme así todas las veces que quieras —dije con un gemido.

—Tú no quieres nada, pero ella lo quiere todo —habló en un momento en el que liberó su boca.

No tardó mucho en tenerla de nuevo llena, haciéndome tensar. Apreté la espalda contra la pared.

—Me importa una mierda lo que ella quiera o piense. Desde nuestra última vez no le he dado motivos para… Oh, joder…

Gemí y no pude soportarlo más. Tomé el control del todo, para embestirle la boca como si fuera otra parte de su cuerpo.

Me volví loco, pero Diana aguantó y me pidió más con la mirada. No dejamos de mirarnos en ningún momento y cuando el orgasmo me asaltó de golpe, solté un quejido de placer al descargarme en su boca.

Diana no hizo el intento de moverse. Todo lo contrario. Me sujetó con más fuerza de las caderas, para que no me apartara de ella, y recibió todo mi placer.

Al cabo de unos segundos, cuando todo terminó, me deslicé hacia atrás y recogí los restos de la comisura de sus labios.

—¿Mateo? ¿Diana?

Diana agrandó los ojos y soltó un jadeo, al escuchar a mi madre.

—Mierda.

La agarré de los brazos y la ayudé a levantarse. Comenzamos a arreglarnos rápido, al no quedarnos mucho tiempo, mientras Atenea relinchaba sin parar, haciendo estupendamente el trabajo que le había encargado.

Estábamos colocándonos bien la ropa, cuando soltamos un suspiro de alivio al escuchar a Leo.

—Eh. Amber. Liam —llamó a mis padres.

—Oh. ¿Has visto a Mateo y a Diana? Ella ha venido aquí hace un rato, muy preocupada y afectada por la caída de nuestro hijo. Se ha quedado blanca al verlo caer y en el suelo —explicó mi madre.

Miré fijamente a los ojos a Diana. Sus mejillas se cubrieron de un rubor precioso.

Di un paso hacia ella y la agarré de la nuca. La acerqué a mí.

—Te has preocupado mucho —le dije en tono bajo.

—Un poquito —susurró.

Sonreí de medio lado.

—Sí, Diana ha venido —les confirmó Leo—. Pero se ha ido con Mateo hace unos minutos.

—Ah, pensábamos que estarían aquí —comentó mi madre.

—Ya te he dicho que los dejáramos tranquilos y a su aire —habló mi padre.

Le acaricié la nuca a Diana y me incliné hacia ella, para atrapar su labio inferior con los dientes. Soltó un suspiro entrecortado.

—Vamos a la grada, seguro que aparecen en cualquier momento —le pidió mi padre a mi madre.

—Atenea parecía nerviosa —dijo mi madre—. La hemos escuchado relinchar.

—Tranquila, yo me encargo. Eso es que se ha puesto celosa porque Mateo ha estado poco tiempo con ella y se ha ido con Diana —habló con diversión Leo.

Mi madre rio cuando escuchó de nuevo relinchar a Atenea. Diana y yo apretamos los labios, conteniendo la risa.

Los escuchamos alejarse, mientras hablaban los tres.

De nuevo solos, le di un beso a Diana, antes de que continuáramos arreglándonos la ropa.

Yo terminé primero y fui a felicitar a Atenea. Recibió mi muestra de cariño dándome el suyo.

—¿Y ahora qué? —me preguntó Diana.

Se puso a nuestro lado, sonriéndole a mi yegua.

—Ahora salimos como si nada hubiera pasado. Como si estuviéramos como siempre —le contesté, con un guiño.

—Vale —susurró.

Nos despedimos de Atenea, yo hasta un rato más tarde porque vendría a darle su sesión de cuidados y mimos, como siempre hacía. Sin importar que hubiera corrido una carrera o no.

Cada semana, sin importar lo complicada que la tuviera, encontraba varios huecos para hacerle una visita a mi yegua. Nos encantaba pasar tiempo juntos y a Atenea le cambiaba el ánimo cada vez que me veía.

En las ocasiones en las que yo viajaba, cuando regresaba, la información que me daba el chico que tenía contratado para que la cuidara a diario, era negativa. Atenea no llevaba bien que estuviéramos más de una semana sin vernos, entraba en un estado de tristeza.

Capítulo 33



Diana

Eran las once y media de la mañana. En breve Aven aparecería para avisarme de que dentro de poco la comida estaría en la mesa.

Ya estaba más que acostumbrada al cambio de horarios en las comidas, a las rutinas de este país, de manera que estaba preparada para disfrutar comiendo.

Aunque antes hablaría con mi jefe. Estaba esperando a que iniciara una videollamada, como quedamos por mensaje unas dos horas atrás.

La mañana había sido muy productiva. Me había cundido mucho y había podido adelantar.

Desde mi encuentro con Mateo en la cuadra de su yegua Atenea, me sentía revitalizada, con mucha energía y muy centrada.

No me había afectado que, desde ese mismo día, después de comer con sus padres, con Aven y con Blaine aquí, en la casa, no había vuelto a verlo.

Celebramos su victoria, pero se despidió de todos sobre las cuatro de la tarde. Mateo trabajaba en la empresa de su padre y por lo visto, tuvo que ir para encargarse de varias reuniones.

Desde entonces, lo único que sabía de él era lo que me dijo Aven la noche anterior, minutos antes de cenar los tres juntos. Ella, Blaine y yo.

Cuando le pregunté por qué no ponía un cubierto para Mateo, Aven me contó que él la llamó para decirle que se quedaba en su casa de Dublín, ya que hoy debía madrugar mucho para ir a la empresa de uno de sus clientes más importantes. Iba a hacerle una visita y a cerrar varias negociaciones, por lo que tenía el día completito.

En ningún momento me había preocupado de que estuviera huyendo de mí, otra vez. Desde que nos despedimos de Atenea en la cuadra y durante todo el tiempo siguiente, hasta que se fue a trabajar un buen rato después de comer, Mateo se portó conmigo genial.

Hasta captó la atención de sus padres, de Aven y de Blaine. De estos últimos en la casa.

Al principio pensé que se mantendría más alejado y distante, por lo que me dijo de actuar como siempre entre nosotros. No les hubiéramos dado motivos a los demás para pensar algo que no era, ya que Mateo simplemente estuvo amable conmigo. Nada más.

No tuvimos ningún roce involuntario y nuestras miradas no conectaron más veces de lo normal, mientras comíamos. Para esto último tuve que esforzarme. Y ni mucho menos Mateo dio a ver una muestra de cariño hacia mí, en el sentido de una caricia o un beso rápido. Incluso con uno en la mejilla habría bastado, sentados a la mesa con su familia.

Me dio la sensación de que para Mateo lo que sucedió en la cuadra fue el cierre de una etapa tensa, para abrir otra cordial y relajada. Hasta que yo me fuera de esta casa y de Irlanda.

Cerré los ojos, mientras, de nuevo, me tragaba el dolorcillo que me provocaba que para Mateo no significara tanto como para mí, lo que hicimos en la cuadra.

Pero no pasaba nada. Intimamos, pero no iba a terminarse el mundo por eso. Saciada nuestra necesidad acumulada, la postura que él había tomado con respecto a mí y a lo que sucedió entre nosotros, era la más acertada.

Yo debía pensar de la misma manera, aunque me había dado tiempo a muy poquito.

El sonido de la videollamada me sacó de mis pensamientos, lo que fue muy bueno. Necesitaba olvidarme de ciertas cosas, para enfocarme en las importantes.

Descolgué la videollamada de mi jefe, con una gran sonrisa.

Su imagen apareció en la pantalla, en el despacho de su casa. Reconocí rápido el lugar porque había estado ahí muchas veces.

Yo también estaba en el despacho, el de mi media propiedad.

—Buenos días, Alfonso —lo saludé alegre.

—Buenos días, Diana —me correspondió—. ¿Cómo te trata Irlanda? Por tu sonrisa, creo que fatal. Lo que quiere decir que estás pidiéndome a gritos silenciosos que vaya a tu rescate. Se te ve muy triste.

Solté una carcajada.

—Siento decirte que Irlanda me trata genial, jefe. He conocido a personas maravillosas y me he reencontrado con otras que son muy importantes para mí. Estoy planteándome seriamente vender mi piso y venirme aquí.

—Eso no lo digas ni en broma, que entonces sí que cojo ahora mismo un vuelo y te traigo a rastras. Si es necesario.

Solté otra carcajada.

—Voy a hablar con tu madre —dijo con diversión, a modo de amenaza.

—Ni se te ocurra —hablé entre risas—. Si haces eso me habrás perdido para siempre, porque con lo pesada que se pone mi madre para ciertos temas…

—De acuerdo. Pues solo tienes que prometerme que en la fecha que hablamos regresarás.

—Me echas mucho de menos, jefe —le dije con diversión.

—Eso es porque muchas veces eres como un grano en el culo y claro, cuando no estás, la calma asusta. Estoy acojonado.

Reímos con ganas.

—¿Grano en el culo? ¡Me has ofendido, jefe! —exclamé.

—Lo que yo diga. Y no te pilla muy de sorpresa porque sabes que no he dicho ninguna mentira —sonrió de medio lado—. ¿Qué hacías?

—Estaba terminando de trabajar. En unos minutos toca comer.

—Joder. Es verdad. No me acuerdo nunca del horario que llevas ahora.

Negó con la cabeza.

—No pasa nada. ¿Dónde está el problema? Si me llamas y estoy comiendo o cenando, pues me haces compañía. O en cualquier otro momento del día —le dije con un guiño—. ¿Cómo va todo por ahí?

—Como siempre, lo único que estás perdiéndote es mucho trabajo.

Reímos.

—Te recuerdo que algo de trabajo hago aquí —hablé con diversión.

—Y yo te recuerdo a ti que, si no vives la presión en la oficina, las veces que se abre la puerta de tu despacho y estás a punto de mandarlo todo a la mierda, las constantes llamadas que te frenan y no te dejan avanzar, y las veces que te llamo para que vengas a mi despacho, según tú, la mayoría de las veces para nada… Si no continúas con esa rutina, tú no trabajas; vives en unas vacaciones muy largas.

Solté una carcajada.

Ambos sabíamos que era muy cierto lo que había dicho, en el sentido de vivir la experiencia real de trabajo. Porque trabajar aquí, claro que estaba trabajando, pero muy relajada, con las únicas interrupciones de Aven cuando me traía un café, o las que hacía yo.

—Si lo que quieres es que vuelva, te aconsejo que no me des esos ánimos.

—Vale. Me callo.

Sonreí, mientras apagaba el ordenador.

Por la hora que era, no continuaría trabajando hasta después de la comida. Me quedaba muy poco para terminar con lo que había estado liada toda la mañana, pero no quería hacer esperar a Aven y a Blaine.

Después, cuando diera por finalizado el día de trabajo, subiría a mi habitación para echarme una siesta porque ni Irlanda, ni ningún otro país, iba a quitarme esa costumbre, siempre que pudiera.

—Alfonso, quería pedirte un favor.

—¿Sucede algo?

Frunció ligeramente el ceño.

—No es nada grave y tampoco es sobre mí. Quiero hablarte de mi amiga Noelia.

—Ah. ¿Qué le pasa?

—Ha dejado el trabajo porque su exjefe es de lo peor que puedes encontrarte. —Bufé—. Bastante ha aguantado, mientras todos le decíamos que se fuera. No sé, te lo dejo caer.

Le hice un guiño.

—Como si nada, ¿no?

Apreté los labios y asentí. Terminamos riéndonos.

—Dame su número de teléfono y la llamaré personalmente.

—Eres el mejor —sonreí—. Ya lo tienes —le dije, después de enviarle el número de teléfono de Noelia—. Puedes llamarla cuando quieras, pero estaría genial que quedarais para que comenzara para septiembre. Tú no tienes prisa para que se incorpore y ella agradecerá unas vacaciones, después de los meses intensos que lleva.

—¿Algo más, señorita?

Reí.

—Por ahora no, jefe —le contesté con un guiño.

—¿Diana?

Miré hacia la puerta, donde se paró Aven para llamarme.

—La comida ya está —me avisó.

—Enseguida voy —le sonreí.

—Estupendo. Voy a llamar a Blaine.

Asentí y se fue a buscar a su marido. Me tenían enamorada ambos.

Todos los que me querían tenían mucha paz porque las personas que me rodeaban mejores no podían ser.

No quería ni pensar en lo que me iba a costar irme cuando se cumpliera el mes de estar en esta casa. Cuando pensaba en cómo corrían los días, me entraba de todo por el cuerpo, pero, por otro lado, quería reencontrarme con mi familia y mis amigas.

Tenía muchísimas ganas de verlos y, por suerte, faltaban horas para que mi hermano, Noelia y Sofi aterrizaran en Dublín. Llegaban al día siguiente.

Las tres habíamos estado esperando a que Alan nos confirmara los días que podía tomarse libres, y una vez lo supo, compraron rápido los billetes de avión.

—Tengo que dejarte, jefe.

—Sí. Tranquila. Y cuenta con lo que hemos hablado. Que aproveche.

—Muchas gracias, Alfonso. Igualmente, cuando te toque comer. Te echo mucho de menos.

—Y yo a ti, Diana. Todas mis amenazas hacia Irlanda y los irlandeses van muy en serio.

Solté una carcajada y se unió a mis risas.

Nos despedimos definitivamente, por hoy, y me levanté de la silla para ir a la cocina.

Desde el principio le dije a Aven que era un sitio ideal para comer y cenar, ya que el primer día que llegué quiso preparar el comedor para cenar.

Una cosa era que hubiera más personas, pero para nosotros tres la cocina era un lugar estupendo para estar. Era muy espaciosa y a la mesa podían sentarse muchas personas.

Lo veía más íntimo, más del día a día en familia.

—Justo a tiempo —me dijo Blaine, con un guiño.

Él iba caminando hacia la mesa, con tres botellines de cerveza en las manos. Dejó dos en el centro de la mesa y del otro bebió.

Yo hice lo mismo, le di un trago a la mía en cuanto ocupé la silla.

Capítulo 34



En cuanto tuve puesto el pijama de pantalón corto y de camiseta de manga corta, después de darme una ducha, salí de la habitación para ir a la cocina, a ayudar a Aven con la cena.

La casa, como era habitual, estaba en silencio.

Ni siquiera viviendo sola en mi piso había tanto. Si no era un vecino, era otro el que hacía algo de ruido. Lo normal del día a día.

Y teniendo a mi amiga Noelia pared con pared, no me aburría nunca. En absoluto. Ni ella tampoco.

Bajé la escalera y una vez estuve en la planta principal, me dirigí a la cocina.

—¿Aven?

Me encontré la cocina vacía y sin rastro de ollas ni de comida por la encimera que indicara que esta noche se cenaba en esta casa.

Extrañada, di una vuelta sobre mí misma, observando todo el espacio de la cocina. Pequeño no era.

Las puertas de la despensa y el lavadero estaban abiertas y se veía que no había nadie dentro.

—Diana.

—Ay, joder —alcé la voz, por el susto que me llevé.

Me giré hacia la puerta, donde me encontré con Blaine y al mirarnos, soltamos una carcajada por mi reacción.

—Perdona. No pretendía asustarte.

—No pasa nada. —Negué con la cabeza—. Si es que con el silencio que hay y la cocina vacía a estas horas, con lo raro que es que Aven no esté liada aquí, ya empezaba a imaginar cosas malas.

—¿Malas? —me preguntó con diversión.

—De terror y esas cosas.

Agrandó un poco los ojos, pero acabamos de nuevo riéndonos.

—Bendita imaginación —sonrió.

—¿Dónde está Aven?

—Terminando de ducharse —me contestó.

—¿Le pasa algo? ¿Se encuentra mal?

—Está estupendamente, pero esta noche le he dado fiesta.

—¿Y eso? —le pregunté sonriendo.

—He pedido a un restaurante la cena para los tres. El repartidor debe estar a punto de traerla —me dijo, mirando la hora en su reloj de pulsera.

—Oh, qué bonito detalle. Me encanta.

—Y como estoy con las sorpresas, para ti tengo otra.

—¿Cuál? —quise saber, emocionada.

—Todavía es pronto —rio.

Hice un puchero, pero no me sirvió de nada. Blaine lo ignoró.

Lo salvó el timbre. Sonó y lo acompañé hasta la puerta principal de la casa. Blaine salió para ir hacia la verja de la propiedad, para encontrarse con el repartidor. Yo esperé a que regresara, apoyándome en el marco de la puerta.

No iba vestida para la temperatura que hacía. Ya había refrescado, por lo que ir en pijama de verano no era el mejor plan. Aun así, aguanté sin entrar en la casa, disfrutando lo que pude de la sensación.

Donde vivía, a esta hora todavía hacía calor.

Blaine apareció por el camino cargando con dos bolsas y fuimos directamente a la cocina. Allí nos encontramos con Aven, que sonrió de oreja a oreja al vernos.

—Hola —la saludé, con un beso en la mejilla.

—Hola —me correspondió—. Vamos a ver qué hay por aquí.

Se acercó a las bolsas.

—De eso nada —dijo Blaine, haciendo de barrera—. Os quiero fuera. Yo me encargo de todo.

—¿Qué le has hecho hoy, Evan? —le pregunté con diversión.

—¿Yo? Nada.

Reímos.

—Ah, entonces es lo que espera que hagas. —Le hice un guiño.

Le rodeé la cintura, sonriendo, mientras ella se quejaba sonrojada. Blaine se quedó en la cocina y nosotras nos fuimos a la sala de estar, por la que se accedía al jardín.

Al entrar, me dirigí hacia una de las ventanas y observé cuando los aspersores se activaron.

—¿Has pensado lo que harás cuando termine el plazo de estar aquí? —me preguntó Aven.

—¿Con la casa?

La miré de reojo.

—Sí, y con todo lo demás.

Se giró hacia mí.

—No sé a qué te refieres con todo lo demás.

Dirigí de nuevo la vista al jardín.

—Y sinceramente no sé qué haré con la casa —suspiré—. No me he parado a pensar mucho en ello, Aven. Al principio me centré en venir aquí y ahora lo que quiero es llegar a la meta, al último día para finalizar el mes viviendo con Mateo. Así lo quiso Deirdre.

—¿Y tú qué quieres?

Me volví hacia ella y me apoyé de lado en el marco de la ventana.

—No lo sé —le contesté con sinceridad—. Me siento dividida.

—¿Y eso?

—Porque, por un lado, me gustaría desprenderme de esta casa, solo para que fuera de Mateo, ya que debe conservar de aquí muchos recuerdos de su abuela. Pero, por otro lado, me gusta tener algo que perteneció a Deirdre. Es como si la sintiera más cerca. Y también está lo de que me tuvo en cuenta, que se acordó de mí para algo tan importante.

—Porque para ella eras importante, Diana —me dijo con mucho cariño.

—Lo sé.

Cogí una bocanada de aire y cerré los ojos.

—De manera que no tengo ni idea de lo que haré con el tema de la casa. Lo único que tengo claro es que cuando se cumpla el mes regresaré a España, a mi piso. Con mi familia y amigos.

—¿Y los sentimientos?

—¿Cómo? —La miré con sorpresa.

—Os he visto a Mateo y a ti, desde el principio.

—No sé a dónde quieres llegar porque, si como dices nos has visto bien desde el principio, no es que nos lleváramos muy bien. De cómo nos mostrábamos, a lo que era en realidad…

Hice una mueca.

—Conozco a Mateo desde que nació, Diana, y sé muy bien cómo es. Lo que quiere decir que conozco cómo reacciona cuando se encapricha de algo, cuando le gusta, o cuando lo quiere.

—No sé…

—Solo te pido que lo incluyas en tu lista de cosas a tener en cuenta en Irlanda.

—Mateo y yo hemos firmado la paz hace poquito —carraspeé.

—Lo sé —sonrió de medio lado.

—¿Te lo ha dicho él?

—No. Pero a observadora no me gana nadie —me dijo con un guiño.

—Ya veo. Eres un peligro, Aven.

Reímos.

—Siento interrumpir un momento tan bonito, pero es la hora de comer —dijo Blaine, desde la puerta de la sala.

Ambas sonreímos y caminamos hacia él.

—Cuidado con tu mujer, Blaine —le advertí, con un punto de diversión en la voz—. No se le escapa ni una.

—A mí me lo vas a decir… —dijo de forma graciosa.

Él y yo soltamos una carcajada, mientras Aven amenazaba a su marido. Todo en broma.

Cuando llegamos a la cocina me encantó ver cómo había preparado la mesa para la cena. Había encendido hasta velas.

Les habría dicho que cenaría en mi habitación o más tarde, ya que no quería estropearles el momento romántico, pero no hizo falta porque la mesa estaba montada únicamente para dos personas.

—No te estoy echando —me dijo Blaine—. Ya lo había hablado con Aven.

—¿El qué? —le pregunté.

—No me has dicho que te lo prepare, pero he querido hacerlo por mi cuenta, porque esta noche hay una lluvia de estrellas y podrás ver fugaces.

—Me encanta —dije con ilusión.

—Lo imaginaba, por eso tu cena está arriba, en la terraza. Si me permites acompañarte.

—Oh, Blaine.

Lo abracé con fuerza y él me correspondió de la misma manera, rodándome con sus brazos protectores. Aven nos miraba emocionada.

—¿Por qué no venís cuando terminéis de cenar? —les pregunté—. Aunque sea un ratito.

—Ya veremos —me dijo Blaine, con un guiño.

No les insistí porque entendía que, con todos los detalles románticos que había tenido Blaine, sería muy normal que, según fuera la cena, quisieran continuar la noche en la intimidad de su habitación.

—Os acompaño —dijo Aven.

Salimos de la cocina y fuimos hacia la escalera. Yo estaba nerviosa por llegar cuanto antes a la terraza, para ver lo que me había preparado Blaine.

Pero antes pasamos un momento por mi habitación. De ella cogí una chaqueta de chándal, antes de dirigirnos hacia la escalera de la terraza.

Cuando pude ver lo que Blaine me había preparado, me quedé impresionada, con la mano en la boca.

Me entraron ganas de llorar al ver una manta en el suelo y encima de ella un nórdico estirado, para que al sentarme no lo sintiera tan duro. Había otro nórdico doblado a un lado, para cubrirse del fresco. Y cojines repartidos.

Colocadas en el centro había dos bandejas con platos de diferentes tamaños y cuencos, con la comida tapada. Y una botella de vino dentro de una cubitera.

Alrededor de la manta y el nórdico extendido había velas encendidas. Eran aromáticas y olían de maravilla. El olor no se perdía rápido al estar al aire libre. Las llamas de las velas eran la única iluminación, junto con los puntos de las luces de emergencia, que había. Pero estos últimos eran muy tenues.

—Blaine… —susurré.

—¿Te gusta?

Me giré hacia él y lo abracé de nuevo.

—Es increíble. No podría ser mejor —murmuré—. Muchísimas gracias. Nunca voy a olvidar esta noche y lo que has hecho por mí. Todas las molestias que te has tomado para darme esta sorpresa.

—Lo he hecho con mucho gusto, Diana —me sonrió con cariño, cuando nos separamos.

Reí, retirándome una lágrima de la mejilla.

—Jolín. No me hagáis más esto.

Bufé, haciéndolos reír.

—Disfrútalo —me pidió Aven, acariciándome la mejilla—. Según han informado, la lluvia de estrellas se espera en una hora y media o dos. Te da tiempo a cenar tranquila o, si lo prefieres, puedes hacer tiempo tomando vino y así cenar viendo el espectáculo.

—Déjala que lo haga como quiera —le pidió Blaine.

—Solo estoy comentándole varias opciones —sonrió Aven.

—Por ahora voy a llenarme la copa de vino y a disfrutar de la noche bien tapada.

Reí, mientras me ponía la chaqueta del chándal.

Se fueron deseándome una noche mágica y yo estaba segurísima de que lo sería. Fui casi corriendo a sentarme sobre el nórdico. Entre él y la manta no sentí el frío del suelo.

Cogí el otro nórdico y después de estirarlo, me cubrí las piernas con él.

Busqué la copa, para comenzar por el vino, y ahí fue cuando me llevé otra pequeña sorpresa que pasó enseguida a dejarme conteniendo la respiración por unos segundos.

Había dos copas y mientras las miraba, preguntándome si Blaine había pensado en todo, por si una se me rompía, la puerta de la terraza se abrió y Mateo apareció.

—¿Aceptas compañía? —me preguntó.

—Sí —contesté en un susurro.

Estaba impresionante. Pude verlo con claridad por la luz que salía del interior de la casa.

Llevaba lo que suponía que era un pijama. El pantalón era largo y la camiseta de manga corta. En vez de parecer preparado para irse a su habitación a dormir, bien podía salir a la calle y pasearse por la Naas.

Estaba descalzo y tenía el pelo alborotado, como se le quedaba cada vez que se duchaba y no se preocupaba en arreglárselo.

Caminó despacio hacia mí, sin apartar la mirada de la mía. Su olor me llegó rápido. El perfume que utilizaba debería estar prohibido porque, mezclado con él, era una perdición.

Capítulo 35



—¿Todo esto ha sido cosa tuya? —le pregunté, cuando conseguí reponerme.

—Me gustaría llevarme el mérito, pero lo único que he hecho ha sido llamar a Blaine antes de salir de mi casa de Dublín, para decirle que en un rato estaría aquí y que esta noche había lluvia de estrellas. Todo lo que ves es obra de Blaine.

Cuando llegó junto al nórdico, lo pisó y se agachó, para levantar con el que me tapaba.

Se sentó a mi lado y nos tapó bien las piernas. Después se acercó demasiado a mí, cuando se inclinó por delante para coger la botella de vino.

Yo, para entretenerme y controlar los nervios, porque se me habían disparado, agarré las copas y las apoyé en el nórdico.

—Merecerá la pena —dijo, mientras descorchaba la botella.

—Claro. Tiene que impresionar.

Miré hacia el cielo para ver la misma cantidad de estrellas que la primera vez que vine a la terraza, de noche.

—Si la imagen ya es preciosa, dentro de un rato será impactante —continué.

—No te imaginas cuánto.

El cambio en su voz y la manera en la que lo dijo, me hicieron buscar su mirada. Me arrepentí al instante, porque la intensidad de su mirada me hizo estremecer.

Mateo cogió una copa y se la llevó a los labios. Yo hice lo mismo, para refrescarme. De repente sentía mucho calor, a pesar de dónde estábamos y de la temperatura que hacía.

—¿Has llegado hace mucho? —le pregunté, para romper la tensión que tiraba de nosotros.

—Un poco más de media hora. Me he dado una ducha sin prisa y he esperado a escucharte con Blaine y Aven.

Arqueé una ceja.

—Cuando he llegado, Blaine me ha dicho que lo hiciera así y que después subiera a la terraza. No he hecho preguntas, solo le he obedecido.

Sonrió de medio lado.

—Ya… —carraspeé—. ¿Esta noche es una excepción?

—¿Qué quieres decir?

Bebió otro sorbo de vino.

—Me refiero a si, después de esta noche, las demás las pasarás en tu casa de Dublín. No tienes que verte forzado para quedarte aquí, Blaine y Aven no dirán nada. Por si Agustín pregunta. Aunque no creo que llegue hasta ese punto. Desde que llegué no ha vuelto a venir.

—Yo hablo bastante con él, pero de negocios.

—Yo también. Nos llamamos —le confirmé, sonriendo—, pero nunca me pregunta sobre cómo va la convivencia.

Asintió.

—A mí tampoco y no creo que lo haga. Ya se ha salido con la suya, ya me entiendes.

—Sí.

Negué con la cabeza.

—En menudo lío nos ha metido.

Sonreí y me sorprendió que él también sonriera, por el significado de mis palabras.

—Mi abuela. Agustín solo cumplió con su deseo.

—Sí. ¿Cómo se le ocurriría esto? —pregunté pensativa.

—A saber.

Se encogió de hombros.

—¿Comemos antes de la lluvia de estrellas? Blaine ha pensado en todo —comenté.

Mateo dejó su copa en una de las bandejas y mis pulsaciones se aceleraron cuando me quitó la mía de la mano. La colocó junto a la suya.

Se giró un poco hacia mí, inclinándose, por lo que nuestras miradas se encontraron mucho más cerca.

—Y si te digo que esa comida puede esperar, ¿qué te parecería?

—Esperar para qué.

Me humedecí los labios.

Los ojos de Mateo bajaron hasta mi boca, para seguir el recorrido de la punta de mi lengua.

Cuando buscó mi mirada de nuevo la suya era puro fuego y anhelo.

—Qué te parece para esto.

Me agarró de la nuca y tiró de mí hacia él. Nuestros labios chocaron y se unieron en un beso ardiente y húmedo, lleno de necesidad y ansiedad por querer recuperar el tiempo perdido.

Nos separamos con los pechos subiendo y bajando a un ritmo desacompasado, al igual que teníamos las respiraciones.

—Dime que no has podido olvidar lo que pasó en la cuadra de Atenea —me pidió con la voz ronca.

Su agarre en mi nuca se hizo más firme.

—No he podido olvidarlo, y tampoco que me quedé con ganas de más.

—¿Cuánto más?

Me mordisqueó los labios y cerré los ojos, agarrándome con una mano a la camiseta de su pijama.

—De llegar hasta el final.

Mateo soltó una especie de gruñido, antes de apoderarse de nuevo de mi boca y mi lengua.

Sin cortar el contacto, me moví, hasta que me quedé sentada a horcajadas sobre sus piernas.

El beso continuó, sin que ninguno de los dos quisiéramos cortarlo, hasta que no nos quedó más remedio para poder respirar.

Mateo cogió varios cojines y los pegó a la pared de la terraza, para luego apoyar la espalda en ellos. Me llevó con él en el movimiento y yo me acomodé sobre él.

—Esta vez no vamos a parar.

No pareció su voz y me excitó más. Por eso y por varias cosas más, como, por ejemplo, que noté la dureza de su miembro erecto entre nosotros y porque sacó varios sobrecitos de condones.

Me mordí el labio inferior y le rodeé el cuello con los brazos.

—Lo dejamos pendiente —susurré sobre sus labios.

Me agarró de la mandíbula y me empujó un poco, separándome de él para mirarme bien a la cara.

—¿Piensas que esto es porque no pudimos hacerlo en la cuadra? —me preguntó, serio—. Que solo busco follar porque no pude hacerlo aquel día.

Su mano hizo más presión en mi mandíbula, pero no me hizo daño. Todo lo contrario, porque el control que ejerció me excitó más.

—¿No es así? —quise saber, susurrando.

—Sí, quiero follar.

Jadeé, cuando elevó la cadera y su erección se clavó en el punto exacto entre mis piernas.

—Ahora. Más tarde. Mañana… ¿Sigo?

—¿Qué…? ¿Qué quieres decir? —le pregunté con precaución.

—Quiero descubrirte entrando dentro de ti. Claro que quiero el sexo contigo, estaría loco si no fuera así. Pero no voy a conformarme con solo esta vez.

—Mateo… —susurré, sorprendida.

Era exactamente lo que yo deseaba, pero no había pensado siquiera en la posibilidad de que él sintiera y quisiera lo mismo. Que fuéramos en la misma dirección en esto, porque significaba demasiado.

—Esta noche no es una excepción. Y eso incluye pasarla aquí, en esta casa. No te he respondido antes, pero no tengo intención de dormir en mi casa de Dublín hasta dentro de un tiempo. Anoche me quedé porque estaba agotado. Salí del trabajo muy tarde y hoy debía madrugar mucho. Era lo más cómodo y fácil. Si hubiera venido hasta aquí, no habría descansado nada.

Asentí.

—¿Quieres lo mismo que yo o es una locura que he interpretado? —me preguntó.

No pude responderle. El nudo que tenía en la garganta me lo impidió.

Hice algo mucho mejor bajo el cielo estrellado que quedaría para siempre grabado en mi memoria. Y sería uno de los recuerdos más perfectos y bonitos que atesoraría, pasara lo que pasara entre Mateo y yo.

Con el cambio de posición, el nórdico solo me tapaba a mí, ya que yo cubría con el cuerpo a Mateo. Me moví hacia un lado, apartándome de sus piernas.

Mateo me observó con atención, sin perderse nada de lo que hacía. Su mirada se oscureció, lo noté incluso con la poca iluminación que había.

Protegida por el nórdico, sin importarme la incomodidad de no poderme mover bien, me quité rápido el pantalón del pijama y la braga. Me quedé desnuda de cintura para abajo y volví a sentarme a horcajadas sobre sus piernas.

Por lo sensible que estaba, el roce sin capas de ropa me hizo estremecer.

Mateo se mantuvo quieto, dejándome hacer a mí. Hice lo que ambos necesitábamos para avanzar.

Le agarré la cinturilla elástica del pantalón y tiré de ella hacia abajo. Mateo levantó el trasero, para facilitarme el poder bajárselo lo suficiente.

No llevaba un bóxer, por lo que fue muy fácil liberarle el miembro.

Al verlo tan duro y tenso, se lo rodeé con una mano, provocando que su cuerpo se tensara.

—Dame el condón —le pedí, con la voz tomada por el deseo.

Mateo rompió el envoltorio y me lo dio rápido. De la misma manera que yo se lo coloqué, desde la punta a la base.

Le robé varios jadeos, a propósito, y cuando terminé, me incorporé sobre las rodillas y lo guie con la mano. Deslicé la punta por todo mi sexo, mojándola con mis fluidos, preparándola para que me llenara sin dificultad.

Aunque no encontraría ninguna barrera, por lo excitada que estaba.

Jadeamos al unísono, cuando posicioné el glande en mi entrada y me dejé caer, introduciéndomelo.

Mateo me agarró de las nalgas desnudas, con fuerza, pero tiró hacia abajo. Continuó cediéndome el control, para que lo hiciera a mis tiempos y según mis necesidades.

Poco a poco, centímetro a centímetro, lo hice desaparecer dentro de mí. Hasta que mi trasero se sentó sobre sus ingles y su miembro se quedó dentro de mí, hasta lo más hondo.

Después de varios jadeos me pidió que lo follara y fue exactamente lo que hice. Me volví loca subiendo y bajando por su miembro, introduciéndolo en mi interior con fuerza y profundidad, con la necesidad de querer más conforme aumentaba la velocidad.

La noche estrellada se llenó del sonido de nuestros sexos chocando, una y otra vez, y de nuestras respiraciones hechas un caos y nuestros gemidos de placer.

Me corrí en cuanto sus dedos me apresaron el clítoris. Un poco de presión, de fricción y otras pocas caricias sobre ese botón de placer, mientras yo no aflojaba el movimiento de mi cuerpo sobre su miembro, y me lanzó al precipicio por el que caí gritando su nombre.

En ese momento no me preocupó si Blaine y Aven me escuchaban, porque alguien más era imposible. Los vecinos más próximos se encontraban a varios kilómetros de nosotros.

La vergüenza me entraría al día siguiente, si los miraba a las caras y distinguía algo que me indicara que sabían lo bien que me había ido la noche. Aunque con gritos o sin ellos, sin jadeos y gemidos, o con ellos, el matrimonio debía saber ya que algo estaba sucediendo entre Mateo y yo.

Cuando todavía no me había repuesto, Mateo me movió para dejarme tumbada bocarriba sobre el nórdico y sin salir de mi interior, subió una de mis piernas a su cintura y comenzó a embestirme con fuerza.

Me quedé sin respiración, por la intensidad con la que lo hizo. Y yo pensando que lo había llevado al límite…

El ritmo de locura que tomó me tuvo enseguida jadeando de nuevo. Y cuando me pidió que me tocara el clítoris mientras me follaba, para acelerarlo todo, ya que él estaba al límite y quería correrse conmigo, lo hice de manera desesperada para precipitarme otra vez por el máximo placer.

Lo hicimos al mismo tiempo, con gemidos, pequeños gritos amortiguados y gruñidos.

—¿Cómo estás? —me preguntó, hablando entrecortadamente.

Todavía no habíamos recuperado la respiración.

—Genial —susurré.

Le acaricié la mandíbula.

—No podría estar mejor.

Sonreí como una tonta cuando me dio un beso en la punta de la nariz.

Lamenté que perdiéramos el contacto, cuando se apartó y salió de mi interior. Yo recuperé mi braga y mi pantalón corto de pijama, mientras él se quitaba la protección y le hacía un nudo, para dejar el condón a un lado, en el suelo de la terraza.

Una vez bien vestidos y todavía recomponiéndonos, cogimos las copas y brindamos por una noche mágica que solo acababa de comenzar.

Devoramos toda la comida que descubrimos al destapar los platos y los cuencos. En cuanto vimos lo que Blaine había preparado para nosotros, se nos abrió el apetito y no paramos hasta dejarlo todo vacío.

El vino también nos lo bebimos. Dos botellas, para ser más exacta, ya que Mateo bajó a por otra antes de que comenzara la lluvia de estrellas.

Fue un espectáculo verlo en directo y por cada estrella fugaz que vi, pedí un deseo.

Un deseo pensando en mis padres, y otros para mi hermano y cada una de mis amigas. Como también incluí a mi jefe. Y para mí pedí varios, así como pedí alguno en el que Mateo y yo éramos los protagonistas.

Capítulo 36



Comencé a dar manotazos hacia la mesita de noche, queriendo darle un golpe a lo que me…

Al escuchar una risilla, abrí los ojos de golpe.

Por un instante me costó ubicarme. Me desperté tan de repente que tardé en darme cuenta de dónde me encontraba y qué…

Jadeé por la lengua traviesa que me lamía el clítoris.

Levanté la colcha y la sábana, y entonces vi al culpable de mi despertar. No la alarma que puse anoche cuando me metí en la cama, para levantarme con tiempo para no ir con prisas al aeropuerto a recoger a mis amigas y a mi hermano.

Blaine iba a llevarme.

La cara traviesa de Mateo me dio los buenos días, y sus labios brillantes por mis fluidos. Gemí al verlo y por la embestida de dos de sus dedos.

—Joder. ¿Cuánto tiempo llevas…? Mmm…

No pude continuar y me dio exactamente igual el tiempo que llevaba excitándome. O tal vez me había despertado más que preparada y él, al darse cuenta, lo había aprovechado.

La noche anterior, cuando bajamos de la terraza, elegimos mi habitación para pasar la noche. No por nada en especial, solo porque fue la primera puerta que nos encontramos, la más cercana, y no perdimos el tiempo.

Después de una noche mágica, en muchos sentidos, caíamos rendidos en mi cama, agotados. Me dio el tiempo justo para poner la alarma, antes de que se me cerraran los ojos.

—Tengo… No quiero… ¿Qué hora es?

Gemí.

—Tenemos tiempo de sobra. No vas a salir tarde de aquí porque te he despertado antes de la hora de la alarma.

Solté un suspiro largo.

—Entonces, ¿qué haces que no continúas con lo que hacías? Utiliza la boca y la lengua como antes, no para hablar.

Mateo rio sobre mi clítoris, antes de succionármelo. Gemí agarrándolo del pelo y me moví contra su cara, buscando alivio.

Lo que logré fue que Mateo me dominara por completo, mientras me daba placer con los dedos, los labios, los dientes y la lengua. Grité su nombre mientras me corría, sujetándolo con fuerza del pelo, para mantenerle la cara bien pegada a mi sexo.

—Madre mía… —susurré.

Dejé caer las manos a los lados del cuerpo y no fui capaz de abrir los ojos.

Mateo se deslizó hacia arriba, besando mi piel mientras la descubría.

Ni anoche en la terraza ni ahora en la cama estaba completamente desnuda. Tenía puesta la camiseta del pijama y Mateo fue subiéndola conforme iba besándome.

Comenzó por debajo del ombligo y fue subiendo despacio por mi barriga. Una vez dejó atrás el ombligo, muy cerca de los pechos, se paró y su respiración me hizo cosquillas en la piel.

Cuando pasó más tiempo del normal, abrí los ojos extrañada.

—¿Pasa algo? —le pregunté y tuve que carraspear, para aclararme la voz—. ¿Mateo?

Al insistirle, levantó la mirada hacia la mía y lo que vi me preocupó. En sus ojos vi confusión. Mucha.

—¿Qué pasa? —insistí—. Mateo…

Él se echó hacia atrás. Con el movimiento apartó la ropa de cama y se levantó. Se quedó de pie, en el lateral, observándome con el ceño fruncido y muy pensativo.

—Joder. ¡Me estás asustando! ¿Puedes hablar de una puñetera vez? —le pedí, agobiada.

Salí de la cama también y me siguió con la mirada.

—Como no dejes de mirarme así, te juro que…

—¿Cuándo te lo hiciste? —me preguntó, serio.

—¿Qué?

Fruncí el ceño.

—¿Cuándo me hice el qué?

—El tatuaje que tienes justo debajo del pecho.

Su respuesta me dejó bastante fría, sin saber reaccionar por unos segundos porque no lo entendí.

Me llevé la mano a la zona y, aunque no se notaba nada, supe que había colocado la palma justo encima del tatuaje por el que me estaba preguntando.

—La mayoría del tiempo me olvido de que lo tengo —hablé en tono bajo, sintiéndome muy rara con la situación.

—¿Te acuerdas de lo que pone?

Se cruzó de brazos.

—Eh… Pues claro.

Arqueó una ceja.

—Oh, no pensarás que… Mateo, es de hace muchos años. Solo es una coincidencia.

Negué con la cabeza y entrecerré los ojos, cuando bufó.

—No entiendo tu comportamiento. ¿Por qué reaccionas así por un tatuaje? Es pequeño y…

Me sorprendió quitándose la camisa del pijama.

La dejó caer al suelo y, con el pecho al descubierto, se señaló la misma zona donde yo tenía el tatuaje.

Agrandé los ojos, sorprendida, cuando me di cuenta de que él tenía otro idéntico, pero al mismo tiempo diferente.

—¿Qué…?

No pude hacer la pregunta.

—¿Hace cuántos años exactamente te lo hiciste? —insistió.

—Seis años —contesté por fin.

—Mierda. Joder —dijo sorprendido, con los ojos abiertos al máximo.

—¿Cuánto…? ¿Cuánto hace que te lo hiciste tú?

—Seis puñeteros años.

Se me cortó la respiración al escucharlo.

Dirigí la mirada hacia su tatuaje, sin creerme lo que estaba sucediendo. No podía ser, pero es que…

Caminé hacia él, muy despacio, hasta que me paré delante de Mateo, a menos de un paso de distancia. Él no apartó la vista de mí, esperando alguna reacción mía.

Contuve la respiración cuando vi de cerca su tatuaje. Levanté la mano lentamente, para acariciarlo con suavidad, como si fuese a dolerle al contacto.

—¿Sabes lo que esto significa, Diana? —me preguntó con la voz ronca.

Busqué su mirada, sin apartar los dedos del tatuaje, y asentí despacio.

Me agarró de la nuca y me pegó del todo a él. Solté un jadeo.

—Es increíble —me dijo.

—¿Cómo hemos podido terminar así? —le pregunté susurrando.

Mateo levantó la mirada, pensativo, y cuando volvió a mirarme, diferencié algo nuevo en su mirada.

Me besó con fuerza, como si estuviese enfadado, pero yo lo correspondí de la misma manera. Me sentía sobrepasada con todo.

Cortó el beso de golpe y fue hacia la puerta de mi habitación. Lo observé desconcertada y sí, con tristeza también porque todo se había complicado un poquito más de lo que ya estaba y su primera reacción había sido la de irse. Se alejó de mí.

Me sentí ridícula y fui corriendo hasta la cama, para recuperar mi braga y el pantalón corto del pijama. Me puse ambas cosas corriendo, con ganas de llorar, y al terminar me senté en el borde de la cama.

Cuál fue mi sorpresa que Mateo entró en mi habitación con su móvil en la mano. Tragué saliva y solté el aire de golpe, al darme cuenta de que se había ido a buscar su teléfono.

—Tengo una intuición. Veamos a ver si estoy en lo cierto —me dijo y asentí.

No tenía ni puñetera idea de lo que hablaba, pero fuera lo que fuera, necesitaba respuestas y Mateo parecía tener más cosas claras que yo.

Vino hacia mí y se sentó a mi lado. Los ojos se me fueron hacia su tatuaje, ya que no se había puesto la camiseta.

—A esto se debió la sensación que tuvimos cuando nos vimos en mi pueblo —susurré.

Apartó la mirada de la pantalla de su teléfono, para mirarme a mí.

—Ya hemos averiguado el misterio —me dijo con voz ronca, confirmándomelo.

—Ya nos habíamos visto antes —murmuré.

—Hicimos bastante más que vernos —gruñó y di un respingo.

Vi en la pantalla de su móvil el nombre de Agustín y lo marcó, iniciando una llamada. Puso el altavoz.

—Buenos días, madrugador —respondió Agustín, rápido.

—Diana y yo necesitamos verte con urgencia.

—¿Ha pasado algo? ¿Estáis bien?

—Estamos genial —le contestó con una pizca de ironía.

—¿Es sobre la casa?

—Es sobre el motivo por el que Diana y yo estamos viviendo bajo el mismo techo y tenemos dos puñeteros tatuajes en…

—De acuerdo —lo interrumpió Agustín—. Ha llegado el momento.

—¿De qué? —le pregunté yo.

—Salgo de la empresa y voy para mi casa. Os espero allí —nos dijo —. Chicos, todo está bien porque si habéis descubierto lo de los tatuajes, es que ha sucedido lo que todos esperábamos.

—¿Todos? —preguntó Mateo.

—Venid cuando podáis a mi casa.

Nos quedamos mirando la pantalla, después de que Agustín colgara la llamada.

—¿Qué ha querido decir? —le pregunté a Mateo—. No entiendo nada.

Negué con la cabeza, mientras me levantaba.

Comencé a dar vueltas por la habitación, sintiendo que cada vez me faltaba más el aire.

—No puedo ir a la casa de Agustín. —Me paré y me giré hacia él—. Mis amigas y mi hermano llegan en una hora y media y debo estar en el aeropuerto para recibirlos. No voy a dejarlos solos.

—No estarán solos.

Mateo hizo otra llamada, esta vez a su amigo Leo.

—Joder, tío. ¿Te has equivocado al poner la alarma?

Leo respondió quejándose, con voz de acabarse de despertar.

—Ve espabilándote. Sal de la cama y arréglate. En unos cuarenta minutos pasará a por ti Blaine. Voy a decirle que lo acompañas al aeropuerto, porque a él no lo conocen.

—¿De qué mierda hablas?

—En una hora y media aterriza en Dublín el vuelo en el que vienen el hermano de Diana y sus dos amigas. Tú los conoces a ellos y a la inversa, de cuando Agustín nos reunió en su hotel. Ellos también saben quién eres, así que es perfecto. Blaine es un desconocido para ellos. Diana les enviará ahora un mensaje para que sepan que tienen que buscarte a ti, no a ella.

—Pero ¿qué mierda pasa? —preguntó más espabilado.

—Ya te lo contaré bien. Vas a flipar. Nosotros todavía no nos lo creemos.

—¿Nosotros?

—Diana y yo.

Me miró.

—¿Me harás el favor? —le preguntó a Leo.

—¿En serio me lo preguntas? ¡Si ya me has despertado! —rio y Mateo sonrió—. Dile a Blaine que estaré preparado.

—Estupendo. Gracias, tío.

—Estoy deseando enterarme de lo que está pasando.

—Leo…

—¿Qué?

—A Sofi, la amiga de Diana que estaba con ella cuando la pisé, al terminar los fuegos artificiales del pueblo de ambas…

—La rubia. Sí. ¿Qué pasa con ella?

—Que ya sabemos porque cada vez que os habéis visto habéis tenido la sensación de que os conocíais.

—¿Cómo?

—Pregúntale a Sofi si tiene un tatuaje de hace seis años y cuando le crees curiosidad y quiera saber más, ya sabes qué tienes que hacer.

—Qué cojones… —dijo en tono bajo Leo—. A ver, tío, porque estoy pensando en algo que es imposible y…

—Hazme caso. No es jodidamente imposible. Te lo aseguro.

—¿Qué…? No jodas.

—Te dejo. Voy a buscar a Blaine para contarle el cambio de planes y a decirle que ya estás avisado. Nos vemos más tarde aquí, en esta casa.

—Pero…

Mateo colgó la llamada, sin darle opción a hablar más a su amigo.

Fue a por la camiseta de su pijama que seguía tirada en el suelo y cuando se incorporó, con ella en una mano, buscó mi mirada.

Nos quedamos observando durante un rato, cada uno metido en sus pensamientos.

—Te espero abajo —me dijo, con la voz ronca—. No hace falta que corras para estar preparada. No tenemos prisa. A estas alturas, con lo que hemos descubierto, ya no.

—Mateo… ¿Crees que puede haber tantas coincidencias?

—No —me contestó con rapidez.

Lo tenía claro y no dudó.

—Una coincidencia puede darse. Dos, bueno, existe la posibilidad. Pero cuando hay una detrás de otra, siguiendo todas una misma dirección, está claro que detrás de todo hay alguien que lo mueve.

—Pero… ¿Cómo? —quise saber, sorprendida.

—La única coincidencia fue encontrarnos después de los fuegos artificiales. Que yo te pisara y sintiéramos que nos conocíamos de antes.

Sacudió la cabeza.

—Pero incluso eso fue porque yo viajé hasta tu pueblo con un propósito. No le demos más vueltas hasta que lo sepamos todo. No merece la pena calentarnos la cabeza.

Asentí.

—Voy a buscar a Blaine, para comentarle el cambio de planes, y después subiré a vestirme.

—Voy a darme una ducha rápida.

—De acuerdo. Como te he dicho, tómate tu tiempo. Estoy abajo.

—Mateo…

—¿Sí?

—¿Por qué lo tienes todavía? —le pregunté—. El tatuaje, digo. Yo he querido muchas veces quitármelo, pero siempre me ha echado para atrás el dolor que provoca quitarlo.

—Sinceramente, no sé por qué lo tengo aún. Tendría que haberlo borrado de mi cuerpo, pero ahí sigue. Como el tuyo.

Tragué saliva, con dificultad.

—Tal vez ninguno de los dos queríamos borrarlos, en realidad.

—Tal vez —susurré.

Mateo salió de mi habitación y me dejó llena de dudas y muy nerviosa.

Negué con la cabeza y me levanté de la cama. Fui al vestidor a por una falda vaquera que me llegaba hasta medio muslo y una camiseta de manga corta. Cogí la ropa interior y las sandalias de tiras, y me dirigí al baño con todo.

Me encerré en él, dejé la ropa para después sobre un armario bajo, y, cuando estuve desnuda, me puse frente al espejo.

Empujé un poco el pecho hacia un lado y lo levanté, para dejar a la vista el tatuaje que había sido el detonante de todo lo que había pasado después de que Mateo me lo viera, tumbada en la cama.

Si nos hubiéramos quitado la ropa antes…

Negué con la cabeza y me metí en la bañera. Iba a correr, porque me urgía hablar con Agustín y escuchar lo que tenía que decirnos. Por más vueltas que le di a sus palabras, no llegué a ninguna conclusión.

¿Qué había querido decir con lo de que había llegado el momento? ¿Y con lo de que había sucedido lo que todos esperaban, al descubrir nuestros tatuajes? Se refería a que habíamos intimado.

Estaba hecha un lío y pensar en todo no me ayudó a aclararme.

Capítulo 37



Mateo

Miré de reojo a Diana.

Ella iba distraída observando el paisaje por la ventanilla, o al menos era lo que parecía.

Imaginaba que estaba tan descolocada y sorprendida como yo. Aún no entendía cómo se había liado todo tanto. Era una jodida pasada.

Lo que sucedió seis años atrás y ahora en el presente, cuando todavía no teníamos ni idea de quiénes éramos.

Y no hablo de saber que yo era el nieto de Deirdre y Diana, la chica con la que vivió mi abuela durante cuatro años. Tiempo en el que se quisieron mucho y forjaron una relación que derivó en que mi abuela incluyera a Diana en su herencia.

Joder, es que por más vueltas que le daba al asunto no conseguía aclararme. ¿Cómo habíamos llegado a este punto? ¿Y qué iba a suceder a partir de ahora? Por mi parte lo tenía claro.

Diana se había metido muy dentro de mí y estaba dispuesto a hacer cualquier cosa por retenerla junto a mí. Lo de la oferta que pensaba hacerle para comprar su parte de la propiedad de mi abuela hacía días que había quedado descartado.

Había asumido con el paso de los días que lo que quería era que Diana tuviera algo que la atara a Irlanda, para que no pudiera desprenderse de nada.

No sabía cuáles eran sus pensamientos, pero la noche que pasamos en la terraza, pocas horas atrás, dormir juntos, y cómo nos habíamos despertado esta mañana, debía significar algo para ella.

Se lo notaba en la mirada. Estaba ahí, retenido, a la espera de saber qué pasos iba a dar yo.

Si se pensaba que iba a dejarla escapar, con tatuaje o no, estaba muy equivocada. El puñetero tatuaje lo hacía todavía más real, más importante e increíble.

Me había hecho una teoría, pero no quería decirle nada a Diana, por si no daba ni una. El único que podía aportar luz a nuestra situación era Agustín.

Me centré en la carretera, en la conducción. Puse el intermitente y cambié de carril. Me coloqué en el que debía tomar el desvío a unos metros por delante, hacia la casa de Agustín.

—¿Estás bien? —le pregunté.

—Sí.

Giró la cabeza hacia mí.

—Rara y como fuera de lugar. Pero sí, estoy bien.

Asentí.

—Te entiendo. Blaine y Leo deben estar de camino al aeropuerto —le informé.

—Vale —susurró.

—Diana…

—¿Sí?

Respiré profundo.

—Te pido perdón por cómo he reaccionado cuando he visto el tatuaje. Yo… Joder, me he quedado en *shock*, la verdad.

Sacudí la cabeza.

—Me hago una buena idea —dijo con un punto de diversión.

Sonreí de medio lado y volví a observarla de reojo, por unos breves segundos.

—Quiero que sepas que lo que hemos descubierto para mí no influye negativamente en cómo nos estaba yendo. Al revés. La revelación que hemos tenido en mi caso ha sido para mejor. Por fuerte que nos parezca, y asombroso.

—Todavía estoy flipando bastante —rio y sonreí.

—Me lo imagino. Yo estoy igual.

—¿Crees que Agustín podrá resolver todas nuestras dudas? —me preguntó con interés y esperanza.

—Si hay alguien que nos lo puede aclarar todo, es él —le contesté convencido.

—Gracias por no huir —susurró.

Fruncí el ceño y apreté las manos en el volante.

Me jodió que hubiera pensado en esa posibilidad, pero me lo había buscado yo solito. Por mi comportamiento esquivo, desde que llegó a Irlanda.

Sacudí la cabeza, pero no dije nada. Necesitaba hacérselo entender con hecho, no con palabras, porque era lo que Diana necesitaba para confiar en mí.

Y era lo que más deseaba yo, que contara conmigo y me hablara de todo.

—¿Has sabido algo nuevo de Roisin? —me preguntó, queriendo que pareciera una pregunta casual.

Sonreí de medio lado, aprovechando que por la vergüenza evitó mirarme.

—Sí. Ayer estuvo en la empresa, llegó acompañando a su padre. Su padre y el mío hacen de vez en cuando negocios. Ya te dije que conozco a Roisin de años y su hermano Finn, el del hipódromo, es un buen amigo de Leo y mío. Nuestros padres tienen mucho trato, pero ya está.

—Seguro que se pasó por tu despacho en algún momento.

No me gustó nada el tono desanimado de su voz, por lo que no me lo pensé y unos metros más adelante, después del desvío que ya había tomado, aminoré la velocidad, hasta que me paré en un lado de la carretera. No obstaculizaba el tráfico.

—¿Qué pasa? —me preguntó extrañada.

Me giré en el asiento hacia ella, después de asegurarme de que el coche no se movería.

—Ven —le pedí que se acercara.

Lo hizo, después de dudar.

—Pasa que esto, tú y yo, va en serio, Diana. Ahora más que nunca.

Entreabrió los labios.

La agarré de la nuca y la acerqué más a mí, hasta que nuestras narices se rozaron.

—Pasa que eres la única que me vuelve loco y la única en la que no puedo dejar de pensar cuando estoy lejos de ti.

—Mateo…

—Así que da igual si Roisin aparece en mi despacho, ni cuántas veces le dé por venir, con la excusa de acompañar a su padre. Con respecto a ella, da todo igual, Diana, porque lo máximo que siento por ella es un poco de cariño, por el tiempo que hace que nos conocemos y por mi relación con Finn, su hermano. Se acabó.

Le atrapé el labio inferior entre los míos y se lo succioné, con delicadeza.

—Por un lado, me encanta que estés celosa.

Le puse un dedo sobre los labios, para que no hablara.

—Pero, por otro lado, no me gusta nada porque te hace sufrir por cosas sin sentido.

—No estoy celosa.

Sonreí de medio lado.

—Lo estás.

—No —dijo cabezota.

—Estás tan celosa como yo tengo ganas de besar tu puñetero tatuaje y follarte aquí mismo, viéndolo. Así que no me lleves la contraria porque me importará una mierda si nos detienen por exhibicionismo.

—Eres tonto —rio, nerviosa.

—Nunca he hablado con tanta sinceridad.

Arqueé una ceja.

Se mordió el labio inferior, con cara de inocente.

—Joder. Vas a terminar conmigo.

Bufé y negué con la cabeza, mientras ella reía.

Con todo aclarado, por el momento, volví a ponerme en marcha. Me incorporé a la carretera, para recorrer los últimos kilómetros que nos separaban de la casa de Agustín.

Diana se relajó bastante, aunque no lo consiguió del todo.

—¿Cómo crees que reaccionará tu amiga cuando Leo saque el tema de lo que lleva escondido? —le pregunté con un carraspeo.

—Puedes estar tranquilo por tu amigo. No corre peligro —rio—. Pero solo porque estará mi hermano.

—Espero que tu hermano no se separe de ellos en ningún momento.

—Lo peor que puede pasar es que Sofi le pegue una buena torta a Leo.

—¿Por qué motivo, exactamente? —quise saber, con interés.

—Por permitir que se hiciera un tatuaje, seis años atrás. Es el único que tiene porque le dan pánico las agujas —me contó.

Se encogió de hombros, sonriendo.

—Eso lo hace más especial —comenté y apreté los labios.

—Tendría que haber sido inolvidable, al igual que lo demás que sucedió aquella noche, pero ninguno de los cuatro nos acordábamos.

—El alcohol irlandés deja huella —dije con diversión.

—Ya te digo.

Bufó.

Nos miramos y soltamos una carcajada porque, joder, tenía su puñetera gracia todo lo que nos había pasado desde que nos conocíamos. Y no hablaba de semanas atrás, sino de años.

Más concretamente, seis años.

—Es ahí —le dije a Diana, señalándole la propiedad de Agustín.

—Madre mía. ¡Qué pasada! —Jadeó, por la impresión.

—Agustín lleva toda su vida dedicado a los negocios y le va más que bien. Prueba de ello es el hotel de lujo de tu pueblo.

—Sí —susurró.

—Como ese tiene varios repartidos por todo el territorio nacional, en unas ubicaciones espectaculares.

Me paré frente a la puerta de hierro y esta comenzó a deslizarse.

—Aparte de la empresa que tiene la base en Irlanda, pero que opera en otros países. También tiene otros negocios.

—Es una maravilla —comentó, observando de un lado al otro.

—Lo es. Esta es su residencia habitual, después tiene más propiedades por Irlanda.

—Madre mía.

Agustín nos esperaba en la entrada de su casa, al final del recorrido del camino que llevaba hasta la vivienda.

El terreno que la rodeaba por todos lados era muy extenso.

—Bienvenidos.

Nos recibió sonriendo, cuando nos bajamos del coche.

—Gracias —le dijo Diana.

Nos acercamos a él y ambos le dimos un beso en la mejilla

En mi familia éramos muy dados al contacto físico y a las muestras de cariño. Ello se lo debíamos a mi abuela, ya que fue la que nos enseñó que el cariño y el amor estaban para expresarlos, no para taparlos y dejarlos pasar desapercibidos.

—Adelante.

Nos ofreció entrar apartándose del hueco de la puerta y Diana y yo pasamos por su lado.

Ella estaba impresionada observándolo todo.

—Cuando terminemos, puedes recorrer la casa y los jardines, tanto tiempo como quieras —le dijo Agustín—. Pero creo que ahora lo que más os urge es que hablemos.

—Sí —confirmé.

Agustín asintió, sonriendo.

—Venid.

Comenzó a caminar por el interior de la vivienda y Diana y yo lo seguimos. Coloqué una mano al final de su espalda y fuimos detrás de Agustín.

Sabía que en cualquier momento podía aparecer Sean, su chófer, amigo y familia, y Lily. Esta última para preguntarnos qué queremos tomar. Ella llevaba muchos años trabajando en la casa, para Agustín.

Lily y Sean eran como de la familia para él.

Capítulo 38



Diana

—Antes de nada, quiero deciros que me alegro muchísimo de que por fin estemos en este punto —habló Agustín.

—¿En qué punto, exactamente? —le preguntó Mateo.

—¿Para qué ha llegado el momento? —quise saber yo.

—Veamos —carraspeó Agustín—. Agradezco que mi gran amiga Deirdre me facilitara la situación, porque es un poco lioso y complicado —suspiró.

—¿Deirdre?

—¿Qué tiene que ver mi abuela con lo que está pasando? —preguntó Mateo—. ¿Qué estás queriendo decir? Mi abuela no podía saber que…

—Ahora lo entenderéis, pero necesito saber si estáis preparados para verla.

—¿Cómo? —pregunté con voz aguda.

—Qué cojones… —susurró Mateo.

Estábamos sentados uno al lado del otro en el sofá y coloqué una mano sobre la suya, para que me sintiera más cerca.

Al notarme, Mateo giró la cabeza hacia mí y nos quedamos mirándonos fijamente desde cerca, como si nada más existiera.

—Sí. Estáis preparados —dijo Agustín, respondiéndose a sí mismo.

Mateo entrelazó nuestros dedos y se quedó con mi mano sobre sus piernas. De esa manera vimos cómo Agustín se sentaba en un sillón que quedaba a nuestra derecha y levantaba la mano hacia la pantalla del televisor.

—A partir de ahora, estad atentos —nos pidió, sonriéndonos.

Ni Mateo ni yo lo entendimos, pero confiamos en él y los tres miramos hacia la pantalla. Esta pasó de estar de color negro a tener una imagen fija.

Solté un jadeo y me llevé la mano libre al pecho. Mateo se puso tenso a mi lado y ambos presionamos la mano del otro.

—¿Qué…? —susurró Mateo.

—Tu abuela. O, mejor dicho, vuestra abuela, porque así lo sentía ella —se corrigió Agustín—. Era una mujer muy, pero que muy previsora. Ahí la tenéis, sana, alegre, con vitalidad… —Señaló su imagen parada en la pantalla—. Si hubiéramos sabido lo que sucedería…

Cerró los ojos unos segundos, afectado por su fallecimiento.

—Como he dicho, era una mujer a la que le gustaba tenerlo todo muy bien atado. De ahí que, a pesar de su muerte repentina, tuviera al día toda la documentación de la herencia. Este vídeo es una prueba de ello y aquí están todas las respuestas a vuestras dudas. Escuchad y tomáoslo con calma. Y disfrutad de ella, una vez más.

Nos sonrió con cariño y tragué saliva.

Agradecí que Lily nos hubiera traído bebidas y de tener mi café con leche delante. Me incliné para coger la taza y le di un sorbo al café, el que tragué con dificultad.

—¿Ya? —nos preguntó Agustín.

Mateo y yo nos miramos. Él estaba igual de emocionado que yo. Asentimos cuando dirigimos la atención a la pantalla del televisor.

—He aquí la verdad de todo —susurró Agustín, antes de pulsar el botón del mando que accionó el vídeo.

La imagen se puso en movimiento y enseguida tuve la cara mojada por las lágrimas. Apreté más la mano de Mateo, necesitando su fuerza.

Como tantas veces había deseado, tenía a Deirdre frente a mí, aunque en una pantalla. Nos sonrió, fue como si estuviera en persona con nosotros y nos sonriera con su habitual cariño y comprensión.

Deirdre comenzó a hablar y el suelo desapareció bajo mis pies, como todo lo de mi alrededor. Lo único que quedó fue su voz, su imagen, y la sensación de que Mateo me sujetaba con fuerza.

«Hola, mis niños. Mis nietos queridos. Álainn y Mateo, no sabéis la ilusión y la paz que siento grabando este vídeo, porque si llega el día en el que yo no puedo hablar con vosotros para contaros la verdad, mi gran y querido amigo Agustín lo hará por mí, enseñándoos esta grabación. Entonces significará que todo ha salido como mi corazón anhelaba.

No sé si viviré lo suficiente para poder agarraros de la mano y hablaros con la verdad por delante. Me siento fuerte, con energía, pero no sé cuándo será mi último día aquí. Por eso grabo este vídeo, porque todavía no es el momento y la espera no sé cómo irá.

No. Ahora mismo no estáis preparados para afrontar la realidad y hacerlo supondría que todo saliera mal. En este momento debéis continuar volando libres, haciendo vuestro camino. Tranquilos, que, si no sois vosotros, seré yo la que os una. Aunque la decisión final será vuestra, por supuesto.

Debéis estar muy perdidos con lo que está pasando, comenzando por vosotros mismos.

Voy a contaros dos historias que se desarrollaron en paralelo, al mismo tiempo. Dos historias que marcaron vuestro futuro, en cierta manera, y no os enterasteis. Y no sabéis cómo me alegro de ello.

Mi álainn… Si ya no estoy ahí con vosotros, imagino la sorpresa que te has llevado con lo de mi herencia. Mi niña, debía contar contigo y esa parte de la casa LadyDeirdre, es un pedacito de mí que te regalo con todo mi corazón. A mi nieto también, pero él lo espera.

No todo, claro. Una siempre debe tener una carta buena bajo la manga.

Voy al tema que os urge. Vuelvo a retomar lo de las dos historias en paralelo y al mismo tiempo.

Había una chica llamada Diana. Acababa de terminar de cursar el último máster en Irlanda y como la chica lo sacó con matrícula de honor, salió a celebrarlo con sus compañeros. Pero también con su mejor amiga.

Esta se llamaba Sofi y viajó desde España para estar al lado de su gran amiga. Celebraron el triunfo de Diana y a los dos días ambas regresaron a España, definitivamente. El tiempo de Diana en Irlanda se había terminado.

Quiso el destino, la casualidad, la coincidencia, o el azar, que esa noche de celebración, Diana y Sofi se encontraran con dos hombres muy apuestos y atractivos. Ni ellas ni ellos se acordarían después de los detalles más importantes. O eso creyeron, con la mente nublada por la resaca y el alcohol.

Yo, que vivía con Diana y con Sofi, ya que la última también se quedó en mi casa por unos días, os puedo asegurar que sí contaron cosas muy esclarecedoras, aunque sueltas. Tuve que ir montando el puzle poco a poco, recreando lo que sucedió.

Lo bueno es que esa noche terminó más que bien para Diana, Sofi y los dos chicos.

Cuál fue mi sorpresa cuando, a la mañana siguiente de la noche que salieron, con una gran resaca y con grandes lagunas en la mente, entre Diana y Sofi me dijeron varios nombres de sitios y me contaron que bebieron muchísimo. También que, entre tanto alcohol, solo tuvieron claras dos cosas al despertarse.

Una, que tuvieron una noche de escándalo, con sexo de locura incluido, cada una con uno de los hombres. Y dos, que borrachos los cuatro, decidieron hacerse un tatuaje y dejar grabados en sus pieles el nombre de la pareja con la que pasaron la noche.

A Diana le tatuaron el nombre de Mateo. A Mateo a la inversa, dejando grabado el nombre de Diana para siempre en él. Para Leo, que así se llamaba el otro chico, fue exactamente igual. Le tatuaron el nombre de Sofi y a Sofi el de Leo.

Y así, con una noche de locura, entre risas, mucho alcohol, y sexo del bueno. Ojo, que esto último me lo dijeron ellos mismos. Pues con todo esto, marcaron sus destinos.

Yo en un principio no le di importancia, porque no podía saber quiénes eran los hombres de los que me hablaron. Porque, ¿cuántos Mateos y Leos puede haber en el mundo? No caí en que los tenía muy cerca de mí.

El caso fue que, mi nieto Mateo regresó a Irlanda, después de pasar años en Alemania, y la misma noche que las chicas, salió con su mejor amigo Leo a celebrar que estaba definitivamente en nuestro país.

Cuando Mateo vino a verme unos días después y una vez que me puso al día de cómo le había ido para finalizar en Alemania, salió el tema de la salida del mismo día que volvió.

¿Os podéis imaginar mi cara cuando escuché la misma historia de una salida de fiesta, pero desde otra perspectiva y con otras lagunas mentales? Oh, no pude creerme lo que oía en ese momento. Mi Mateo y mi álainn juntos y enredados.

Porque sí, Mateo se acordaba de la misma información que me dieron Diana y Sofi. Las probabilidades existen, pero cuando Mateo me dijo el bar de copas donde comenzó todo, cuando él me detalló cada sitio en el que estuvieron después, a pesar de lo borroso que lo recordaba.

Y, cuando mi nieto, con la confianza que siempre tuvimos, me dio los detalles superficiales de lo caliente que fue la noche al conocer a dos chicas, y que terminaron en un hotel, el mismo que Diana mencionó, después de cometer la locura de tatuarse los nombres de los otros, en un tatuador que encontraron abierto de madrugada…

Entonces sí cobró sentido lo de los nombres.

No hay que ser muy listo cuando todo coincide, queridos. No os pude hablar con claridad cuando lo descubrí porque Diana había retomado su vida en España y tú, Mateo, comenzaste a centrarte únicamente en la empresa de tu padre.

No era el momento y podía fracasar, ya que los dos teníais otras metas, más allá de pensar en una noche caliente y en las repercusiones de ella. De manera que decidí grabar este vídeo, el mismo día que vine de cambiar el testamento en el que te incluí, Diana.

Mientras grabo este video estoy pensando en ir mañana a hablar con mi querido amigo Agustín. Como he dicho él me ayudará con todo, como siempre, porque quiero contarle lo que descubrí sobre vosotros. Le haré ver este vídeo, conmigo a su lado, y entre los dos decidiremos qué hacer.

Debemos planearlo bien porque los años pasan y vosotros debíais cruzaros otra vez. Si no se da de la manera más natural posible, y Agustín y yo seguimos viviendo, nosotros nos encargaremos de forzar un encuentro entre vosotros.

No puedo dejar de pensar en la posibilidad de que me pase algo, ya que, por muy bien que esté ahora mismo, los años no perdonan. Agustín es unos años más joven que yo, por lo que me centraré solo en mí. Sé lo que quiero pedirle a mi amigo si yo falto y vosotros dos seguís sin encontraros.

Mi idea es la siguiente… En el caso de que se dé la situación de que yo fallezca, si después de un año y medio de mi muerte vosotros dos continuáis sin tener pareja y no estáis enamorados, entonces Agustín entrará en acción y llevará a cabo el plan que pensaremos juntos.

Os he dejado a ambos la casa LadyDeirdre. La propiedad irá a medias, sin la posibilidad de renunciar, porque si eso sucede, la otra parte no tendrá nada. Os veréis obligados a vivir juntos durante el tiempo suficiente para que el destino haga el resto. He pensado en un mes completo.

Si estáis viendo esto, como he dicho al inicio, significa que todo ha salido bien, como mi corazón anhelaba.

Vi el brillo en vuestras miradas, mientras me hablabais de la mujer y el hombre con el que estuvisteis aquella noche. Noté el fuego que os calentaba todavía. Y fue muy curioso porque, a pesar de que no recordabais vuestras caras, las emociones fueron tan fuertes que me llevaron a actuar de esta manera. Y las sentí por ambas partes.

Ojalá que en vuestro presente estéis viviendo juntos. Ojalá que las paredes de mi querida casa hayan servido para uniros de nuevo. Ojalá que os hayáis visto los tatuajes y que todo haya saltado por los aires…

Ah, y por si os lo preguntáis, mi hija Amber y mi yerno Liam sabrán todo esto. Aún no, quiero hablarlo con calma con ellos, pero cuando lo haga, nos ayudarán a Agustín y a mí.

Os quiero y os querré durante toda la eternidad. Sed felices».

Cuando Agustín apagó el vídeo y la pantalla del televisor se quedó de nuevo negra, mi cara era un caos de lágrimas, mocos y ojos enrojecidos.

Pero Agustín y Mateo no estaban mucho mejor que yo.

Agustín se levantó y regresó ofreciéndome un pañuelo, el que acepté encantada y con urgencia.

Me limpié la cara y Mateo hizo lo mismo.

Cuando nos miramos, lo hicimos como un hombre y una mujer que habían descubierto toda la verdad, por asombrosa que fuera. Dos personas que se vieron de una manera diferente y que se sintieron más unidas que nunca.

Todo gracias a otras dos personas maravillosas que no se olvidaron de nosotros, en ningún momento.

Me levanté temblorosa del sofá y me lancé a los brazos de Agustín, quién ya estaba preparado para recibirme.

—Te dije que algún día lo entenderías todo —me susurró Agustín.

Lloré por Deirdre y lloré porque en la vida pasaban cosas asombrosas y maravillosas, de igual manera que dolorosas.

Mateo se unió a nuestro abrazo y así, agarrados los tres, lloramos por una mujer increíble que nos dejó demasiado rápido y de repente. Una mujer que nos cambió la vida a los tres y a muchas más personas, de diferentes maneras.

Epílogo



Diez años más tarde…

Mateo

La vida te enseña que no tienes el control sobre ella. En realidad, sobre nada.

Eso fue lo que pensé yo, muchos años atrás, cuando Agustín nos reveló a Diana y a mí la verdad que escondíamos ambos.

Oír a mi abuela y verla de nuevo, después de un tiempo sin ella, fue tan devastador emocionalmente como saber que Diana fue la chica con la que tuve sexo la noche que regresé a Irlanda, de Alemania, y que llevaba tatuado su nombre.

Sinceramente, en este último dato no caí, hasta que yo me encontré con el tatuaje de Diana y leí mi nombre en él. En ese instante mi cabeza encajó todo de golpe, o al menos comenzó a ir por el buen camino.

Uno hace cosas por impulsos, a veces sin acordarse después, como fue el caso de nuestros tatuajes, por lo borrachos que íbamos. Y yo, con el paso del tiempo, dejé de pensar en ello e incluso de prestarle atención. Llegó un momento en que cuando me veía el tatuaje me pasaba desapercibido, totalmente.

Tanto olvidé que tenía un tatuaje con el nombre de Diana, en el mismo sitio que se lo hizo ella, que cuando supe su nombre y, después de todo el tiempo que pasamos juntos Diana y yo, no llegué a pensar en la casualidad que era que quisiera estar con una mujer que tenía el mismo nombre que ya tenía tatuado en el pecho.

Fue normal que mi abuela al principio no nos relacionara. Ya lo dijo ella en el vídeo, con todos los Mateos que existían en el mundo…

Si me hubiera llamado Maitiú, que es la forma irlandesa de Mateo, o Matthew, que le daba un toque diferente… pero no, a mi madre le encantaba el nombre de Mateo, tal cual, y ese fue el que me puso cuando nací. Aunque no sonaba nada irlandés.

A mí nunca me había importado. Solo es un dato. Yo siempre he estado feliz con mi nombre.

Sobre lo que pasó diez años atrás… Diana se quedó en Irlanda viviendo conmigo, hasta cumplir el mes obligatorio. Después se fue, pero no porque quisiera olvidarse de todo y de mí.

Nada que ver. Diana regresó a España, a su piso, y estuvimos una temporada llevando la relación a distancia. Debo decir que para mí fue una mierda, un suplicio, porque no poder tocarla, olerla, o sentirla de todas las maneras posibles, terminó por afectarme en el carácter.

Diana se fue de España cuando llevábamos cuatro meses con muchos kilómetros entre nosotros. No dejó su trabajo ni su piso, mantuvo ambas cosas.

Su piso lo cuida su amiga Noelia, al igual que hace con el suyo, que está justo al lado. Noelia se fue de allí también hacía años, pero sigue teniendo su piso, como Diana.

Al piso de mi mujer íbamos cada vez que viajábamos a España, para disfrutar de unos días de descanso en los que era obligatorio visitar, aparte de nuestras personas cercanas, a Iván, un amigo de muchos años de mi mujer, su hermano y sus amigas.

Diana también hacía uso de su piso cuando iba a España entre semana por temas de trabajo, para reunirse con su jefe Alfonso.

El trabajo lo lleva a distancia. Cuando se vino a vivir conmigo, le preparé un despacho al que no le faltaba de nada. incluso unas vistas impresionantes. Ahí pasa sus horas de trabajo, con Alfonso encantado porque nunca quiso perderla.

Me quedó claro enseguida la relación tan especial que tenían. Iba mucho más allá que la de jefe y empleada. Nada que ver. Diana continúa trabajando bajo las órdenes de Alfonso y ambos son felices de esa manera.

Por mi parte, yo sigo en la empresa de mi padre, pero desde hace unos años estoy al mando. Mi padre no se ha jubilado, pero se ha quedado en un segundo plano, para darme paso a mí.

Yo estoy encantado, pero no por lo que representa, que también. Me refiero a que al tener más tiempo libre mi padre, no deja de ir de un lado al otro con mi madre. Disfrutan mucho y yo soy feliz viéndolos.

Mi padre ya me ha avisado de que, en un par de años más, se irá definitivamente de la empresa. Entonces sí que podrá descansar del todo y tomarse la vida de otra manera.

Cuando Diana se trasladó a vivir a Irlanda, vino directamente a mi casa de Dublín. Era lo más práctico para mí, por cercanía a mi trabajo. A pesar de que la ciudad de Naas no estaba lejos, tampoco estaba al lado, y el tiempo que perdía en la carretera podía aprovecharlo de otras maneras.

Se lo demostré a Diana la primera mañana que despertamos juntos en nuestra nueva casa.

De manera que nuestra casa principal es la que fue solo mía. Se encuentra rozando las afueras de Dublín. A la casa LadyDeirdre, la que estaba situada en Naas y nos vio resurgir de nuevo, para unirnos después como pareja gracias a mi abuela y a todos los demás, porque hasta Aven, Blaine, Sean y Lily estaban al tanto de lo que sucedía entre Diana y yo.

Como decía, a la casa LadyDeirdre raro era el fin de semana que no íbamos a pasarlo allí con la familia y amigos.

Diana y yo nos casamos un año y medio después, contando desde el día que volvió a pisar Irlanda por primera vez, después de bastante tiempo sin venir. Fue cuando Agustín la esperaba para llevarla por primera vez también, a la casa LadyDeirdre.

Elegimos que nuestra boda fuera un año y medio después para recordar a mi abuela, lo que nos llevaba también a Agustín. Ese fue el tiempo que nos dieron a Diana y a mí, antes de intentar unirnos.

Nuestra boda fue muy íntima y la celebramos en la gran propiedad de mis padres. En ese día tan especial estuvieron con nosotros nuestros familiares más cercanos y Agustín, Sean, Lily, Blaine, Aven, Finn, mi amigo, y su pareja. Como el resto de nuestros amigos íntimos. Tampoco faltaron Inés y Rocío, dos compañeras de trabajo de Diana. Vinieron con sus parejas. Y, por supuesto, Alfonso, el jefe de Diana, no se perdió un día tan especial como nuestra boda.

Me llevaba muy bien con él. Congeniamos al instante.

No, por si lo habéis pensado, Roisin no asistió a nuestra boda. Pero no fue porque entre nosotros la situación terminara mal. Nada que ver con la realidad. El motivo por el que Roisin no nos acompañó en nuestra boda fue porque hacía un año que vivía en Francia, con el hombre que llegó a Irlanda para robarle el corazón. Están casados.

Ian y Ciara, de siete y cinco años, respectivamente, llegaron a nuestras vidas para terminar de completárnoslas. Diana y yo habíamos formado una familia preciosa y estábamos completamente enamorados de ella.

Atenea seguía en nuestras vidas y de una manera mucho más presencial. Sabía que el día llegaría, por lo que, en la casa familiar, la que fue mía, hacía tiempo que mandé construir un establo pequeño para ella. Por lo de pequeño, me refiero a que era solo para un caballo, pero tenía espacio de sobra para que Atenea se moviera con total libertad.

Así que la teníamos en nuestra casa y las carreras quedaron muy en el pasado. Sin embargo, nuestros paseos tranquilos no nos los perdíamos. La conexión con mi yegua seguía siendo mágica y se había ampliado a toda mi familia.

Tenía en mente hacer una reforma rápida en el establo, agrandarlo porque en unos días llegaría otra yegua. Pero era una sorpresa para Diana, por su cumpleaños. Y sería una gran compañía para Atenea.

Mis padres y los de Diana se llevaban genial. Ellos llevaban ganado que se conocían de mucho antes, de las visitas que le hicieron los padres de Diana cuando mi mujer vivía con mi abuela, aquí en Irlanda.

La relación entre los cuatro era buenísima y pasaban muchos ratos juntos, ya que los padres de mi mujer venían muchas veces para estar con toda la familia.

Agustín, Sean, Lily, Blaine y Aven continúan en nuestras vidas, con tanta intensidad y cariño como siempre. Todos estaban de maravilla y eran parte de nuestra familia. Canguros no nos faltaban cuando lo necesitábamos.

Sobre el hermano de Diana, Alan… Mi cuñado continúa trabajando en el hospital, ya que siente pasión por su profesión. Y Noelia trabaja en la misma empresa que mi mujer, ya que Alfonso la contrató después de la conversación que tuvo con Diana. La relación de Alan y Noelia es muy sólida. No tardaron en vivir juntos. Noelia se fue a la casa de Alan y allí comenzaron a formar una familia. Están casados y tienen dos hijos, Lucía y César.

Sobre Leo y Sofi, después del descubrimiento que hicieron sobre sus tatuajes, y una vez pasada la impresión del momento, en cuanto Blaine los llevó del aeropuerto a la casa, junto a Alan y a Noelia, una vez que llegaron, desparecieron de la vista de todos. Primero, quisieron ver con sus propios ojos los tatuajes. Segundo y último, quisieron recordar viejos tiempos y sus cuerpos desnudos también se reconocieron. No les hizo falta esperar, fueron al grano y aprovecharon cada segundo, ya que habían desperdiciado muchos. Al cabo de unos meses, Sofi se vino a vivir a Irlanda con Leo, y al cabo de otros pocos, se casaron. Tienen una hija, Mariam.

Y así, conforme pasan los días, el tiempo y la vida, la unión de todos se hace más fuerte y la familia sigue aumentando.

RRSS:

Facebook: Carlota Manzano
Instagram: @carlotamanzanoautora
Página de autora: relinks.me/CarlotaManzano
Twitter: @ChicasTribu